Sue Grafton

Q de quién

colección andanzas

Ser
Detective Kinsey Millhor

«Resulta extraño leer un expediente antiguo; es como leer una novela policíaca empezando por la última página...»

Kinsey Millhone

TUSQUETS EDITORES

SUE GRAFTON

Q de quién

Título original: Q is for Quarry

Traducción: Antonio Prometeo-Moya

Escaneado por srp

Este libro está dedicado
a Bill Turner y Deborah Linden,
a Bob y Nancy Failing,
y a Susan y Gary Gulbransen.

Gracias a todos por haberlo hecho posible

AGRADECIMIENTOS

La autora desea dar las gracias a las siguientes personas por la inestimable ayuda que le han prestado: a Steven Humphrey; al doctor Robert Failing; al sargento retirado Bill Turner y al subjefe retirado Bruce Correll, ambos de la División de Investigación Criminal; al sargento Bob Spinner, de la unidad anatómico-forense, y a Diana Stetson, de la administración de prisiones y operaciones de vigilancia, ambos de la oficina del sheriff del condado de Santa Bárbara; al investigador retirado Larry Gillespie, del juzgado de instrucción del condado de Santa Bárbara; a la artista forense Betty Pat Gatliff; a John Mackall, abogado; a Lucy Thomas y Nadine Greenup, de la Biblioteca Médica Reeves, y a Anna Bissell, enfermera diplomada, especializada en oncología, del Santa Barbara Cottage Hospital; a Martin Walker, doctor en Medicina; Robert Sorg, de la Bob's Canvas Shop; a Chuck Nation, de Nation's Auto Upholstery; a Linda Perkins, de DeBrovy's Custom Canvas; a Richard Madison; a Anita Donohue; a Julian Ranch; a Lamar y Cheri Gable; a Jay Schmidt; a Maggie Harding; y a Joe B. Jones.

Gracias también, muy especialmente, a Joe Mandel, a Gregory Spears y a Chris Kovach por permitirme utilizar sus nombres.

1

Era un miércoles de mediados de abril y Santa Teresa se exhibía con todo descaro. El verde exuberante del invierno, con su plétora de buganvillas de color púrpura y salmón, había brotado de nuevo con un ostentoso muestrario de azafrán, jacintos y ciruelos en flor. El cielo era de un suave color azul; el aire, tibio y fragante. Múltiples violetas salpicaban la hierba. Yo ya estaba harta de pasarme los días metida en los registros municipales, buscando escrituras de propiedades y fincas embargadas por Hacienda para clientes que a aquellas horas estarían entregándose con toda despreocupación al tenis, el golf y otros pasatiempos improductivos.

Supongo que sufría de una variedad mutante de fiebre primaveral, posiblemente incurable, que consistía en aburrirse y en sentirse inquieta y desconectada de la humanidad en general. Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada en Santa Teresa, ciudad de California situada a ciento cincuenta kilómetros al norte de Los Ángeles. Iba a cumplir treinta y siete años el 5 de mayo, para lo cual faltaban cuatro semanas, y es posible que saberlo contribuyera a mi malestar general. Llevo una vida completamente espartana, sin críos plantas que regar ni perritos que pasear.

El 15 de febrero, dos meses antes, me había mudado a otra oficina tras romper mis relaciones con el bufete Kingman e Ives. Lonnie Kingman había comprado un edificio en la parte baja de State Street y, aunque me había invitado a trasladarme con él, pensé que ya era hora de instalarme por mi cuenta.

Ése fue mi primer error.

El segundo consistió en tropezar, por desgracia, con dos caseros con quienes firmé un contrato que acabó siendo papel mojado y que me dejó en la calle.

Y el tercer error relacionado con la búsqueda de oficina acababa de cometerlo. Movida por la desesperación había alquilado un local en una construcción indescriptible de Caballería Lane, una calle flanqueada por una fila de bungalós idénticos, todos con la fachada blanca y alineados junto a la acera como los Tres Cerditos. La manzana (pequeña, estrecha y rodeada de coches) quedaba entre Santa Teresa Street y Arbor, una calle al norte de Via Madrina, en pleno centro de la ciudad. Aunque el precio estaba bien y la situación era excelente -a un corto paseo de los juzgados, de la policía y de la biblioteca pública-, la oficina en sí dejaba mucho que desear.

Disponía de dos habitaciones. La más grande la dediqué a despacho propiamente dicho; la más pequeña la venía utilizando como zona mixta, una combinación de biblioteca y vestíbulo. Además tenía una cocina estilo yate donde había dispuesto una pequeña nevera, la cafetera y un depósito de agua Sparkletts. También había un lavabo, pequeño y apestoso, con un inodoro y una pila que daban pena. El conjunto olía a moho y yo sospechaba que por la noche, cuando se apagaban las luces, se colaban diminutos animalitos que correteaban pegados a los rodapiés. Para compensarme, el propietario del edificio me había ofrecido multitud de latas de pintura a granel y yo me había pasado casi toda una semana dándole al rodillo y untando látex blanco encima del antiguo color rosa fuerte, un matiz que me recordaba a los órganos internos en plena función. El propietario había accedido igualmente a que limpiaran la moqueta, faltaría más. La espesa moqueta de pe-

lo largo de nailon beis estaba aplastada por el uso y parecía llorar de desesperación. Coloqué de mil maneras el escritorio, la silla giratoria, los archivadores, el sofá y mi colección de plantas artificiales. Pero nada conseguía eliminar el aire general de apatía que impregnaba el lugar. Tenía un montón de dinero ahorrado: veinticinco mil dólares, por si le interesa a alguien, así que en teoría habría podido aspirar a un inmueble mucho más elegante. Por otra parte, por trescientos cincuenta dólares al mes, el local era asequible y satisfacía uno de mis principios básicos en esta vida, que es no vivir nunca, nunca, nunca por encima de las propias posibilidades. No quiero verme obligada a aceptar más trabajo para pagar gastos extraordinarios. El despacho ha de estar a mi servicio, no al revés.

Como los bungalós que había a ambos lados del mío estaban vacíos, me sentía aislada, lo cual podría ser otra ambivalencia más en relación con mi soltería en un mundo de gente casada. Salvo dos breves experiencias matrimoniales que no funcionaron, he vivido sola la mayor parte de mi vida. Y nunca me ha molestado. Más aún, disfruto con mi libertad, mi movilidad y mi soledad. Aunque en los últimos tiempos las circunstancias se habían confabulado para trastornar mi complacencia habitual.

A principios de aquella semana me había encontrado con mi amiga Vera y su marido, el doctor Neil Hess. Yo había salido a correr a última hora de la tarde por el carril bici de la playa cuando los vi paseando a unos metros por delante de mí. Vera había trabajado igual que yo para la compañía de seguros La Fidelidad de California. Cuando Vera conoció a Neil, pensó que era demasiado bajito para ella y trató de endosármelo a mí. Yo supe al primer vistazo que estaban hechos

el uno para el otro y, a pesar de sus protestas, la convencí de que era su media naranja, cosa que al final resultó ser cierta. Aquella tarde paseaban con su hijo de dieciocho meses, que iba en el cochecito, y con un sonriente perdiguero color miel que brincaba y retozaba tirando de la correa. Era evidente que Vera -maciza, pesada, lechosa y serena- estaba esperando otro hijo y, a juzgar por la barriga, le faltaban pocos días. Nos paramos a charlar y entonces me di cuenta de que, en los tres años y medio que no nos veíamos, mi vida apenas había cambiado. La misma casa, el mismo coche, el mismo trabajo y el mismo novio absentista en una relación que no iba a ninguna parte. El descubrimiento se tradujo en un largo ataque de angustia.

Por aquellas fechas, mi querido Henry, el propietario de mi domicilio, estaba de crucero por el Caribe en compañía de sus hermanos y de su cuñada Rosie, que posee la casa de comidas que hay a media manzana de donde vivo. Mientras, yo había ido recogiendo su correspondencia y le había regado las plantas una vez por semana y el patio cada dos días. El local de Rosie seguiría cerrado otros cinco días, de modo que, hasta que volvieran, ni siquiera podía cenar en un entorno íntimo. Sé que todo esto parece cursi, pero estoy moralmente obligada a decir la verdad.

Aquel miércoles por la mañana llegué a la conclusión de que mi estado de ánimo mejoraría considerablemente si dejaba de compadecerme y ordenaba la nueva oficina. Con esa finalidad fui a una tienda de muebles de segunda mano y compré otros dos archivadores, un mueble vertical con casilleros y un aparador con estanterías pintado a la moda para colocar todos los artículos de oficina que se me habían acumulado. Estaba encaramada en un taburete alto y rodeada

por cajas que no había abierto desde que me había mudado al bufete de Lonnie, hacía tres años y medio. Aquello se parecía un poco a Navidad, porque iba descubriendo objetos que ya ni me acordaba de que tenía.

Acababa de llegar al fondo de la caja número tres (de un total de ocho) cuando oí un golpe en la puerta.

-¡Ya voy! -exclamé.

Cuando me di la vuelta, vi al teniente Con Dolan en el umbral, vestía gabardina de color tabaco y tenía las manos metidas en los bolsillos.

-Caramba, ¿qué le trae a usted por aquí? Hace meses que no nos vemos. -Me levanté y me limpié las manos en la culera de los vaqueros.

Le tendí la mano. Me la estrechó con fuerza y cordialidad y sonreía casi con timidez, se notaba que estaba tan contento de verme como yo de vedo a él.

-Me he encontrado con Lonnie en los juzgados y me ha dicho que habías alquilado esta casa, así que se me ha ocurrido pasar por aquí.

-Estupendo. Le agradezco la visita.

-Veo que te estás instalando.

-Ya era hora. Me cambié el quince de febrero y todavía no he hecho nada.

-He oído decir que ha habido un bajón en el trabajo.

-Lo hay, lo hay, al menos en la clase de encargos que a mí me gustan.

Dio una vuelta por la habitación. Parecía inquieto y trataba de ocultar el nerviosismo con un monótono chorro de comentarios banales. Habló con despreocupación de Lonnie, del tiempo y de mil cosas más, mientras yo le daba las respuestas que más indicadas me parecían. No se me ocurría el motivo de su visita, aunque supuse que hablaría de la cues-

motivo de su visita, aunque supuse que hablaría de la cuestión en su debido momento. No era de los que se presentan sin avisar. Lo conocía desde hacía diez años y durante casi todo aquel tiempo había sido jefe del grupo de homicidios de la policía de Santa Teresa. Estaba de baja por enfermedad, marginado por culpa de varios ataques al corazón. Había oído que tenía muchas ganas de volver a trabajar como antes. Según se rumoreaba, sus posibilidades rondaban entre pocas y ninguna.

Se detuvo a mirar el despacho de dentro, echó un vistazo al lavabo y completó el circuito acercándose a mí.

-Lonnie dijo que el sitio no te entusiasmaba y ahora entiendo por qué. Es deprimente.

-¿Verdad que sí? No acabo de explicármelo. Sé que falta algo, pero no sé qué.

-Faltan cuadros.

-¿Usted cree? -Recorrí con la mirada las paredes blancas y desnudas.

-Seguro. Consíguete unos pósters grandes de alguna agencia de viajes y cinta adhesiva. Te alegrarán la habitación. Si falla, siempre puedes quitar el polvo a las plantas artificiales.

Andaba por los sesenta y tantos años y los problemas cardiacos le habían dejado en la cara un rictus de amargura. Sus habituales ojeras tenían un matiz más oscuro y todo su rostro parecía impregnado de melancolía. Por lo visto, contaba el tiempo que llevaba alejado del servicio afeitándose un día sí y otro no, y aquel día era no. En tiempos mejores, su cara había mostrado una propensión al abotargamiento, pero ahora su boca estaba curvada como si sintiera un descontento crónico. Precisamente lo que yo necesitaba.

Podría haber jurado que seguía fumando, porque la gabardina, cuando se movía, le olía a nicotina. La última vez que lo vi estaba en una cama del hospital. Fue una visita más bien torpe. Dolan me había intimidado siempre, por lo menos hasta aquel momento, porque jamás lo había visto enfundado en una bata de hospital, con una abertura posterior por la que se le veía el trasero. Desde entonces sentía mayor simpatía por él. Sabía que yo le caía bien a pesar de que sus modales siempre habían oscilado entre la hosquedad y la brusquedad.

-¿Ocurre algo? -pregunté-. No puedo creer que haya venido sólo para darme consejos sobre decoración.

-En realidad iba a comer y se me ocurrió que podíamos comer juntos, bueno, si estás libre.

Miré el reloj. Sólo eran las diez y veinticinco.

-Claro que sí -dije-. Recojo el bolso y la chaqueta y estoy con usted.

Optamos por ir andando. Llegamos a la esquina, doblamos a la derecha y tomamos Santa Teresa Street en dirección norte. Pensaba que acabaríamos en el Del Mar o en el Arcade, dos restaurantes a los que solían acudir los de la comisaría. Pero el caso es que recorrimos otras tres manzanas y finalmente entramos en un cuchitril llamado Sneaky Pete's, aunque el nombre que figuraba en la entrada decía otra cosa. El local estaba casi vacío: una pareja en una mesa y un puñado de bebedores diurnos sentados al otro extremo de la barra. Dolan ocupó un taburete en el extremo más cercano y yo tomé asiento a su izquierda. La camarera dejó el cigarrillo en un cenicero, buscó una botella de Old Forrester y le sirvió un vaso antes de que abriera la boca. Dolan encendió un cigarrillo y advirtió mi expresión.

-¿Qué?

-Pues, verá usted, teniente Dolan. Me estaba preguntando si eso forma parte de su programa de recuperación cardiaca.

Se volvió hacia la camarera.

-Cree que no me cuido bien -le dijo.

La camarera le puso el vaso delante.

-A saber por qué se le habrá ocurrido.

Le eché cuarenta y tantos años. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido con peinetas de carey. Se le veían algunos mechones grises. No iba muy maquillada, pero parecía el tipo de persona en quien se podía confiar, en sentido hostelero.

-¿Qué te pongo?

-Tomaré una Coca-Cola.

Dolan me señaló con el pulgar.

-Kinsey Millhone. Es una investigadora privada de aquí. Vamos a comer.

-Tannie Ottweiler -se presentó la camarera-. Encantada de conocerte. -Nos estrechamos la mano, luego metió la suya debajo de la barra y sacó dos juegos de cubiertos, envueltos en sendas servilletas de papel, y los colocó sobre la barra-. ¿Os vais a quedar aquí sentados?

-No, en esa mesa que hay junto a la ventana -dijo Dolan señalando con la cabeza.

-Enseguida estoy allí.

Dolan se puso el cigarrillo entre los labios y, mientras recogía el vaso de whisky y se apartaba del mostrador, el humo le obligó a cerrar el ojo derecho. Lo seguí y me di cuenta de que había elegido el lugar más apartado. Nos sentamos y colgué el bolso en una silla cercana.

-¿Hay menú?

Se quitó la gabardina y tomó un sorbo de whisky.

-Aquí lo único que vale la pena pedir es el bocadillo de salami a la pimienta con pan de semillas y queso a la pimienta fundido. El cabrón te deja horizontal. Tannie le pone un huevo frito encima.

-Suena estupendo.

Tannie llegó con la Coca-Cola. Hubo un breve tiempo muerto mientras Dolan pedía los bocadillos.

Cuando se fue Tannie, pregunté:

-Bien, ¿qué pasa?

Se removió en la silla y miró a su alrededor antes de volver a posar los ojos en mí.

-¿Te acuerdas de Stacey Oliphant? Dejó la oficina del sheriff hará unos ocho años. Seguro que lo conociste.

-Creo que no. Sé quién es. Todo el mundo habla de Stacey..., pero él ya no estaba en la oficina del sheriff en la época en que me asocié con Shine y Byrd. -Morley Shine y Benjamin Byrd habían trabajado juntos como investigadores privados. Ambos habían estado estrechamente relacionados con la oficina del sheriff. Me contrataron en 1974 y me enseñaron el oficio mientras yo acumulaba las horas que necesitaba para solicitar la licencia-. Debe de andar por los ochenta años.

Dolan negó con la cabeza.

-Tiene setenta y tres. Resulta que hacer el vago lo sacaba de sus casillas. No podía soportar la tensión y volvió a la oficina del sheriff a media jornada, trabajando en casos de poca monta para los de investigación criminal.

-Qué bien.

-Esa parte sí. Lo malo es que le han diagnosticado un cáncer; un linfoma, pero no de Hodgkin. Es la segunda vez. Ha estado en remisión durante años, pero los síntomas vol-

vieron a aparecer hace unos siete meses. Cuando se enteró, había alcanzado la fase cuatro..., la cinco es la muerte, para que lo entiendas. El pronóstico a largo plazo es penoso; sobrevive una media del veinte por ciento si el tratamiento funciona, y puede que no funcione. Ha pasado seis sesiones de quimioterapia y ha probado una serie de fármacos experimentales. El pobre está hecho polvo.

-Suena horrible.

-Lo es. Iba tirando como podía y de la noche a la mañana se sintió como la mierda. Lo han ingresado en el hospital hace un par de días. Los análisis de sangre revelaron que tenía una anemia grave y decidieron hacerle una transfusión. Luego, ya que estaba ingresado, resolvieron someterle a más pruebas para ver en qué situación estaba. Él es pesimista, desde luego, pero, en mi opinión, siempre hay esperanza.

-Lo siento mucho.

-No tanto como yo. Lo conozco hace treinta años, más que a mi mujer. -Dolan dio una chupada al cigarrillo y se acercó un pequeño cenicero que había en la mesa de al lado. Dejó caer la ceniza.

-¿Cómo se conocieron? Tenía entendido que Stacey trabajaba en el norte del condado. Usted estaba en la policía de aquí.

-Él ya trabajaba en la oficina del sheriff cuando nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Fue por 1948. Yo vengo de una familia obrera, nada de gente culta ni intelectuales. Había dejado el ejército por problemas de conducta. Era un gallito y un chulo. Fui de aquí para allá durante un par de años sin hacer nada de provecho. Por fin encontré trabajo en una estación de servicio de Lompoc. Era una ocupación sin futuro.

»Una noche se presentó un tipo y apuntó al encargado nocturno con una pistola. Yo había terminado mi turno y estaba en el cuarto trasero lavándome, cuando me di cuenta de lo que pasaba. Empuñé una llave inglesa, salí a hurtadillas por la puerta lateral y me dirigí a la parte delantera. El tipo estaba tan ocupado vigilando al encargado y cuidando de que no llamara a la poli que no me vio llegar. Le aticé de firme y lo dejé en el suelo. El ayudante del sheriff que lo detuvo era Stacey.

»Sólo me lleva diez años, pero, si alguna vez he tenido un mentor, es él. Él me convenció de que me metiera en la policía. Aproveché la Ley del Soldado para ir a la universidad y entré contratado en la comisaría de policía en cuanto hubo una plaza libre. Incluso me presentó a Grace, con la que me casé seis meses más tarde.

-Por lo visto, ese hombre cambió el curso de su vida.

-En muchos aspectos, sí.

-¿Tiene familia por la zona?

-Ningún pariente cercano. Siempre ha estado soltero. Tuvo un ligue, si se le puede llamar así a nuestra avanzada edad, que le duró un tiempo. Es un buen tipo, pero por alguna razón no funcionó. Desde que murió Grace hemos pasado mucho tiempo juntos. Vamos a cazar o a pescar cuando se presenta la ocasión. Últimamente, como ahora estoy de baja, hemos ido muchas veces.

-¿Y qué tal lleva lo suyo?

-Así, así. Tiene demasiado tiempo libre y poco que hacer salvo darle vueltas a la olla. Ya ni sé las veces que le he oído decir esto: que un tipo se retira con treinta años de servicio y lo siguiente que sabes de él es que ha caído enfermo y se

ha muerto. Stacey no habla mucho del tema, pero yo sé cómo le funciona la mente. Tiene una depresión de la hostia.

-¿Es religioso?

-Qué va. Asegura que es ateo, pero ya lo veremos. Yo antes iba siempre a la iglesia, al menos mientras vivía Grace. No sé cómo vas a enfrentarte a la muerte sin creer en algo. Es que si no, no tiene sentido.

Dolan levantó la mirada cuando llegó Tannie con las bandejas, los bocadillos y las patatas fritas recién hechos, además de dos pedidos para otra mesa. El teniente interrumpió lo que me estaba contando para cruzar unas palabras con ella. Yo me dediqué a sacudir el frasco del tomate hasta que cayó una chorretada sobre el cuadrante sureste de las patatas fritas. Sabía que Dolan se proponía algo, pero se lo estaba tomando con calma chicha. Levanté la parte superior del redondo panecillo y cubrí con una capa de sal todo lo que había a la vista. Di un mordisco y saboreé la yema que se escurría y mojaba el pan. La mezcla de salami y queso a la pimienta fue una experiencia de las que hacen historia. Lancé uno de mis gemidos gastronómicos favoritos. Roja como la grana, levanté los ojos para miradas, pero ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta.

Cuando Tannie se fue, Dolan apagó el cigarrillo e hizo una pausa para soltar una ristra de toses, tan fuertes que todo el cuerpo le temblaba. Imaginé sus pulmones como unos fuelles negros que se vaciaban poco a poco.

Sacudió la cabeza.

-Perdona. Tuve un fuerte resfriado hace un mes y me está costando librarme de él. -Tomó un trago de whisky para calmar la irritación de la garganta. Empuñó el bocadillo con las dos manos y siguió con la historia entre mordisco y mor-

disco-. Desde que Stacey está ingresado he hecho lo que he podido para que su casa se mantuviera limpia. Está toda patas arriba. Tiene que salir mañana del hospital y no quiero que llegue y se la encuentre hecha una guarrería. -Dejó de comer momentáneamente para encender otro cigarrillo, que se puso en la comisura de los labios mientras sacaba del bolsillo interior de la cazadora una especie de folleto enrollado-. Ayer encontré un montón de papeles en la mesa de su cocina. Esperaba topar con el nombre de algún amigo suyo al que llamar por teléfono, alguien que lo animara. Tener expectativas, aunque sea por una bagatela, le puede venir muy bien a Stacey. El caso es que no vi nada de esa naturaleza, pero encontré esto.

Puso el documento enrollado sobre la mesa, delante de mí. Engullí el último bocado y me limpié las manos con una servilleta antes de tocarlo. Supe inmediatamente que era una copia de un expediente de la oficina del sheriff. En la cubierta ponía 187 PC, lo que indicaba que era un homicidio, con el número del caso a continuación. Las hojas, unas sesenta y cinco o setenta en total, estaban sujetas con una guía de pinza; al final había una serie de notas escritas a mano. Volví a mirar la cubierta.

Víctima: Juana Nadie
Encontrada: Domingo 3 de agosto de 1969
Lugar: Cantera de Grayson, autopista 1, Lompoc

Debajo de «Agentes asignados» había cuatro nombres y uno de ellos era Stacey Oliphant.

Dolan adelantó el tórax.

-Ya ves que fue uno de los agentes encargados de la investigación desde el principio mismo. Stace y yo encontramos el cadáver. Aquel día habíamos ido allí a cazar ciervos y habíamos dejado el todo terreno junto a la carretera. Creo que ahora hay una puerta al otro lado de la calzada, pero entonces la finca estaba abierta. En cuanto bajamos del coche notamos el olor. Los dos supimos de qué se trataba..., algo que llevaba muerto varios días. No tardamos en descubrir dónde estaba. La habían arrojado por un terraplén como si fuera una bolsa de basura. Es el caso en el que estaba trabajando cuando se puso mal. Siempre le ha fastidiado no averiguar quién era la chica, y no digamos quién la mató.

Sentí un lejano burbujeo en la memoria.

-Lo recuerdo. ¿No la habían apuñalado y tirado luego por ahí?

-Exacto.

-Es curioso que entonces no pudieran identificarla.

-Él pensaba lo mismo. Es un caso que tenía realmente atravesado. Todavía cree que pasó por alto algún detalle. Lo repasaba una y otra vez, siempre que podía, pero nunca sacó nada en claro.

-¿Y qué quiere usted? ¿Intentarlo una vez más?

-Si puedo convencerlo, sí. Creo que le vendría bien dado su estado de ánimo.

Hojeé las fotocopias fijándome en la progresión de las fechas y los acontecimientos.

-Parece que aquí está todo.

-Con copias en blanco y negro de las fotos del escenario del crimen. Stace tenía otro par de expedientes, pero éste es el que yo vi. -Se detuvo para limpiarse la boca y apartó la bandeja-. Volver a meterse en el caso y seguir algunas pistas

le animaría. Él podría hacer de investigador jefe mientras nosotros llevamos a cabo el trabajo duro.

Lo miré de hito en hito.

-Usted y yo.

-Claro, ¿por qué no? Te pagaremos el tiempo que inviertas.

Por ahora, lo único que sugiero es que los tres nos sentemos a hablar. Si a él le gusta la idea, seguiremos adelante. Si no, supongo que tendré que inventarme otra cosa.

Tamborileé con los dedos sobre el expediente.

-No quisiera señalar lo que está a la vista, pero de esto hace ya dieciocho años.

-Lo sé, pero aparte de las pesquisas de Stacey no ha habido el menor avance desde 1970 aproximadamente. ¿y si lo resolvemos? Imagina hasta qué punto eso podría ayudarlo. Supondría una gran diferencia.

Era la primera vez que veía algo de animación en su cara. Fingí meditarlo, pero había poco que discutir. Estaba harta de trámites y gestiones, hasta el gorro de buscar archivos y comprobar antecedentes.

-¿Stacey puede acceder todavía a la oficina del sheriff?

-Sí. Tiene allí muchos compañeros que cuentan maravillas de él. Probablemente nos darán cualquier cosa que necesitemos, dentro de un orden, como es lógico.

-Deje que me lo lleve a casa para leerlo.

Dolan se arrellanó en el asiento esforzándose por no parecer complacido.

-Estaré en el CC entre las seis y medianoche. Ven hacia las ocho. Nos acercaremos al hospital y le daremos a Stacey un poco de adrenalina.

Sin darme cuenta, sonreí.

2

Pasé la primera parte de la tarde en la oficina nueva, aporreando la Smith-Corona portátil. Redacté dos informes atrasados, archivé las copias, preparé facturas y limpié el escritorio. Empecé con los pagos a las tres y a las cuatro menos veinticinco estaba rellenando el último cheque, que arranqué del talonario. Lo metí en un sobre y lamí la franja engomada tan concienzudamente que casi me corté la lengua. Hecho esto, fui al antedespacho y volví a meter en el ropero todas las cajas sin abrir. Nada como una pequeña motivación para mover el culo.

La cena de aquella noche consistió en un sándwich de mantequilla de cacahuete con variantes, regado con una Pepsi light con hielo. Comí en la minúscula sala de estar, encogida en el sofá que había pegado al saledizo de la ventana. En vez de plato utilicé un trozo de papel de cocina que doblé para limpiarme delicadamente los labios cuando terminé. Con la primavera en ciernes, aún no había oscurecido del todo. El aire todavía era frío, sobre todo cuando se ponía el sol. Por la ventana entreabierta se colaban el lejano rumor de una cortacésped y ocasionales retazos de conversación de la gente que pasaba. Vivo a una manzana de la playa, en una travesía que sirve de aparcamiento cuando Cabana Boulevard está de bote en bote.

Dejé resbalar la columna por el respaldo del sofá, apoyé los pies con los calcetines puestos en la mesita de servicio y me dispuse a trabajar. Leí el comienzo del expediente con rapidez, a la velocidad justa para saber qué terreno pisaba. El investigador jefe del caso había sido un agente llamado

Brad Crouse. Los otros investigadores, aparte de Stacey Oliphant, eran el agente Keith Baldwin, el sargento Oscar Wallen, el sargento Melvin Galloway y el ayudante Joe Mandel. Mucho personal. Crouse había redactado la mayoría de los informes, utilizando para ello varias hojas de papel carbón; Stacey Oliphant, al parecer, los había fotocopiado luego tras sacarlos de los archivos. A juzgar por el número de tachaduras, deduje que el agente Crouse no había sido el primero de la clase de mecanografía. Seguro que si pegaba la oreja al papel oiría los ecos de sus antiguas maldiciones entre las líneas mecanografiadas.

Resulta extraño leer un expediente antiguo; es como leer una novela policíaca empezando por la última página y estropeando la sorpresa del desenlace. El último documento, una carta de un perito en suelos de San Pedro, estaba fechada el 28 de septiembre de 1971 y decía que la muestra enviada por la oficina del sheriff del condado de Santa Teresa era imposible de distinguir de otras muestras parecidas recogidas por todo el estado de California. Atentamente, etcétera. Una lástima. Fin del trayecto, colega. Volví al principio y empecé a leer de nuevo, esta vez tomando notas.

Según el primer agente que llegó al escenario del crimen, el cadáver de la chica había sido arrojado por el borde de un terraplén, a unos diecisiete metros de la carretera y desde una altura de unos cinco metros. Stacey Oliphant y Con Dolan la habían visto aproximadamente a las cinco de la tarde de aquel domingo, a las 17:00 horas, como decía el informe. Yacía sobre el costado izquierdo encima de una lona impermeable y tenía las manos atadas delante con un cable eléctrico forrado con plástico blanco. Llevaba una blusa de tergal azul oscuro y pantalón blanco de algodón estampado

con margaritas de color azul oscuro que tenían un punto rojo en el centro. En el pie derecho conservaba una sandalia de cuero; la otra sandalia apareció a poca distancia cuando registraron la zona. Las marcas dejadas en el barro sugerían que la habían arrastrado hasta el borde del terraplén.

Dolan y Oliphant pudieron distinguir, incluso antes de bajar la pendiente, la multitud de heridas de arma blanca que tenía en el pecho. También se notaba que le habían dado un corte en el cuello.

Oliphant avisó inmediatamente a la policía de Lompoc. Como entraba en la jurisdicción de las autoridades del condado, enviaron al lugar a dos ayudantes del sheriff que estaban de servicio. El ayudante Joe Mandel y el sargento Melvin Galloway llegaron veinte minutos después de efectuarse la llamada. Hicieron fotografías de la difunta y de los alrededores. Luego trasladaron el cadáver al tanatorio de Lompoc, donde aún tenía que verlo el funcionario del juzgado. Mientras, los ayudantes del sheriff rastrearon las cercanías, tomaron muestras del suelo y metieron en bolsas la lona, un arbusto roto que estaba cerca y dos tallos que parecían manchados de sangre.

El martes 5 de agosto de 1969, Mandel y Galloway volvieron al escenario del crimen para hacer mediciones: la distancia de la carretera al lugar donde se había encontrado el cadáver, la anchura del firme de la carretera y el punto donde habían encontrado la sandalia perdida. El sargento Galloway tomó fotos de diversos ángulos: del terraplén, de arbustos pisoteados y de las huellas que quedaban tras haber arrastrado el cadáver. No vi un solo dibujo del escenario del crimen; si existió alguno al principio, es posible que con los años transcurridos lo hubieran sacado del expediente.

Me tomé un minuto para observar las fotografías, que eran escasas y aportaban poquísima información: ocho reproducciones en blanco y negro, una de la carretera, otra de un agente señalando un arbusto roto, otra del terraplén a cuyo pie se había encontrado el cadáver y cuatro del cadáver a unos cinco metros de distancia. No había fotografías del rostro de Juana Nadie, ni de sus heridas, ni del cable con el que le habían atado las manos. Se veía la lona debajo de ella, pero era difícil apreciar hasta dónde había tapado el cuerpo, si es que lo había tapado. Los tiempos han cambiado. Las prácticas actuales habrían aconsejado hacer cincuenta fotografías más un vídeo y un detallado dibujo del escenario del crimen. En el mismo sobre encontré otras cinco fotografías, todas ellas descoloridas, de las sandalias, las bragas, la camisa, el sujetador y los pantis de la joven muerta, todo desplegado encima de una especie de papel blanco.

La autopsia se había llevado a cabo el 4 de agosto de 1969 a las diez y media de la mañana. Arrugué la frente, hice deducciones y conjeturas y recorrí como pude el informe, descifrando la cháchara técnica al mínimo imprescindible para suponer lo que se estaba diciendo. Dada la avanzada descomposición del cadáver, las medidas eran aproximadas. La estatura de la joven muerta se calculó entre el metro cincuenta y ocho y el metro sesenta, y el peso entre cincuenta y cinco y cincuenta y siete kilos. Tenía los ojos azules y el pelo teñido de rubio rojizo, aunque ya se apreciaban las oscuras raíces del cabello. En el lóbulo izquierdo podía verse un pequeño pendiente de oro con forma de herradura. En el lóbulo derecho llevaba un pendiente parecido, también de oro, con el extremo inferior enroscado y formando un broche. Los rasgos faciales eran indistinguibles debido a la pérdida de la

piel, a los gases y a la descomposición. El examen del cuerpo reveló ocho heridas profundas de arma blanca en el centro de la espalda, por debajo del omóplato izquierdo; dos heridas de arma blanca en la base del cuello, a ambos lados; cinco heridas de arma blanca entre los pechos; y una herida más grande, también de arma blanca, que había alcanzado el corazón. Ya había gusanos por todas partes. Debido a la descomposición, el patólogo no pudo determinar la presencia de cicatrices ni de señales identificadoras. No se apreciaron fracturas de huesos ni deformidades, tampoco lesiones ni heridas en la parte externa del aparato genital. Las trompas de Falopio y los ovarios eran normales y la cavidad uterina estaba vacía. La causa de la muerte se atribuyó a las múltiples heridas de arma blanca en el cuello, el pecho, el corazón y los pulmones.

Al concluir el examen, el patólogo retiró los dedos de Juana Nadie, cuyas uñas estaban pintadas con esmalte plateado; un agente los etiquetó y los envió por correo a la División de Identificación del FBI, en Washington D.C. Las radiografías de los maxilares superior e inferior pusieron de manifiesto la existencia de empastes de mercurio. También tenía lo que popularmente se llama dientes saltones y un colmillo torcido en el lado izquierdo. Un dentista al que se le consultó más tarde sugirió que la endodoncia general se había hecho durante los dos años anteriores al fallecimiento, es decir, en 1967 o 1968. Situó su edad entre el final de la adolescencia y los veintitantos años. Un odontólogo forense, al examinar los maxilares en fecha posterior, redujo la edad de la chica a quince años, treinta y seis meses arriba o abajo y añadió que había muerto antes de cumplir los dieciocho.

El miércoles 6 de agosto, el sargento Galloway presentó las siguientes prendas y pistas al ayudante del sheriff encargado del almacén donde se guardaban los efectos personales:

1) Una blusa de color azul oscuro de cendal o tergal, de manga larga y abombada, marca desconocida, manchada de sangre.

2) Unos pantalones blancos de mujer, confección doméstica, con flores azules de centro rojo, talla desconocida.

3) Unas bragas rosa, talla mediana, con etiqueta de Penney.

4) Un sujetador negro, talla 38 A, con etiqueta de Lady Suzanne.

5) Unas sandalias de mujer, de cuero marrón, de las de hebilla, con cuatro ganchos metálicos en las correas. Número 37. Con un Made in Italy en letras doradas en la parte interior de la suela.

6) Una lona sucia, con sangre y manchas de todo tipo.

Los pendientes de la chica muerta, una horquilla del pelo y el cable que le habían quitado de las muñecas también figuraban como pistas.

La oficina del sheriff debió de enviar la información esencial sobre la muerta a otros organismos de seguridad, porque a continuación aparecía una serie de informes, recibidos en el curso de varias semanas, con datos sobre multitud de personas desaparecidas que se pensaba que podían coincidir con la descripción de «Juana Nadie». En la zona se recuperaron tres coches sustraídos, uno con un surtido de prendas femeninas en el asiento trasero. Según notas manuscritas y archivadas en fecha posterior, ese coche no te-

nía nada que ver con el caso. El segundo vehículo, un Mustang descapotable rojo del 66, con matrícula de Arizona, robado de un taller de tapizado de coches en Quorum, California, fue devuelto a su legítimo propietario. El tercer vehículo, un Chevrolet rojo del 67, estaba relacionado con un homicidio cometido en Venice, California. El conductor fue detenido y condenado más tarde por ese delito.

Detuvieron también a un vagabundo para interrogarlo, pero lo dejaron en libertad. Además había una denuncia contra un empleado de veinticinco años que había huido con los 46,35 dólares en billetes y monedas que le había robado al propietario de una gasolinera a las afueras de Seagate. Se localizó al vigilante de un parque natural junto a la costa cercana y se le interrogó acerca de las personas que pudo haber visto por los alrededores. No aportó información relevante. En tres ocasiones independientes entre sí se llevaron a un autoestopista para interrogarlo, pero no se detuvo a ninguno de los tres. Corría el verano de 1969 y una continua marea de hippies emigraba al norte por aquella carretera. A los hippies solía mirárseles con recelo, ya que se daba por hecho que estaban siempre drogados, y probablemente tenían razón.

A las diez y media del 6 de agosto de 1969, el detective Crouse interrogó a una dependienta, llamada Roxanne Faught, que trabajaba en un autoservicio de la autopista 101 y que se había puesto en contacto con la oficina del sheriff para informar de que el viernes 1 de agosto había visto a una joven que encajaba con la descripción de Juana Nadie. La señorita Faught declaró que la muchacha se había servido un café y un bollo, pero no había podido pagarlos. Faught abonó el importe de su bolsillo, motivo por el que el incidente se le

había grabado en la memoria. Ya la había visto antes, haciendo autoestop hacia el norte; pero cuando salió del trabajo, a las tres de la tarde, ya no estaba en la carretera. La chica del autoservicio no llevaba equipaje, ni bolso ni monedero. Hubo más personas que llamaron para dar información pero de ahí no salió nada.

A medida que transcurrían los días y las semanas se fueron recibiendo llamadas que informaban sobre la presencia de vehículos de las marcas, los modelos y las descripciones más dispares en los alrededores de la cantera, tanto antes como después del descubrimiento del cadáver. Como suele suceder en toda investigación, profundizar en un solo caso destapó multitud de delitos periféricos: vagabundeo, invasión de la propiedad ajena, embriaguez pública, hurtos menores, todo de poca importancia. Era innegable que muchos ciudadanos procuraban recordar todos los incidentes extraños o anormales que habían presenciado en las semanas anteriores al crimen. Dado el estado de la cuestión, cualquier declaración podía contener una pista vital sobre la joven asesinada o sobre la persona que la había matado.

Se investigaron a conciencia todos los avisos telefónicos, todas las pesquisas extraoficiales, y hasta todos los rumores. Al final de cada informe había una lista con el nombre, la dirección y el teléfono de todos los interrogados. Los agentes se pusieron al habla con la dirección de los almacenes JCPenney de Lompoc y Santa Teresa para preguntar por la prenda de la difunta que llevaba la etiqueta de Penney, pero era un artículo que podía adquirirse en cualquier establecimiento de la cadena. Al final, la joven quedó sin identificar y, conforme el otoño se convertía en invierno, disminuyeron las posibilidades. La lona no llevaba ninguna etiqueta identifi-

cadora. Se dejó el cable en el laboratorio para que lo analizaran. El laboratorio estableció que un cable de aquellas características «era, con toda seguridad, de los que se emplean para conexiones de bajo voltaje y escaso amperaje, con poca o nula tensión sobre el tendido y con altas necesidades de protección contra la abrasión y la humedad, tal vez para las luces de un coche o un equipo de iluminación de bajo voltaje». En diciembre de 1970, los intervalos entre los informes eran ya muy largos y cada vez llegaba menos información.

Stacey volvió sobre el caso en distintos momentos durante los años siguientes. Afinó la lista de testigos y parecía que los hubiera puesto en orden según la importancia, al menos desde su punto de vista. Se habían eliminado muchos, porque la información que habían dado era demasiado vaga o sus indicaciones demasiado rebuscadas. En algunos casos, los informes posteriores aclaraban que las preocupaciones e interrogantes que planteaba la gente no habían sido relevantes. Todas las llamadas en las que se había denunciado la desaparición de una joven las había investigado puntualmente. En cierta ocasión, las radiografías dentales no coincidían con las de Juana Nadie. En otra, la comisaría de policía informó a la oficina del sheriff de que la joven en cuestión era una fugitiva habitual y había vuelto a casa al cabo de unos días. En otra, la madre de la desaparecida llamó a los encargados de la investigación para decides que su hija estaba vivita y coleando. Stacey había llamado incluso a los teléfonos anotados en los partes de oficio con la esperanza de localizar a personas, cuya información parecía pertinente, pero muchos números se habían dado de baja o se habían asignado a otros abonados.

Cuando por fin cerré el expediente y miré el reloj, vi que eran sólo las siete y cuarto; disponía de tiempo más que de sobra para encontrarme con Dolan en el CC. Me calcé las botas, busqué la chaqueta y el bolso y me dirigí al coche.

El Café Caliente, más conocido como CC, es un restaurante del barrio con una extensa carta de platos norteamericanos rebautizados en español. La comida era probablemente el granito de arena que ponía la dirección con objeto de que los clientes estuvieran lo bastante sobrios para volver a casa sin incurrir en ninguna infracción de tráfico. Los alrededores habían sufrido una gran transformación desde mi última visita, hacía ya dos años. El restaurante era una estación de servicio abandonada y reconvertida. Durante la reconversión habían quitado los surtidores y los depósitos subterráneos, pero se habían limitado a echar alquitrán encima del suelo contaminado, y el octavo de hectárea de terreno asfaltado se utilizaba ahora como aparcamiento de los clientes. Con el paso del tiempo, los vecinos acabaron quejándose de las filtraciones tóxicas que salían del suelo: una guarrería química lo bastante potente como para ennegrecer las suelas de los zapatos. En plena canícula, el asfalto se volvía pegajoso y olía a té dragón negro, que es lo mismo que decir a neumático quemado. En invierno, la superficie se hinchaba, se abarquillaba y se resquebrajaba, y dejaba al descubierto una sustancia pastosa, tan corrosiva que producía hemorragias nasales. Los gatos callejeros sufrían accesos de tos convulsiva cuando se acercaban. Los perros vagabundos comenzaban a dar vueltas de repente, como si estuvieran neurasténicos. Como es lógico, el propietario del terreno no tenía el menor interés en pagar los cientos de miles de dólares que hacían

falta para limpiar aquel suelo asqueroso e infecto, pero la administración había acabado por intervenir y el aparcamiento se había levantado, como primer paso para eliminar toda la tierra contaminada. Durante la excavación se habían encontrado varios utensilios de los indios chumash y de la noche a la mañana el lugar se había convertido en el centro de una discusión a cuatro bandas: la tribu india, el propietario del terreno, el ayuntamiento y los arqueólogos. El litigio era tan complicado que resultaba imposible saber quién estaba del lado de quién.

Como prueba de su lealtad, los clientes siguieron acudiendo durante meses, atravesando aquella tierra hedionda, soportando retrasos e inconvenientes, aguantando a los piquetes, las advertencias oficiales, las pancartas, los tubos de escape, el lodo en los zapatos y alguna que otra costalada, sólo para tomarse su ración diaria de bebida. El aparcamiento estaba vallado y el camino hasta la puerta principal era ahora un estrecho sendero de tablas de 5 x 10 cm., unidas por los extremos. Al llegar a la puerta me sentí como una gimnasta manoteando en la barra de equilibrio antes de una caída inoportuna.

El rótulo rojo de neón que colgaba a la entrada todavía susurraba y gruñía como una lámpara de jardín y el aire que salía a vaharadas olía a tabaco y a tortitas de maíz fritas en manteca de cerdo de la semana anterior. Un dúo de batidoras gemía acompañado por el castañeteante tintineo de cubitos de hielo que chocaban entre sí mientras se mezclaban con la tequila y los demás ingredientes del cóctel margarita. El Café Caliente abre todas las mañanas a las seis y no cierra hasta las dos de la madrugada. Su mayor virtud es hallarse fuera de los límites municipales, lo que proporciona un refu-

gio constante para los agentes de policía fuera de servicio que necesitan airearse al final de una dura jornada, o después de almorzar o de desayunar.

Al cruzar la puerta confieso que pensé en la posibilidad de coincidir con un poli de Estupefacientes de Santa Teresa llamado Cheney Phillips. Nuestra larga amistad nunca había llegado a la categoría de romance (entre otras cosas, el mancebo tenía novia), pero la esperanza es lo último que se pierde. Se rumoreaba que había roto con ella, así que supuse que hacer acto de presencia no dañaría a nadie.

Mi interés particular se acentuaba por el hecho de que no tenía ninguna noticia de Robert Dietz desde hacía meses. Es un investigador privado en situación de semirretiro que fue guardaespaldas mío en 1983, cuando contrataron a un sicario barato para borrarme del mapa. Desde entonces nuestra relación había sido intensa y esporádica, con largos e inexplicables intervalos entre un encuentro y otro. Dos semanas antes lo había llamado a Carson City, Nevada, y le había dejado un mensaje en el contestador. Hasta el momento no se había molestado en devolverme la llamada, lo que significaba que se encontraba fuera del país o se había liado con otra. Aunque estaba loca por Dietz, nunca lo había considerado mi compañero, mi pareja estable y con quien siempre podía contar, ni mi media naranja (sea esto lo que fuere). Eso sí, Dietz y yo llevábamos tanteando unos cuatro años, aunque entre nosotros no había compromisos ni promesas por ninguna de las dos partes. Por supuesto, a mí me picaba su indiferencia, aunque era tan culpable como él.

Vi a Dolan en la barra. Llevaba una desgastada cazadora marrón de aviador. Me detuve un momento para echar un vistazo a la clientela y vi que su mirada se volvía hacia mí. Dolan

había sido poli demasiados años para no estar siempre ojo avizor, y constantemente se fijaba en las caras con la esperanza de que coincidieran con alguna de las fotos de las fichas que pasaban por su mesa. Fuera de servicio o no, ningún poli puede resistirse a la idea de identificar a un delincuente por casualidad y detenerlo.

Levantó la mano para captar mi atención y me abrí paso hacia él entre la gente que esperaba mesa. Los dos taburetes que lo flanqueaban estaban ocupados, pero miró fijamente a los ocupantes y uno se levantó para cederme el sitio. Dejé el bolso a mis pies y me senté en el taburete. El cenicero que Dolan tenía delante estaba lleno de colillas y no necesité ninguna de mis muy desarrolladas facultades para percatarme de la cantidad de cigarrillos que ya llevaba fumados, incluyendo el que encendía en ese momento con la colilla del anterior. Se había pedido un Old Forrester y todo él olía como un pastel de frutas de Navidad, aunque sin las guindas. Para acompañarse picoteaba de un plato de tapas, jalapeños fritos rellenos con queso fundido. Preferí no decirle que sus costumbres eran una constante equivocación. No hay nada más odioso que nos señalen los errores más evidentes que cometemos.

-Pensé que Cheney Phillips estaría por aquí -dije-. ¿Lo ha visto?

-Creo que está en Las Vegas, de luna de miel.

-¿De luna de miel? Pensaba que habían roto.

-Está con otra, una chavala que conoció aquí hace cinco o seis semanas.

-Bromea.

-Me temo que no. De todas formas, olvídate de Cheney Phillips. No es tu tipo.

-Yo no tengo ningún tipo. Claro que tampoco tengo novio, pero eso es otra cuestión.

-Cómete una guindilla.

-Gracias -dije.

Di un bocado al pimiento y saboreé el queso fundido antes de que el picor me quemara la lengua. La máquina de discos se puso en marcha y me volví para mirar por encima del hombro cuando empezaron a revolotear por la sala las notas de una canción country. La Wurlitzer era vieja, un artilugio macizo, con muchas curvas, con un arco iris giratorio y burbujas que subían por los lados.

Volví a mirar a Dolan y traté de imaginar cuánto habría bebido. No se le atascaban las palabras, pero sospeché que estaba tan acostumbrado a beber alcohol que no daría indicios de embriaguez ni aunque se cayera del taburete. No sabía si había seguido bebiendo después del almuerzo o si se había ido a su casa a echar una siesta entre vaso y vaso. Un vistazo al reloj me indicó que sólo eran las ocho menos veinticinco, aunque debía de llevar sentado allí desde las cuatro de la tarde. No me convencía mucho la idea de trabajar con alguien que iba a estar como una cuba todos los días. El hecho de que fumara constantemente tampoco me hacía ninguna gracia, pero no podía hacer nada al respecto, de modo que cuanto menos se hablara, mejor.

-¿Qué tal se encuentra Stacey? ¿Ha hablado ya con él?

-Lo he llamado a las seis y le he dicho que pasaríamos a verlo. Está harto de que hurguen en su cuerpo y de que lo pinchen, y sólo quiere largarse de allí. Supongo que lo soltarán mañana, cuando tengan los resultados de los análisis.

-¿Le ha explicado su idea?

-Brevemente. Le dije que lo pondríamos al corriente cuando llegáramos. ¿Qué opinas del caso?

-La verdad es que el asunto me gusta. No suelo tener oportunidad de ver partes e informes de la policía así de cerca.

-El procedimiento no ha cambiado tanto en los últimos veinte años. Ahora somos mejores, más concienzudos y sistemáticos, y disponemos de más tecnología.

El camarero se nos acercó.

-¿Qué le pongo?

-Nada, gracias -dije.

Dolan levantó su vaso para que se lo volvieran a llenar.

-¿No íbamos a ver a Stacey? -pregunté.

-¿Quieres que vayamos ahora mismo?

-Bueno, no tiene sentido dedicar tiempo a esta historia si él no está de acuerdo.

Vi que se debatía entre el deseo de seguir bebiendo y la preocupación por su amigo. Apartó el vaso, buscó la cartera, sacó un puñado de billetes y los echó sobre la barra.

-¡Hasta luego!

Recogí el bolso del suelo y lo seguí hacia la puerta.

-Vamos en mi coche -dijo.

-¿Y si quiere quedarse más tiempo que yo? Me dejará colgada. Lo mejor será que cada cual vaya en su coche, usted delante y yo detrás. Así podré irme cuando me apetezca.

Discutimos un poco, pero al final cedió. Yo había aparcado media manzana más abajo, pero él me esperó con paciencia y se puso a la cabeza de la expedición en cuanto llegué a su lado. Su manera de conducir era sorprendentemente tranquila mientras recorríamos la 101. Sabía que, si lo detenían y le hacían la prueba de alcoholemia, estaría por encima

del límite permitido. No dejé de vigilar por si aparecía la policía, medio olvidando que Dolan también lo era.

Ya en los alrededores del St. Terry encontramos aparcamiento en la misma manzana de Castle, con dos coches de distancia entre ambos. Estaba oscureciendo y el hospital aparecía iluminado como un fastuoso balneario. Entramos por la puerta trasera y subimos en el ascensor hasta Central 6, la planta de oncología. La luz era allí más débil y la moqueta del ancho pasillo ahogaba nuestros pasos. Contra la pared había tres soportes que aguantaban bolsas de suero y dos monitores de presión arterial apelotonados junto a un carrito con ropa y otro con estantes llenos de bandejas, seguramente de la cena que acababan de servir. Pude ver a algunas personas de visita, aunque las charlas entre enfermos y familiares no eran precisamente animadas. Ponerse bien cuesta trabajo y nadie quiere gastar energía en conversaciones superficiales. Al pasar ante el puesto de las enfermeras, Con saludó moviendo la cabeza a la empleada que había detrás del escritorio.

Stacey estaba en una habitación individual, con vistas a una oscura calle residencial. Parecía dormido y tenía la cama elevada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Por debajo del gorro rojo de punto asomaban unos mechones de pelo anaranjado. En el alféizar de la ventana había dos tarjetas de pie, deseándole que se recuperase, pero no vi nada más de naturaleza personal. La pantalla del televisor estaba apagada. En la mesita de ruedas había un montón de revistas y un vaso de papel que contenía hielo medio derretido.

Dolan se detuvo en la puerta. Stacey abrió los ojos. Levantó una mano para saludarnos y se irguió en la cama.

-Veo que lo has conseguido -dijo; y dirigiéndose a mí-: Tú debes de ser Kinsey. Encantado de conocerte.

Me acerqué y le estreché la mano. Me apretó la mano con fuerza y noté calor, casi como si el metabolismo le fuera a doble velocidad de lo normal.

Mientras Dolan acercaba las sillas que había en un rincón, le dije:

-Creo que usted conocía a los muchachos que me entrenaron; Morley Shine y Ben Byrd.

-Los conocía muy bien. Buenos hombres los dos. Sentí mucho la muerte de Morley. Un golpe del carajo. Siéntate.

-Gracias.

Dolan me ofreció una silla y se sentó en la otra. Mientras los dos charlaban, observé a Stacey con disimulo. Tenía los ojos pequeños y de color azul claro, la frente pálida y las mejillas surcadas de profundas y largas arrugas. No se le veía mal color de cara, aunque daba la impresión de que no se afeitaba desde hacía varios días. Estaba de buen humor y hablaba con la energía de un hombre activo. .

Tras una conversación preliminar, Dolan sacó lo de la investigación de Juana Nadie.

-Le di el expediente a Kinsey para que lo leyera. Pensamos que tendríamos que hablar sobre cuál podría ser el próximo paso. ¿Sigue diciendo el médico que te dará el alta mañana?

-Parece que sí.

Hablaron de la investigación mientras yo guardaba silencio. No sé por qué, esperaba que Stacey pusiera pegas a la propuesta de Dolan, pero no se opuso en absoluto a la reapertura del caso.

-Por cierto -dijo a Dolan-, Frankie Miracle ha reaparecido. El funcionario encargado de su libertad condicional, Dench Smallwood, me llamó y me dijo que Frankie se había instalado en la ciudad. A estas alturas es probable que tenga un empleo legal.

-Se podría empezar por ahí.

-¿Qué pinta Frankie Miracle en esta historia? –pregunté-. Recuerdo haber visto su nombre en el expediente.

-Lo detuvieron en Lompoc el uno de agosto -contestó Dolan-, dos días antes de que encontráramos el cadáver de Juana Nadie. Siempre pensamos que era el mejor candidato, pero él lo negó.

Stacey intervino.

-Mató a su novia en Venice el 29 de julio, en pleno colocón de anfetaminas. Le dio tropecientas cuchilladas, se quedó con el coche de la chica y con todas sus tarjetas de crédito y se fue al norte. A ella la encontraron un par de días después, cuando los vecinos se quejaron del olor.

-El muy imbécil firmaba con el nombre de ella cada vez que pagaba la gasolina con tarjeta -dijo Dolan-. Como si nadie fuera a fijarse en una «Cathy Lee Pearse» sin tetas, con bigote y con barba de dos días. -Se removió en el asiento y luego se puso de pie-. Seguid los dos y conoceos un poco. Yo me voy afuera a fumarme un cigarrillo.

-¿Tiene usted alguna teoría sobre por qué no se pudo identificar a Juana Nadie? -pregunté cuando salió Dolan.

-No. Esperábamos identificarla pronto, que alguien la reconociera por la descripción de los periódicos. Lo único que sé es que nadie denunció la desaparición. Puede que la denuncia se traspapelara en la mesa de algún policía. Alguna explicación tiene que haber, pero ¿quién lo sabe? A estas alturas

es poco probable que descubramos al asesino, aunque aún es posible que la identifiquemos y se la devolvamos a la familia.

-¿Qué posibilidades hay?

-Más de las que crees. Cuando ha pasado un tiempo prudencial, la gente está más dispuesta a hablar. Puede que tengamos que apretarle las clavijas a alguien, a lo mejor así conseguimos alguna pista. -Vaciló y se entretuvo un momento alisando los bordes de la sábana-. Seguramente sabes que Grace, la mujer de Con, murió hace algún tiempo.

-Lo mencionó.

-Fue un golpe muy duro para él, pero parece que va superándolo. Aunque, desde que le dieron la baja por lo del corazón, está acojonado. Cuando Grace vivía era como si lo tuviera metido en vereda, pero ahora fuma y bebe sin medida. He tratado de buscar la manera de encarrilado, de modo que, en cuanto apareció esto, lo pillé al vuelo.

-¿Se refiere a lo de Juana Nadie?

-Sí. Me alegro de que quieras colaborar. Le levantará el ánimo. Necesita trabajar.

Sonreí discretamente, buscando algún asomo de ironía en su voz. Por lo visto no sabía que Dolan había dicho lo mismo, más o menos, de él.

Cuando volvió Con, se nos quedó mirando con cara de expectación.

-Bueno, ¿cuál es el plan? ¿Ya lo habéis organizado?

-De eso estábamos hablando. Kinsey quiere ver el escenario del crimen antes de emprender cualquier acción.

-Sí -confirmé.

-Estupendo -dijo Dolan-. Mañana lo tendré todo listo.

3

Dolan me recogió a las diez en su Chevrolet del 79, Stacey iba en el asiento trasero. Tras aparcar en la acera con un derroche de profesionalidad, bajó del vehículo. Llevaba una camisa azul oscuro y unos tejanos raídos. Por fuera, el Chevy estaba hecho un asco. La pintura, antaño marrón, se había gastado y ahora tenía la textura y el color de una chocolatina caducada. El parachoques trasero estaba torcido, el guardabarros posterior izquierdo se veía abollado y la gran concavidad que adornaba la portezuela del copiloto hacía casi imposible utilizarla. Conseguí abrirla a base de tirones acompañados de chirriantes protestas metálicas. Cuando por fin pude sentarme hube de dar más tirones, esta vez para cerrarla. Dolan rodeó el coche, cerró la puerta de un empujón y la selló con un caderazo.

-Gracias -dije. Por entonces ya estaba preocupada por su capacidad para manejar el volante.

Se apoyó en la ventanilla abierta y alargó la mano hacia Stacey. -Dame la pistola y las guardaré en el maletero.

Stacey lanzó un gemido cuando se ladeó para sacar el arma de la funda y dársela a su compañero. Dolan fue a la parte trasera del coche y metió las pistolas en el maletero antes de sentarse al volante.

Los asientos estaban tapizados con una tela beis que dificultaba que te pudieras deslizar a un lado u otro. Permanecí inmóvil, como si me hubieran pegado con cola. Me puse de lado para poder ver a Stacey, que estaba sentado con un cojín a la espalda. Llevaba el gorro de punto calado hasta las cejas.

-Me mantiene la espalda recta -dijo a modo de explicación-. La semana pasada estuve moviendo cajas. Creo que tendría que haberlo hecho como me enseñó mi madre, haciendo fuerza con las rodillas.

Dolan tenía las botas manchadas de barro y la alfombrilla del coche parecía recubierta por barquillos de lodo. Ajustó el espejo retrovisor para ver a Stacey.

-Deberías haber permitido que lo hiciera yo. Ya te dije que yo me encargaría del trabajo.

-Deja de comportarte como una madraza. No soy un inválido. Se trata de un tirón muscular, eso es todo; la ciática, que me da guerra. Hasta la gente sana se lesiona, ya lo sabes. No es nada del otro mundo.

A la cruda luz del día advertí que, a pesar de la transfusión de sangre, su piel tenía un tono grisáceo y las manchas que le rodeaban las blancas cejas hacían que sus ojos parecieran hundidos. Iba vestido de calle, con pantalón de pana marrón, botas de excursionista, camisa roja a cuadros y chaleco de pescador.

-¿Quiere sentarse delante?

-Estoy mejor aquí. Nunca sé cuándo vaya tener necesidad de acostarme.

-Bueno, pero si quiere cambiar de sitio, dígamelo.

Tiré del cinturón de seguridad, que colgaba de no sé dónde. Me pasé un rato ridículamente largo tratando de que el mecanismo soltara cinturón suficiente para enganchado en su sitio. Dolan giró la llave del contacto. El motor tosió dos veces y volvió a dormirse, pero a la tercera despertó rugiendo y nos pusimos en camino. Dentro olía a nicotina y a perro. No me imaginaba a Dolan simpatizando con perros, pero no quise preguntar. En el suelo había recibos de gasolinera, pa-

quetes de tabaco arrugados y bolsas vacías de patatas fritas, galletas de queso y otras chucherías buenas para el corazón.

Repostamos en una gasolinera de la autopista y proseguimos en dirección norte. En cuanto alcanzamos una velocidad constante, Dolan encendió el mechero del coche y buscó el paquete de cigarrillos que había dejado en el salpicadero.

-¡Oye! -exclamó Stacey-. Ten piedad, hombre. Llevas a un enfermo de cáncer a tus espaldas.

Dolan movió el espejo retrovisor para vede la cara.

-No parece que eso te impida fumar la pipa que tienes. -La pipa es un simple entretenimiento. A la velocidad que fumas tú, seguro que te mueres antes que yo.

-Tonterías -replicó Dolan, pero dejó el paquete donde estaba.

Stacey me dio un golpecito en la espalda.

-¿Te das cuenta? El tipo se preocupa por mí. Quién iba a pensarlo.

La sonrisa de Dolan apenas se apreció, pero le suavizó la cara.

Una vez rebasada Colgate, el ferrocarril y la autopista corren en sentido paralelo a la costa. Al norte se alzaban los montes de Santa Inés, sombríos y grises, con su vegetación baja y densa. Apenas había árboles y el perfil de las laderas formaba una sábana verde y ondulada. Buena parte de la topografía estaba definida por grandes desprendimientos de tierra, arenisca y restos de pizarra que se extendían kilómetro tras kilómetro. Dolan y Stacey intercambiaban anécdotas de cazadores y pescadores; historias interminables sobre todos y cada uno de los animales que habían matado a tiros, pescado con anzuelo, cazado con trampa y con red; destripa-

do, pelado y llevado a casa. Esto, entre hombres, es divertirse una barbaridad.

Pasamos a toda velocidad junto al parque natural de la costa, donde las zonas para acampar eran rectángulos de asfalto que se parecían sospechosamente a plazas de aparcamiento. Había visto tiendas de campaña y caravanas alineadas como las teclas de un piano, mientras la gente que las habitaba abría mesas y sillas plegables de aluminio y echaba carbón a las barbacoas portátiles en espacios mucho más reducidos que el patio de su casa. Los niños se atiborrarían de perritos calientes y de patatas fritas, retozarían en el mar y luego dormirían en el coche, con el pelo pringoso y la piel cubierta de sal, como lomos de bacalao. Al ver las tiendas de campaña Dolan y Stacey se acordaron de otro homicidio sin resolver, dos quinceañeras muertas a tiros en una playa desierta. Después se dedicaron a señalar numerosos lugares donde habían aparecido personas asesinadas. El condado de Santa Teresa estaba bien surtido de lugares así.

Unos kilómetros después de Gull Cove, Dolan giró en la rotonda de cambio de sentido y puso rumbo al oeste por la California 1. El paisaje empezaba a arrullarme. Las colinas eran aquí una sucesión de ondulaciones moteadas por masas de robles verde oscuro que parecían desplazarse por el terreno. El cielo tenía un tono azul pálido, con alguna que otra nubecilla. El aire olía a la hierba caliente de los pastos, requemados por el sol y salpicados de peonías, donde pacían algunas vacas.

La carretera, de dos carriles, viró hacia el noroeste. De vez en cuando atravesaba gargantas flanqueadas por paredes rocosas que se arqueaban por arriba. En uno de aquellos tramos, treinta y dos años antes, una roca gigantesca había caí-

do por la pendiente y había ido a estrellarse contra el parabrisas del coche de mis padres, que pasaba en aquellos momentos. Yo iba en el asiento trasero, jugando con mi muñeca recortable, enfadada porque acababa de doblarle la pierna de cartón a la altura del tobillo. Sentí una cólera incontrolable, de niña de cinco años, porque con aquel pie doblado parecía coja. Estaba a mitad de un aullido cuando oí una exclamación de sorpresa. Puede que durante una fracción de segundo vieran caer la piedra, rebotando entre un chaparrón de guijarros y polvo. No hubo tiempo para reaccionar.

La fuerza del impacto rompió el parabrisas y la piedra cayó sobre la cabeza y el pecho de mi padre, segándole la vida en el acto.

El vehículo derrapó hacia la derecha, fuera de control, y se estrelló contra la pared rocosa de la montaña.

El impacto me lanzó hacia delante y me empotró contra el asiento del conductor. En aquella jaula de metal retorcido hice compañía a mi madre en sus últimos y largos minutos de vida.

Ahora entiendo lo que debió de sentir. Tenía tantas heridas que no podía moverse sin padecer un dolor atroz. Aunque me oía gimotear, no podía saber la gravedad de mis lesiones. Se daba cuenta de que su marido había muerto y sabía que a ella no le faltaba mucho. Lloraba y gemía de tristeza. Al poco rato dejé de oírla y recuerdo que pensé que era buena señal, sin saber que había abandonado el cuerpo y se había ido flotando a otra parte.

Dolan dio un volantazo para no aplastar una ardilla que cruzó la calzada delante de nosotros. Adelanté una mano instintivamente, para llevármela al pecho, y volví a concentrarme en la carretera, fui desconectándome de las emociones

con la pericia de un experto en vivisección. Es un truco mío que probablemente se remonta a aquellos años infantiles. Presté atención a la charla y noté con algún retraso que se dirigían a mí.

-¿Estás con nosotros? -preguntó Dolan.

-Claro. Perdón. Creo que no me he enterado.

-Hablaba del tipo ese, Frankie Miracle, el que mencionamos ayer por la noche. Lo pillaron en un control rutinario de tráfico, en las afueras de Lompoc. El muy gilipollas tenía roto un intermitente de atrás y, cuando los agentes comprobaron la matrícula, resultó que el vehículo era robado y que lo buscaba la oficina del sheriff del condado de Los Ángeles. Galloway le leyó sus derechos y lo metió en el calabozo. Al coche lo remolcaron hasta el depósito. Cuando Galloway se sienta a redactar el informe, lee el boletín y se entera de que el propietario que figura registrado ha sido víctima de un homicidio. Regresa al calabozo y le dice a Frankie que está detenido por asesinato y vuelve a leerle sus derechos. Dos días más tarde, Stacey y yo fuimos a cazar venados y encontramos el cadáver de la chica.

-Efectivamente, si no hubiera sido por aquel intermitente roto, Frankie habría podido estar en Oregón y no habríamos podido relacionarlo con el caso.

-¿Y qué pasó con el arma homicida? No recuerdo que se mencionara.

-No encontramos el cuchillo, pero, basándose en las heridas, el forense comentó que la hoja debía de medir al menos doce centímetros de largo. Se dijo que Frankie tenía un arma así, aunque no la llevaba encima cuando lo detuvimos.

-Lo más probable es que la tirase o la enterrara -dijo Stacey-. El terreno es muy abrupto por aquí. Vinieron los de

Búsqueda y Salvamento e hicieron un rastreo exhaustivo, pero no encontraron nada. -Dio a Con un golpecito en el hombro y señaló un camino lateral que había a la derecha, a unos metros de distancia-. Es por ahí. Nada más pasar el puente.

-¿Seguro? Yo recuerdo que estaba más lejos, junto a una valla de tres tablas.

-Ah. Bueno, quizá sí. Puede que tengas razón.

Dolan había reducido la velocidad, y si antes íbamos a sesenta y cinco por hora, ahora avanzábamos a unos prudenciales veinticinco. Los dos se quedaron mirando una carretera de grava de dos carriles que se desviaba formando ángulo y desaparecía de la vista. No debieron de reconocerlo, porque Stacey dijo:

-Mmmm..., no. Veamos después de la siguiente curva. A lo mejor ya lo hemos pasado. -Volvió la cabeza y miró por la ventanilla trasera.

Al cabo de un rato, Dolan dio un giro de ciento ochenta grados y deshicimos el camino, recorriéndolo más despacio, hasta que encontraron el lugar. Tomamos un camino secundario, de asfalto agrietado y grava, que seguía el perímetro de un montecillo. El camino se bifurcó formando una i griega. Una puerta metálica impedía el acceso a la finca con un cartel de PROHIBIDO EL PASO. A la derecha de la puerta había un todoterreno aparcado.

-¿Dónde está la cantera Grayson? -pregunté, llamando al escenario del crimen por el nombre que había leído en los informes oficiales de la policía.

-Al otro lado de la curva, a la derecha, a unos cuatrocientos metros -dijo Dolan. Al acercarse al arcén y echar el freno de mano, bajó del todoterreno un hombre ya mayor, con tejanos, botas de vaquero y sombrero de cuero. Era pe-

queño y robusto, con una barriga de Santa Claus que tensaba los botones de la camisa del salvaje oeste que llevaba. Se acercó a nuestro coche cojeando de manera bien visible. Dolan apagó el motor y bajó del vehículo.

-Es Arne Johanson, el capataz de la hacienda -murmuró Stacey-. Lo llamé y ha venido a recibimos y a abrimos la puerta.

Cuando Stacey consiguió salir del asiento trasero, emergí yo por la puerta del copiloto y la cerré con un golpe de cadera. Dolan, que estaba ya al aire libre, encendió un cigarrillo.

Stacey se dirigió al viejo y le estrechó la mano. Vi que se esforzaba por parecer lleno de energía.

-Señor Johanson, ha sido usted muy amable. Soy Stacey Oliphant, de la oficina del sheriff del condado. Es probable que usted no me recuerde, pero nos conocimos en agosto del 68, cuando se encontró el cadáver. Le presento al teniente Con Dolan, de la policía de Santa Teresa. Es el compañero que estaba conmigo. Ambos habíamos venido a cazar cuando encontramos a la chica. -Ya me parecía a mí que me sonaba su cara. Me alegro de volver a verlo.

-Gracias. Le agradecemos su ayuda.

El viejo se volvió hacia mí. Parecía algo confuso ante mi presencia.

-Me gustaría ver algún carnet, si es que no tienen inconveniente. -El comentario fue para los hombres, pero no me quitaba los ojos de encima.

Stacey se abrió la cazadora para poner al descubierto la chapa que llevaba prendida del cinturón. La chapa especificaba que estaba retirado, pero Johanson no se dio cuenta y Stacey no se sintió obligado a aclararle el detalle. Dolan se

llevó el cigarrillo a la comisura de los labios, sacó el estuche de la chapa y estiró la mano para enseñársela. Mientras Johanson se inclinaba para mirarla, Dolan sacó una tarjeta y se la dio igualmente. Johanson se guardó la tarjeta en el bolsillo de la camisa y me miró con malicia.

-Viene con nosotros -dijo Dolan.

Yo estaba más que preparada para enseñarle la fotocopia de mi licencia, pero me gustó que Dolan me protegiera y pensé que sería mejor guardar silencio. En esta ocasión, cuando los ojos del viejo volvieron a buscar los míos, aparté la mirada. Deduje que era un anticuado, un pérfido carcamal que pensaba que el lugar de las mujeres era la cocina y no el mundo «real» para trabajar al mismo nivel que los hombres. Debía de andar por los ochenta años. Sus ojos eran pequeños, de un azul acuoso. Tenía la cara curtida por el sol, con arrugas profundas y unas hirsutas patillas que parecían blancas al lado de su renegrida tez. Se fijó en el cigarrillo de Dolan.

-Yo en su lugar me andaría con ojo. Es zona de incendios.

-Tendré cuidado.

Johanson sacó un juego de llaves y los cuatro nos dirigimos a la puerta metálica; se deslizaba sobre una guía y estaba asegurada con un candado antiguo. El oscilante movimiento de sus pasos sugería que había sufrido una lesión hacía mucho tiempo. Puede que de joven hubiera trabajado en los rodeos. Escogió una llave, la giró en el ojo del candado y el garfio de acero se soltó con un chasquido. Empujó la abombada puerta a un lado, forzándola hasta que quedó encajada en la hierba. Pasamos los cuatro, Dolan y Stacey delante, yo detrás y Johanson cubriendo la retaguardia.

-La encontraron dos policías que vinieron a cazar -dijo. O no había oído lo que Stacey le había dicho al presentarse o lo había olvidado ya.

Dolan gruñó una respuesta que no pareció frenar la locuacidad del viejo.

-Hay jabalíes en la finca. El ama deja que entren cazadores de vez en cuando, para que maten los que sobran. El jabalí es agresivo. Una vez se revolvieron contra mí y me hicieron un boquete en la pierna. Unos hijoputas, eso es lo que son. Por lo que he oído, tienen el pijo como una navaja de afeitar. Cuando se aparean, la hembra da un chillido que pone los pelos de punta.

-Fuimos el teniente Dolan y yo quienes encontramos el cadáver. Habíamos venido a cazar.

-Ustedes dos. ¿Es verdad eso? Bueno, lo será. Habría jurado que los conocía de algo.

-Todos somos un poco más viejos.

-Y que lo diga. Yo tengo ya ochenta y siete años; nací el uno de enero de mil novecientos. Me rompí una cadera aquí mismo, hace mucho, una vez que se me cayó encima el caballo. La cosa no curó bien. Hoy en día te quitan el hueso viejo y te ponen otro. Si esta cojera no se arregla, podría cambiarme el hueso. Y díganme, ¿a qué viene esto ahora? No acabo de entenderlo.

-La oficina del sheriff ha reabierto algunos expedientes viejos para echarles otro vistazo -dijo Stacey-. Estamos repasando este caso con la esperanza de resolverlo.

-¿Y por qué vienen aquí?

-Queríamos ver el escenario del crimen para que los informes nos quedaran más claros. En las fotos que tenemos no se aprecia la estructura del terreno, ni las distancias, ni co-

sas por el estilo. -Fue Stacey el que volvió a hablar. Hasta el momento yo no había dicho ni palabra.

Los ojos de Johanson se posaron en mi cara con la misma velada curiosidad.

-Eso lo entiendo. Traje a mi hijo aquí mientras sacaban el cadáver del barranco. El chico tenía entonces catorce años y pensaba que era muy moderno y muy chulo eso de ir y venir haciendo autoestop. Quería que viera cómo podía terminar.

-¿Tiene un hijo tan joven? -pregunté, procurando que no se me notara el asombro.

El viejo hizo una mueca dejando al descubierto unos dientes negros y torcidos.

-Dos -respondió-. Me he casado cinco veces, pero hasta el último asalto no tuve hijos. El pequeño cumplió treinta y dos años ayer mismo. Lo tengo trabajando en la hacienda. El otro es un vago. Supongo que es mejor pensar que ha sido sólo medio fracaso que creer que ha sido sólo un éxito a medias.

Dolan tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó concienzudamente con el tacón.

-¿Cree que es eso lo que le pasó a la chica? ¿Que alguien se ofreció a llevarla en coche y terminó cosiéndola a puñaladas?

-Yo diría que sí. Ya sabe que no llegó a descubrirse quién fue. Una lástima, si quiere saber mi opinión. Todos estos años, y sus padres sin saber qué le pasó. Es probable que todavía crean que algún día aparecerá por casa; y mientras tanto está enterrada con el pescuezo rebanado.

-Identificar a la chica es parte de nuestra misión –explicó Stacey.

Dolan ya estaba encendiendo otro cigarrillo.

-Le agradecemos que nos haya concedido parte de su tiempo, señor Johanson. Estoy seguro de que tendrá cosas que hacer y no queremos entretenerle más. Gracias por recibimos.

-Pues yo, encantado de servirles. No tienen que preocuparse por mí. Me quedaré hasta que hayan terminado, para cerrar la puerta.

-No tardaremos mucho. Nosotros mismos la cerraremos cuando nos vayamos.

-No me importa esperar.

Stacey y Dolan cambiaron una mirada, pero ninguno de los dos dijo una palabra más mientras recorrían el trecho que quedaba hasta el borde del barranco.

Johanson renqueaba detrás de nosotros.

-Por aquel entonces no había ninguna puerta. Supongo que el tipo fue de aquí para allá buscando un lugar para tirarla y se quedó con éste. No debía de saber lo de la cantera. Por este camino pasaba mucha gente a todas horas; gente que iba y venía del tajo. Cuando hace mal tiempo es diferente. El trabajo se para si la cosa se pone fea.

-Me sorprende que no la encontrara ninguno de los empleados de Grayson -dijo Stacey.

-¿Por el olor?

-Exacto.

-Por lo que yo sé, es posible que la vieran. Muchos son mexicanos. Entonces los llamaban «espaldas mojadas». Se guardaban mucho de llamar la atención, sobre todo en lo relativo a la ley. También es probable que pensaran que era un perro, si alguna vez olieron algo. Estoy seguro de que pensa-

rían cualquier cosa menos que se trataba de una chica muerta.

Dolan respondió con una evasiva, quizá con la esperanza de poner fin a la conversación. Sin prestar atención a Johanson, dio unos pasos por la pendiente. El terreno parecía blando, aunque la superficie estaba cubierta de polvo. Clavó el pie derecho en la pendiente y se puso a inspeccionar las matas con las manos en los bolsillos del pantalón.

-Estaba aproximadamente aquí. Entonces había arbustos.

-Los arrancamos debido al cuerpo de bomberos -explicó Johanson-. Suelen venir dos veces al año. El ama jamás desbrozaría esto si no la amenazaran. No saldría a cuenta.

-Si el peligro de incendio llega hasta aquí, no se puede pasar por alto el matorral -dijo Stacey, siempre tan educado.

-No, señor. Es lo que yo digo. Verán que hay más árboles. Cuando arrojaron a la chica ahí, ése y aquél no estaban. Son acacias negras. Crecen como la cizaña. Yo mismo las cortaría, pero el ama no quiere ni oír hablar del asunto. Naturalmente, los robles ni los toco. No hay dinero para convencerme de que los tale, a no ser que estén comidos por la raíz.

Dolan y yo no le hacíamos el menor caso. Observé a Dolan cuando subió la pendiente y se quedaba mirando el tramo de autopista que se veía desde donde estábamos.

-Apuesto a que retrocedió y abrió el maletero del coche. Es posible que utilizara la lona para arrastrar el cadáver hasta aquí. La lona estaba muy sucia por un lado y podía verse un rastro aplastado entre las matas.

-Los chavales venían antes por aquí a echar un polvo -explicó Johanson-. Los lunes por la mañana todo estaba lleno

de condones, más flojos que la camisa de una serpiente. Por eso pusimos la puerta, para que no entraran los coches.

Miré a Stacey.

-¿Estaba envuelta en la lona?

-En parte. Creemos que la mató en otro sitio. Había manchas de sangre en la hierba, pero ni mucho menos la cantidad que se habría visto si se hubiera desangrado aquí. Probablemente utilizó la lona para que no se manchara el maletero.

-Si entonces hubiéramos tenido la tecnología de ahora, apuesto a que lo habríamos descubierto todo -dijo Dolan-.

Pelo, fibra, hasta huellas quizá. No fue un asesinato limpio. Lo que pasa es que el tipo tuvo suerte. No hubo testigos del asesinato y nadie vio al asesino cuando la tiró cuesta abajo.

Johanson se reanimó.

-Hay un vecino más abajo, un tal C.K. Vogel, no sé si lo recordarán, pero C.K. vio una furgoneta Volkswagen de color claro que se dirigía por ese camino de ahí, el 28 de julio por la mañana. Estaba pintada de arriba abajo con símbolos de la paz y dibujos psicodélicos de los hippies. Dijo que a las once de la noche todavía estaba allí. Tenía cortinas en las ventanillas y una luz suave dentro. A la mañana siguiente había desaparecido, pero él dijo que le había parecido raro. Creo que llamó al sheriff cuando encontraron a la chica.

El escepticismo de Dolan era innegable, pero procuró mostrarse educado, tarea nada fácil para él.

-Lo más probable es que no tuviera ninguna relación, pero lo comprobaremos.

-Dijo que también vio un descapotable. El asesino podía haber sido el conductor. Rojo, por lo que recuerdo, con ma-

triculado de otro estado. Si yo fuera usted, hablaría con él, sin duda.

-Gracias por la información -intervine-. Tomaré nota.

Johanson volvió a fijarse en mí. De repente se hizo la luz en su cerebro. Yo era una secretaria que acompañaba a los buenos detectives para ahorrarles el aburrido trabajo administrativo.

Se levantó una brisa ligera y recibí el humo de Dolan en la cara. Me puse a barlovento.

-Hay algo que se me olvidó contarte sobre Miracle -dijo Stacey-. Cuando volvimos al depósito municipal y registramos el coche de Frankie, encontramos en las alfombrillas restos de tierra que coincidían con la del terraplén. Por desgracia, los peritos afirmaron que era imposible diferenciar aquellas muestras de las de otras canteras del estado. La costa oeste tiene los mayores yacimientos marinos del mundo.

-Vi el informe. Una lástima -comenté-. ¿Qué dijo Frankie cuando lo interrogaron?

-Nos contó una larga y embrollada historia sobre dónde había estado. Aseguraba que había hecho autoestop por la zona, pero no se pudo confirmar nada.

-El día que lo pescaron estaba más colgado que un murciélago durmiendo -dijo Dolan-. Hierba o coca. En el parte de la detención no se especifica. Está enganchado con las pastillas, según he oído.

-Todo el mundo con menos de treinta años andaba por entonces más colgado que un murciélago durmiendo -argüí.

El señor Johanson carraspeó para aclararse la garganta. Lo habían excluido de la conversación demasiado tiempo.

-Ya que están aquí, podrían ver el resto de la finca. Es la última hacienda que queda de esta extensión. No tardarán en

derribar la vieja casa. Lo más probable es que lo parcelen todo y construyan complejos residenciales hasta el horizonte.

Mi primer impulso fue declinar la invitación, pero a Dolan pareció gustarle la idea.

-Yo no tengo prisa. Por mí, vale -dijo. Miró a Stacey. Stacey se encogió de hombros y esperó mi respuesta.

-Bueno -repliqué-. Es igual. ¿Hemos terminado aquí?

-Por ahora sí. Siempre podemos volver.

Johanson señaló el todoterreno.

-Será mejor ir en el Jeep. Los caminos están fatal por culpa del aguacero que ha caído estos días. Sería una lástima que ensuciaran de polvo y grava ese coche tan cojonudo que han traído ustedes.

Me pareció que l decía con retintín. Esperé a ver la reacción de Dolan, pero por lo visto estaba de acuerdo con la afirmación del viejo.

Subimos al todo terreno, Stacey junto al conductor y Dolan y yo detrás. Los asientos eran de piel, aunque agrietada, y no había cristales en las ventanillas. Johanson puso el motor en marcha y quitó el freno de mano. Al vehículo le faltaban también los amortiguadores. Me erguí para sujetarme a la barra, y me colgué de ella cuando empezamos a dar bandazos por el camino de grava cubierto de surcos. Al igual que yo, Stacey se agarraba a un saliente en busca de estabilidad, y gemía de dolor cada vez que le temblaba la espalda.

A ambos lados sólo había matorrales. Por la izquierda vi abrirse una ladera, la cima trazó una horizontal y apareció una pequeña meseta llena de herramientas y maquinaria pesada. Gran parte del terreno estaba pelado y formaba bancales, vastos depósitos de escombros sin una sola planta.

-¡Ahí está la cantera! -gritó Johanson para que lo oyéramos entre el traqueteo y los gemidos del vehículo en movimiento.

Me eché hacia detrás de su asiento y hablé con su cogote.

-¿De verdad? Parece un pozo de grava. Yo me había imaginado que habría una montaña muy alta de piedra caliza.

-Es otra clase de cantera. Ésta es una mina de pozo abierto. La cantera Grayson busca TD, que quiere decir tierra diatomácea. Mire, aquí tenemos una muestra. Eche un vistazo a esto.

Sin apartar los ojos del camino, se dobló por la cintura, recogió una piedra de la alfombrilla del coche y me la dio. Era de un blanco calcáreo, del tamaño de un panecillo, con agujeros irregulares en la corteza. Se la pasé al teniente Dolan, que la sopesó cuando se la di y la encontró sorprendentemente ligera.

-¿Qué ha dicho que era? -pregunté.

-Tierra diatomácea, pero le decimos TD.

Por la columna vertebral me bajó una descarga de inquietud cuando empezó la explicación.

-La TD es un sedimento formado sobre todo por caparazones de diatomeas, que son de sílice. Antiguamente, toda esta zona estaba cubierta de agua. Por lo que me han explicado, los animales marinos se alimentan de diatomeas, que son colonias de algas. Ahora se pulverizan y se utilizan como abrasivo y a veces como absorbente.

Stacey alzó la voz por encima del crujido de los neumáticos en la grava.

-Yo la empleaba para filtrar la cerveza cuando la hacía en casa.

El camino se convirtió en una cuesta y el todoterreno subió más despacio, hasta que doblamos una curva. La vieja casa apareció ante nuestros ojos, maciza, destartalada, un castillo sitiado. Saltaba a la vista que había tenido una estructura regia, pero el matorral la había invadido por todas partes, devorando el jardín y ocultando intermitentemente la cerca de madera. El abandono, mantenido durante años, había minado los edificios laterales y lo único que quedaba eran cuatro paredes maestras y algún que otro montón de maderas desplomadas y podridas.

La casa en cuanto tal era una estructura blanca de madera, de dos pisos y con dos alas de una sola planta a cada lado de la fachada. Había cuatro porches a la vista, que daban sombra y refugio y permitían dejar las puertas y las ventanas abiertas a los elementos. Un porche recorría toda la parte frontal de la casa y encima había otro idéntico. Una galería rodeaba el tejado. Había multitud de ventanas gemelas, estrechas y oscuras, y en muchos cristales se veían los típicos agujeros astillados que quedan cuando quienes tiran piedras consiguen dar en el blanco.

Johanson señaló todo aquello sin reducir apenas la velocidad.

-Lleva años vacía -gritó-. Yo vivo en la caseta del jardinero, al otro lado del granero.

Volví la cabeza cuando dejamos atrás la casa y nos dirigimos a un grupo de construcciones que había en una zona llena de sombras. Granero, cobertizo de herramientas, invernadero. Había emparrados con sarmientos secos como cuerdas. Bajo las espalderas se veían mesas de madera desgastadas por el clima. Me pareció sentir una brisa fría en el cogote.

Johanson detuvo el vehículo delante de una especie de cabaña destartalada. Más allá se distinguían un granero de madera sin pulir, que escoraba hacia un lado, y, detrás, una valla interminable de tres tablas.

Volví a echarme hacia el asiento del conductor y puse una mano en el hombro de Johanson.

-Disculpe, ¿quién dice que es la dueña de esto?

Apagó el motor antes de volverse.

-La señora LeGrand. Debería decir señora Kinsey, para ser más exactos. Es una viuda que debe de andar por los noventa. Se casó con Burton Kinsey, el tipo que heredó la cantera del papá de su mujer. Se forró con ella, aunque al final todo fue a parar a manos de la mujer cuando murió el viejo...

Había dejado de escuchar y el silencio que me llenaba la cabeza parecía tan profundo como una sordera temporal. Johanson estaba hablando de mi abuela materna, Cornelia Kinsey, de soltera Cornelia Straith LeGrand.

4

El viernes por la mañana me levanté a las seis y desconecté la alarma una fracción de segundo antes de que se pusiera en marcha el radio despertador. Me quedé mirando el tragaluz que tengo encima de la cama. No llovía. Ya la habíamos cagado, porque no tenía ganas de hacer ejercicio, pero hice un trato conmigo misma: iría a correr pero me saltaría el gimnasio. Recogí la ropa de deporte que había dejado doblada en el suelo. Me puse los pantalones y la sudadera, me senté en la cama, me puse los calcetines, metí los pies en las Saucony, até los cordones y me levanté. Pensé que sería mucho más productivo acostumbrarse a dormir con la ropa de deporte y los calcetines. Sólo me faltarían las zapatillas de correr y ya estaría lista. Entré en el cuarto de baño, me senté en la taza, luego me cepillé los dientes, me eché agua en la cara y, sin secarme las manos, me las pasé por los montes y valles que el sueño me había dejado en el pelo. Bajé al trote las escaleras de caracol, comprobé el pestillo de la puerta de la calle, lo eché y salí por la puerta lateral.

El barrio estaba tranquilo y el aire, húmedo. Anduve manzana y media y crucé Cabana Boulevard hasta el carril bici que discurría paralelo a la playa. Empecé a correr y me sentí pesada, notaba en el esqueleto todos los pasos y saltos que daba. Correr no es en mi caso un tema de debate. Me levanto y lo hago; a menos que llueva, claro, porque entonces me vuelvo a acurrucar en la cama. Si no llueve, cinco mañanas por semana me despejo la modorra y me pongo en marcha antes de perder la calma, porque sé que, sienta lo que sienta al principio de la carrera, habrá desaparecido cuando la termi-

ne. Del gimnasio podía prescindir, aunque había levantado muchas pesas durante los últimos meses.

El amanecer ya se había presentado con un derroche de luz que había dejado el cielo de un azul inmaculado. El agua tenía un aspecto prohibitivo, fría, sucia, celebrada sólo por los leones marinos que esperaban en la orilla, rugiendo de alegría. Corrí dos kilómetros y medio en dirección al Cabana Recreation Center, di media vuelta y rehice los dos kilómetros y medio en dirección contraria, reduciendo la velocidad cuando me encaminé a casa.

Había estado conteniendo las ganas de pensar en los sucesos del día anterior, pero me notaba distraída. Dolan y Stacey habían captado el apellido «Kinsey» en cuanto Johanson lo mencionó, pero mi cara debió de decirles que se guardaran los comentarios para sí. Apenas hablé mientras el capataz de la hacienda nos enseñaba el granero, los viejos huertos y el invernadero, que llevaba mucho tiempo abandonado. Casi todos los cristales estaban intactos. El aire era húmedo y olía a mantillo, a musgo, a abono y a marga. En aquel entorno protegido habían crecido enredaderas intrusas y arbustos oportunistas, creando una jungla reptante que oprimía los cristales y amenazaba con romperlos.

Nada más entrar supe que había estado allí antes. Unos primos que descubrí en el curso de una investigación anterior me aseguraron que yo había estado en casa de la abuela cuando tenía cuatro años. Conservaba apenas un vago recuerdo de la ocasión, pero sabía que mis padres también habían estado allí. A los tres, a mis padres y a mi tía materna Virginia, los expulsaron de la familia cuando mis padres se fugaron. Mi padre era cartero y tenía treinta y cinco años. Mi madre, Rita Cinthya Kinsey, era una joven de dieciocho

cuya progenitora estaba convencida de que se merecía a alguien mejor que Randy Millhone. Pero mi madre se fugó con él, y le sacó la lengua a todo el clan Kinsey. Virginia se puso del lado de los recién casados. Desde entonces, los tres vinieron a ser en la familia Kinsey algo así como «Rumbo a lo desconocido».

A pesar del destierro, parece que mis padres hicieron visitas secretas a la hacienda cuando mis abuelos no estaban. Se rumoreaba que se produjeron numerosos contactos con las tres hermanas restantes, pero yo sólo me enteré de dos ocasiones. En la primera, por algún motivo, me caí de un porche y me hice daño en la rodilla. Recuerdo haber visto la desolladura, rayas de sangre que olían a hierro alternando con otras de suciedad. También recordaba el escozor que sentí cuando mi madre me curó la herida con una bola de algodón que parecía freírme la piel. Nos turnamos para soplar en la herida, para secar el desinfectante y hacer que doliera menos. Durante el otro viaje a Lompoc que recuerdo, mis padres murieron antes de llegar. Mi abuela sabía de mi existencia desde el día en que nací. Todavía me dolía que nunca se hubiera molestado en conocerme.

Mientras recorría la propiedad con Arne Johanson me dio miedo entrar en la casa y acaricié la esperanza de eludir el trance cuando de repente me di cuenta de que la respiración de Stacey se había vuelto mucho más trabajosa y de que estaba completamente pálido. Le puse una mano en el brazo y dije:

-¿Con?

Dolan se volvió. Stacey negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano para indicarnos que no debíamos preocu-

pamos por él. Johanson había seguido avanzando y todavía hablaba de la hacienda cuando Dolan le alcanzó.

-¿Señor Johanson? Siento interrumpido así, pero tengo una reunión dentro de un rato y debemos volver.

-No tardaremos mucho. No querrán perderse la casa.

-Quizás otro día. Lo dejaremos para otro momento.

-Bueno. Pues supongo que ya está. Ustedes mandan.

Minutos después nos dejaba en el coche de Dolan y volvíamos a la autopista. El viaje de regreso fue más bien discreto, Stacey iba tumbado en el asiento de atrás, con el gorro de lana calado hasta los ojos para que no le diera la luz.

-¿Te encuentras bien, Stace?

-Andar me agota. Es otra vez la maldita espalda. Enseguida me pongo bien.

-La falta de animación parecía añadir años a sus facciones.

Dolan ajustó el espejo retrovisor para observar a Stacey con un ojo y la carretera con el otro.

-Te aconsejé que no vinieras.

-Mentira. Dijiste que el aire fresco me sentaría bien y que tenía que aprovecharlo mientras pudiera.

-¿Va bien abrigado? -pregunté.

-Deja de preocuparte.

Miré al teniente Dolan.

-¿Qué hacemos a continuación?

-Nos reuniremos en mi casa mañana por la mañana. ¿A las diez va bien? -contestó Stacey, sin darle tiempo a Dolan de abrir la boca.

-A mí, sí -dije.

-De acuerdo -dijo Dolan.

Primero dejamos a Stacey. Vivía cerca del centro de Santa Teresa, a cinco manzanas de mi despacho, en un pequeño edificio de alquiler pintado de rosa apoyado en un muro de piedra artificial también rosa. Dolan me hizo esperar en el coche mientras sacaba la pistola de Stacey del maletero y subía con él los seis peldaños que llevaban al sendero que rodeaba la casa. Me fijé en la fuerza con que Stacey tenía que asirse a la barandilla para ayudarse a subir. Los dos desaparecieron por la parte trasera. Dolan tardó unos diez minutos, y cuando volvió al vehículo tenía aire pensativo. Ni él ni yo despegamos los labios mientras íbamos a mi casa. Pasé lo que quedaba de la tarde del jueves haciendo recados personales.

Dejé de correr y recorrí andando la manzana que hay entre la playa y mi domicilio. Cuando llegué a la puerta, recogí el periódico matutino y entré. Tiré el Dispatch en el mostrador de la cocina y me preparé una cafetera. En cuanto empezó a gotear el café por el filtro, subí la escalera de caracol para ducharme y vestirme.

Me había comido medio tazón de Cheerios sentada al mostrador cuando sonó el teléfono. No me gustan las interrupciones durante el desayuno y estuve en un tris de dejar que se pusiera en marcha el contestador automático. Pero al final estiré la mano y descolgué el auricular de la pared¿Diga?

-Hola, Kinsey. Soy Tasha y estoy en Lompoc. ¿Qué tal estás?

Cerré los ojos. Era una prima, Tasha Howard, el único miembro de la familia con el que tenía algún trato. Es abogada de la propiedad, con oficinas en Lompoc y San Francisco. Había conocido a su hermana Liza un par de años antes y, du-

rante nuestra primera y única conversación, descubrí abismos de desinterés que hasta entonces desconocía en mi actitud por lo demás complaciente. Mi reacción fue sin duda un efecto secundario del hecho de que Liza estuviera contándome cosas que yo no quería oír. Por ejemplo, me contó, de la manera más tontorrona que se pueda imaginar, que tanto mis primos como mis primas tenían a mi madre por un ídolo. Aunque lo había dicho para agasajarme, me pareció que el elogio deshumanizaba a la mujer a la que yo no había llegado a conocer realmente. Me ofendían los presuntos derechos de mis primos, del mismo modo que me ofendió enterarme de que el nombre cariñoso con que yo llamaba a tía Virginia, tía Gin, lo conociera ya toda la familia desde hacía mucho. Y también la afición por los bocatas de mantequilla de cacahuete con pepinillos y variantes, que yo había supuesto que eran un eslabón secreto entre mi madre y yo. Lo admito, mi reacción fue irracional, pero me sentí empequeñecida por las anécdotas intrascendentes que contaba Liza. Tasha me caía bien. Una vez me había sacado de apuros y otra me había contratado para hacer un trabajo. La cosa acabó mal, pero la culpa no fue suya.

-Muy bien -contesté no de inmediato-. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

-Nuestras conversaciones parecen adolecer siempre de una falta de sincronía transoceánica.

-Bien, gracias. Oye, mira, resulta que mi madre y yo vamos a ir de compras por tu barrio y nos preguntábamos si tenías algo que hacer. Si quieres, podemos almorzar juntas o vemos para tomar algo a última hora de la tarde.

-¿Hoy? Bueno..., gracias por llamar, pero acabo de empezar a trabajar en un caso y estoy totalmente liadísima.

Quizás en otra ocasión. -Esperaba no parecer tan falsa como me sentía.

-Debe de haber mucho ajetreo en esta época del año.

-Te mueres de hambre o te atracas a comer -dije-. Así es este trabajo. -Me estaba esforzando todo lo que era capaz por no ponerme borde con ella. Incluso en las conversaciones más breve acabábamos chocando por las cuestiones familiares. Ella tendía al acercamiento y yo todo lo contrario.

-Sospecho que no te apetece te diga lo que te diga.

-De ningún modo. -Y guardé silencio.

Escuchamos cada una el aliento de la otra hasta que añadió:

-Bueno. Mamá volverá el martes. Sé que tiene muchas ganas de hablar contigo. ¿Sigues en la oficina de Capillo?

-Ya no. He alquilado un bungaló en Caballería. Me mudé hace un par de meses.

-Se lo diré.

-Estupendo. Muy bien. Ningún problema.

-No te ofendas, pero espero que seas educada con ella.

-Jolín, Tasha, procuraré comportarme como una persona.

Claro que me costará un gran esfuerzo.

Noté la sonrisa en su voz.

-Tendrías que darme puntos por la perseverancia.

-Bueno. Tomo nota y te tomo la palabra.

-No hace falta que seas sarcástica.

-Es mi peculiar sentido del humor.

-¿Por qué siempre tienes que estar tocando los ovarios? ¿No podrías facilitarme las cosas al cincuenta por ciento?

-No entiendo por qué te empeñas en acosarme.

-Por la misma razón por la que tú te empeñas en rechazarme. La cabezonería es un rasgo de familia.

-En eso tienes razón. Todavía me cabrea que la abuela tratara a mis padres como si fueran basura y luego pensara que podía reaparecer al cabo de los años haciendo como que no había pasado nada.

-Y eso, ¿qué tiene que ver con nosotras? Ni Pam ni Liza ni yo nos metimos con tus padres ni con tía Gin. ¿Por qué nos echas la culpa de lo que hizo la abuela? Sí, se portó mal. Sí, es una arpía, ¿y qué? Quizá tu madre y la tía Gin le devolvieron la jugada. Cuando tus padres murieron, sólo éramos unos niños. No sabíamos qué estaba pasando, igual que no lo sabías tú. Me parece ridículo que nos guardes rencor. ¿Con qué fin? Somos tu familia. Estás ligada a nosotros tanto si quieres como si no.

-Hasta ahora me las he arreglado muy bien sin «familia», de modo que olvídate del tema y vive tu vida.

-Olvídalo tú. -Se detuvo, tratando de recuperar el control-. Lo siento. Vamos a intentarlo otra vez. No entiendo por qué, pero cada vez que te llamo acabamos discutiendo.

-No siempre acabamos así.

-Sí, siempre.

-¡No, no es verdad!

-Recuérdame una conversación que no haya terminado en trifulca.

-Puedo mencionarte tres. Me contrataste para hacer un trabajo. Almorzamos juntas aquel día y todo fue bien. Desde entonces hemos charlado por teléfono en dos o tres ocasiones sin pelearnos.

-Es verdad -concedió a regañadientes-, pero siempre veo la ira palpitando bajo la superficie.

-¿Y qué? Mira, Tasha, es posible que con el tiempo encontremos una forma de acabar con nuestras diferencias. Pero hasta entonces no vamos a estar discutiendo sobre si discutimos o no. Yo no digo que sea una persona sensata. Estoy como una cabra. ¿Por qué no lo dejas ahí?

-Muy bien. Ya está todo dicho. Sólo queríamos que supieras que el asunto aún nos interesa. Esperábamos que la visita que hiciste ayer a la hacienda fuese una base para entendernos.

-Ah, eso. ¿Cómo lo has averiguado?

-Arne Johanson llamó a Pam. Dijo que había visto a una mujer que se parecía tanto a tu madre que se le había puesto la carne de gallina. Me sorprendió que pusieras el pie en la finca de la familia.

-Si lo hubiera sabido, no habría ido allí.

-De eso estoy segura.

-A pesar de todo, reconozco el esfuerzo que haces por mantener el contacto. No quería ser tan arisca.

-No hace falta que te disculpes.

-¿De qué hablas, Tasha? No es una disculpa.

-Olvídalo. Entendido. Ha sido un error mío -dijo-. Pero soy abogada. Batallar es el pan nuestro de cada día.

-Creía que te dedicabas a gestionar propiedades inmuebles. ¿Cómo se puede batallar con algo tan aburrido?

-Eso demuestra tu cultura. En cuanto hablas de dinero, le das una razón a la gente para ponerse desagradable. Nadie quiere hablar de morirse y nadie quiere ceder el control de los fondos familiares. Pero cuando se trata de beneficiarios, todos creen tener derecho a todo. -Titubeó-. Ya que hablamos del tema, probablemente has oído que se habla de la demolición del Manso.

-¿El «Manso»? ¿Es así como se llama? Yo creía que un manso era una finca que pertenecía a una iglesia.

-Algo de eso hay. Nuestro tatarabuelo Straith fue ministro presbiteriano. En aquella época, la Iglesia presbiteriana no tenía dinero para construir la casa parroquial, así que él mismo se la costeó. Creo que su intención era cederla a la comunidad cuando muriese, pero prevaleció la opinión más sensata. En cualquier caso, la casa es una pocilga. A estas alturas, lo más barato sería demolerla.

-Doy por sentado que la abuela no quiere gastarse un céntimo en restaurarla.

-Exacto. Está tratando de ganarse el apoyo de un par de grupos de defensores del patrimonio histórico, pero a ninguno le atrae la idea. El lugar está alejado y además la casa es un híbrido. Parece que ni siquiera es un buen ejemplar de su especie.

-¿y por qué no la deja como está? El terreno es suyo, ¿no?

-Por ahora sí, pero ya ha cumplido noventa años y sabe que ninguno de sus herederos tiene el dinero o la pasión que hacen falta para poner manos a la obra. Además, aún conserva otra casa en el pueblo. Y no necesita dos.

-Es verdad. Ahora lo recuerdo. Liza me contó que toda la familia vive a unas manzanas de ella.

-Sí, somos una familia muy unida -replicó con sequedad-. El caso es que ahora no cesan de acosarla promotores de todos los pelajes. Casi todos son viticultores locales interesados por la zona de las laderas. Resulta que el suelo es excelente. Además, recibe mucha niebla costera y eso significa que la uva tarda más en madurar.

-¿Cuánta tierra tiene?

-Doce mil hectáreas.

Se produjo un silencio que aproveché para traducir lo que acababa de decirme.

-Bromeas.

-Hablo en serio.

-No lo sabía.

-De momento no importa, porque ya sabes que nunca venderá. El bisabuelo la obligó a prometer que la dejaría como estaba. El asunto no será un problema mientras ella viva.

-¿No está metida la abuela en ningún consorcio?

-No. Casi todos los consorcios tradicionales se fundaron en los años treinta; gente del este que había manejado dinero durante generaciones. Pero aquí sólo teníamos rancheros, gente práctica, más inclinada a formar sociedades limitadas de tipo familiar. En cualquier caso, no pasará nada mientras viva -dijo-. En el ínterin, si cambias de idea sobre lo de tomar algo, sólo tienes que descolgar el auricular. ¿Aún conservas mi número?

-Dámelo otra vez.

Cuando colgué, hube de sentarme y darme palmaditas en el pecho. La verdad es que terminé por sentir simpatía por ella. Si no me vigilaba, aquella mujer acabaría cayéndome bien y, entonces, ¿qué sería de mí?

Al dirigirme a la casa de Stacey pasé antes por el nuevo despacho para comprobar que todo estuviera en orden. Abrí una ventana para que entrara el aire y miré el contestador automático. Solucioné un par de asuntos rutinarios y me fui. Dejé el coche donde estaba y recorrí andando las cinco manzanas que había hasta la casa de Stacey. Llegué antes que

Con Dolan. Stacey había dejado la puerta principal abierta y la de la tela metálica sin cerrar. Golpeé en la madera.

-¿Hola? ¿Stacey? Soy yo. ¿Puedo pasar?

Respondió con voz ahogada.

-Como si estuvieras en tu casa.

Entré y cerré la puerta de tela metálica. Los suelos estaban sin enmoquetar y las ventanas no tenían cortinas ni visillos, así que mi sola presencia levantaba ecos. Olía a cafetera humeante, pero por lo demás el lugar parecía deshabitado. La casa estaba prácticamente desnuda, como si el inquilino estuviera mudándose y tuviese el traslado hecho a medias. La vivienda no medía más de setenta u ochenta metros cuadrados de superficie y desde donde estaba lo veía casi todo. El espacio estaba dividido en salón, cocina, dormitorio y un cuarto de baño cuya puerta estaba cerrada. El suelo era de linóleo y formaba un dibujo general de cuadros y rectángulos interconectados, azul sobre gris con una raya malva a intervalos. La ebanistería era de color oscuro y un papel amarillento cubría las paredes. En algunas partes, el papel aparecía rasgado y dejaba ver la decoración de tres épocas anteriores: un estampado de florecillas debajo de otro de rayas finas que, a su vez, quedaba debajo de unos vulgares ramos de rosas descoloridas.

Al pie de las ventanas de mi derecha había una cama sin somier, perfectamente hecha. Cerca se encontraba un televisor apoyado directamente en el suelo. A mi izquierda quedaba un escritorio de roble y una silla giratoria. No había mucho más. Habían amontonado seis cajas de cartón idénticas contra la pared del fondo. Todas estaban precintadas con cinta y tenían una etiqueta escrita a mano que detallaba

el contenido. La puerta del ropero estaba abierta y vi que habían vaciado todo el contenido menos dos perchas.

Fui de puntillas a la puerta de la cocina, me asomé y vi una mesita de madera y cuatro sillas desiguales. En el fogón de la cocina había una cafetera Pyrex con una débil llama azul debajo. El cristal transparente dejaba ver un café tan oscuro como el chocolate amargo. Las puertas de los armarios estaban abiertas y casi todos los estantes vacíos. Era evidente que Stacey estaba envolviendo y empaquetando los vasos y los platos en cajas de cartón. Sobre el mármol había una resma de papel sin estrenar; las hojas debían de medir 1 metro por 1,20. No cabía duda de que estaba desmantelando la casa, preparando sus enseres para enviados a un lugar desconocido.

-Si ves algo que te guste, es tuyo. No sé qué hacer con todo esto -dijo Stacey y apareció de repente detrás de mí.

Me di la vuelta.

-¿Qué tal su espalda?

-Así, así -dijo haciendo una mueca-. He tomado Tylenol y me ha sentado bien.

-Ha estado ocupado. ¿Se muda?

-No exactamente. Digamos que es posible que me vaya y quería dejarlo todo preparado.

Aquel día el gorro de punto era de color azul marino. Con la frente blanca y el largo y curtido rostro, parecía un agricultor en medio de una sementera. Llevaba unos tejanos de tejido blando, lavados a la piedra, camisa azul claro y botas de piel marrón. –

-¿Es suya la casa?

-De alquiler. Llevo aquí varios años.

-Es usted ordenado.

-Estoy en ello. No quiero dejarlo todo hecho un desastre para que otra persona lo limpie. Se lo quedará Con. -La frase «cuando yo haya muerto» quedó suspendida en el aire.

-Con me dijo que estaban tratándolo con medicamentos nuevos.

Se encogió de hombros.

-Experimentos clínicos. Un cóctel de prueba pensado para gente que no tiene nada que perder. Las estadísticas no son alentadoras, pero qué coño, supongo que a lo mejor sirve para otros. Algunos sobreviven. A eso se reducen las gráficas. Pero creo que es una tontería pensar que yo estoy entre los privilegiados.

Con Dolan llamó a la puerta principal y entró, apareció en la puerta de la cocina al cabo de medio segundo. Llevaba una bolsa marrón de supermercado en una mano y una bolsa blanca más pequeña en la otra.

-¿Qué hacéis?

Stacey se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros con indiferencia.

-Pensamos fugarnos juntos. Ella quiere ir a San Francisco, para cruzar el puente Golden Gate. Yo prefiero Las Vegas y las bailarinas en topless. Estábamos a punto de lanzar una moneda al aire cuando has llegado. -Stacey se acercó al fogón y se dirigió a mí por encima del hombro-. ¿Quieres café? No tengo leche.

-Me gusta solo.

-¿Con?

Dolan le alargó una bolsa blanca con manchas de grasa.

-Bollos.

-Cojonudo -dijo Stacey-. Nos retiraremos al salón de música y averiguaremos dónde estamos.

El teniente se encaminó con las dos bolsas a la sala de estar mientras Stacey sacaba una torrecilla de vasos de plástico y ponía café en tres. Volvió al mármol y recogió la resma y un rotulador.

-Trae ese rollo de papel, por favor. Me he quedado sin servilletas y sólo he visto paquetes de oferta. Cuatrocientas al precio de trescientas. Es absurdo. Y de paso trae la cinta adhesiva.

Recogí el rollo de cinta y mi vaso de café, mientras Dolan volvía para llevarse dos sillas. Luego se fue por las dos tazas de café que quedaban y las dejó en la mesa de la sala de estar. Metió la mano en la bolsa más grande que había traído y sacó tres anchas carpetas negras de tres agujeros.

-He ido a la copistería y he hecho una copia para cada uno.

Es el expediente del caso -dijo, y nos las pasó.

Recordé mis primeros años en la escuela. La única parte que me gustaba era comprar artículos escolares: carpetas, papel rayado, los juegos de lápiz y bolígrafo.

Stacey pegó con cinta adhesiva dos hojas de papel en la pared, luego desdobló un mapa de California y también lo pegó a la pared. En sus movimientos había algo de experto. Dolan y yo nos servimos un bollo y nos sentamos en las sillas.

-Tomaré el mando si nadie se opone -dijo Stacey.

-Déjate de remilgos y empieza ya.

-Muy bien, vale. Vamos a repasar lo que sabemos. Así nos daremos cuenta de dónde están las lagunas. Por el momento es probable que penséis que tenemos muchas más lagunas que hechos concretos, pero vamos a ver qué hemos conseguido. -Quitó el capuchón del rotulador negro y escri-

bió «Víctima» en la parte superior de una hoja y «Asesino» en la otra-. Empezaremos por Juana Nadie.

Saqué del bolso un paquete de tarjetas de fichero, le quité la banda de plástico transparente y me puse a tomar notas.

5

Escribía rápida y limpiamente, condensando la información del expediente mientras la comentábamos.

-¿Qué es lo primero que tenemos? -Levantó el rotulador y nos miró. Como cualquier buen profesor, quería cerciorarse de que íbamos a aprender las respuestas.

-Es blanca -dijo Dolan-. De edad comprendida entre los doce y los dieciocho años.

-Bien. Lo que significa que su fecha de nacimiento está entre 1951 y 1957. -Stacey escribió la anotación de rigor en la parte superior del papel.

-¿Y qué hay de la fecha estimada de la muerte? –pregunté.

Pensé que Dolan consultaría el informe de la autopsia, pero al parecer se lo sabía de memoria.

-El doctor Weisenburgh dice que llevaba allí entre uno y cinco días, así que tuvo que ser entre el 29 de julio y el 2 de agosto. Ahora está retirado, pero le hablé sobre el tema y se acordaba de la chica.

-Muy bien. -Stacey escribió la fecha en el papel, debajo de la del nacimiento de Juana Nadie. Siguió escribiendo, esta vez dictándose a sí mismo. Rápidamente, repasamos lo básico: estatura, peso, ojos y color del pelo.

-Según el informe era rubia -dijo Dolan-, aunque posiblemente teñida. Empezaba a verse pelo oscuro en las raíces.

-Tenía dientes de caballo y muchos empastes, pero ningún aparato de ortodoncia -indiqué.

Stacey frunció la boca.

-Quizá deberíamos detenernos en ese punto. Dolan negó con la cabeza.

-Cuando yo era joven no se estilaba poner aparatos. Éramos muchos en la familia, trece hermanos, y todos teníamos los dientes torcidos. Mirad. Las bases están torcidas, pero las puntas están bien. ¿A ti te pusieron aparatos de pequeña? -me preguntó.

-No.

-A mí tampoco -dijo Stacey-. Bueno. Me alegro de que hayamos aclarado este punto. Y ahora, ¿qué información nos dan los dientes de caballo?

-Bueno, yo diría que muchos jóvenes con ese problema van a ver al dentista antes de cumplir los diez años. Mi sobrina tiene tres hijos, así que sé que empiezan pronto; a veces lo arreglan en dos o tres etapas. Si esta muchacha necesitaba un aparato, lo habría llevado cuando murió.

-Quizá su familia no tenía dinero para pagado -sugerí.

-Eso podría ser. ¿Algo más?

-Con los empastes que le pusieron, debía de alimentarse de mala manera. Caramelos. Refrescos. Comida basura -dijo Dolan mirándome de reojo. Luego dirigió la vista a Stacey-: No quisiera parecer esnob, pero los chicos de clase media alta no suelen tener una dentadura tan cariada como la suya.

-Piense en los dolores de muelas -intervine.

-Pero se las empastó. En realidad, el odontólogo forense cree que todos los empastes se hicieron en la misma época, probablemente uno o dos años antes de la muerte.

-Debió de costarle un pellizco -comenté.

-Pensad en todas las inyecciones de novocaína -dijo Dolan-. Tienes que permanecer allí sentado durante horas, con el chirrido del taladro metido en la cabeza.

-Olvídelo. Hace que me suden las manos. Tengo fobia a los dentistas, por si no lo sabía. Fíjese -dije, y le enseñé las manos.

Stacey frunció el entrecejo.

-¿Pusieron en circulación alguna plantilla con los empastes?

-Que yo sepa no -dijo Dolan-. He traído una copia. Más vale que esté a mano por si encontramos algo que coincida. Tenemos los maxilares.

-¿Las mandíbulas? -pregunté mirándolo-. Pero si han transcurrido dieciocho años.

-También tenemos los dedos de las manos.

Stacey lo anotó en el papel.

-A ver si podemos conseguir que la oficina del forense nos dé otra serie de huellas. Quizá consigamos algo en los bancos de datos.

-Por la edad que tenía cuando murió, no creo que figure en ellos -dijo Dolan.

-A no ser que en su día la detuvieran por mechera o por hacer la calle -dije, siempre optimista.

-El problema es que, si la detuvieron siendo menor de edad, anularían su ficha y lo más probable es que a estas alturas la hayan destruido -dijo.

Levanté una mano.

-Se ha hablado de por qué no pudo identificarse; supongan que era de otro estado, por ejemplo de la Costa Este. Me da la impresión de que la noticia no llegó a ser un escándalo nacional.

-Dudo mucho que se hablara siquiera del asunto fuera del condado -apuntó Dolan.

-Pasemos a la ropa. ¿Alguna idea? -preguntó Stacey.

-Creo que el detalle de que el pantalón fuese de confección doméstica resulta interesante -respondí-. Sumado a la deficiente higiene bucal, suena a pocos ingresos.

-No necesariamente -dijo Stacey-. Si su madre le hacía la ropa, sugiere cierto nivel de cuidado y preocupación.

-Vale, sí. Eso también. El pantalón estampado de las flores era llamativo. Tejido blanco con margaritas azul oscuro con el centro rojo. Alguien podría recordar la tela.

-Me gustaría volver atrás y echar un vistazo a la declaración que hizo la empleada del autoservicio sobre la chica hippie que entró en el establecimiento -dijo Dolan-. ¿Cómo se llamaba, Roxanne Faught? Deberíamos localizarla de nuevo para ver si tiene algo que añadir.

-Yo hablé dos veces con ella, pero inténtalo -dijo Stacey-.

¿Sigue abierto el autoservicio?

-Que yo sepa, sí. Permaneció cerrado durante un tiempo, de modo que es posible que haya cambiado de propietario.

¿Quieres que me acerque con el coche? -preguntó Dolan.

-Ya lo haré yo. Puedo ir esta tarde -dije.

-Vale. ¿Qué más? ¿Qué me decís de las tallas?

Nos pasamos unos minutos buscando los detalles. Dolan hojeó las páginas buscando la lista de prendas registradas en el almacén.

-Vamos allá. Calzado, 37, las bragas de talla mediana, el sujetador talla 38 A.

-Eso significa -dije- que era ancha de tórax, pero que tenía poco pecho. Pecho de barril. Las chicas así suelen parecer gordas aunque estén delgadas.

Dolan pasó una página.

-Aquí pone que tenía las orejas perforadas. «Atravesando el lóbulo izquierdo hay un alambre dorado con forma de herradura. Atravesando el lóbulo derecho, otro alambre dorado con el extremo inferior enroscado en forma de broche.» Es algo que la gente también recordará.

Stacey lo añadió a la lista y preguntó:

-¿Es todo?

Levanté la mano.

-Llevaba las uñas pintadas. De color plata.

-Entendido. ¿Algo más?

-Yo no recuerdo nada.

Dolan se puso en pie.

-En ese caso, si me disculpáis, salgo a fumar.

A la hora del almuerzo me ofrecí voluntaria para ir al supermercado más cercano a comprar lo necesario para preparar unos bocadillos, pero al parecer se habían enterado de mi fijación fetichista por la mantequilla de cacahuete con variantes y votaron por ir a comer a un restaurante chino. Subimos al coche de Con y atravesamos la ciudad hasta La Gran Muralla; la fachada imitaba una pagoda y encima del dintel había una dorada estatua de Buda sedente. Ya en el aparcamiento, esperé a que Stacey y Con guardaran las pistolas en el maletero del coche y entramos en el restaurante.

Las paredes estaban pintadas con el obligado rojo chino y por todo el establecimiento había bancos rojos de cuero sintético y farolillos esféricos de papel blanco colgados como lunas. Stacey no tenía mucho apetito, pero Con parecía más que deseoso de empezar a comer. Yo me moría de hambre, como de costumbre. Pedimos raviolis fritos y rollitos de primavera, que empapamos en esa mostaza pálida que cura el

resfriado nasal. Luego comimos cerdo mu shu, pollo kung pao y ternera a la naranja, con un tazón de arroz blanco. Con y yo bebimos cerveza. Stacey tomó un té con hielo.

Mientras comíamos, los chicos especularon sobre la identidad del asesino, asunto que prefería dejar en sus manos. No tengo ninguna formación oficial en investigación de homicidios, aunque he tropezado con algunos cadáveres en el ejercicio de la profesión. Dada la naturaleza del asesinato, suponían que el asesino era probablemente de sexo masculino, en parte porque a las mujeres suelen asquearles los asesinatos cuerpo a cuerpo, con sangre e higadillos. Además, la cantidad de puñaladas sugería una brutalidad que se asociaba más con los hombres.

-¡Eh, eh! Que las mujeres de hoy en día pueden ser muy brutas -replicó Con.

-Sí, pero no me imagino a ninguna mujer levantando el cadáver para meterlo en el maletero y volviéndolo a sacar. Cincuenta y siete kilos son mucho peso muerto.

-Nunca mejor dicho -apuntó Dolan-. ¿Crees entonces que fue planeado?

-Si lo fue, se supone que también había un plan para deshacerse del cadáver. El que la mató tenía prisa, al menos prisa suficiente como para no cavar una tumba.

El teniente tomaba notas en una servilleta y el bolígrafo rasgaba el papel de vez en cuando.

Con abrió el estuche de los palillos, los separó y frotó uno contra otro para alisarlos y quitarles la pelusilla que suele haber en la madera. Luego roció el pollo y la ternera con salsa de saja de manera que se formó un lago negruzco en el que los granos de arroz nadaban como pececillos.

-Me llama la atención que no eligiera un lugar más lejano para tirarla.

-Si no conoces un sitio mejor, ese tramo de carretera parece bastante aislado. No hay casas a la vista. Probablemente no sabía nada del personal que iba y venía de la cantera.

-En eso estoy de acuerdo con usted. Los forenses dicen que el cable que utilizó para atarle las muñecas se arrancó de algún sitio, así que debió de pillar lo primero que se le puso a mano. El tipo iba dejando cagarrutas por donde pasaba.

Vi que Dolan formaba una pinza con los palillos para pescar un trozo de pollo, pero no conseguía llevárselo a la boca.

-La cuestión es: ¿se había fijado en esa chica en concreto o andaba buscando una víctima y le tocó a ella por casualidad?

-Yo creo que fue una expedición de búsqueda -dijo Dolan-. Debió de intentarlo con cinco o seis chavalas hasta que una le dijo que sí. -Había pasado a la técnica de la excavadora y ahora utilizaba los palillos juntos como una especie de pala sobre la que montó el bocado de pollo. Consiguió acercárselo hasta el labio inferior. Huy, por qué poco. Movió la cabeza-. No creo que sea un asesino en serie. Tiene más pinta de ser un hecho único. -Lo intentó de nuevo, esta vez bajando la cabeza y abriendo y estirando los labios como un oso hormiguero mientras levantaba los palillos.

Atrapó un trozo de corteza de naranja, pero el resto cayó al plato.

Me hice con un tenedor de la mesa contigua y se lo di. Stacey trazó unos garabatos en la servilleta, que ya estaba hecha jirones.

-Espera. Volvamos atrás un momento. Por lo que se refiere a la edad, a mí me parece más probable que estuviera cerca del tope superior..., dieciséis, diecisiete, dieciocho, o más, y no a los doce o trece del tope inferior. Si hubiera sido tan joven, habrían denunciado su desaparición, tanto si se había ido voluntariamente como por un enfado momentáneo. Como padre, puedes encogerte de hombros y no darle importancia, pero si ves que no vuelve a casa, te preocupas. Empiezas a hacer llamadas y descubres que sus amigos tampoco la han visto, y entonces avisas a la policía. Pero si tiene veinte años, ya no es tan probable que se dé la alarma.

-Es verdad. Puede que se hubiera fugado ya muchas veces. Puede que la última fuese una más en una larga cadena de desapariciones.

Dolan apartó el plato.

-Ya que estamos dejando volar la imaginación, ahí va otra sugerencia. No creo que fuera de aquí. El asesino no le hizo heridas en la cara, de modo que no debía de estar preocupado porque pudieran reconocerla. No sabía cuánto tiempo iba a permanecer allí tirada. Suponed que la hubieran encontrado el mismo día y hubieran puesto una descripción de la chica en los periódicos. Si hubiera sido de aquí, alguien habría sumado dos y dos y averiguado el asunto inmediatamente.

-¿Y si fuese extranjera? -pregunté-. De Inglaterra o de España. Tiene que haber un montón de lugares donde los empastes no sean tan caros. Eso también explicaría por qué no denunciaron la desaparición.

-Si tramitaron la denuncia a través de la Interpol, nosotros no teníamos por qué enteramos -dijo Dolan-. Vale la pena comprobarlo. Quizá guardan algo en los archivos.

-Hay una nota por alguna parte donde pone que una mujer alegó haber visto a una autoestopista que coincidía con la descripción de la chica de Colgate. Fue un par de horas antes de que la empleada del autoservicio de Gull Cave viera a aquella hippie el 1 de agosto. Puede que se dirigiese a la costa -dijo Stacey.

Dolan abrió la carpeta negra; había señalado con trocitos de papel los lugares donde se encontraban los partes. Pasó unas páginas y consultó las notas que había escrito al margen con una letra sorprendentemente pequeña. .

-Estás pensando en Cloris Bargo. Dice que el 29 de julio, a las cuatro y media de la tarde, vio a una chica de raza blanca, entre metro cincuenta y ocho y metro sesenta de estatura, de unos dieciséis o diecisiete años, blusa azul marino, pantalones de flores y cabello largo rubio, apoyada en la base del paso elevado de Fair Isle. Bargo vio un vehículo que paraba, la recogía y se iba en dirección norte por la 101.

-Eso merece otro vistazo. Si Juana Nadie viajaba haciendo autoestop, podríamos seguirle la pista al revés y tratar de descubrir su punto de origen, quizá recomponer incluso la cronología de los hechos. -Stacey sacó el mapa de California y lo desdobló, lo sacudió y lo extendió sobre la mesa-. Si venía del sur, tuvo que seguir la 405 hasta la 101. Las principales arterias de Arizona a California son la autopista 15 desde Las Vegas, Nevada, la 40 desde Kingman, Arizona, la 10 desde Phoenix y la 8 que viene de Yuma. Si hubiera partido de cualquier otro lugar, habría seguido otro camino.

-Eso no se puede saber -dijo Dolan-. Pudo haber venido de cualquier sitio. Por otra parte, estamos hablando del 29 de julio. Es el mismo día que Frankie Miracle mató a su novia

y se echó a la carretera. Si Juana Nadie estaba haciendo autoestop, a lo mejor la recogió él.

Dejamos el tema en aquel punto y nos dedicamos a otra cosa.

Después de comer, Con me dejó en el nuevo despacho. Me puse al día garabateando notas en las tarjetas de fichero y luego invertí unos minutos en una investigación digital, o sea, pasando los dedos por los listados de la guía telefónica. Mi misión consistía en comprobar los informes sobre la joven hippie que había hecho autoestop entre el 29 de julio y el 1 de agosto. Con se dedicaría a llamar por teléfono para averiguar el paradero de los antiguos compañeros de celda de Frankie Miracle, mientras Stacey investigaba sus escaramuzas legales de los últimos años. Habíamos quedado en reunimos aquella noche en el CC para cotejar lo que hubiéramos descubierto.

Tenía unas señas antiguas de Roxanne Faught, pero ninguna de Cloris Bargo. Por una vez, la suerte estuvo de mi parte y, para variar, funcionó comenzar por lo más lógico. Mientras repasaba las páginas blancas vi una Bargo, no Cloris, sino una hermana suya que ni siquiera se molestó en preguntar por mis intenciones antes de darme el teléfono actual de Cloris, que resultó que vivía en Colgate. Qué vergüenza. ¿Y si yo era una desvalijadora de pisos o una buscadora de morosos?

Busqué el plano de la población y tracé un círculo alrededor de mi punto de destino, un barrio de clase media que quedaba inmediatamente después de la salida de Fair Isle, el lugar donde Cloris Bargo había visto a la muchacha. Cerré el

despacho, puse en marcha el VW y fui por Capillo Avenue hasta la 101.

El día era templado y neblinoso, y el paisaje parecía apagado, como si lo hubieran lavado con leche desnatada. Bajé los cristales de las ventanillas y dejé que el viento me azotara el pelo. Había poco tráfico y tardé menos de seis minutos en llegar a Colgate.

Salí por la rampa de Fair Isle y avancé rumbo a las montañas mientras contaba las calles, hasta que doblé a la izquierda por York. La casa que buscaba estaba a la izquierda, en el centro de la calle. Era un barrio de casas de estructura básica, aunque casi todas habían sido reformadas concienzudamente desde los años sesenta, época en que se urbanizó la zona. Los garajes se habían convertido en sala de estar para la familia; se habían cerrado los porches, se había construido un piso encima de la planta baja inicial y los cobertizos de la parte posterior se habían ampliado y juntado. El césped parecía firme y los árboles habían crecido hasta el punto de que las raíces habían abombado algunas aceras. Los hijos, bebés cuando los padres se instalaron allí, habían crecido y se habían ido ya, para regresar al barrio con descendencia propia.

Aparqué delante de una casa blanca de dos plantas con paredes estucadas; habían añadido una estructura de madera a la izquierda y una entrada barroca sobre la puerta preexistente, con arcos, una portilla de madera, rosales trepadores y gran profusión de malvas reales, hortensias y polemonios. Crucé la entrada y subí los escalones del porche. La puerta principal estaba abierta y el cancel con el cerrojo echado. Del fondo de la casa salía un olor a algo cociéndose, fruta y azúcar. La radio de la cocina estaba sintonizada con

un programa de llamadas telefónicas y se oía al locutor alec-cionando a alguien con voz dogmática. Apoyé la mano en el cancel y me la puse a modo de visera sobre los ojos, para po-der ver el interior. La puerta principal que daba exactamen-te en el extremo opuesto de la puerta trasera, de modo que distinguí incluso la valla posterior que separaba los patios.

-¡Hola! -exclamé.

-¡Estoy aquí! -gritó una mujer-. Venga por detrás.

Bajé del porche y seguí el camino que rodeaba la casa por la derecha. Al pasar por delante de la cocina vi a la mu-jer a través de la ventana, que estaba abierta. Debía de encontrarse ante el fregadero, porque se inclinó hacia delante y cerró el grifo sin dejar de mirarme. Parecía tener unos treinta y cinco años, aunque cuando la vi de cerca le eché otros diez.

-Hola -dije, y me detuve-. ¿Es usted Cloris Bargo?

-Lo fui hasta que me casé. ¿Desea alguna cosa? -Volvió a abrir el grifo y bajó la mirada hacia el plato o los utensilios que estuviera fregando.

-Necesito cierta información. No le robaré más de cinco o diez minutos. -Resultaba extraño mantener una conversa-ción con una persona cuya cara estaba sesenta centímetros por encima de la mía. Casi podía verle las fosas nasales.

-No será usted vendedora, ¿verdad?

-En absoluto. Me llamo Kinsey Millhone. Soy investiga-dora privada. Su nombre ha aparecido en relación con un ca-so de la oficina del sheriff en el que estoy trabajando.

Me observó fijamente, aguzando la mirada.

-Será la primera vez. Hasta ahora no había oído que la oficina del sheriff contratara personal externo.

-Se trata de un agente retirado que estuvo destinado al norte del condado y que ha reabierto un viejo caso de homicidio... El de la joven apuñalada en 1969.

Puso algo en el escurreplatos, se secó las manos con un paño de cocina y apagó la radio. Como no hacía más comentarios, añadí:

-¿Puedo pasar?

Aunque no me invitó expresamente, hizo un gesto que interpreté como que me daba la venia. Seguí recorriendo el camino de hormigón hasta que llegué a la parte trasera, donde el hormigón se ensanchaba y formaba un aparcamiento. A la derecha, entre un poste de madera y un tomillo clavado en la pared del garaje, colgaba una cuerda de tender ropa. Las blancas sábanas ondeaban perezosamente, sacudidas por la brisa. El patio trasero era muy vistoso; los macizos de flores estaban protegidos por secciones de valla blanca prefabricada de treinta centímetros de altura. Habían trasplantado recientemente pensamientos y petunias, mustias a consecuencia del traslado. Un aspersor automático acoplado a una manguera rociaba la hierba con un tenue y oscilante abanico de agua. Los muebles de jardín habían conocido épocas mejores. Los tubos de aluminio de las sillas estaban doblados en algunas partes y el revestimiento de nailon verde y blanco se veía raído y desteñido. Al fondo había un terreno labrado, con tomateras, un surco de pimientos recién plantados y cinco tutores para judías, semejantes a las tiendas donde viven los indios, que esperaban el envolvente abrazo de los tallos. No vi el menor rastro de niños ni de animales.

Subí los seis escalones del porche. La mujer se encontraba ya en el umbral. Dio un paso atrás sin soltar la puerta y entré en la casa. Su actitud había cambiado en los breves

instantes que había tardado en rodear la vivienda. Parecía tener la mandíbula encajada, o por terquedad o a causa de alguna tensión. En sus movimientos hubo algo que me hizo pensar que me convenía demostrarle quién era yo. Le di una tarjeta.

La dejó en el mármol de la cocina sin leerla. Era una mujer delgada y pequeña, con pantalón corto marrón, camiseta blanca de tirantes, nada de maquillaje y pies descalzos. El oscuro cabello le llegaba hasta la barbilla y lo llevaba recogido con horquillas por detrás de las orejas.

-Bonitas flores -dije.

-Mi marido se ocupa de ellas. Las verduras son mías.

El calor que hacía en la cocina era como el del sur de Florida en junio; no llegaba a ser opresivo, pero la temperatura te tentaba seriamente a abandonar el estado. Sobre las rejillas de los fogones, encendidos a fuego lento, había dos grandes ollas a presión de acero inoxidable. Las tapas estaban en el mármol, una al lado de otra, y los casquillos de la presión en el alféizar de la ventana. Tapas, aros de caucho, cucharones y pinzas recién esterilizados yacían sobre paños de cocina blancos, semejantes a instrumentos quirúrgicos. En un cazo había un líquido rojo oscuro, pegajoso como el pegamento. Aspiré el rico y caliente perfume de las fresas prensadas. En la mesa que estaba en el centro de la cocina había doce frascos herméticos de medio litro.

-Siento interrumpirla.

-No importa. -Volvió al fregadero. Todo en ella evocaba los valores campesinos del Medio Oeste; las conservas, las sábanas tendidas, el huerto y la cara sin maquillar.

-¿Recuerda el caso?

-Vagamente.

Me di cuenta de que no le preguntaba nada que le permitiera refrescar la memoria, así que le eché una mano.

-Un ayudante del sheriff dejó constancia escrita de una información facilitada por usted. Según sus notas, usted vio a una chica haciendo autoestop justo a la salida de Fair Isle el 29 de julio de 1969.

-Ya ha mencionado usted ese año.

Pasé por alto la observación.

-Usted dijo que vio que un vehículo se detenía y recogía a la chica. Resulta que coincide con la descripción de la persona asesinada que se encontró en Lompoc un par de días después.

La expresión de Cloris Bargo experimentó un cambio cuando aparecieron dos visibles manchas rosáceas en sus mejillas, como de colorete aplicado por la cosmetóloga de unos grandes almacenes.

-¿Quiere un té con hielo? Puedo preparárselo. Ya está hecho.

-Me encantaría.

Abrió un armario, sacó un vaso de aluminio bruñido y lo llenó de cubitos de hielo. Vertió el té de una jarra de cristal grueso que había en el frigorífico. Sabía que la mujer se callaba algo y quería darle un margen de tiempo para que se decidiera a hablar.

Era evidente que pasaba alguna cosa, pero ignoraba el qué. Me alargó el vaso.

-Gracias -murmuré, y tomé un largo y saludable trago antes de darme cuenta de que estaba saturado de azúcar. Hice una mueca. Era como ese jarabe horroroso que te dan a beber antes de que te saquen sangre para el diagnóstico de enfermedades que esperas no tener.

Se apoyó en el mármol.

-Me lo inventé.

Dejé el vaso.

-¿Qué parte se inventó?

-Todo. No vi a aquella chica.

-¿Ni a ninguna otra autoestopista?

Negó con la cabeza.

-Poco antes había conocido al ayudante del sheriff; el que tomó nota de mi declaración. Yo acababa de llegar a California. Mi familia no llevaba aquí ni seis meses. No conocía a nadie. Habían visto a un merodeador por el barrio y enviaron al ayudante del sheriff para que hablara con nosotros. Fue de casa en casa, preguntando si habíamos visto algo raro o inusual. Yo estaba de baja. Acababan de operarme de apendicitis y seguía convaleciente. Si no, no me habría encontrado en casa. Terminamos sosteniendo una larga charla. Me pareció un hombre agradable. -Se detuvo.

-Tómese su tiempo -dije.

-Una semana después, los periódicos mencionaron su nombre en relación con la investigación del asesinato. Yo jamás había mentido, pero fui al teléfono y llamé a la oficina del sheriff preguntando por él. Cuando se puso al habla, solté lo primero que me vino a la cabeza.

-Entonces, lo que declaró acerca de que había visto a una chica cuya descripción coincidía con la de la víctima era totalmente falso -expuse, esperando haberla entendido mal.

-Sólo dije eso. Seguro que llamó muchísima gente con información que no servía para nada. Lo único que quería era la oportunidad de hablar con él otra vez.

Me quedé un momento en silencio, pensando: joder, joder, joder.

-¿Funcionó?

Se encogió de hombros.

-Me casé con él.

-Bueno, por lo menos eso salió bien.

Desvió los ojos hacia la ventana. Vi que un coche se acercaba por el camino a la parte trasera. Volví a mirarla.

-Hágame un favor -me pidió bajando la voz.

-Claro,

-No se lo diga a mi marido. No sabe la verdad.

-¿No lo sabe?

Negó con la cabeza.

-¿Cree que le importaría después de dieciocho años?

Oí el golpe de la portezuela del coche al cerrarse y el taconeo del marido entre el garaje y el porche trasero, que se interrumpió cuando se detuvo a mirar los pensamientos y las petunias. En mi opinión, necesitaban agua. Por lo visto, en la suya también. Oí el gemido y el chirrido del grifo cuando lo cerró, movió el aspersor Y volvió a dar el agua. Siguió andando hacia la puerta trasera mientras la mujer añadía rápidamente:

-Siempre que le preguntan cómo nos conocimos, cuenta la anécdota de que me molesté en llamar para dar información. Le admiraba que fuera una ciudadana tan responsable. Dice que es uno de mis mejores rasgos. Asegura que se enamoró de mí durante aquella charla telefónica. Entonces declaró que había sido cosa del destino, porque me había visto en persona la semana anterior. Cree que soy diferente. Según él, superior a los demás.

-Complicado.

-Y que lo diga.

Se abrió la puerta trasera. Entró el marido, que se detuvo a limpiarse los pies en el felpudo de la entrada. Un hombre atractivo. Andaba por los cincuenta años y tenía el pelo gris y los ojos azules, y rasgos probablemente holandeses o escandinavos. Era alto y esbelto, de constitución musculosa, sin una pizca de grasa. Vestía ropa de calle; pantalón pardo, camisa de color azul oscuro y corbata con un dibujo pardo y azul. Llevaba la chapa en el cinturón. Me pregunté cuál sería su trabajo después de veinte años en la oficina del sheriff. No llevaba la pistola ni la funda, que debía de haber dejado en el maletero del coche.

-¿Qué es complicado?

-Conseguir el punto justo de la pectina -respondió la mujer sin pestañear siquiera. Haberle mentido una vez la había convertido en experta.

-Soy Kinsey.

-Joe Mandel. No deje que la engañe. Hace las mejores fresas en conserva que haya comido en su vida.

-Estoy segura.

Tenía arrugas en la cara y el pelo empezaba a ralear. Era la edad, que se cobraba su tributo. Por su aire de deportista deduje que andaba deprisa y que todavía era capaz de pelearse con los malos si las circunstancias lo exigían.

-Esto parece un laboratorio. ¿Se cuece algo?

-Más o menos -dije.

No manifestó especial curiosidad por saber quién era yo ni qué estaba haciendo en la cocina con su señora. Le dio un beso en la mejilla y le acarició un brazo.

-Voy a cambiarme para trabajar un rato en el patio. Esta noche iremos a Sizzler y te librarás de todo este calor. ¿Necesitas ayuda?

-No, cielo. Gracias.

-Encantado de conocerla -dijo dirigiéndome una rápida sonrisa.

Sonreí a mi vez y levanté una mano a modo de respuesta. Cuando salió, Cloris lo siguió con los ojos mientras su expresión pasaba de la calidez a algo más soso.

-Parece un buen hombre.

-Es un buen hombre. Por eso me casé con él. Es honrado. A él nunca se le ocurriría contarme una mentira.

-¿Y por qué no le cuenta la verdad?

-¿Y por qué no se mete usted en sus asuntos? Puedo afrontar esto yo sola.

6

En ir de Santa Teresa a Lompoc se tarda una hora en coche, pero me detuve en Gull Cave, que se encuentra exactamente a mitad de camino. En el fondo de mi corazón sabía por qué me había presentado voluntaria para hacer aquella parte del trabajo. Aparte de que necesitaba tiempo para estar sola, flirteaba con la idea de volver a la vieja casa de la abuela. Al igual que un alcohólico recién curado, había jurado el día anterior que no lo haría, y sin embargo ya le iba dando vueltas a la idea de que otra visita rápida no le haría daño a nadie.

Llegué al autoservicio de Gull Cave a las dos de la tarde. El establecimiento se hallaba en una construcción grande y destartalada, cubierta por tablas planas de cedro, una atractiva mezcla de arte moderno y tradicional, con algún detalle estilo Cape Cod para que no faltase nada. En su día el edificio también había alojado un restaurante abierto las veinticuatro horas, una tienda de curiosidades turísticas y un salón de belleza de dos gabinetes. Incluso de lejos se notaba que todo el complejo estaba clausurado. Vi las tablas que tapaban las ventanas y el asfalto agrietado y sucio del aparcamiento. La vegetación era allí de un marrón triste, con hierbajos y flores silvestres que crecían hasta la rodilla. En la ladera de detrás del edificio se había secado un árbol solitario y en aquellos momentos parecía un espantapájaros, con las retorcidas ramas elevándose hacia el cielo como si hiciera señas a los pájaros. Se calculaba que Gull Cave tenía cien habitantes, pero por mi vida que yo no veía ni a uno siquiera.

Aparqué cerca de los escalones de acceso al edificio y bajé del coche. El ancho peldaño de madera crujió bajo mis pies. Un cartel pegado en la puerta principal anunciaba que el complejo estaba cerrado por reformas. Alguien había dibujado con lápiz una «cara de felicidad», con la boca curvada hacia abajo. Otro había escrito con bolígrafo: ¿Y A MÍ QUÉ ME IMPORTA? Otro, quién sabe si humano, había dejado un abundante montón de excremento al lado de la puerta principal, cerrada con candado. Miré por el escaparate del autoservicio, lleno de polvo y regueros de mugre a causa de las lluvias del invierno. Por dentro estaba completamente vacío; no quedaba ya ni un solo mostrador, ni un solo expositor, ni un solo aplique de pared. Parecía que las reformas iban a durar una buena temporada.

Me di la vuelta y miré hacia la carretera. El complejo de Gull Cove era el único centro comercial en varios kilómetros a la redonda, estaba a treinta metros de la autopista y era una parada natural para los viajeros que necesitaban un descanso. No resultaba difícil entender que dejaran allí a una persona que viajaba haciendo autoestop. Es posible que, después de un café con bollos, nuestra Juana Nadie hubiera encontrado un conductor que la llevara a Lompoc, final de trayecto para ella.

Volví al coche y consulté mis notas en busca de la última dirección conocida de Roxanne Faught. Calle Q de Lompoc, treinta minutos en dirección norte. Parecía un tramo demasiado largo para ir a un trabajo de aquella índole. Puse el motor en marcha y volví a la carretera, en dirección norte, con el océano Pacífico a la izquierda. El oleaje era suave y silencioso, y el color del agua un reflejo más oscuro del azul del cielo. Sin querer, pensé en la casa de la abuela. Tal vez pu-

diera veda si pasaba por allí. Seguro que, sabiendo hacia dónde había que mirar, se veía desde la autopista. Encendí la radio para distraerme.

Llegué a las afueras de Lompoc. El pueblo es llano y compacto, un paisaje de una sola planta, con calles anchas y casas pequeñas. Del océano llega un viento constante, canalizado por las montañas que acunan la población. A cinco kilómetros al norte se encuentra Vandenberg Village y, más allá, la base aérea de Vandenberg. Todo el valle está dividido en criaderos de caballos y ranchos de ganado y en buena parte de la tierra de labor se siembran flores de las cuales se aprovechan muchas veces sólo las semillas. Aunque no sabía qué estaba mirando exactamente, yo veía franjas de amarillo brillante y rosa fuerte. Más allá había campos de flores que parecían jacintos. Muchas granjas se habían vendido a agencias inmobiliarias; los guisantes, las amapolas y las espuelas de caballero habían sido sustituidos por cosechas de casas de tres dormitorios ordenadas en fila.

El pueblo se jacta de tener la Piscina Municipal de Lompoc y un gran centro comercial con los establecimientos habituales: tiendas de segunda mano, bancos, bufetes de abogados, recambios de automóvil y artículos de fontanería, tiendas, gasolineras, cafeterías, farmacias y clínicas. Lompoc es la población de una base militar, con barrios de residentes temporales cuya carrera militar los obliga a ir de un sitio a otro constantemente, como si fueran fichas de parchís. No era fácil saber qué hacía allí la gente para divertirse. No había bolera, ni sala de conciertos, ni cines a la vista. Puede que la cultura local consistiese en ver vídeos de las películas del año anterior que habían perdido dinero.

No me resultó difícil encontrar la calle Q ya que estaba entre la P y la R. La dirección que buscaba quedaba a la izquierda. Reduje la velocidad al acercarme. La casa, apoyada en piedra artificial, era un bloque rectangular de madera con un revestimiento a base de asfalto que imitaba el ladrillo rojo oscuro. El porche, que cruzaba toda la parte delantera, estaba un poco hundido por el centro. Dos neumáticos pintados de blanco se habían convertido en macetas que contenían geranios de color rosa. En el patio había enterrada a medias una vieja bañera blanca, en posición vertical; en el hueco que quedaba al descubierto había una Virgen María de yeso vestida de azul. Frené junto al bordillo y bajé.

En el patio delantero había un viejo que vestía un mono y estaba bañando a un perro. Aparentaba unos noventa años y aún se le notaba vigoroso. Por la ventana entreabierta de la cocina salía una manguera de jardín y supuse que el otro extremo estaría acoplado al grifo. Mientras yo avanzaba por la hierba, interrumpió lo que hacía y dio la vuelta a la boca de la manguera para cerrar el agua. Tenía la cara angular, con mentón saliente, nariz abultada y boca recta y casi sin labios. Llevaba el escaso pelo peinado hacia atrás, aplastado con gomina, pero aun así se le veía el cuero cabelludo. Tenía la piel marcada de puntos pardos de tomar el sol y manchas rojas. Sus ojos, redondos y azules, chispeaban bajo unas cejas blanquecinas y poco pobladas. El aire olía a pelo de perro mojado y a jabón antipulgas. Un chucho de talla mediana, de raza desconocida, estaba hundido hasta las rodillas en un barreño metálico. Con el pelo pegado al esqueleto parecía escuchimizado y frágil, delgado hasta la transparencia. Las pulgas muertas le salpicaban la carne como si fueran granos de pimienta. El perro temblaba, gemía y no quería mirarme a los

ojos. Desvié la mirada para que no se avergonzase de sí mismo.

-¿Puedo servirla en algo? -preguntó el viejo. Tenía la voz sorprendentemente aguda para un hombre de su corpulencia.

-Eso espero. Estoy buscando a Roxanne Faught y ésta es la única dirección que tengo. ¿Sabe dónde puede estar?

-Debería saberlo. Soy su padre -dijo-. ¿Y quién se supone que es usted?

Le enseñé una tarjeta.

La miró entornando los ojos y luego sacudió la cabeza.

-¿Qué pone aquí? Lo siento, pero no llevo las gafas encima.

-Soy investigadora privada de Santa Teresa.

-¿Y qué quiere de Roxanne?

-Necesito información acerca de un caso antiguo. Al parecer, una chica entró en el autoservicio de Gull Cave cuando Roxanne trabajaba allí, en 1969. Me gustaría hacerle algunas preguntas al respecto.

Giró la boca de la manguera y el agua cayó como una ducha ligera sobre la espalda y el lomo del perro.

-¿La que mataron?

-Sí, señor.

-Bueno. Pues creo que ya se solucionó, ¿sabe? Sé que un ayudante del sheriff vino por aquí un par de veces preguntando por lo mismo.

-Se refiere a Stacey Oliphant, el hombre para el que estoy trabajando. ¿Vive su hija todavía por aquí?

-Muy cerca. Haré lo siguiente. La llamaré por teléfono y que me diga si está dispuesta a hablar con usted. Si no quiere, pues adiós muy buenas.

-Eso sería estupendo.

Dejó la manguera, sacó el perro del barreño y lo dejó en la hierba. El perro empezó a sacudirse el agua, echándola en todas direcciones, hasta que se le quedó el pelo de punta. El viejo se acercó con una toalla gruesa Y lo frotó vigorosamente, luego lo envolvió en la toalla y me lo alargó.

-Le presento a Ralph.

Puesto que era yo quien quería algo de él, tomé el perro sin decir ni pío. El agua tibia del baño canino había empapado la toalla y me mojó la camisa. Ralph se encogió en mis brazos, hecho un puñado húmedo de huesos, tan confiado como un niño y con los ojos fijos en los míos. La lengua le asomaba por un lado de la boca y habría jurado que sonreía. Le hice unos mimos que parecieron gustarle. No consigo entender cómo los animales convencen a los seres humanos para que se comporten así.

El viejo reapareció y cerró la puerta con cuidado. Bajó los escalones del porche. Andaba despacio, pero parecía haber cumplido su misión. Llevaba un papel en la mano.

-Está en casa en estos momentos y quiere que le dé esto.

Le pasé el perro y alcancé el papel, en el que figuraban un número de teléfono y una dirección.

-Gracias.

-Es una casita que queda a un lado de la autopista. Recorra diez manzanas hasta llegar a North Street y luego doble a la derecha. Cuando llegue a Riverside, doble otra vez a la derecha. Está unas cinco manzanas más allá.

Roxanne Paught había convertido el porche delantero en una habitación exterior, con alfombra de sisal claro, balancín pintado de verde oscuro, dos mecedoras de mimbre blanco,

mesas y un revistero de dos secciones, una medio llena de números de Peopie y la otra con números de Better Homes and Gardens. Flanqueaban el porche cinco macetones de barro con caléndulas anaranjadas. Cuando llegué, estaba sentada en el balancín, con una botella de cerveza en una mano y un cigarrillo recién encendido en la otra. La casa propiamente dicha era una estructura de madera blanca, imposible de clasificar. Había ventanas y puertas en todos los sitios de rigor, pero nada que diera personalidad a la casa. Roxanne andaba por los sesenta años y era atractiva, aunque la gruesa capa de maquillaje le acentuaba las arrugas del rostro. Tenía el pelo de un rubio cobrizo, aunque se veía en las raíces una franja gris de unos diez centímetros. Llevaba las cejas tan depiladas que apenas eran dos rayitas curvas y se había maquillado con lápiz negro los ojos castaño oscuro. El tabaco le había oscurecido los dientes, pero por lo demás los tenía rectos y uniformes, lo que sugería la presencia de fundas. Llevaba una camiseta azul marino de manga larga, con las mangas subidas, vaqueros y zapatillas de tenis sin calcetines. Tomó un sorbo de cerveza y me señaló con la botella.

-Usted debe de ser la persona de la que me ha hablado papá. Venga y siéntese.

-Kinsey Millhone. Le doy las gracias y le pido disculpas por haberme presentado de sopetón. No estaba segura de dónde vivía usted, así que empecé por él.

-He vivido en este pueblo toda mi vida. Creo que no tengo mucho espíritu aventurero. Cuando murió mi tía abuela, me dejó dinero de sobra para pagar la casa. Podría vivir sin trabajar vigilando un poco los gastos. -Se detuvo y se estiró un mechón de pelo bicolor, que inspeccionó atentamente-. Se habrá dado cuenta de que he dejado de ir al salón de belleza.

Cuando me da por ahí, me lo tiño en casa, es más barato. Y esto no puedo dejarlo -dijo haciendo gestos con el cigarrillo-. Hace tanto tiempo que fumo que seguramente ya estoy sentenciada. Al menos lo disfrutaré. -Tosió una vez, liberando algo muy metido en los bronquios-. ¿En qué puedo ayudarla? Papá dice que ha venido por la chica aquella que mataron, ¿cuándo fue?, ¿hace veinte años?

-Casi. En agosto hará dieciocho.

-¿Sabe qué es lo que me gusta de ella? Tiene sorbido el seso a la gente. Lleva muerta un montón de años y la gente todavía se pregunta quién es y cómo se la puede devolver al sitio al que pertenece.

-Y quién la mató -añadí.

-Sí, le deseo suerte. No será fácil. Pero siéntese, mujer, siéntese. ¿Quiere una cerveza?

-No, gracias, ahora no.,-Me senté en una mecedora, que crujió en cuanto la toqué-. Entiendo que quiera pasarse el día aquí fuera, viendo pasar el tráfico. Se está muy bien.

-Es lo bueno de la jubilación. La gente sigue preguntándome: ¿no echas de menos el trabajo? Pues no, de eso nada, monada. Podría pasarme el resto de la vida sin salir de este porche. Estoy tan ocupada ahora que no me explico cómo tenía tiempo para trabajar. Entre las faenas de la casa y los recados se va la mitad del día.

-¿Y qué más cosas hace?

-Leo. Trabajo en el patio, juego al bridge con amigas que conozco desde hace años. ¿Y qué me dice de usted? ¿Le gusta su trabajo?

-No me entusiasma tanto quedarme encerrada, pero el trabajo de campo también es entretenido.

-Pues adelante entonces. ¿Qué puedo decirle que no sepa ya?

-Siento curiosidad por una cosa. Gull Cove se encuentra a cuarenta y cinco kilómetros al sur. Parece mucho trecho al volante para un empleo que habría podido encontrar aquí en el pueblo.

Roxanne tosió otra vez para aclararse la garganta. Le ocurría lo que a otros fumadores que conozco, su tos era crónica y no parecía necesitar comentario.

-Es fácil de explicar. Me acostaba con el propietario. Por eso me contrataron. -Se echó a reír-. En aquel momento me pareció buena idea. Luego se lió con otra y me despidió. Oh, sorpresa. Culpa mía por completo. Es lo que papá solía decir: «No te cagues en tu propio tazón de cereales, Roxanne».

-Vivir para ver.

-Exacto. El caso es que trabajaba de siete a tres. Era verano y hacía más calor que en el infierno, a pesar de la brisa que llegaba del océano. ¿Conoce el lugar?

-Bueno, le he echado una ojeada de camino hacia aquí.

-Entonces ya lo habrá visto. Ni un árbol a la redonda para dar sombra; el edificio está empotrado en la ladera de la montaña. En agosto el sol calienta tanto que se puede freír un huevo en el suelo. Bueno, pues ocurrió un viernes por la mañana. Lo recuerdo porque me pagaban por semanas y estaba hasta aquí de facturas atrasadas. Así que estaba trabajando..., yo con mi soledad. Nunca había muchos clientes y conmigo bastaba y sobraba para atender el establecimiento. Entonces entra la chica. Se pone a recorrer los pasillos, arriba y abajo, como si fuera a comprar alguna cosa. Después la veo dirigirse hacia la parte trasera, donde había una cafe-

tera y un mostrador de sándwiches y pasteles. Los clientes se servían ellos mismos y pasaban luego por caja con todo lo que necesitaban. Teníamos una terraza con sillas y mesas y casi todos salían con lo que habían comprado y contemplaban el mar mientras se lo comían. Había que mirar por encima de la autopista de cuatro carriles por la que pasaban zumbando los coches, pero se veía de todas formas. Cada día era diferente. Nunca me cansaba de mirarlo. El caso es que la chica se sirvió un vaso de café y un bollo, y cuando regresó a la entrada ya había dado cuenta de ambos. Había tirado el vaso por ahí, pensando quizá que yo no había visto que acababa de llenarlo. Cuando me di cuenta, estaba a punto de salir. Registré las consumiciones y fui a su encuentro. Entonces me confesó que estaba sin blanca. Qué coño, me dije. Yo también estuve sin blanca en mis tiempos y no iba a regatearle a nadie un café y un bocado, así que le dije que ya abonaría yo la consumición. Ella respondió: «Gracias. De verdad». Tales fueron sus palabras exactas. «Gracias. De verdad». Y se fue. No debieron de transcurrir más de cuatro minutos, me refiero desde el instante en que entró.

-Es asombroso que se acuerde de ella.

-¿De una chica que quiere largarse sin pagar? Puede estar segura de que me acordaría. Sobre todo si después aparece muerta. -Hizo una pausa para apagar un cigarrillo y encender otro-. Perdone mis modales. Espero que no le moleste. ¿Fuma?

-No, pero estamos en el exterior y yo a barlovento. ¿Qué más recuerda? ¿Algo en particular? -A pesar de lo que me había contado, no dejaba de preguntarme cómo era posible que recordara un encuentro tan breve después de haber pasado tanto tiempo.

-¿Por ejemplo? Hágame preguntas. Así será más fácil.

-¿Qué edad diría que tenía?

-Unos veinte años.

-¿No diecisiete ni dieciocho?

-Quizás. Era una chica de buen tamaño.

-¿Quiere decir gorda?

-Yo no diría gorda, más bien corpulenta. Muñecas anchas, pies grandes. Tenía lo que papá habría llamado «buenas caderas para parir».

-¿Recuerda la ropa?

-Ay, joder, creo que en su momento ya le di al ayudante del sheriff toda esta información. ¿Por qué no le pregunta a él?

-He pensado que si parto de cero otra vez, a lo mejor sale a la luz algo nuevo -argumenté.

-Pantalón y camisa ablusada, ya sabe, de mangas anchas.

-¿Cinturón?

Hizo como que se enfadaba y me miró con fingida seriedad.

-Va directa al grano, ¿eh? Cicatrices, lunares, otras marcas identificativas. ¿Qué más quiere? Sólo la vi de cerca una vez.

-Disculpe. Entonces no llevaba cinturón.

-No creo.

Vi que se abstraía y sabía que tenía que hacerla volver.

-¿Y el calzado?

-Yo diría que botas, si tuviera que especular.

-No es un cuestionario con respuestas optativas. Lo primero que le venga a la cabeza. Sigamos con los pantalones. ¿Eran estampados o lisos?

La cara se le iluminó.

-Oiga, eso sí que lo sé. Ya se lo dije a los polis entonces. Margaritas.

-¿Recuerda de qué color?

Se encogió de hombros.

-De color margarita. Ya sabe, amarillo y blanco. Probablemente algo verde en algún sitio. ¿Es importante?

-Sólo estoy tanteando. ¿Y la camisa?

-Lisa. Imagino que no irá a preguntarme por todos los detallitos.

Sonreí.

-No, de verdad que no. ¿La camisa era oscura o clara? -

Azul oscuro, de cendal.

-¿De qué? Disculpe, pero no conozco esa palabra.

-Tampoco yo estoy segura, pero sé que es así porque fui a consultarlo.

-¿Tomó notas?

-Guardo el recorte del periódico. Está en la otra habitación. Sentí un timbre de alarma dentro de la cabeza. Tenía la información preparada.

-¿Le dio la impresión de que era de aquí o de que estaba de paso?

-De paso, sin duda. La había visto haciendo autoestop un poco antes, al llegar al trabajo. Le aseguro que hacía tiempo que no comía. Engulló la comida en un santiamén.

-Puede que estuviera drogada -repliqué.

-Ah. No se me había ocurrido. Probablemente sí, ahora que lo pienso. Eso explicaría por qué se había quedado sin dinero. Se lo gastó todo en drogas.

-Es una posibilidad. Me pregunto hasta dónde podría llegar sin fondos. ¿O cree que tenía dinero y simplemente prefirió no gastárselo en comida?

-No sabría decirle. Si no me hubiera ofrecido a abonar su consumición, se habría ido corriendo, así que de todas formas habría tenido que cargar con la cuenta. Apuesto a que también mendigaba. No sé qué edad tendrá usted, pero no es probable que se acuerde de aquellos tiempos.

-La verdad es que sí. Ya estaba saliendo de la adolescencia.

-El caso es que todos aquellos hippies iban por ahí gorroneando, sacándote toda la calderilla que tuvieras y fumando unos porros gruesos y largos. Ya no recuerdo cómo los llamaban. Trompetas, creo. Pero yo no estaba metida en aquello. Bueno, quizá probara un poco la hierba, pero nunca tomé LSD.

Hice un comentario inaudible y luego pregunté:

-¿Llevaba joyas?

-No, creo que no.

-¿Ni reloj ni pulsera? ¿Y pendientes?

-Ah. Ahora me acuerdo. No llevaba pendientes. Tenía el lóbulo izquierdo partido. Como si le hubieran arrancado un aro de un tirón.

-¿Era una herida reciente?

-No. Se había cerrado ya, pero lo tenía partido.

-¿Y las uñas?

-Mordisqueadas hasta la raíz. Casi vomité. No parecía muy limpia y se comía las cutícula s hasta que sangraban. ¿Ha visto alguna vez algo así? Unas uñas tan cortas que las yemas de los dedos parecían hinchadas. Ver eso revuelve el estómago a cualquiera.

-Y está segura de que no la había visto por el pueblo antes de aquel día.

-Ni antes ni después.

-¿Y por qué bendita casualidad llamó a la oficina del sheriff?

-No fue ninguna casualidad. Leí lo del cadáver en el periódico y recordé que había estado allí. Como he dicho antes, el episodio se me quedó grabado porque quiso dármela con queso.

-¿Por qué estaba tan segura de que era la misma chica?

-¿Qué otra podía ser?

-Ah. Bueno, me ha resultado muy útil todo lo que ha dicho.

Le agradezco el tiempo que me ha dedicado. -Le di la mano. Me la estrechó a regañadientes.

-¿No me cree? He visto que no tomaba notas.

-Lo tengo todo aquí -respondí dándome unos leves golpes en la cabeza.

Ya en el coche, consulté el mapa de carreteras. Roxanne seguía en el porche, mirándome y probablemente preguntándose por qué tardaba en marcharme. Puede que creyera que estaba tomando notas por fin, apuntando los falsos recuerdos que había inventado con el paso de los años. No es que mintiera. Pero había contado su versión demasiadas veces. A aquellas alturas, o improvisaba como una loca o se refería a otra persona. Doblé el mapa por la mitad y traté de calcular a qué distancia se encontraba la hacienda. Si continuaba hacia el sur por Riverside y giraba noventa grados a la derecha, llegaría a la carretera que doblaba hacia el sureste y que empalmaba con la autopista 101 a la altura de Gull Cave. Según el mapa, la carretera se denominaba Calle LeGrand, presumiblemente por mi bisabuelo LeGrand, cuyas doce mil hectáreas representaban una buena parte de la zona. Unas líneas azules del grosor de un pelo señalaban

líneas azules del grosor de un pelo señalaban los riachuelos que la recorrían.

Puse en marcha el Volkswagen y le hice señas con la mano a Roxanne para despedirme al ponerme en marcha. Lo último que vi de ella es que estaba columpiándose en el porche, con otro cigarrillo en la mano y tomándose otro trago de cerveza.

Tomé la Calle LeGrand y seguí por la carretera del sur, entre ondulantes colinas doradas que se pondrían tan verdes como Irlanda en cuanto volvieran las lluvias. Por donde no había construcciones a la vista, me figuraba que estaba mirando con los ojos de los primeros colonos, maravillándome ante aquella inmensidad virgen, desnuda y sumida en un silencio rasgado sólo por los trinos de los pájaros. Al llegar a la curva de la hacienda pasé de largo y tuve que dar media vuelta cuando advertí que me había despistado. Al volver vi el camino lateral en el que Stacey, Dolan y yo nos habíamos encontrado con Arne Johanson. La puerta metálica estaba abierta y una nube de polvo sobre el camino de grava me indicó que acababa de pasar por allí un vehículo.

Doblé por el camino conduciendo despacio, con la atención puesta en el barranco donde habían encontrado el cuerpo de Juana Nadie. Entonces vi que una sección del camino se desviaba hacia la izquierda e iba a parar a un callejón sin salida, y recordé la referencia a la furgoneta VW que habían visto aparcada en aquel lugar. Y también un descapotable rojo con matrícula de otro estado. En aquel momento no recordaba el nombre de la persona que lo había visto, pero quizá valiera la pena comprobar la información, como había sugerido Arne. No sé qué Vogel. Tendría que mirado. Fui cuesta arriba con el coche, siguiendo la ruta que Arne había tomado

con el Jeep. Esperaba sinceramente que los carteles de PROHIBIDO EL PASO no fueran para mí.

La casa se me apareció delante como salida de una vieja película de miedo. Aparqué en el sendero de entrada y me acerqué con una curiosa mezcla de ansiedad y emoción. Las espalderas sujetas a intervalos a la barandilla del porche sugerían que antaño habían trepado por allí rosas o campanillas. Ahora los macizos de flores se veían abandonados y en estado salvaje. Subí los escalones del porche, que parecían sorprendentemente sólidos. La casa, aunque en ruinas, se había construido para que durase. Recordaba haber oído algo en algún momento sobre trasladar la casa al municipio, para restaurada como posible atracción turística. Me di cuenta de por qué el ayuntamiento se resistía a reclamarla. Incluso la idea de restaurar la casa donde se hallaba era una proposición cara. ¿Y con qué fin?

Empujé la puerta principal y, para mi sorpresa, resultó que no estaba cerrada. La abrí del todo y nada más entrar me sumergí en una densa nube de hollín y moho. Pasé los treinta minutos siguientes vagando de planta en planta, sobrecogida por el esplendor que aún quedaba allí. Techos altos, la amplia escalera del vestíbulo, el mármol y la caoba de las habitaciones. Tras la enorme ante cocina se encontraba la cocina, también de tamaño gigantesco, y las dependencias de los criados detrás. Había allí otra escalera para subir al primer piso. Los recuerdos se me agolpaban en la cabeza. Vagas imágenes sin forma, llenas de sombras, se movían en los límites de mi campo visual. Oía rumores, conversaciones y risas en otra habitación, aunque no podía distinguir las palabras.

Estaba en el rellano del primer piso cuando oí pasos en el vestíbulo. Al pie de la escalera exclamaron:

-¿Kinsey?

Durante un maravilloso momento me pareció la voz de mi madre, que había vuelto de entre los muertos.

7

Me dirigí a la barandilla y miré por encima del pasamanos. Tasha se encontraba en el hueco de la escalera, mirando hacia arriba.

- He visto tu coche fuera.

-Ahora bajo.

Descendí los peldaños, turbada por el hecho de que me hubieran sorprendido curioseando por la casa sin que me hubieran invitado. Tasha se sentó en el tercer escalón y se apoyó en la pared, y yo me senté a su lado, pegada a la barandilla.

-¿Cómo has sabido que estaba aquí?

-Arne te vio llegar con el coche y me llamó. Mi despacho no queda tan lejos.

Iba vestida con el atuendo profesional: un flamante traje pantalón azul marino, con un blusa de seda blanca bajo la chaqueta de dos botones. Llevaba un collar de perlas. Siempre he oído decir que puedes distinguir las perlas auténticas de las falsas pasándotelas por los dientes, pero no sabía qué información debía transmitir el procedimiento. Pensé que sería de muy mala educación preguntarle si le podía morder el collar. Tasha tenía los ojos castaño oscuro, suavemente resaltados por lápiz negro, y la nariz recta, mientras que yo la tenía algo aguileña, ya que me la había roto dos veces. Llevaba el oscuro cabello elegantemente iluminado con reflejos rubios y recogido en la nuca. Vi un lazo de seda roja asomando en el pasador.

Es extraño ver a alguien conocido que se nos parece. El rostro que vemos en el espejo siempre está al revés, así que

la imagen que tenemos de nosotros mismos está invertida horizontalmente. Si te miras a un espejo y te pones el dedo índice derecho en la mejilla derecha, el espejo te dirá que te estás poniendo el índice izquierdo en la mejilla izquierda. La única manera de verte tal como te ven los demás es poner un espejo frente al espejo y mirarte en este último. Lo que veía en Tasha era lo que los demás veían en mí. Y su cara me gustaba mucho más que la mía. No suelo prestarle mucha atención a mi aspecto, no porque no me guste, sino por un no sé qué de desesperanza. Hay demasiadas mujeres expertas en manejar todo un arsenal de productos: base, polvos, colorete, sombra de ojos, lápiz de ojos, de cejas y de labios. Por norma evito el maquillaje, porque tengo poca experiencia en los procesos de selección y aplicación.

De un solo vistazo se notaba que Tasha sabía qué hacer al respecto. Yo era incapaz de identificar todos los potingues que llevaba en la cara, pero se advertía que se había arreglado a conciencia. La piel brillaba saludablemente, las mejillas mostraban una pincelada rosa y los ojos parecían enormes a causa de las espesas pestañas postizas. Me di cuenta de que me estaba evaluando mientras yo la evaluaba a ella. Sonreímos al mismo tiempo, lo que no hizo sino confirmar la idea de que nos estábamos mirando a nosotras mismas. Teníamos la dentadura idéntica.

-Después de que habláramos por teléfono tuve una larga conversación con mamá -dijo-. Su versión de los hechos es diferente.

-Ah, ¿sí? ¿Cómo es eso?

-Según ella, tus padres hicieron aquel viaje para reunirse con los abuelos con la esperanza de reconciliarse. Murieron antes de llegar. La abuela se sintió culpable. La tía Gin

también la responsabilizó. Mamá cuenta que la abuela trató de hablar con ella, pero Gin no quiso. Al final, la abuela desistió, pero después de hacerle ofertas de paz durante muchos años.

-Mentira. No me lo creo.

-No te estoy pidiendo que te lo creas. Te cuento lo que me ha dicho mi madre.

-Sí, claro que te ha dicho eso. Sigue atada a la abuela. ¿Cómo vas a pensar mal de quien tiene poder para quitarte la alfombra que pisas? Intentas por todos los medios que quede como Dios, sin importarte lo que haya podido hacer.

-Kinsey, si de verdad quieres saber qué pasó entonces, no puedes empezar rechazando los mensajes que no quieres escuchar. De todas las historias hay dos versiones. Por eso existen los tribunales. Para resolver disputas.

-Ah, qué bien. Compara esto con un juicio. Así ganarás puntos -repliqué-. Casi nadie soporta a los abogados. Yo soy de las pocas personas que sienten algún respeto por la profesión. –Me detuve. Me quedé mirando el suelo un momento y luego cabeceé-. Disculpa. Olvídalo. No quería discutir otra vez por el dichoso asunto.

Tasha esbozó una ligera sonrisa.

-Ya te dije que no podíamos hablar sin discutir. -Es que me pones negra.

-No es mi intención.

-Ya lo sé. Lo peor es que ninguna tiene pruebas concretas de nada. Podemos seguir con este «lo hizo, no lo hizo» hasta que las ranas críen pelo. Es la palabra de la abuela contra la de tía Gin, o la palabra de mi madre contra la de la tuya. No hay hechos comprobados.

-Probablemente no. Pero sé comprensiva. Es lo único que te pido.

-Me temo que es demasiado tarde para eso. Tengo una opinión formada desde el día que conocí a Liza. Entonces yo no sentía el menor interés y probablemente ahora tampoco.

-Al menos has dicho «probablemente». Es un avance, ¿no?

Antes había una negativa radical, ahora sólo hay obduración.

-¿Y eso cómo se come?

-Significa que te resistes a algo que quieres. Eso supone un avance.

El comentario me pareció paternalista, pero me encogí de hombros. ¿Por qué ofenderse cuando a lo mejor no había sido ésa su intención?

-Es como un trabajo sin terminar y en ese sentido me molesta -repliqué-. Empezara como empezase todo, quiero creer que obro con justicia.

-Eso es válido en ambos sentidos. Estamos volviendo atrás y revisando el pasado, yeso es bueno para todos. La cuestión es que tenemos tiempo para conseguirlo.

-Treinta y dos años hasta la fecha.

-¿Y qué importa si transcurren otros treinta y dos? No podemos deshacer un malentendido que ha durado tanto con unas cuantas conversaciones intrascendentes. -Miró el reloj y se levantó-. Tengo que volver al trabajo. ¿Has terminado la visita?

Me puse en pie.

-En lo esencial sí. Esperaba recordar algo, pero estoy en blanco. -Hicimos una pausa mientras nos dábamos manotazos en la culera de los pantalones.

Avanzamos hacia la puerta principal entre los crujidos que producían los zapatos al pisar la arena que se había acumulado en el suelo de mármol.

-¿Qué te parece la casa? -preguntó.

-Debió de ser muy bonita en su época.

Tasha se dio la vuelta y paseó la mirada por el vestíbulo y la escalera.

-Ya sabes que la abuela se mudó poco después de morir la tía Rita. -Rita Cynthia Kinsey era el nombre de soltera de mi madre.

-No lo sabía.

-El abuelo Kinsey quería echar raíces aquí, pero ella acabó saliéndose con la suya. Entonces compraron la casa del pueblo.

¿Recuerdas al abuelo?

Negué con la cabeza.

-Buscaré fotos de la familia.

-Me gustaría. Creo que nunca he visto fotos de ninguno. La tía Gin descalificaba los sentimientos diciendo que eran sensiblerías. No quería que nos hundiéramos en ese lodazal.

-Una mujer dura.

-Sí que lo era.

-Bueno. Será mejor que me vaya.

-Y yo -dije-. Tengo que pedirte algo. Sé que ya has hablado con tu madre sobre mí; pero, por favor, no metas a la abuela en esto.

-Mis labios permanecerán sellados.

Eran las cuatro y media pasadas cuando llegué a Santa Teresa. Me detuve en la biblioteca pública tras dejar el coche en el aparcamiento de cuatro plantas que hay aliado. La

conversación con Roxanne Faught había puesto de relieve algunos puntos inquietantes; por ejemplo, ¿qué sabía realmente y cuándo lo supo? Me pregunté si habría alguna manera de comprobarlo. Bajé al trote los alfombrados peldaños, entré en la hemeroteca y pedí a la bibliotecaria el microfilme del *Santa Teresa Dispatch* de la semana del 3 de agosto de 1969. Como el cadáver se había encontrado aquel domingo, suponía que la noticia había llegado a los periódicos un par de días después. Ya con el estuche del microfilme en la mano, me senté ante la máquina y desenrollé la cinta, que enganché en el tambor dentado, debajo del objetivo. La pasé a mano hasta que estuvo bien incrustada, apreté un botón y vi desfilar las páginas del dominical a velocidad de vértigo. Capté al vuelo una considerable cantidad de información. Pasé por alto las tiras cómicas, los deportes, la sección de economía y los anuncios por palabras. A veces lo iba pasando más despacio, para enterarme de lo que sucedía en aquella época. Una marea negra flotaba ante la costa de Santa Teresa desde hacía ya ciento noventa días. En el cine local daban *Funny Girl, Complicidad sexual* y *El planeta de los simios*. Se comentaba que después de haber sido pitcher durante catorce años, los buenos tiempos de Don Drysdale podían estar llegando a su fin por culpa de una lesión recurrente, y se vendía una lavadora Westinghouse de dos velocidades por 189,95 dólares.

Cuando llegué al número del lunes, fui más lenta y miré página por página. El lunes 4 de agosto dedicaron doce centímetros al descubrimiento del cadáver en la cantera Grayson de Lompoc. Se mencionaba el nombre de Con Dolan y Stacey Oliphant, pero había poco de qué informar. En el número del día siguiente, 5 de agosto, volvía a hablarse del

asunto en una columna titulada «Sucesos del Norte del Condado». Ya habían hecho la autopsia y se concretaba la causa de la muerte. Se detallaban los rasgos básicos (color de cabello y ojos, estatura, peso), con la esperanza de identificar a la joven. Adelanté la cinta hasta el miércoles y el jueves de la misma semana. El periódico del jueves incluía un breve resumen con los mismos datos que acababa de leer en el informe inicial. En ambos se describía la ropa de la muerta, la blusa de cendal azul oscuro y el pantalón con margaritas. Ningún artículo especificaba el color de los pantalones. Sabía por el informe de la policía que las margaritas eran azul oscuro con el centro rojo y que estaban estampadas sobre un fondo blanco, pero para quien se basara únicamente en aquellos datos lo más natural sería suponer que las margaritas eran «de color margarita», como había declarado Roxanne Faughi. Dada la seguridad con que había hablado del lóbulo partido, los pies grandes, las muñecas anchas y las uñas comidas hasta la raíz, dudaba que la chica con la que había hablado fuera realmente nuestra Juana Nadie. Claro que siempre cabía la posibilidad. Las declaraciones de los testigos oculares suelen ser poco firmes, fácilmente influenciables y objeto de sutiles modificaciones en cada repetición de la historia. Roxanne había admitido que había releído los mismos recortes que yo tenía ante mí en aquellos instantes. No es que descalificara por completo lo que me había contado, pero me preguntaba por la importancia que aquello podía tener para nuestra investigación. Stacey había esperado recomponer la cronología de los hechos desde el encuentro con Roxanne hasta que Cloris Bargo la había visto haciendo autoestop en las afueras de Colgate. Pero Cloris se había retractado y yo sospechaba que las observaciones de Roxanne estaban demasiado retocadas

para servir de algo. Seguí leyendo. Aquella misma semana, el 9 de agosto, se había encontrado en una casa de Bel Air a cinco personas asesinadas, entre ellas la actriz de cine y televisión Sharon Tate. Dos días más tarde se descubría a Leno y Rosemary LaBianca, asesinados de forma parecida a Tate. Pasé más páginas, pero no había más referencias a Juana Nadie. Anoté algunos datos en mis fichas y luego hice copias de los artículos del periódico, aboné el importe en el mostrador y volví al coche.

Eran las cinco pasadas y Con estaría sin duda en el CC, aprovechando la Happy Hour consumiendo el doble del alcohol que pagaba. Por la cuenta que me traía esperaba que no llevase allí mucho tiempo. Vi su coche en cuanto me detuve junto a la entrada, aunque la zona, por lo demás, estaba desierta. Al otro lado de la calle, donde se encontraba el refugio para los pájaros, dos mujeres con sudaderas acababan de echar a andar y hablaban muy animadas. Cerca del agua, una madre observaba plácidamente a su hijo de cinco años, que daba pan del día anterior a las gaviotas bajo un rótulo que decía: POR FAVOR, NO DAR DE COMER A LOS PÁJAROS.
Entré en el CC y me detuve para que mis ojos se acostumbraran a la luz. Una lámina de sol se coló por la puerta abierta y acentuó el contraste entre el CC y el mundo exterior. El local estaba oscuro. No había nadie en la primera sala, salvo el camarero de la barra y otra camarera, que estaban enzarzados en una conversación íntima. Stacey y Dolan se habían sentado en un reservado del fondo. Stacey se levantó cuando aparecí. Tenía mejor aspecto que la víspera.

-Hola -saludé-. ¿Llego tarde?

-En absoluto -dijo Dolan.

Los dos tenían un vaso delante. El de Dolan contenía whisky lo bastante oscuro como para pasar por una infusión de té con hielo. En el de Stacey sólo quedaban los cubitos de hielo y una rebanada de lima exprimida. Dolan se puso de pie cuando Stacey tomó asiento.

-¿Qué te traigo?

-Por ahora un vaso de agua. Más tarde beberé otra cosa.

-Yo tomaré otra Tanqueray con tónica.

Dolan frunció el entrecejo.

-Acabas de tomarte una. Creía que el médico no quería que mezclaras las medicinas con el alcohol.

-O de lo contrario ¿qué?, ¿me caeré muerto? No te preocupes. Yo corro con toda la responsabilidad. Me haría un favor a mí mismo.

Dolan gesticuló con impaciencia y se dirigió a la barra. Me deslicé por el asiento del reservado y dejé el bolso allí.

-¿Qué tal el día? -preguntó.

-Así, así. Se lo contaré en cuanto vuelva Dolan.

Stacey rebuscó en el bolsillo del chaleco y sacó una pipa y una bolsa de tabaco. Llenó la cazoleta con calma. Luego sacó de otro bolsillo un limpiapipas y aplastó el tabaco antes de rascar una cerilla de madera en la parte inferior de la mesa. Esperé mientras aspiraba. El humo tenía un olor dulzón, a prado lleno de paja seca.

-Es usted tan desastre como él -le recriminé.

Sonrió.

-Bueno, pero imagina que sólo me quedan unos meses. ¿Por qué iba a sacrificarme? Todo depende de cómo lo mires.

-Supongo que sí.

Seguimos hablando de naderías hasta que volvió Dolan con una bandeja con mi agua y dos bebidas para ellos. Traía

también servilletas, un cuenco lleno de palomitas y un recipiente de frutos secos.

-Fíjate en este buen hombre, hasta nos ha traído comida –dijo Stacey.

-Oye, yo tengo clase. Es más de lo que se puede decir de ti.

El ambiente era frío y no olía a tabaco, impresión que desmintió Dolan en cuanto se sentó. No me molesté en quejarme.

Entre la pipa de Stacey y el cigarrillo de Dolan eclipsaban el débil olor a gases nocivos que despedían las obras fuera. Dolan tomó un puñado de frutos secos y se los metió en la boca de uno en uno mientras me miraba.

-¿Qué has conseguido?

-No les va a gustar. -Les resumí mis desplazamientos, empezando por Cloris Bargo y la mentira que había contado.

-Yo personalmente hablé dos veces con ella y no me dijo nada -murmuró Stacey.

-Se debe a mi encanto y elegancia.

-Esto es la caraba. No sabía que estuviera casada con Joe Mandel. Trabajó con nosotros en el caso.

-Lo sé. Me acordaba del nombre.

-No puedo creer que estuviera tapando el asunto. ¿De verdad confesó eso?

-Pues sí. Afirmó que en aquel momento no se dio cuenta del perjuicio que ocasionaba.

-Dejémoslo correr -dijo Stacey-. No ganamos nada metiéndonos en sus asuntos conyugales. Pero lo que sí deberíamos hacer es preguntar a Joe si nos puede decir dónde están los efectos personales de Juana Nadie. Sería interesante echarles un vistazo. Podría ocurrírsenos alguna idea. Lla-

maré y se lo explicaré al sheriff. No creo que ponga objeciones, pero con estas cosas nunca se sabe. -Anotó unas palabras y se volvió hacia mí-. ¿Qué más?

-Después de verla fui a Lompoc y me detuve en Gull Cave, que, por cierto, está cerrado. -Les conté mi conversación con Roxanne Faught, lo que me había dicho y en qué punto difería su historia de lo que sabíamos. Les di copias de los recortes de prensa para apoyar mi tesis-. Yo creo que tomó los detalles de aquí, lo que significa que no podemos fiarnos de ella. Creo que conoció a una chica, pero no necesariamente a nuestra Juana Nadie.

-Lástima. Parece un callejón sin salida -se lamentó Dolan. -Los callejones sin salida son algo normal en nuestro trabajo -dijo Stacey-. Así es como funciona esto. Encontraremos más por el camino. Lo único que nos indican es que volvamos atrás y busquemos por otra parte. Deberíamos dar gracias por haberlo descubierto ahora y no más adelante.

-Pulveriza la teoría de la autoestopista, joder -dijo Dolan.

-Quizá sí, quizá no. Podría haber llegado a Lompoc en tren o en autobús y haber hecho dedo desde allí.

-¿Y los vehículos que se vieron por la zona? -pregunté-. ¿Hay alguna manera de rastrearlos?

-Johanson dijo algo sobre una furgoneta de hippies -respondió Dolan-. Podríamos hablar con aquel tipo, ¿cómo se llamaba...?

-Vogel.

-Sí, con él. ¿Por qué no comprobamos qué recuerda? -Hay una posibilidad entre un millón -dije.

-Como en todo lo que hemos mirado hasta ahora.

Stacey dejó pasar el comentario, todavía aferrado a la pista de la procedencia de la difunta.

-Otra posibilidad es que llegara a Lompoc con un amigo, alguien con quien tal vez estuviese antes de volver a la carretera.

Dolan puso cara de pena.

-¿Quieres no obsesionarte? Ya lo hemos hablado. Si hubiera tenido amigos por la zona, se habrían preocupado en cuanto hubiera desaparecido.

-No si les hubiera dicho que se iba al norte. Supón que hubiera estado en Lompoc un par de noches y luego se hubiera marchado a San Francisco. Sale por la puerta, tiene un encuentro con el Diablo y muere.

-Aun así, habrían sumado dos y dos cuando la historia se hizo pública.

Stacey se agitó con gesto irritado.

-No vamos a encontrar respuestas a todas las preguntas que hagamos.

-Hasta ahora no hemos encontrado respuestas a nada -dije.

Stacey dio un manotazo al aire para restar importancia a la observación.

-Quizá nuestro error sea creer que procedía de otra parte. ¿Y si hubiera sido de aquí? Alguien la mata, se inventa una historia y va explicando por ahí adónde se ha ido. Por eso no denuncian la desaparición. Es parte del encubrimiento.

Dolan negaba con la cabeza.

-¿Qué tiene de malo?

Dolan se arrellanó en el asiento.

-Nadie existe en el vacío. Sin duda tenía familia y amigos. Trabajaba, iba a la escuela. Tenía que hacer alguna cosa.

Y alguien debió de preocuparse. Básicamente, esta chica desapareció de la faz de la tierra ¿y quieres que crea que nadie se dio cuenta? A mí eso no me cuadra.

-Pero, Dolan, piense en todos los jóvenes que desaparecían en aquella época -le respondí-. Tuvo que haber docenas de desapariciones de las que no se dio noticia. Las familias probablemente siguen imaginando que volverán algún día.

-¿Por qué no olvidamos ese punto de vista y lo enfocamos desde otro? -dijo Stacey.

-¿Desde cuál? -pregunté.

-Lo que comentábamos antes. Suponer que Frankie la mató y ver si podemos descubrir la manera de que encaje.

-¿Basándonos en qué datos? Acabaríamos perdiendo el tiempo -repliqué.

-Eso lo estamos haciendo ya. La operación sólo carecerá de sentido si andamos equivocados. ¿Tú qué opinas, Con?

-En eso coincido contigo. No estaremos peor de lo que estamos. Siempre he pensado que Frankie tuvo algo que ver.

Stacey se volvió hacia mí.

-Usted es el jefe -dije.

-Eso es verdad. Permitid que os enseñe lo que he conseguido.

Abrió una carpeta de cartulina marrón y sacó dos hojas de papel perforado todavía unidas por el extremo. Miré el texto impreso, apenas visible. Era la versión abreviada del historial delictivo de Frankie Miracle, desde que lo detuvieron por primera vez en Venice, California, en enero de 1964. Stacey se acercó el papel a los ojos y empezó a recitar la larga lista de delitos.

-Me encanta este sujeto. Fijaos. 1964. Tiene veintiún años, detenido por embriaguez y resistencia a la autoridad.

Multa de veinticinco dólares y un año de libertad condicional. Vale, bien. No hay problema. Su primer contacto con la ley.

-Que sepamos -dijo Dolan.

Stacey sonrió.

-Es verdad. Pero los jóvenes..., ya se sabe. No iban a condenarlo a muerte por embriaguez pública. En mayo del mismo año fue detenido por robo con allanamiento de morada y por inducir al delito a menores. Parece que se jodió a una muchacha de trece años. La cosa empezaba a ir en serio. Libertad condicional. En febrero de 1965 fue detenido por otro robo con allanamiento. Se declaró culpable; la sentencia fue de seis meses de reclusión y libertad condicional. El juez, como veis, quería atajar el mal de raíz -comentó con sorna-. Junio de 1965. Otra vez robo con allanamiento. En esta ocasión le niegan la suspensión de condena y lo llevan a una penitenciaría del estado para cumplir una pena de seis meses a quince años; lo sueltan al cabo de diez meses. Diciembre de 1965. Embriaguez y desorden, agresión y posesión de marihuana. Ingresado para evaluación psiquiátrica y tratamiento del alcoholismo y la drogodependencia. -Stacey dio un bufido de desprecio-. El tipo es un mierda. Ya lo sabemos. Abril de 1966: robo con allanamiento y se da a la fuga. Noviembre de 1966: robo, secuestro e intento de violación. Esta vez lo acusan de agresión y posesión de armas. Marzo de 1967: otro robo con allanamiento. Ah, fijaos, ésta sí que es buena. No puedo creer que dejaran suelto a este elemento. En enero de 1968, Frankie secuestró a una mujer en el aparcamiento de un supermercado. Más tarde se le detuvo y se le acusó de secuestro, agresión, robo, agresión sexual oral, sodomía e intento de asesinato. Seguro que la mujer no ha vuelto a dormir bien desde que tropezó con él.

Enero de 1969, intento de secuestro, estupro e inducción de menores al delito. Bien, llegamos a lo nuestro. En marzo de 1969 fue detenido y acusado de robo a mano armada, agresión e intento de asesinato. Acusación desestimada. Probablemente la poli consiguió la confesión a guantazos y el abogado de oficio lo echó todo por tierra. En junio conoció a una chica de dieciséis años llamada Iona Mathis. Estuvo casado con ella una breve temporada, creo que seis meses. Por lo que duró, fue como otra de sus estancias en la cárcel. Lo cual nos lleva a Venice, California, a finales de julio, cuando Frankie mata a Cathy Lee Pearse. -Stacey cabeceó-. Dios bendiga nuestro sistema judicial. Si los jueces hubieran hecho bien su trabajo, la chica estaría ahora con vida.

-¿Cómo se las arreglaba para salir bien librado con toda esa mierda? -pregunté.

-Fácil -dijo Dolan. Apagó un cigarrillo y encendió otro-. Sabía cómo funcionaba el sistema. Cada vez que le acusaban de varios delitos, se declaraba culpable de uno a cambio de que le condonaran los otros. No has conocido a Frankie. Puede ser encantador como el que más. Conseguía que los jueces y los fiscales se desvivieran por darle la oportunidad de enmendarse y volver al buen camino.

Stacey guardó el informe en la carpeta marrón.

-Lo encerraron muchas veces en penitenciarías del estado con el viejo sistema de las condenas indeterminadas. Otras veces lo ponían automáticamente en libertad tras pagar la fianza. El periodo más prolongado que ha dejado pasar sin cometer un solo delito es de medio año, entre marzo del 67 y noviembre del 68.

-Un dólar a que fue porque no lo pillaron -dijo Dolan-. Desde que comenzó nunca ha dejado pasar tanto tiempo entre delito y delito.

-Seguramente tienes razón. Si te fijas en su trayectoria, verás que cada vez va a más. Aumenta la violencia. El tiempo entre delito y delito se reduce, hasta que mata a Cathy Lee. Le echaron cadena perpetua pero sólo ha cumplido diecisiete años, así que todavía puede considerarse afortunado. Si yo fuera el padre de la chica tendría un cabreo de la hostia.

-¿Qué más hay? -pregunté.

Dolan se sacó del bolsillo de la cazadora un cuaderno muy manoseado y pasó las páginas. Pulsó el capuchón del bolígrafo para extraer la mina.

-Compañeros de celda de Frankie. Resulta que hubo doce en total, pero la mitad de las últimas direcciones conocidas no son válidas. Tenemos a dos en una penitenciaría del estado y a otro cumpliendo condena en un campo nacional de trabajo de Yankton, en Dakota del Sur. Conozco el paradero seguro de tres: Lorenzo Rickman, Mofletes Clifton y John Luchek.

-Borra a Luchek -dijo Stacey-. Se mató en un accidente de tráfico en el setenta y cinco. Un borracho se dio de frente contra él.

-De acuerdo. Es la información que tengo yo. -Dolan tachó el nombre-. Rickman está en libertad condicional. Dicen que por fin se está portando como un buen chico y que es mecánico de coches en un taller de Colgate. Tengo el nombre por alguna parte. Stacey pasará por allí el lunes para charlar con él. Y nos queda Clifton, que en la actualidad cumple un arresto de noventa días que le impusieron por tenencia ilíci-

ta. Guardo las fotos de la ficha de estos tipos, por si las necesitáis para refrescar la memoria de la gente. Las he mezclado con fotos que no tienen nada que ver, para que no puedan acusamos de influir en los testigos..., en el caso de que encontremos alguno.

-Seamos optimistas. No cuesta nada -dijo Stacey.

Dolan nos pasó un paquete de fotos a Stacey y a mí.

-Que Kinsey hable con Mofletes -sugirió Stacey-. Es de los que reaccionan a los encantos femeninos.

-Como si yo tuviera alguno.

-No te subestimes.

-Nos queda Frankie -apuntó Dolan.

-Nos lo echaremos a suertes tú y yo -dijo Stacey-, aunque lo mejor es que nos olvidemos de él hasta que hayamos hablado con los otros dos. -Entonces hizo una mueca y se puso en pie de repente exclamando-: ¡Joder! Un momento.

-¿Qué pasa? -preguntó Dolan.

Stacey dio un berrido y sorbió aire con los dientes apretados, con la cara tensa.

-Se me ha agarrotado la espalda. Y cómo duele, joder. El dolor me baja por la pierna.

-¿Qué dice el médico?

-¿Y yo qué sé? No es la Muerte llamando a mi puerta. Ya te dije que me había dado un tirón muscular. No puedo llamar al oncólogo cada dos por tres. -Se dobló de lado para estirarse. Al poco rato se irguió, aspirando larga, lenta y profundamente.

-¿Mejor?

-Bastante mejor. Disculpad la interrupción. El cabrón me pilló por sorpresa.

-¿Quieres dejar de autodiagnosticarte y llamar a ese hombre?

-El médico es una mujer, capullo sexista. Deberías pensar más tus suposiciones.

-Déjate de chorradas, Stace. Eso no es más que una cortina de humo. Te comportas como si sólo tuvieras el dolor de espalda desde hace dos días, cuando hace semanas que te vienes quejando. Deberías haber pedido que te reconocieran cuando estuviste en el hospital.

-Entonces no me dolía.

-Venga, por el amor de Dios. ¿Sabes qué? A eso se le llama «negación estratégica». Es lo que haces cuando tratas de minimizar un problema que podría ser muy serio. Joder, dame el nombre de esa matasanos y yo mismo la llamaré.

-No, no llames.

-Entonces llama tú.

-Ya la llamaré. Pensaba hacerlo.

-Ahora.

-¡Con, déjalo ya! Son más de las cinco. Seguramente se habrá ido ya.

-Pues entonces llama a urgencias, da el número del CC y pide que la localicen. Podemos esperar. Si no la llamas tú, la llamaré yo. Estoy harto de oír tus quejas.

-Ni siquiera sabes su nombre.

-Lo averiguaré.

-No seas absurdo.

-Deja de discutir. Lo más seguro es que te recete Valium para que puedas dormir por la noche.

Stacey negó con la cabeza.

-Voy a quedar en ridículo por tu culpa. -A pesar de sus gruñidos y protestas, fue en busca de un teléfono.

Dolan y yo nos quedamos allí, sin miramos. A mí me gustaba la situación tan poco como a él. Finalmente dije:

-¿Pasa algo entre ustedes? Parecen cabreados.

-Qué va, nos llevamos muy bien. Lo que pasa es que me saca de quicio. No es por lo de la espalda. Está deprimido. Piensa que el cáncer se ha extendido y por eso no quiere que le hagan un chequeo.

-Creo que no oí bien esa parte de la discusión. Yo diría que se encuentra estupendamente. Quiero decir, sin contar lo de la espalda.

-Eso es porque estás tú delante y disimula. Deberías haberlo oído antes de que llegases. Está totalmente acojonado. Si hubiera tenido una pistola se habría volado los sesos. Le falta esto. -Me enseñó el pulgar y el índice, separados por un centímetro.

-No hablará en serio.

-Pues sí. Ni siquiera quería hacerse la quimio hasta que le convencí. Tal como él lo ve, ha llegado al final del trayecto, así que, ¿para qué seguir? Mandarlo todo a la mierda, ésa es su postura.

-¿Y si el cáncer se le ha reproducido en los huesos?

-No jodas tú ahora. No seas tan pesimista.

-Sólo digo que sé por lo que ha pasado.

-Muy bien, pues guárdate tu opinión.

-Mi opinión es lo de menos. Por mí, que haga lo que quiera. Es su vida.

-De eso, nada. Podría hablar con un psicólogo. Necesita que alguien le haga darse cuenta de lo egoísta que es.

-¿Por querer suicidarse? ¿Eso es egoísmo?

-Las personas que se suicidan son las más narcisistas. ¿Qué les hace pensar que todo gira a su alrededor? Yo tam-

bién estoy metido en esto. Treinta años tirados por la borda y todo porque es un maldito cobarde y un mierda que no quiere ver más allá de sus narices.

-Pero ¿y si está en fase terminal? No entiendo qué quiere usted.

-Quiero que no piense sólo en sí mismo, para variar.

-Si una persona no piensa en sí misma cuando se está muriendo, ¿cuándo lo va a hacer? -pregunté.

Stacey reapareció al poco rato y dejamos la conversación. No quiso sentarse y se quedó junto a la mesa, apretándose los riñones con los puños.

Dolan encendió otro cigarrillo y se llevó la mano a la boca para toser.

-¿Qué te ha dicho?

Stacey hizo un aspaviento para alejar el humo.

-Me verá mañana por la mañana a primera hora; a lo mejor me hace una radiografía o una ecografía.

-¿Qué le pasa a esa mujer? ¿Le has explicado cuánto te duele? Debería verte ahora mismo y averiguar qué coño pasa.

-Maldita sea. Deja de refunfuñar. No es ninguna urgencia, así que déjalo ya. Además, estoy cansado y ya es hora de que me vaya a casa. No puedo quedarme aquí bebiendo toda la noche como uno que yo conozco.

-Siéntate. Todavía no has cenado. Te vendría bien comer algo. Yo invito.

-Tengo comida en casa. Quedaos vosotros. Llamaré un taxi.

-Yo lo llevaré -me ofrecí-. He aparcado ahí fuera.

-No tienes por qué hacerla. Puedo arreglármelas solo. -No me importa, de verdad. Yo también debo irme. Bus-

qué el bolso y saqué las llaves. Stacey ya iba camino de la puerta cuando me levanté.

Dolan apagó el cigarrillo.

-Déjame a mí.

Al final nos fuimos todos a la vez; Stacey en el coche de Dolan y yo en el mío. Vi a Dolan dar la vuelta y dirigirse hacia la autopista. Yo giré a la derecha por Cabana Boulevard y seguí por la carretera paralela a la playa. Todavía no había oscurecido, pero del océano salía una neblina que envolvía toda la costa. Aparqué en el camino de entrada de la casa de Henry. Mi casero tenía que volver al día siguiente por la tarde. Entré en su domicilio y di una vuelta rápida de reconocimiento. No había cañerías rotas, no le habían cortado la luz y no había signos de intromisiones ajenas. Me quedé en la cocina un momento, aspirando el olor a levadura y canela de los bollos que solía preparar Henry. En fin, podía sobrevivir sin él un día más.

Minutos después estaba por fin en casa, a resguardo y preparada para quedarme toda la noche. Las seis menos cinco de la tarde de un viernes y no tenía plan. Me preparé un emparedado de queso a la pimienta con aceitunas y lo corté en cuatro pedazos. Me serví un vaso de vino y me acomodé en el sofá. Saqué el expediente de Juana Nadie y empecé a leerlo por la primera página. A veces se trabaja porque no hay nada mejor que hacer.

8

A la una y media de la madrugada me sacaron de un sueño profundo: Dolan al teléfono llamando desde Urgencias del St. Terry.

-A Stacey la espalda se le puso peor después de dejarle en casa. Me ha llamado a medianoche para decirme que lo trajera aquí. Lo han reconocido y han llamado al médico de guardia. Estoy esperando a que salga, a ver qué dice.

-¿Quiere que vaya?

-Espera un momento. -Tapó el micrófono con la mano y oí a lo lejos que hablaba con otra persona; se puso al habla otra vez-. Te llamo dentro de un momento. En cuanto sepa qué está pasando.

Colgué el auricular, ya totalmente despierta. Si Dolan iba a llamar otra vez, no tenía mucho sentido volver a dormir. Encendí la luz y palpé en busca de las zapatillas de correr. Para ganar tiempo, últimamente dormía con la ropa de deporte y los calcetines puestos. Me cepillaba los dientes, me pasaba las manos húmedas por el cabello, y ya estaba lista para salir a la calle.

Aparqué en una travesía, enfrente de la entrada de urgencias del hospital. Me encanta la ciudad a estas horas. El tráfico es escaso, las calles están vacías y casi todas las tiendas cerradas. Nos encontrábamos a menos de diez grados y las luces de urgencias tenían un aspecto acogedor. Al parecer no había comenzado todavía el habitual desfile de traumatismos de los fines de semana, ya que el mostrador de recepción se veía desierto y todo en calma. Encontré a Dolan

leyendo una revista en la zona de recepción. Se levantó al verme.

Sin pensado siquiera, le di un beso en la mejilla.

-¿Qué tal está?

-Se encuentra rellenando los papeles para ingresarlo. Podías haberte ahorrado el viaje. Te volví a llamar, pero supongo que ya habías salido. .

-No se preocupe. De todas formas estaba levantada. ¿Y ahora qué? ¿Le dejarán volver a verlo?

-Le han dado algo para el dolor y está grogui. Probablemente no se dará cuenta, pero yo me sentiré mejor si entro. Había pensado acercarme después por su casa para traerle algunas cosas. Cepillo de dientes, peine y cosas así.

-¿Y por qué no nos tomamos un café? Tiene que haber una máquina por alguna parte.

Nos quedamos allí sentados durante media hora, sorbiendo un café tibio que olía a peligroso en unos vasos de cartón que tenían unas asas que parecían alas de mariposa juntas y tiesas.

-¿Qué hacías en casa? -preguntó-. Me había preparado para dejarte un mensaje. Suponía que andarías por ahí, que habrías salido con alguien.

-La gente ya no sale, al menos yo -repliqué.

-¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo? De lo contrario, ¿cómo vas a conocer a alguien?

-No quiero conocer a nadie. Estoy bien así, muchísimas gracias. ¿Y usted? Usted está soltero. ¿Sale con alguien?

-Soy demasiado viejo.

-Yo también -dije mirándolo a los ojos-. ¿Cuánto hace que murió su mujer?

-Hoy hace diez meses. -Se quedó en silencio un momento-. Te diré qué es lo más duro. Estuvo dándome la lata durante años para que hiciéramos un viaje organizado. Yo no quería ni oír hablar del asunto. Tahití. Alaska. Me traía folletos en color con fotos de parejas felices, todas de treintañeros, en la cubierta de un barco, con una copa de champán en la mano. Puestas de sol. Romance. En otra foto se veía una montaña de comida con la que podías atiborrarte las veinticuatro horas del día. Sólo con ver tanta comida te salía una úlcera. No aguanto estar encerrado y soportaba menos aún la idea de meterme en un barco con una pandilla de idiotas. ¿Te parece poco razonable?

-¿Cree que quería un viaje organizado o simplemente un viaje a cualquier lugar?

Dolan se volvió para mirarme.

-No se me ocurrió preguntárselo.

Volví a casa a las tres menos cuarto y dormí hasta las diez. La cárcel del condado de Santa Teresa tiene dos mil metros cuadrados, dos plantas y ciento veinte camas, y está hecha de modo que sólo hacen falta dos funcionarios de prisiones para administrada, uno de los cuales vigila el cuadro de monitores de televisión.

Todavía agotada por la falta de sueño, aparqué en batería en una de las plazas que jalonaban la fachada y entré por la puerta principal, donde recogí un formulario de solicitud de visita. Puse mi nombre y se lo di al funcionario del mostrador, luego me quedé dando vueltas por el vestíbulo mientras avisaban a Mofletes de que tenía una visita. Imaginé su desconcierto, porque estaba segura de que nunca había oído hablar de mí. La curiosidad o el aburrimiento debieron de

hacer mella en él, porque el funcionario volvió diciendo que había accedido a verme. Me dio el número de la cabina donde podía reunirme con él.

Subimos diez personas en el ascensor, dos mujeres solas y tres madres con niños. Apreté el botón de bajada preguntándome si parecería la típica mujer que tiene al hombre en la cárcel. El ascensor descendió con lentitud y todos temimos en secreto la posibilidad de quedarnos encerrados. Cuando se abrieron las puertas, salimos apresuradamente a una sala que debía de medir seis metros por seis. En el centro, alineados en doble fila, había unos sillones mohosos de plástico gris, macizos y cuadrados, y había más pegados a la pared. El suelo era de baldosas de vinilo, de un color marrón brillante. Las paredes eran de piedra artificial y estaban pintadas de beis mate en dos tonalidades. Un cartel ordenaba NO PONER LOS PIES EN LA PARED, aunque ya me diréis cómo se podía llevar a cabo una hazaña así. En la sala de visitas, un pasillo ancho, había ocho taburetes fijos con un teléfono al lado del tabique de vidrio. Me senté y dejé el bolso a los pies. Apoyé los codos en el mostrador, y me sentí como si estuviera sentada en un antiguo banco de la plaza.

Sabía por el informe policial que el nombre de Mofletes era Cedric Costello Clifton y que había nacido en 1950, el mismo año que yo. Su cumpleaños era el 7 de junio, así que le aventajaba en un mes y dos días. Se abrió la puerta del lado de la cárcel y por la otra mitad del pasillo desfilaron unos cuantos internos con las manos esposadas a la espalda, una medida obligatoria cada vez que tenían que desplazarse. Apareció Mofletes y se sentó en el taburete que quedaba delante del mío. Tenía la cara como la luna llena y llevaba unas gafas de montura grande y redonda sobre una nariz

sorprendentemente delicada. Había mucha desorganización en su rostro sin afeitar: bigote amorfo, una barba espesa en unos puntos y rala en otros y unas patillas heterogéneas que casi le llegaban a los ojos. Tenía el cabello oscuro y como encrespado; en una mujer lo habrían atribuido a una mala permanente casera. Vestía el atuendo habitual de la cárcel: camiseta blanca, pantalón de algodón azul con elástico en la cintura y zapatillas de goma. Había visto ropa parecida en los ingresados que deambulaban por los pasillos del St. Terry. Tenía los hombros fornidos, y el pecho y los bíceps le sobresalían como si hubiera estado muchos años levantando pesas. El vello del brazo izquierdo ocultaba parcialmente una galería de tatuajes barrocos: una telaraña, una calavera con sombrero mexicano y un coito muy expresivo. También tenía una señora pechugona y de cabellera negra flotante cuyo tórax le abarcaba todo el antebrazo. El brazo derecho parecía exento de arte. Me observó un rato fijamente. Me costó, pero le sostuve la mirada sin pestañear. Al final empuñó el teléfono y dijo:

-Hola, ¿qué tal?

-Muy bien, señor Clifton. ¿Y usted?

-Bien también. ¿La conozco?

-Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada. Le agradezco que haya accedido a verme.

-¿Por qué no te ahorras esa mierda de «señor» y me dices qué quieres? -Tras los redondos cristales de las gafas y bajo las despeinadas cejas tenía unos ojos de color avellana claro.

-Quería saber si estaría dispuesto a contestar a unas preguntas. Esbozó una ligera sonrisa.

-¿Sobre qué?

-Sobre algo que pasó en 1969.

-¿Por qué me preguntas a mí?

-No tiene nada que ver con usted, sino con otra persona.

-Bárbaro. ¿Y quién es?

-¿Recuerda que lo detuvieron en Lompoc en agosto del 69?

-Sí. -Lo dijo con toda la cautela de quien no está muy seguro de lo que está admitiendo.

-Dio a la policía unas señas de Creosote, California. ¿Podría decirme dónde está ese lugar? No sabía ni que existiera.

Lo había mirado en el mapa, pero, al igual que el perito del detector de mentiras, me pareció más oportuno empezar con preguntas elementales cuya respuesta fuera fácil de verificar.

-Es un pueblo que queda cerca de Blythe. A tres kilómetros de la frontera con Arizona.

-¿Cómo llegó a Lompoc?

-Yo iba a San Francisco. Tenía un amiguete que acababa de pasar seis meses allí, viviendo en las calles. Me dijo que se podía comprar droga en Haight. Anfetas, hierba y chocolate, peyote, ácido. Sexo libre y clínicas gratis para tratar ladillas y gonorrea si te contagiaban alguna venérea. Me pareció una buena idea. Y me lo sigue pareciendo cuando lo pienso. Ahora tocas a cualquier cosa que lleve faldas y te denuncia.

Miré la hoja de papel que había sacado del bolso, aunque ya sabía lo que decía.

-Según esto, a usted le detuvieron por vagabundear y por posesión de una sustancia ilegal.

Se relajó al oírlo y se le arrugó la cara cuando sonrió. Por lo visto, se había pasado la vida consumiendo sustancias y negándolo.

-Vaya puta mierda que fue aquello. Yo estaba en el arcén haciendo dedo y de pronto se presenta el coche de la poli. Dos gañanes con uniforme. Unos cabrones de la hostia. Bajaron y me cachearon. Resulta que llevaba un poco de maría. Un porrito de nada. Y por eso me encerraron. Tendría que haberlos demandado por acoso y detención ilegal.

-¿Viajaba usted haciendo autoestop?

-Tenía diecinueve años. Si no tienes coche, no hay más remedio.

-Estamos interesados en cualquiera que pudiera haber visto a una joven haciendo autoestop por la zona. De diecisiete o dieciocho años. Pelo teñido de rubio, ojos azules. Medía aproximadamente metro cincuenta y ocho y pesaría unos cincuenta y siete kilos.

-Como la mitad de las chicas que conocía entonces. Todas tenían ese aspecto, menos las que estaban enganchadas a la hierba. ¿Nunca te has fijado? Si fumaban demasiado se ponían las botas comiendo y engordaban. O era eso o es que a todas las gordas les dio por salir a la calle a ver si las abrían de piernas. Por que de otro modo...

-Una postura sana.

Mofletes se echó a reír con sincera hilaridad. Yo no.

-¿Podemos volver a nuestro tema? -pregunté.

-¿Y cuál era? Lo he olvidado.

-La chica que le he descrito.

-Claro. ¿Qué hizo?

-No hizo nada. Encontraron su cadáver tirado a un lado de la carretera.

Su actitud cambió ligeramente.

-Lo siento. No habías dicho que estuviera muerta, si no, no me habría burlado.

-La cuestión es que no llevaba ningún documento de identidad encima y nadie reclamó el cadáver. Nos gustaría saber quién era.

-Claro, claro, pero ¿1969? ¿Por qué preocuparse después de todos estos años?

-Es el proyecto favorito de alguien que conozco. Un par de tipos con los que trabajo. ¿Qué me dice de usted? ¿Qué pasó cuando salió de la cárcel?

-Tuve que llamar a mi viejo para que me sacase. Se pilló un cabreo del copón. En cuanto llegamos a casa, el muy palurdo me echó de allí; tiró mis ropas al patio e hizo añicos en el porche la bandeja donde solía comer. Histérico de mierda. Montó un número por todo lo alto para que todos los vecinos se enterasen de que me había echado a puntapiés.

-Al menos salió de Creas ate para ir a buscarlo a usted.

-Sí, pero antes pasé los tres peores días de mi vida en una celda con una pandilla de colgados -replicó y se encogió de hombros-. Los peores hasta la fecha. Luego he visto cosas mucho peores.

-¿Recuerda a Lorenzo Rickman o a Frankie Miracle?

Resopló.

-¿Lorenzo? ¿Qué nombre es ése? ¿Quién es ese tipo, una fruta o qué?

-Usted estuvo en la celda con los dos y con otro llamado John Luchek. ¿Lo recuerda?

-No especialmente. Creo. ¿Hay alguna razón por la que debiera acordarme?

-¿Y Rickman?

-¿Todo esto es por él? Quiero decir que me gustaría saber adónde quieres llegar.

-Ya llegaremos. ¿Habló con él?

-La cárcel es aburrida. Hablas aunque sólo sea para que no se te vaya la olla. Y la comida apesta hasta que te acostumbras. Aquí no está mal, sabes, mucha fécula. Los macarrones con queso saben igual que la cola de los libros. ¿Has probado alguna vez esa porquería?

No sabía si se refería a los macarrones de la cárcel o a la cola de los libros. Había probado las dos cosas, pero no creía que fuera asunto suyo. No estaba allí para cotejar recetas exóticas.

-¿y Frankie? ¿Habló con él?

-Seguramente. ¿Por qué no? Soy un cabroncete muy sociable. Aunque ahora ni siquiera reconocería a esos tíos si me cruzara con ellos por la calle.

-¿Le ayudaría ver unas fotos?

-Quizá.

Me pasé el teléfono de la oreja derecha a la izquierda, sujetándolo entre la mejilla y el hombro para tener las manos libres. Saqué de la carpeta un muestrario de fotos de fichas policiales y fui poniéndolas de dos en dos contra el vidrio que nos separaba. Doce caras en total, con los nombres, alias y datos personales, pero con los delitos pendientes cuidadosamente tapados. Mofletes inspeccionó las fotos en blanco y negro con la misma atención con que me había mirado a mí. Señaló la de Frankie.

-Éste es Frankie. Lo recuerdo. Se metía mucha coca y era muy nervioso. Hablaba por los codos hasta que le bajaba el colacón.

-¿Y los otros?

-Quizás ése. No estoy seguro. -Señaló a Lorenzo Rickman. Al parecer, su memoria era mejor de lo que él mismo creía. -¿Alguien más?

-Creo que no.

-¿Hablaba Frankie de su detención?

-¿De qué? ¿Te refieres a la mujer que se cargó? Creo que la rajó y luego la cagó del todo.

-¿En qué sentido?

-Le robó el coche, por ejemplo. ¿Qué pensaba? ¿Que la policía no iba a ponerlo en búsqueda y captura? Además se quedó con la tarjeta de crédito de la chica y la utilizó para pagarse toda la huida. Dejó un rastro de resguardos y comprobantes de un kilómetro de anchura. Ese tipo era tan idiota como parecía. Si matas a una chica, debes tener más sentido común. -Se detuvo y me miró-. Apuesto a que ya sabes todo esto, ¿verdad? ¿De qué va todo esto? ¿Está ya en la calle?

-Son muchas preguntas.

-¿Y qué quieres que haga si no me dices qué buscas?

-¿Le comentó cuánto tiempo llevaba en Lompoc antes de que lo detuvieran?

Mofletes sonrió.

-No entiendo a qué viene tu fascinación por un charco de vómito como ése.

-No estoy fascinada por nada, sólo por la verdad.

-Oye, venga. Explícame el juego y podré jugar en serio.

Dejé de mirarlo a los ojos.

-Bueno, gracias por su tiempo. En realidad, creo que ya he terminado. -Me puse otra vez el teléfono pegado a la oreja mientras recogía las fotos y las metía en la carpeta.

-¡Espera! No te vayas. Todavía no hemos terminado. ¿Hemos terminado?

Me detuve.

-Bueno, no sé. Tenía la impresión de que ya me había contado todo lo que sabía. No quería hacerle perder el tiempo.

-Te lo explico en dos patadas: podría recordar más si charláramos un rato. Ya sabes, hablar del tiempo y cosas así. Hazme más preguntas. Quizá me estimulen el cerebro.

Le sonreí sin ganas y me puse de pie.

-¿Por qué no me avisa cuando recuerde algo que pueda sernos de utilidad?

-¿Exactamente qué? Al menos ponme al corriente en ese aspecto.

-No voy a apuntarle lo que tiene que decir. Si no sabe nada, muy bien. Lo dejaremos ahí.

-Vamos, no te enfades. ¿Sabes? Me estrujaré la cabeza y pensaré. Y mientras pienso, vas a comprarme un cartón de tabaco y vuelves.

-No voy a comprarle tabaco. ¿Por qué iba a hacerlo?

-Es lo menos que puedes hacer para compensarme.

Miré el reloj.

-Cuatro minutos.

-Fumar me ayuda a pensar.

Me colgué el bolso con el teléfono todavía en la oreja.

-Pues adiós.

-Vale -dijo-. Olvida el cartón. Tres paquetes. De cualquier marca y que no sea mentolado. No lo puedo ni ver.

-Cómpreselo usted -repliqué.

-Salgo mañana. Te devolveré el dinero.

-Deje el tabaco mientras pueda. Es un consejo.

-¿Cómo dijo que se llamaba?

-Millhone. Estoy en la guía telefónica. Si sabe leer... -Colgué el teléfono.

-Te quiero -dijo, articulándolo con los labios.

-Sí, claro. Yo también te quiero.

Me guiñó el ojo y sacudió la lengua, gesto que fingí no ver.

Al volver de la cárcel me detuve en el supermercado a comprar algo para Henry. Si el tráfico lo permitía, estaría de vuelta entre las cinco y las seis de la tarde. Henry había dejado el coche en un aparcamiento del aeropuerto de Los Ángeles. Me había ofrecido a llevarlos, pero él tan independiente como siempre, prefería conducir su propio coche. Rosie, William y él habían volado hasta Miami para reunirse con su hermana mayor, Nell, de noventa y siete años, y con sus hermanos Lewis y Charles, de no venta y cinco y noventa respectivamente. Aquella misma mañana, después de pasar dos semanas en el Caribe, desembarcarían en Miami y Henry, Rosie y William tomarían el avión de Los Ángeles mientras los tres hermanos mayores volvían a Michigan.

Cargué el carrito de la compra con leche, pan, beicon, huevos, zumo de naranja, plátanos, cebollas, zanahorias, un pollo para asar de dos kilos, patatas nuevas y espárragos verdes, aliño de ensalada y una botella de Jack Daniel's, la bebida preferida de Henry. Por un momento pensé en prepararle yo misma la cena, pero mi sabiduría culinaria tiene límites y no creía que echar leche desnatada sobre cereales fríos pudiera considerarse un banquete. Hecha la compra, pasé por el quiosco que hay a una manzana del mercado y compré un ramo de cinias y dalias, un bulto naranja y amarillo con los tallos atados con una cinta. Conforme me acercaba a mi domicilio me sentía más llena de energía, y cuando terminé de descargar los comestibles en la cocina de Henry y de guar-

dar los alimentos perecederos, ya estaba canturreando. Puse las flores en una cafetera de plata, en el centro de la mesa de la cocina.

Di una vuelta rápida por la vivienda. El contestador automático parpadeaba, pero me dije que ya oiría él los mensajes cuando llegase. Entré en el cuartito de los útiles de limpieza y saqué la aspiradora, un trapo del polvo, una fregona y unas bayetas. Volví a dar una vuelta por la casa, esta vez limpiando y quitando el polvo. Si hubieran estado allí los ratoncitos cantores, mi felicidad habría sido completa. Después limpié las pilas de la cocina y el cuarto de baño, y pasé la fregona por el suelo de la cocina hasta que quedó como los chorros del oro. Luego me fui a casa y me eché una buena siesta.

Me levanté a las cinco y veinticinco, al principio me negaba a dejar el dulce edredón en el que me había envuelto. Todavía había luz en la calle. Los días primaverales se iban alargando y pronto tendríamos medio día más a nuestra disposición. Cuando saliera del trabajo a la gente le daría tiempo de pasear el perro o de sentarse en el porche delantero a tomar algo antes de cenar. Mamá descansaría un momento para hojear el periódico. Papá cortaría el césped o lavaría el coche familiar.

Aparté la colcha y fui al cuarto de baño; miré por la ventana inclinando la cabeza para ver la puerta trasera de Henry. La luz de la cocina estaba encendida y me animó la idea de que ya se encontraba en casa. Me puse las zapatillas, me lavé la cara, hice la cama y bajé la escalera de caracol. Salí, cerré la puerta y vi con satisfacción el coche de Henry

en el camino de entrada, aparcado donde yo había dejado el mío la víspera.

La puerta trasera estaba abierta y el cancel con el pestillo echado, aunque sin cerrar con llave. No se .le veía, pero di unos golpes en la madera y oí un «Yuju» procedente del vestíbulo. Apareció medio segundo después con la camiseta, el pantalón corto y las chanclas de costumbre. Antes de que pudiera abrir la puerta sonó el teléfono que tenía colgado de la pared. Me abrió y descolgó el auricular. Sostuvo una conversación de lo más breve y luego dijo:

-Voy a hablar por el otro aparato. Espera un minuto. No te vayas. -Me alargó el auricular y añadió-: Enseguida vuelvo. Sírvete un vino.

Aguanté el teléfono y esperé a que entrara en el dormitorio y descolgara el de allí. En cuanto advertí que hablaba colgué el auricular en la pared. Henry ya había abierto una botella de Chardonnay y la había metido en un enfriador con una copa al lado.

Me serví media. Percibí el olor del pollo que se estaba rustiendo y atisbé por la ventanilla del horno. La gorda gallina que había comprado se iba tostando, rodeada de cebollas, zanahorias y sonrosadas patatas nuevas. Había puesto la mesa de la cocina para cuatro y así supe que William y Rosie llegarían en cualquier momento. Aún tardarían un par de días en reabrir la casa de comidas. Me pregunté si los platos húngaros de Rosie pegarían con los sabores del Caribe. Traté de imaginar su estofado de cerdo adornado con coco, piña y plátanos.

Henry reapareció al poco rato y se sirvió una bebida. Se le veía bronceado y en forma, con las mejillas quemadas por el aire y los ojos de un azul brillante. William y Rosie llegaron

en aquel momento, William llevaba un sombrero de paja y Rosie un bolso tejido a base de una fibra que parecía un cruce entre hojas de maíz y hierba. William era dos años mayor que Henry y tenía el mismo pelo sedoso y blanco y la misma complexión esbelta.

A mí no me resultaba ni mucho menos tan atractivo como Henry, pero a pesar de todo tenía buena pinta. William es un hipocondríaco arrepentido que aún no puede resistirse ante una buena historia con enfermedad inexplicable y muerte súbita. Rosie, por el contrario, es corpulenta y sólida, mandona, de ideas fijas, insegura, sin sentido del humor y de corazón generoso. El sol tropical había dado a su cabello teñido de rojo un curioso matiz salmón, pero por lo demás seguía igual que antes. Mientras Henry sacaba lechuga y tomates, pregunté a los recién casados si les había gustado el crucero.

Rosie hizo una mueca.

-No gustó comida a mí. Demasiado mezclada. No sabía nada y lo que sabía, no bueno.

William sirvió vino para los dos.

-¡Tú comiste mucho más que yo! Como una glotona.

-Pero no gustó. Es lo que digo. No duradero. No recuerdo nada que comí.

-¿Has olvidado el pastel de piña? ¡Delicioso! Extraordinario. Tú misma lo dijiste.

-Si quiero hago uno dos veces más bueno, pero no quiero.

-Eso no lo vaya discutir, pero estabas allí para que te mimaran. El objeto de las vacaciones era no tener que cocinar.

-¿Y no había actividades? ¿Qué hacíais con el esqueleto todo el día?

William acercó una silla para Rosie y luego se sentó él.

-Fue extraordinario. Maravilloso. Atracamos en varios puertos, me parece que siete en total. Cuando no estábamos visitando los lugares de interés, teníamos conferencias y películas, natación, aerobic, tejo, lo que quisieras. Incluso había una bolera. Por la noche se organizaban juegos y bailes de salón. Bridge, torneos de ajedrez. No te quedabas ni un momento sin hacer nada. Nos hemos divertido de lo lindo.

-Bien hecho. Suena genial. ¿Y al resto de la familia? ¿Le gustó también?

-Bueno, no sé -dijo William-. Charlie consiguió por fin que le adaptaran el audífono y es un hombre nuevo. No hay forma de hacerle callar. Antes era retraído, pero se debía a que nunca tenía ni idea de lo que le decían. Él y Nell se han dedicado a jugar al bridge y a machacar a sus oponentes.

-¿Y Lewis?

-Lo dejas cerca de un puñado de mujeres y se pone tan contento como una almeja. Había diez mujeres por cada hombre. Era el gallo del corral.

Rosie levantó el índice.

-No el único. -Dirigió una sonrisa tímida a Henry-. Cuenta lo que hiciste.

-No, no. No tiene importancia. Pero basta de hablar de nosotros. ¿Y tú, Kinsey? ¿En qué trabajas? Algo interesante, seguro.

-Vamos, Henry. Todavía no ha terminado de contarme el viaje. Nunca he hecho un crucero y me gustaría saber cómo es.

-Pues lo que ha dicho William. Un poco de todo. Ha estado bien -dijo, ocupado con el aceite, el vinagre y la batidora.

Rosie adelantó la cabeza y reveló en tono confidencial:

-Posar para calendario y ahora ancianitas no dejan de llamar ni de día ni de noche.

-No seas tonta -le recriminó Henry por encima del hombro. -¿Qué clase de calendario?

-Ah, ya sabes. Lo normal. La tripulación pensó que sería una buena manera de conmemorar el viaje. Lo hacen siempre. Nada. Sólo fue una broma.

Rosie asintió, levantando una ceja perfilada de marrón.

-Estoy de acuerdo con lo de «nada». Es lo que llevaba puesto. Míster Febrero, Rey de Corazones.

-No es cierto que no llevara nada encima -replicó William-. Haces que parezca como si hubiera posado completamente desnudo y no fue así.

Rosie buscó en el bolso y sacó un calendario de satinadas fotografías en color.

-Aquí. Echa vistazo y verás tú misma. No lleva ropa. Sólo calzoncillos.

Buscó el mes de febrero y giró la página para que yo pudiera verla. En la foto aparecía Henry en la cubierta superior, apoyado en la borda y de espaldas al océano. A su derecha se veía una isla lejana moteada de palmeras. Llevaba un pantalón corto rojo y una camisa de vestir desabrochada y suelta, e iba descalzo. Tenía puesta una gorra de capitán, algo ladeada. Su sonrisa era natural, y la blanca dentadura que asomaba resaltaba en el rostro moreno. El efecto era de picardía, la combinación perfecta de carisma y seducción. Henry se ruborizó hasta las orejas.

-Uuuuh. Me encanta. Quiero una copia -dije.

-Quédatelo. Tengo más para señoras del barrio.

-Gracias. -Pasé las páginas para ver los otros meses. Aunque en algunas fotos salían hombres moderadamente atractivos, todos octogenarios, ninguno era tan guapo como Henry. Reí de placer-. No sabía que fuera usted tan fotogénico. No me extraña que el teléfono no deje de sonar. Está fabuloso.

-El teléfono no suena -replicó.

En aquel momento sonó.

-Yo contesto -dijo Rosie poniéndose en pie.

-No, quieta. Para eso están los contestadores.

Esperamos a que sonaran los otros tres timbrazos de rigor. En la habitación contigua se oyó el mensaje mientras se grababa, rematado por el habitual pitido. «¿Henry? Soy Bella, ma petite belle. ¿Me recuerdas? Prometí que te llamaría y aquí estoy. Sólo quería que supieras que me llevé una gran desilusión porque no pudimos vernos antes de que desembarcaras. Malo, más que malo. Cuando te vaya bien, puedes encontrarme en...»

Durante la cena hubo otras dos llamadas, a las que Henry no prestó la menor atención. Tenía los ojos fijos en el plato y cortaba el pollo con una concentración que raramente dedicaba a la comida. La tercera vez que sonó el teléfono se levantó de la mesa y fue al salón para desactivar el timbre del aparato y bajar el volumen del contestador. Nadie dijo nada, pero Rosie y William cruzaron una mirada mientras ella sonreía con malicia. Vi que le temblaban los hombros, aunque fingió toser, con la servilleta pegada a los labios.

-No tiene ninguna gracia -bramó Henry.

9

Con Stacey otra vez en el hospital, me ofrecí para entrevistar el lunes a Lorenzo Rickman. Dolan se había ofrecido también, pero yo sabía que deseaba estar cerca cuando los médicos comunicaran a Stacey el resultado de los últimos análisis. La conversación con Rickman fue breve e improductiva. Quedamos en el área de servicio de un taller de recambios de importación que olía a gasolina, aceite de motor y neumáticos nuevos. El suelo, los bancos de trabajo y todos los mostradores estaban abarrotados de herramientas y equipo, recambios, manuales, enchufes ennegrecidos, culatas rotas, válvulas, correas de ventilador, manguitos, baterías y tubos de escape.

Rickman andaba casi por los cuarenta, tenía la cara angulosa y un cuello que parecía demasiado delgado para sostenerle la cabeza. Era moreno, el pelo le raleaba por delante y para disimularlo se echaba sobre la frente unos cuantos mechones que formaban un flequillo poco tupido. Una barba muy recortada le recorría la mandíbula, que acariciaba pensativo con los dedos ennegrecidos por el aceite. El uniforme que llevaba debía de ser idéntico al de la cárcel, salvo por el nombre bordado que lucía el bolsillo izquierdo de la camisa. Hizo como que quería cooperar, pero no recordaba haber sido compañero de barrotes de Frankie Miracle.

-Lo siento -negó con la cabeza-. El nombre no me suena de nada. Sólo pasé en la cárcel una noche. Al día siguiente por la mañana, a primera hora, un amigo pagó la fianza a cambio de que le prometiera que iría a Alcohólicos Anónimos. No he probado el alcohol desde entonces... Bueno, más o me-

nos. –Sonrió mientras se toqueteaba el pelo de la frente-. Todavía tengo problemas con la ley, pero al menos estoy limpio y sobrio, que son las condiciones de la condicional. En estos momentos me reúno, ya sabe, cinco o seis veces por semana. No es que me guste tratar con tipos que se colocan con café y tabaco, pero así evito la cárcel. -Se metió las manos en el bolsillo trasero, cambió de idea y se cruzó de brazos, aunque sus dedos volvieron a la barba, que se iba acariciando con el pulgar.

-¿Y los otros que había en la celda aquella noche? ¿Recuerda algo de ellos?

-No. Lo siento. Tenía entonces dieciocho años y la noche que me detuvieron estaba borracho y colocado. Fue mi segundo o tercer ciego total, no lo recuerdo ya. Creo que el tercero. No podría decir nada aunque me hubieran encerrado con Charlie Manson.

Traté de refrescarle la memoria asegurándole que teníamos un testigo que estuvo allí al mismo tiempo y que decía que Frankie había hablado con jactancia de un asesinato. No surtió efecto. Le alargué las fotografías y las pasó una por una con calma. Negó con la cabeza y me las devolvió.

-Parece una banda de matones.

Guardé las fotos en el bolso.

-Ya sé que no es asunto mío, pero ¿qué hizo usted para que lo condenaran a la cárcel?

Por un momento dejó de mover los dedos; luego se tiró de los pelos de la barbilla.

-¿Por qué lo pregunta?

-Por nada. Simple curiosidad.

-No tengo ganas de contarlo.

-Oh. Es culpa mía. Lo siento. Es asunto suyo, desde luego. No quería ofenderlo. -Le di una tarjeta con los comentarios habituales-. Gracias por su tiempo. Si recuerda algo, ¿nos avisará?

-Claro.

-¿Puedo hacerle otra pregunta? ¿Cree que está en libertad para siempre?

Meditó la pregunta y sonrió para sí.

-Lo dudo.

Al volver me detuve en el hospital. Stacey se encontraba de nuevo en Central 6, en otra habitación individual situada al final del mismo pasillo en el que había estado la otra vez. Cuando asomé la cabeza, vi la cama vacía. Al lado había una gran ventana con una panorámica del mar a lo lejos, por encima de los árboles, a unos tres kilómetros. Entre la espesa llanura verde despuntaban ocasionales fragmentos de tejados rojos. La habitación estaba bien ventilada y era lo bastante espaciosa para albergar una mesa redonda de un metro de diámetro y cuatro sillas metálicas, en una de las cuales estaba sentado Dolan con un manoseado ejemplar de *Road & Track.*

-Hola. ¿y Stace?

-En rayos X. Volverá enseguida.

-¿Qué tal está?

-Todavía no lo sé. ¿Qué ha dicho Rickman?

-Por desgracia, no mucho. -Lo puse al corriente del encuentro-. Creo que podemos tacharlo sin remordimientos de conciencia. Y a Mofletes también. Es cauto y un poco corto, y no me gusta la combinación. ¿y ahora qué?

Dolan dejó la revista a un lado. Llevaba una cazadora azul oscuro y una gorra de béisbol de los Dodgers.

-Stacey no ha tenido tiempo de hablar con Joe Mandel para decirle que recoja los efectos de Juana Nadie. En cuanto disponga de un minuto lo llamará. Mientras, pensamos que podías telefonear a ese C.K. Vogel del que habló Arne. Llama al servicio de información de telefónica...

-Dolan, me gano la vida haciendo esto.

-Ah, sí. Disculpa.

-Bajaré al vestíbulo y buscaré un teléfono público. ¿Quiere que le traiga algo de allí?

-No creo que tengan Camel en la tienda de regalos.

-Yo tampoco lo creo. -Cuando llegué a la puerta, vacilé-. ¿Por qué estuvo en la cárcel ese tal Riclanan?

El teniente Dolan alcanzó la revista y se lamió el índice. Pasó la página y se concentró en un anuncio a toda página de un aditivo para la gasolina que exigía la presencia de una rubia en traje de baño.

-Bueno, veamos. Abuso, sodomía, penetración oral y otros actos deshonestos con un niño. Me sorprende que no lo mataran en prisión. Los internos no suelen ser tolerantes con tipos así.

Joder, yo había imaginado un poco de economía doméstica y gestión empresarial.

Tomé el ascensor para bajar y recorrí el laberinto de pasillos hasta dar con el vestíbulo. Los teléfonos públicos estaban en la calle, delante de la entrada principal, bajo una marquesina que se extendía desde la puerta hasta la rampa para las camillas. Una joven auxiliar de enfermería ayudaba a una mujer que había dado a luz hacía poco a levantarse de una silla de ruedas y a entrar en una furgoneta. No pude ver

la cara del niño, pero la criatura no abultaba más que una barra de pan. Rebusqué en el fondo del bolso hasta que encontré un puñado de monedas. El prefijo de Lompoc y el de Santa Teresa eran idénticos, así que no iba a necesitar mucho dinero. Marqué el número de información mientras el joven marido metía cestas de flores en la parte posterior de la furgoneta, junto con un surtido de globos hinchables de color rosa y plata.

Me dieron el teléfono de C.K. Vogel, lo anoté en un papel y lo marqué. Me identifiqué en cuanto descolgaron. A juzgar por el sonido de su voz, andaba por los ochenta y lo había pillado en mitad de la siesta.

-Siento molestarle -me disculpé.

-No, no. No se preocupe. Arne me llamó el viernes y me dijo que me llamaría alguien. Quiere hablar de la furgoneta que vi, ¿no es eso?

-Sí, señor. Eso es.

-Si le digo la verdad, tampoco es que viera mucho. Tenía un cuñado que trabajaba en la oficina del sheriff..., el marido de mi hermana Madge, un hombre llamado Melvin Galloway. Ya ha muerto. No nos llevábamos bien. Era un maldito sabelotodo. Siempre te daba su opinión sobre todas las cosas y siempre tenía razón, oiga. No aguantaba a aquel hombre. Puede que mi proceder no se corresponda con la doctrina cristiana, pero es la verdad. Le hablé dos veces de la furgoneta, pero él nada, ni caso. Dijo que si tuviera que investigar todas las teorías absurdas que contaban los ciudadanos de a pie, no podría dedicarse más que a eso. Aunque, en principio, tampoco es que hiciera mucho de nada. Era el cabrito más vago que he conocido en mi vida. Al final llegué a la conclusión de que ya había hecho todo lo que estaba en mi mano y

le mandé a hacer gárgaras. Lo que me chocó poco después no fue tanto la furgoneta hippie como el otro coche que vi. Un elegante descapotable rojo con matrícula de Arizona.

-Arne habló del coche rojo, pero me dio la impresión de que usted sospechaba más de la furgoneta. ¿O entendí mal?

-No, señora. Me fijé en la furgoneta por lo que llevaba pintado, símbolos de la paz y todo eso, con los colores más horteras que se pueda imaginar. Cuando me fijé en ella estaba aparcada en la bifurcación del camino.

-Conozco el lugar.

-Me llamó la atención el otro coche porque más tarde leí en el periódico que habían recuperado un coche robado cuya descripción coincidía.

-¿Recuerda la marca?

-No, pero vi aquel coche tres veces. La primera junto a la cantera, en la carretera pero un poco más abajo, y la segunda en el pueblo. Yo me dirigía al consultorio del médico para que me quitaran un quiste y me fijé en que la grúa lo estaba sacando del barranco, lleno de abolladuras. Como si el que se había llevado el coche hubiera soltado el freno de mano y lo hubiera dejado caer por la pendiente, contra los arbustos. Por los arañazos y golpes que presentaba debió de topar con muchos árboles por el camino. No se dio con él hasta transcurrida una semana, pero el mecánico que me arregla el coche fue el tipo al que llamó la oficina del sheriff para que lo remolcaran. La tercera y última vez que lo vi fue en el taller, cuando llevé el coche para que le arreglaran el carburador. Desde entonces no he vuelto a verlo.

-Recuerdo haber oído algo de un coche robado. ¿Había alguien dentro la primera vez que lo vio?

-No, señora. Estaba en el arcén, en la entrada misma de la propiedad de su abuela. Tenía la capota bajada y el sol caía a plomo sobre aquellos magníficos asientos de cuero negro. Reduje la velocidad al pasar, por si tenía problemas con el motor y echarle una mano. No había ningún aviso en el parabrisas, así que seguí mi camino. Cuando volví a pasar, el coche ya no estaba.

-¿Le habló a Melvin de ese coche?

-Se lo conté a Madge, y ella a él, pero ya no supe más del asunto. No quería imponer mis observaciones a un tipo que no las quería oír. Seguro que en esta ocasión tampoco me habría hecho caso. El problema de Melvin era que sólo se creía lo que decía él. Era de los que cuando no saben una cosa se la inventan. Si no le apetecía hacer una cosa, de todos modos te decía que sí, que la iba a hacer. No había manera de tratar con él. Si le preguntabas algo, reaccionaba como si lo hubieras acusado de negligencia.

-Un tipo con mala sombra.

-Síííííí. y Madge es otra.

-Bueno. Muchas gracias por la información. Hablaré con mis compañeros y veremos si ellos quieren seguir investigando.

Por dentro todavía estaba pensando en que había dicho «su abuela». No había pensado en ella de ese modo. Tenía una abuela. Parecía grotesco.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dijo:

-Yo conocí a su madre, hace mucho tiempo.

-¿En serio?

-Sí, señora. Ya sabe que Arne Johanson trabajó para los Kinsey desde los diecisiete años. Bebía los vientos por ella, pero Rita le daba largas. Arne pensaba que era por la edad,

porque era mayor que ella, pero luego fue y se casó con el padre de usted, que tenía la misma edad que Arne. Se quedó de una pieza, se lo aseguro. Yo le dije «no seas ridículo». En primer lugar, ella no aceptaría nunca a un ordeñavacas. En segundo, preferiría morir a quedarse ahí. Era un espíritu salvaje aquella mujer, y guapa donde las hubiera. Loca por marcharse. Se habría ido con cualquiera que la hubiese sacado de la hacienda.

-Es muy halagador -dije. En realidad, era la primera imagen concreta que me daban de ella. En aquella semblanza improvisada, Vogel había encerrado toda la historia de su vida. Mis primas, Liza y Tasha, hablaban de ella como si fuese un personaje exuberante. Tenía la aureola del mito de la familia y era un símbolo del remoto y legendario choque de voluntades-. Creo que mi abuela y ella no se llevaban bien.

-Sí, siempre estaban enzarzadas las dos. Rita era el orgullo y la alegría de Camelia. En cierto modo, me daba lástima.

-¿Quién, mi madre?

-Su abuela. Le gustaba dar a entender que ninguna de las cinco era su favorita, pero Rita era la mayor y Camelia la tenía en un altar. Supongo que ya conoce la historia.

-Sí, naturalmente. Me la contaron una vez -dije, mintiendo de la manera más descarada. El cotilleo suele parecemos menos perjudicial si la persona que cuenta cree que la otra ya está al tanto del asunto.

-Camelia tenía diecisiete años cuando se casó con Burton Kinsey, que le doblaba la edad. Era una de las razones por las que no quería que Rita se casara tan joven como ella. Perdió tres niños, uno tras otro, todos varones. Rita fue la

primera criatura que sobrevivió. Los hijos varones de Camelia no llegaron a nacer vivos. Sólo vivieron las niñas.

-¿Y a qué se debía?

-No creo que los médicos llegaran a averiguar la causa. En aquella época, la medicina era sobre todo cuestión de buena suerte y suposiciones. La diabetes se llevaba a la gente por delante hasta que unos tipos descubrieron la insulina en 1923. También la anemia era mortal hasta que en 1934 descubrieron el tratamiento a base de hígado. Imagínese. El remedio consistía en comer hígado. Hemos olvidado cosas así, y también lo ignorantes que éramos y lo mucho que hemos aprendido. -Carraspeó para aclararse la garganta-. En fin. No era mi intención hablar tanto. El problema de hacerse viejo es que te quedas sin gente a la que contar cosas. Comuníqueme si sale algo del coche rojo. Me gustaría reírme de Melvin después de todos estos años.

-Gracias por dedicarme su tiempo. Le llamaré.

Colgué y fui hacia el ascensor para subir a Central 6. Las puertas se abrieron y salí en el momento en que se acercaba Dolan, procedente de la habitación de Stacey. Se sentó en un sofá empotrado bajo el alféizar de una ventana. La zona no estaba destinada a sala de espera, pero probablemente servía de escapatoria a los amigos y parientes que necesitaban un respiro. Se puso de pie al verme.

-No se levante -dije-. ¿Qué hace aquí? Pensé que lo encontraría en la habitación del fondo, con Stace.

Dolan volvió a sentarse.

-Están allí los médicos. El oncólogo, el radiólogo y otro especialista que nadie se ha molestado en presentarme.

-¿Qué pasa?

-Y yo qué sé. Los tres tienen esa cara larga de los médicos que no presagia nada bueno. ¿Cómo ha ido la llamada? ¿Has hablado con Vogel? -Se arrinconó en el sofá para hacerme sitio-. Siéntate, anda.

Me senté en el brazo del sofá y apoyé la mano en el respaldo.

-El mundo es un pañuelo. Resulta que C.K. Vogel era cuñado de Melvin Galloway.

A continuación le hice un resumen de lo que me había contado C.K. sobre el descapotable rojo.

-Podría estar confundido. El coche de Frankie era rojo.

-Ya lo sé, pero recordaba claramente que era un descapotable con asientos de cuero negro.

-Se lo contaremos a Stacey, a ver qué dice él. No nos perjudicará comprobado.

Con el rabillo del ojo vi salir a los tres médicos de la habitación de Stacey. Los señalé en el momento en que doblaban la esquina y desaparecían.

-Parece que ya han terminado. ¿Quiere ir a averiguar lo que han dicho?

-No quiero. Pero iré.

Dejé que Dolan entrara el primero en la habitación, porque si Stacey estaba alterado, podría escabullirme sin llamar la atención. Se encontraba en la cama y había levantado la cabecera para ver el paisaje. No llevaba puesto el gorro de lana y me desconcertó verle la calvicie. Tenía muy poco cabello y el que tenía, una ligera capa de un centímetro, era un cruce entre el plumón de pato y la pelusa infantil. Con el gorro parecía más hombre. Sin él sólo era un viejo enfermo con el cuello descarnado y unas orejas que le sobresalían del crá-

neo. Dejó de mirar el paisaje y se volvió con una sonrisa que para los que no lo conocieran habría podido ser de alegría.

-Que nadie diga que Dios no tiene sentido del humor.

-Malo, malo -comentó Dolan

-No tanto. Ni meningioma ni neurofibroma. En otras palabras, no tengo tumores ni metástasis en la columna vertebral. Lo de la espalda es benigno. Probablemente una hernia de disco, resultado de los cambios degenerativos normales en un hombre de mi edad. Palabras textuales del médico, por si pensáis que hablo de forma extraña. El tratamiento consiste en guardar cama, que es algo a lo que estoy acostumbrado. Analgésicos, un calmante suave, posiblemente Valium, como sugeriste. Y, si no funciona, se aplicará el plan B, que ellos todavía no han trazado. Supongo que será pasar por el quirófano, pero la verdad es que no han llegado a mencionado. El médico ha sugerido que haga ejercicios para fortalecer la espalda cuando deje de dolerme. Es justo. Por desgracia, la misma radiografía en la que se ve que el dolor de espalda es menos que un grano en el culo también muestra una lesión. En teoría está remitiendo.

-¿Y qué dice el médico? .

-¡La médico, maldita sea! Y no me interrumpas. Iba a explicároslo ahora mismo. Dice que podría ser tejido cicatrizado, o los restos de un tumor disuelto, o nuestro amigo el linfoma que da por culo otra vez. No hay manera de saberlo por la radiografía. Así que mañana a primera hora tengo que hacerme una biopsia. Dicen que es una suerte que haya venido. Que me duela un huevo la espalda. Si no me hubiera dolido no me habrían hecho la radiografía. Sin radiografía no habrían detectado lo que tengo, sea lo que fuere, hasta la si-

guiente consulta, dentro de varios meses. -Señaló a Dolan-. Y no empieces con «ya te lo dije» porque no quiero oírlo.

-Yo nunca diría eso..., aunque admito haber hecho el comentario.

Pensé que estaba abusando de su suerte, pero Stacey se echó a reír.

-¿Y cuándo sales? -preguntó Dolan.

-Todavía no me lo han comunicado. Pero mientras tanto no me voy a quedar aquí tirado sin hacer nada. Llamaré a la oficina del sheriff. Joe Mandel es ahora sargento investigador, así que confío en que nos deje echar un vistazo a las pruebas del caso de Juana Nadie.

-Podemos hacerlo Kinsey y yo.

-No sin mí. Si queréis mantenerme con vida, será mejor que hagáis lo que digo.

-Oye, tú. Eso es chantaje.

-Exactamente. Anda, corazón, háblame de Rickman. Quiero reírme un rato.

Aquella noche cené en el local de Rosie, y me sentía tan contenta de tenerla otra vez allí que le habría besado el dobladillo del la saya hawaiana. Como la casa de comidas había permanecido cerrada dos semanas, el olor a cerveza y a tabaco casi había desaparecido. Cuando se fueron de viaje, un servicio de limpieza contratado previamente por Rosie adecentó el local de arriba abajo. Los suelos relucían, las superficies de madera brillaban y el espejo que había tras la barra reflejaba las filas de botellas con un centelleo que hacía pensar en cristalería cara de vidrio soplado. Aquella noche había poca gente, los parroquianos de costumbre, que quizá

ni se habían dado cuenta de que el local había estado cerrado.

William, detrás de la barra, servía cervezas y licores. Henry, sentado a su mesa habitual, estaba absorto en una revista de pasatiempos. Me senté al otro lado de la mesa. Miré a mi alrededor y vi a Rosie que salía de la cocina con algo que parecían carpetas. Se acercó a nosotros con cara de satisfacción. Me dio una carpeta a mí y otra a Henry. Pensé que serían álbumes de fotos, pero al abrir la cubierta vi un menú escrito a mano y con caligrafía artística.

-Esto es otra cosa -comenté.

-El nuevo menú. Así no tener que explicar todos los platos que cocino. William escribió a mano y luego fue a foto copistería para que hicieran fotos copias. Pides comida que quieres, y si no sabes decir en jinglés, señalas. -Guardó silencio y se nos quedó mirando con cara de expectación. Desde que había vuelto del crucero, su jinglés parecía haber empeorado.

Henry leyó el menú con una expresión rara en la cara. Yo miré la carta en mis manos, línea por línea. Los platos figuraban primero en húngaro, con unos grupos de consonantes y unos signos ortográficos que no había visto en mi vida. Debajo del nombre en húngaro aparecía la traducción en inglés:

Versenyi batyus ponty
Carpa atada

Csuka tejfeles tormaval
Lucio con crema de rábanos picantes

Hamis oztokany
Venado de corral

Disznó csülök káposztával
Manos de cerdo con col agria

Me moría de ganas por saber lo que los ruidosos hinchas del béisbol pensarían de aquello.

-Te has superado, Rosie -dijo Henry.

-Es verdad -le di la razón-. No sé qué elegir.

Se estremeció de placer, con el cuaderno de los pedidos en la mano. Durante un minuto pensé que iba a lamer la punta del lápiz.

Henry le sonrió con dulzura.

-¿Podrías damos un poco de tiempo? Aquí hay mucho que pensar.

-Quedar ahí, yo volver luego.

-Buena idea.

Rosie se alejó de la mesa y empezó a dar vueltas por el local, repartiendo la carta por los reservados y las mesas. Henry la miraba con una expresión rayana en el asombro.

-Supongo que esto pasa por ir de crucero. Ha vuelto ins-pira da. Si no la conociera mejor, diría que se le han subido los humos.

Dejé la carta a un lado.

-Eso no es lo que más debería preocupamos. ¿Qué vamos a hacer? No quiero comer manos de cerdo con col agria. Es asqueroso.

Henry volvió a mirar el menú.

-Escucha. *Mazsolas es gesztenyés borjunyelv*. ¿Sabes qué es? Lengua de ternera con castañas y pasas.

-Venga, no puede ser verdad. ¿Dónde está? -Miré su menú, con la esperanza de que fuera diferente del mío.

Señaló un plato que había debajo de una columna titulada «Especialidades de la Casa».

-Aquí hay otro. Mondongo al limón. Se me ha olvidado qué es. A lo mejor estómago o intestino.

-¿Por qué le habrá dado por los órganos?

Rosie había terminado el circuito y volvió a nuestra mesa.

-Tengo idea. Prepararé especial para vosotros. Gran sorpresa.

-No, no, no -dijo Henry-. No me gustaría causarte ningún problema. Pediremos cualquier cosa del menú. Santo cielo. Es que son muchos los platos interesantes. ¿Tú que vas a tomar, Kinsey?

-¿Yo? Ah, bueno, la verdad es que, en una noche como ésta, lo que yo querría es un buen plato de sopa, con un puñadito de fideos tal vez. ¿Me lo podrías preparar?

-Fácil. Desde luego. Sirvo sopa de pastor. Ya está hecha -respondió mientras escribía una complicada frase en el cuaderno. Se volvió a Henry.

-Creo que esta noche no me apetece cenar. Tomé un boca do antes de venir.

-¿Manzana rebozada? ¿Gelatina de cerdo? Está recién hecha. Muy buena.

-No me tientes. Quizá más tarde. Por el momento me limitaré a hacer compañía a Kinsey -dijo.

Rosie frunció los labios y se encogió de hombros. Pensé que insistiría, pero prefirió hacerle sufrir. Nadie pronunció una palabra hasta que desapareció.

Adelanté la cabeza.

-¿Por qué no me confesó que se iba a echar atrás? Yo podría haberle dicho lo mismo.

-Dije lo primero que se me ocurrió. Tú también pensaste rápido. Sopa con fideos. Es un plato seguro. Ahí no metes la pata.

Miré hacia la cocina. Sólo habían transcurrido unos segundos y Rosie ya salía empujando las puertas oscilantes con la espalda y cargada con una bandeja sobre la que humeaba un plato de sopa.

-Vaya por Dios -dije-. Ahí llega. Detesto que me sirvan tan pronto. Es como comer en un chino. Entras y a los veinte minutos ya estás en la calle.

Rosie llegó hasta nosotros, dejó la bandeja en la mesa Contigua y luego depositó el plato ante mí. Puso las manos bajo el delantal y me miró.

-¿Cuánto te gusta?

-Todavía no la he probado. -Manoteé para acercarme el Vapor a la cara, tratando de identificar el olor. ¿Pelo quemado? ¿Pelambre de perro?-. Jolín, huele de fábula. ¿Qué es?

Miró el plato e identificó algunos ingredientes cortados en cubitos.

-Chirivía, cebolla, zanahoria, colinabo...

-¡Adoro la sopa vegetariana! -exclamé, quizá con más entusiasmo del que es habitual en mí. Metí la cuchara en las profundidades del plato y la saqué con un nutritivo cargamento de hortalizas.

Rosie seguía mirando el plato.

-Y cabeza, cuello, pulmones e hígado de cordero.

La cuchara todavía estaba en el aire, avanzando hacia mi boca como por voluntad propia. Cuando topó con mis labios, vislumbré unos pegotes grises y porosos, probablemente de pulmón picado, y unos objetos flotadores no identificados por los que me daba miedo preguntar. Arrimé los labios y sorbí con ruido, aspirando el caldo pero evitando hábilmente los islotes de vísceras. Emití murmullos de placer.

-Yo volver prontísimo con fideos.

-Tómate tu tiempo.

En cuanto se fue, dejé la cuchara y giré el cuello para mirar a mi alrededor.

-No sé si me daría tiempo de ir al lavabo para devolver esto al lugar de donde vino. Ni siquiera hay macetas en las que tirar esta guarrería.

Henry se inclinó sobre el plato.

-¡Es esto cartílago nasal? Ah, no, perdón. Es más probable que se trate de un trozo de válvula cardiaca. Levanta la cabeza. Ahí viene de nuevo.

Rosie regresó con otra bandeja. Removí la sopa con mucho aparato y me limpié la boca con una servilleta mientras ella dejaba los fideos delante de mí. Me golpeé el pecho como si estuviera harta, cosa que era verdad.

-Esto llena mucho. Es realmente exquisita.

Eché una mirada de aprensión a otro plato que puso sobre la mesa, al lado de la sopa, y experimenté un momento de alivio.

-¿Qué son? ¿Empanadillas?

-Se llaman *palacsinta tészta*. Es lo que aquí llamáis crepes.

-Crepes húngaros. Suena fantástico. Eso sí lo quiero.

-Yo relleno con sesos de ternera revueltos con huevo. Muy delicado. Ya verás. Puedo enseñar cómo se hacen.

-Adelante, que esto lo devoro yo enseguida -dije. Se quedó junto a la mesa, como dispuesta a vigilar cada bocado que diera. Me eché a un lado y fingí que miraba hacia el otro extremo del local-. Creo que William te llama. Parece que necesita ayuda.

Rosie fue a la barra y se puso a hablar con William en voz baja. Yo ya tenía el bolso en la mano y miraba dentro. Aquel mismo día había visto que llevaba una vieja lista de la compra garabateada en una hoja de cuaderno de anillas. Sin dejar de vigilar a Rosie, hice un embudo de pico estrecho y boca muy ancha. Doblé el pico para cerrar el embudo por debajo. Fui pinchando los crepes con el tenedor, sin preocuparme por los que volvían a caer en el plato. Cerré el embudo por arriba, lo envolví en una servilleta de papel y guardé el paquete en el bolso.

Cuando Rosie se volvió para mirarme, yo estaba inclinada sobre el plato, fingiendo que masticaba con mucha concentración. En aquel momento entró una pareja y Rosie volvió la cabeza. Puse un billete de veinte pavos en la mesa, al lado de la bandeja de Henry.

-Dígale que me han llamado y que era urgente.

Henry señaló la sopa vegetariana, que seguía en el plato prácticamente intacta.

-Le pediré que te la ponga en una fiambrera y que te la lleve a casa más tarde. Sé lo mucho que detestas que se desperdicie la comida.

10

Llegué a casa antes de lo que tenía planeado, temerosa de que los sesos de ternera se salieran del envoltorio y contaminaran el interior del bolso. Al pasar junto al cubo de basura de Henry saqué el envoltorio y lo tiré. Levanté la cabeza, alertada por un teléfono que sonaba en alguna parte. Cerré el cubo, llegué corriendo a casa y abrí a toda prisa. Tres timbrazos. Cuatro. Tiré el bolso sobre el taburete de la cocina y descolgué el auricular. El contestador automático ya se había puesto en marcha y tuve que gritar por encima de mi propia voz:

-Soy yo. Estoy aquí. No cuelgue. No es el contestador.

-¿Kinsey?

Era una voz masculina, al fondo se oía un murmullo de conversaciones. Me tapé el otro oído con la mano.

-¿Quién es?

-Mofletes.

-Ah, hola. Qué sorpresa. Pensaba que no volvería a tener noticias tuyas. ¿Qué pasa?

-Dijiste que te llamara si me acordaba de algo, pero prométeme que él no se enterará.

Tuve que hacer grandes esfuerzos para oír algo.

-¿Que no se enterará quién?

-Frankie. ¿Has hablado con él alguna vez?

-Todavía no.

-Está loco. No resulta fácil darse cuenta enseguida, porque finge muy bien que es normal y todo eso, pero créeme, no te gustaría mezclarte con él.

-No sabía que lo conocieras.

-No lo conozco, pero no se necesita ser un genio para darse cuenta de que no es normal.

-¿Para eso llamas? ¿Para decirme que es un tarado?

-No. Ya llegaré a eso, pero antes quiero preguntarte una cosa. ¿y si alguien le chiva que te he llamado?

-Venga, hombre. Eso no podría evitado. Además, ¿quién se lo va a decir? Yo te prometo que no soltaré una sola palabra.

-¿Lo juras?

-Claro.

Me imaginé que rodeaba el auricular con una mano y que acercaba tanto la boca que sentí su lengua dentro de mi oído.

-Dijo no sé qué sobre coser a puñaladas a una mujer.

-Por el amor de Dios, Mofletes. Por eso lo metieron entre rejas. Por matar a Cathy Lee Pearse.

-A ella no. A otra. Fue después de matar a Cathy.

-Soy toda oídos.

-Estaba fanfarroneando sobre lo que les pasa a las zorras que tratan de engañarlo. Dijo que había recogido a una en un bar. Ella tenía algo de droga y se colocaron los dos. Salieron al aparcamiento a darse el lote, pero ella se puso tonta y empezó a tocarle las narices, y eso lo sacó de quicio. Cuando le dijo que nones, se la cargó y la metió en el Maletero del coche de Cathy Lee. Fue paseándose por ahí con ella durante dos días, hasta que empezó a preocuparle el olor y se deshizo del cuerpo cuando llegó a Lompoc.

-¿Dónde la recogió?

-¿E qué bar? Ni idea. No lo dijo. Tampoco mencionó la población. Supuse que sería Santa Teresa. Tuvo que ser antes de que llegara a Lompoc, porque allí es donde lo detuvieron.

-¿Y el lugar donde la tiró? ¿Dijo dónde había sido?

-En algún punto de las afueras del pueblo donde no la encontrarían. Supongo que consiguieron cargarle lo de Cathy Lee, pero nadie sabía nada de la otra, así que no se le juzgó por ello.

-¿Cómo es que has recordado todo esto tan de repente? No creo que sea de esas cosas que se olvidan con facilidad.

-No la olvidé «con facilidad» -replicó ofendido-. Fuiste tú quien vino a verme. Yo no me ofrecí a cantar. No hice nada «de repente». Lo recordé en el mismo momento en que pronunciaste su nombre.

-¿Y por qué no me lo contaste entonces?

-Acabábamos de conocernos. ¿Cómo podía saber que eras de fiar? Tenía que pensado.

-¿Y por qué me lo cuentas ahora?

-Lo que debería haber hecho es quedarme callado y ya está. Frankie es un mal bicho. Me dejaría como un colador si se enterase. No es un tipo al que puedas joder y seguir viviendo tranquilamente después.

-Lo creo -dije-. ¿Contó algo más?

-Que yo recuerde no. Entonces no le presté mucha atención. En la cárcel todo el mundo fanfarronea y cuenta historias parecidas. Casi todo es mentira, así que no le concedí ninguna importancia. Quiero decir que sí se la di, pero que fue la última vez que oí hablar del tema. De pronto sales tú diciendo que tiraron por ahí el cadáver de una chica y yo inmediatamente me acuerdo de él.

-Estás seguro de todo esto, ¿verdad?

-No, no estoy seguro. Es posible que se lo inventara todo. ¿Cómo coño quieres que lo sepa? Dijiste que te llamara y te he llamado.

Medité unos momentos. A lo mejor era un camelo, pero no se me ocurría qué podía sacar Mofletes mintiéndome.

-No hay mucho donde hincar el diente.

-Bueno, en eso no puedo ayudarte.

-¿Cómo la mató?

-Supongo que con un cuchillo. Dijo que la había apuñalado, luego la había envuelto en algo y la había metido en el maletero. En cuanto llegó a Lompoc la tiró por la cuneta y se largó a toda prisa. Cuando lo detuvo la policía, imaginó que no tenían nada contra él. Lo único que les importaba era cargarle lo de Cathy Lee.

-¿Conocía a la chica?

-Lo dudo. No habría hablado como lo hizo.

-Es que siento curiosidad por el móvil.

-¿Estás de guasa? Frankie no necesitaba ningún móvil. Habría bastado con que la mujer lo mirase de forma extraña o que lo llamara pichacorta. Si ella sabía que estaba huyendo, pudo haberlo amenazado con avisar a la policía.

-Interesante -comenté-. Tendré que pensarlo. ¿Desde dónde llamas?

-Desde Creosote. Mi hermana ha venido del desierto para llevarme a su casa.

-¿Hay alguna manera de localizarte en caso de que necesite hablar contigo?

Me dio un número con un prefijo.

-Gracias -dije-. Lo que me has contado podría sernos de mucha utilidad.

-¿Dónde se encuentra Frankie ahora?

-No estoy segura. He oído que anda por la ciudad.

-¿Quieres decir que ese cabrón está en la calle?

-Seguro, le han dado la condicional.

-No me lo habías dicho. Jodeeer. Júrame que no le dirás dónde te has enterado de esto. Y no me pidas que declare en un juicio porque no la haré.

-Mofletes, tú no podrías declarar en un juicio. Todo lo que me has contado es de oídas. No le viste hacer nada, así que deja de preocuparte. Se lo contaré a su vez a los dos polis con los que trabajo, y eso será todo.

-Espero no haber cometido un error.

-Relájate. Estás a salvo.

-¿Me comprarás el tabaco?

-No, pero gracias.

Dolan me recogió en la nueva oficina el martes a las diez de la mañana. Ya había cumplido con la rutina de salir a correr a las seis, me había duchado y me había vestido. Me tomé un café y un tazón de cereales, y a las nueve menos veinticinco ya estaba en el despacho. Cuando oí el claxon del coche de Dolan, había terminado de ordenar la mesa. Dolan tuvo la deferencia de tirar el cigarrillo por la ventanilla en cuanto me subí. La biopsia de Stacey sería a las ocho menos cuarto, pero ninguno de los dos quería hablar del tema. Después de abrir de un tirón la puerta del copiloto y cerrarla del mismo modo, le conté a Dolan la conversación con Mofletes.

-No sé qué pensar -confesó-. ¿Qué opinas?

-Me gustaría creerle, pero no sé cuánto crédito hay que dar a un chismorreo de celda. Aunque parecía conocer bien un par de detalles.

-¿Cuáles?

-Bueno, sabía que la habían apuñalado y también que la habían envuelto en algo cuando la dejaron tirada.

-Es posible que hinchara el asunto e inventara pormenores para hacerse el importante.

-¿Conmigo? ¿Con qué fin?

-Para coquetear. Así tenía una excusa para llamarte.

-¿Es eso? Qué emoción.

-El caso es que lo que te contó no nos sirve. Es sólo aire, humo y polvo.

-Y también rumores.

-Cierto.

La siguiente parada era el domicilio de Frankie, para ver qué podíamos sonsacarle. Dolan había hablado con el funcionario encargado de su libertad condicional, Dench Smallwood, y éste le había dado la dirección de Frankie.

Mientras cruzábamos la ciudad, Dolan me contó que había vuelto a repasar el expediente del caso. Los primeros informes hacían referencia a tres vehículos robados, uno de los cuales era el Chevrolet rojo de 1967 en el que habían detenido a Frankie. Se había ordenado a Melvin Galloway que siguiera la pista de los otros dos, pero por los partes e informes que presentó era imposible saber qué había hecho en realidad. Miracle era un fugitivo y su detención fue un hito memorable en la vida de Galloway. Dada su fama de vago, no es probable que le sedujeran los aspectos rutinarios de la investigación. Puede que dijera que haría las indagaciones oportunas y que se olvidara del asunto. El descapotable rojo que había visto C.K. Vogel resultó ser un Ford Mustang de 1966, propiedad de un hombre llamado Gant, de Mesquite, Arizona, nada más cruzar la frontera. Stacey había pedido a Joe Mandel que le comprobara el número de identificación y la matrícula para ver dónde estaba el vehículo en aquellos

momentos. Si Mandel podía decimos el paradero actual, tal vez valiera la pena seguirle la pista y echarle un vistazo.

La habitación que había alquilado Frankie daba a la parte posterior de una casa de Guardia Street. Echamos a andar por el camino de entrada para vehículos, esquivando la muchísima basura desparramada de un cubo volcado. Unos hibiscos anaranjados y rojos rodeaban la casa, tan altos que daban sombra y frescura al estrecho porche de madera. Dolan llamó a la puerta mientras yo me quedaba a un lado, como si temiese que pudieran dispararme a través de la pared de yeso y cañizo. Dolan esperó el intervalo de cortesía y volvió a llamar. Estábamos a punto de irnos cuando Frankie abrió la puerta. A sus cuarenta y cuatro años tenía una cara infantil y lampiña. Vestía camiseta y pantalón corto holgado, y llevaba un antifaz de dormir alrededor de la frente. Iba descalzo.

-Qué -dijo.

-¿El señor Miracle?

-Sí.

Dolan se apartó la cazadora para enseñarle la chapa que llevaba en el cinturón.

-Teniente Dolan, de la comisaría de policía de Santa Teresa.

Ésta es Kinsey Millhone.

-Vale. -Frankie tenía el cabello castaño claro y ondulado, y los ojos castaños. Miraba sin apartar la vista y con algo de fastidio. Me extrañó no verle ningún tatuaje. Había pasado en la cárcel diecisiete años y yo esperaba encontrarme con que pareciera como si se hubiese revolcado desnudo y sudado por una alfombra de tiras cómicas dominicales. No era corpulento, sino más bien fofo, cosa que también me extrañó.

Yo creía que todos los presos levantaban pesas y eran unos cachas. Sus ojos se posaron en los míos-. ¿Le parezco guapo?

No contesté.

-¿Te acostaste tarde anoche? -preguntó Dolan-. Tienes mala cara.

-Trabajo de noche, por si le interesa.

-¿Haciendo qué?

-De portero. En el edificio Granger, turno de noche. Le daría el nombre de mi jefe, pero seguro que ya lo sabe.

Dolan sonrió ligeramente.

-La verdad es que sí. Me lo dio el funcionario que te lleva la condicional cuando hablé con él.

-¿A qué viene esto?

-¿Podemos entrar?

Frankie miró por encima del hombro.

-Claro, ¿por qué no?

Se hizo a un lado y cruzamos la puerta. La vivienda consistía en una habitación con suelo de linóleo, un hornillo, un frigorífico antiguo, un somier de hierro y poco más. En lugar de armario tenía un perchero hecho con una cañería metálica en el que había colgado la ropa, tanto la sucia como la limpia. Por una puerta en la pared del fondo vi un estrecho cuarto de baño. Además de un cenicero lleno de colillas, había unos cuantos libros de bolsillo por el suelo, junto a la cama, novelas de misterio y de ciencia ficción. La habitación olía a sábanas mugrientas y a tabaco. Yo me habría suicidado si no hubiera tenido más remedio que vivir en un sitio así. Claro que Frankie estaba acostumbrado a la cárcel, así que aquello debía de ser un progreso.

No había sitio para sentarse y nos quedamos de pie mientras Frankie se tiraba en la cama y se echaba la sábana

por encima del bajo vientre. La conversación fue más bien grotesca, como una visita a Stacey en el hospital. Yo creo que sólo los enfermos crónicos prefieren hablar acostados. Da a entender que se sienten seguros. Estiró la sábana y dobló el extremo superior.

-Puede saltarse los preliminares. Esta noche trabajo otra vez y necesito dormir.

-Nos gustaría hacerte unas preguntas sobre lo que hiciste en Lompoc antes de que te detuvieran.

-¿Exactamente qué?

-Cómo llegaste y qué hacías antes de la detención.

-No me acuerdo. Estaba colocado. Por aquella época, en lugar de sesos tenía mierda.

-Cuando te detuvieron, te hallabas a nueve kilómetros de un lugar donde encontraron el cadáver de una joven.

-Fantástico. ¿y qué lugar es ése?

-Está cerca de la cantera Grayson. ¿Sabes dónde es? -Todo el mundo conoce Grayson. Lleva años allí.

-¿Verdad que es mucha coincidencia?

-¿Que yo estuviera a nueve kilómetros de allí? Tonterías. Tengo familia por la zona. Mi padre ha vivido en la misma casa durante cuarenta y cuatro años. Precisamente fui a hacerle una visita.

-Después de matar a Cathy Lee.

-Espero que no hayan venido para revolver otra vez toda aquella mierda. ¿Saben una cosa? No deberían haberme acusado de asesinato. Aquello fue estrictamente en defensa propia. Se abalanzó sobre mí con unas tijeras..., y no lo digo para justificarme ante ustedes.

-¿Por qué escapaste? No es lo que suele hacer un hombre inocente.

-Yo nunca declaré que fuera inocente. Dije..., joder, ¿por qué tengo que contarlo? Me invadió el pánico, si quiere saber la verdad. Cuando estás cargado de anfetas no piensas con claridad. Te comes el tarro y piensas que todo el mundo te persigue.

-No necesitas ponerte a la defensiva -dijo Dolan.

-Le pido mil perdones. De verdad. A veces, cuando la gente me despierta, me pongo de mal humor.

Dolan sonrió.

-Y cuando estás de mal humor, se te va la mano, ¿no es eso?

-¿Sabe una cosa? He cumplido la condena. Sin una sola mancha en mi ficha en los últimos diecisiete años. A cuenta del tiempo cumplido, la buena conducta y todo eso. Ahora estoy fuera, estoy limpio y tengo un empleo remunerado, así que váyanse a tomar por culo. Y no es por nada personal.

-La cárcel te ha mejorado.

-Pues sí. ¿Lo ve? La rehabilitación funciona. Soy un ejemplo vivo. Era malo y ahora soy bueno y libre como un pájaro.

-No del todo. Todavía estás en libertad condicional.

-¿Cree que no lo sé, con todas las malditas normas que hay que cumplir? Le digo una cosa: no me pillarán infringiendo ninguna. Soy demasiado listo. Estoy dispuesto a jugar limpio porque no tengo la menor intención de volver a la cárcel. Nunca.

-¿Sabes cuál es tu problema, Frankie?

-¿Cuál, teniente? Estoy seguro de que usted me lo dirá con todo detalle.

-Puede que hoy seas honrado, pero entonces no sabías mantener la bocaza cerrada.

-Vamos. ¿A qué viene esto?

-Te lo dije. Investigamos un homicidio sin resolver cometido en unas circunstancias parecidas al de Cathy Lee.

-Sí, bueno, pero yo no tengo la culpa. No sé nada de eso. Si quieren alguna otra cosa, hablen con mi abogado.

-¿Y quién es?

-Todavía no he contactado con ninguno, pero se lo comunicaré en cuanto lo haga. ¿Y a qué viene toda esta farsa? ¿ O es confidencial?

-Tenemos a alguien dispuesto a colgarte el mochuelo.

-El mochuelo, los cojones. ¿Quién es? ¿Un ex presidiario que come a costa mía? Yo no maté a la chica. Sois un montón de mierda.

-Eso no es lo que declaró nuestro testigo. Según él, después estuviste alardeando de haberlo hecho.

-Es un farol y lo sabe. Si tuvieran algo contra mí, habrían venido con una orden de detención y no con tantos miramientos.

Dolan negó con la cabeza.

-No lo sé, Frankie. Imagino que la chica te puso caliente y, cuando te dijo que nones, perdiste el control.

-Sí, sí, sí. -Frankie hizo como si vomitara.

-¿Por qué no te lo tomas en serio? Nos ayudaría muchísimo a salir del paso. Demuestra que tienes buen corazón ahora que has pasado otra página de tu vida.

Frankie sonrió, cabeceando con incredulidad.

-¿Cree que soy tan idiota como para ponerme a confesar? ¿Confesar qué? No tiene nada contra mí. Ni siquiera sé de quién coño me está hablando.

-No he venido aquí para pincharte.

-Me alegro, porque trato de no perder la calma. Si quiere una muestra de orina,. mearé en una taza. Si quiere registrar el piso, hágalo. Sea lo que sea, hágalo con rapidez. Y si no, hemos terminado. Cierre la puerta al salir. -Se puso el antifaz sobre los ojos y nos dio la espalda.

-Bueno, no ha servido de mucho -dije cuando volvimos a estar en el coche los dos.

-Quería que le echaras un vistazo. Siempre es mejor conocer a los protagonistas en persona. Además, así sudará un poco preguntándose qué tenemos.

-No sudará mucho. No tenemos nada, verdad?

-Bueno, pero él no lo sabe.

Dolan pensaba volver al St. Terry en cuanto me dejara en el despacho, pero cuando entramos por Caballería Lane vimos a Stacey sentado en el bordillo, delante de mi oficina, con una bolsa de papel marrón a los pies. Llevaba el gorro de punto rojo, camisa de manga corta, pantalón ancho de algodón y zapatos sin calcetines. Aún tenía en la muñeca la pulsera de plástico perforado del hospital. Los brazos eran puro hueso y la piel parecía transparente, como ese papel que ponen en las invitaciones de boda. Dolan aparcó dos coches más allá. Mientras nos acercábamos a Stacey, Dolan sacó un paquete de tabaco y una caja de cerillas y se detuvo a encender un cigarrillo. Tiró la cerilla y dio una calada profunda, tragando el humo como si el cigarrillo fuera un inhalador para el asma.

-¿Cómo has llegado hasta aquí?

Stacey se protegió los ojos con la mano y lo miró con la cara ladeada.

-En taxi. Están para eso. Les das dinero a los conductores y te llevan a donde quieras.

-Pensaba que tenían que hacerte más pruebas antes de soltarte.

Stacey desechó el asunto con un manotazo en el aire.

-Que se vayan a la porra. Estaba cansado de esperar a que el médico me diera la bendición. Recogí las cosas y me fui a dar un paseo. No estoy para tonterías. No va a cambiar nada. Por cierto, me ha llamado Mandel y me ha dicho que viniera para acá.

Tiene las pruebas del caso de Juana Nadie y podemos echarles un vistazo. Por cierto, ¿qué se contaba nuestro amigo Frankie?

-No cambies de tema. ¿Cómo ha ido la biopsia?

-Coser y cantar. Me han pinchado tantas veces que esto es ya como la picadura de un mosquito.

-¿Cuándo te darán los resultados?

A Stacey se le había quedado la mano tan delgada que consiguió quitarse el brazalete sin abrirlo.

-Dentro de un par de días. ¿Qué más da? Tenemos trabajo. Venga, échame una mano. A mi edad, cuando te sientas, ya no te puedes levantar. Háblame de Frankie.

-Es inocente.

-Claro. Deberíamos haberlo sabido.

Dolan estiró la mano y ayudó a Stacey a ponerse en pie. Una vez erguido, se tambaleó ligeramente pero consiguió mantener el equilibrio. Dolan y yo cambiamos una mirada y Stacey se dio cuenta.

-Ya está bien. No me pasa nada. Sólo me encuentro algo cansado. He guardado demasiado tiempo cama.

La oficina del sheriff del condado de Santa Teresa está cerca de Colgate, en El Solano Road, en el mismo barrio que el vertedero local. Supongo que allí el terreno es barato y hay sitio para poder ampliar los edificios. Detrás de las oficinas vi filas de coches patrulla blanquinegros y un surtido de vehículos pertenecientes al personal administrativo. La estructura, de una planta, combina el beis cremoso con el blanco de las paredes estucadas, y tiene una serie de arcos en la parte delantera. La cárcel principal se halla al otro lado de la avenida. Aparcamos y cruzamos la entrada, dejando que Stacey nos guiara. Habría jurado que echaba de menos el trabajo. Sólo con ver el edificio parecía otro.

A la izquierda, en el pequeño vestíbulo, había un mostrador con un cristal protector, probablemente a prueba de balas, aunque era imposible asegurarlo. El funcionario civil, una mujer, levantó los ojos cuando entramos.

-Venimos a ver al sargento investigador Joe Mandel –dijo Stacey.

La funcionaria empujó una carpeta hacia él.

-Ha avisado que vendrá enseguida.

Firmamos los tres y nos repartió sendas tarjetas de visitante, para que nos las prendiéramos de la camisa. Había tres sillas libres, pero preferimos esperar de pie. A través de la puerta de cristal vimos que llegaba alguien del fondo del pasillo. Tiró de la puerta para dejamos pasar. Hubo las habituales presentaciones y todos nos estrechamos las manos. Por cómo se le abrieron y cerraron los párpados supuse que se había acordado de que me había visto anteriormente en la cocina de su casa, y puede que le pareciera chocante, pero no lo dijo. Conocía bien a Stacey, pero colegí que no

había visto a Dolan desde hacía muchos años. Cambiaron saludos mientras entrábamos en el pasillo.

Giramos a la izquierda y lo seguimos por un largo corredor, un túnel de moqueta y paredes beis, con despachos a ambos lados. Joe nos presentó al sargento Steve Rhineberger, de la unidad forense del sheriff. Abrió una puerta cerrada con llave y nos hizo pasar a una sala que parecía una cocina sin fogones. Había mostradores bordeando tres lados y una especie de aparato de ventilación al fondo. En la mesa del centro de la habitación vimos una bolsa grande de papel marrón muy manoseada.

El sargento Rhineberger abrió un armario inferior, arrancó un trozo de papel blanco de un rollo que había dentro y sacó unos guantes desechables de látex.

-Solicité a la oficina del forense que me mandara los maxilares. Pensé que también querrían echarles un vistazo.

Puso el papel sobre la mesa como si fuese un mantel, se calzó los guantes y rompió el precinto de la bolsa de las pruebas. Sacó la lona doblada y varias prendas de vestir y las dejó encima del papel. Mandel tomó un puñado de guantes desechables de la caja de cartón del mostrador. Le dio un par a Stacey, otro a Dolan y otro a mí. Los muchachos habían estado hablando de asuntos profesionales, pero en aquel momento todos guardamos un respetuoso silencio. Dieciocho años después de la muerte de la desconocida sólo quedaba el crujido del papel blanco y el chasquido de los guantes.

Resultaba extraño examinar objetos que sólo había visto en fotografías borrosas. La camisa y el pantalón de margaritas se tuvieron que cortar para desprenderlos del cadáver y yacían estirados e informes encima de la mesa. La tela estaba sucia y manchada de humedad, como calada por tierra

mojada. Las manchas de sangre ya no eran más que puntos de color óxido. Las sandalias eran de cuero, con hebillas metálicas engarzadas por tiras de piel. Una tira estrecha separaba el dedo gordo de los demás dedos. Las sandalias podrían haber pasado por nuevas de no ser por unas pequeñas manchas en la parte interior, en los puntos donde se habían apoyado el talón y el pulpejo del pie.

Rhineberger abrió un recipiente y sacó las mandíbulas superior e inferior de Juana Nadie. Los dientes estaban llenos de arreglos, entre dieciséis y dieciocho empastes de mercurio. Cuando juntó los dos maxilares, encajando los huecos y superficies desgastadas, pudimos ver la medida exacta de su braquignatismo y el canino torcido de la izquierda.

-No puedo creer que nadie la reconociera por la descripción de la dentadura. Charlie dice que probablemente se lo hicieron todo entre un año y dos antes de la fecha del fallecimiento. Se puede ver que las muelas del juicio ni siquiera han aparecido todavía. Afirma que es posible que ni siquiera tuviese dieciocho años. -Devolvió los huesos al recipiente y dejó la tapa abierta.

Sus efectos personales apenas cubrían la mesa. Aquello era todo lo que quedaba de ella, absolutamente todo. Tuve un momento de confusión, porque ninguna vida podía quedar reducida a unos restos tan humildes. Seguro que la muchacha había esperado muchas más cosas del mundo, amor, matrimonio, quizás hijos, o por lo menos que sus familiares y amigos la valorasen. Su cadáver estaba enterrado en una tumba sin lápida y se sabía dónde estaba por el número de parcela que figuraba en el libro de registros del cementerio. A pesar de los pocos datos que teníamos, parecía extrañamente real. Había visto una fotografía suya en blanco y negro, allí tirada

en la hierba seca de agosto, con la cara oscurecida por la posición del cuerpo y los arbustos que había por medio. El abdomen, parte del brazo y una sección de la pantorrilla eran lo único visible desde la perspectiva del fotógrafo; la carne estaba hinchada y manchada por la descomposición, como cubierta de cardenales.

Acerqué la bolsa de plástico que contenía un mechón de cabello, limpio y sedoso, de un rubio apagado. En otra bolsa de plástico había dos frágiles pendientes, aros sencillos de alambre dorado. La única prueba que quedaba del asesinato en sí era el delgado cable con que le habían atado las muñecas. La lona era de un tejido ligero, tenía los dobladillos cosidos con hilo rojo y anillas de metal insertadas a intervalos regulares. No se veía nada extraño en ella; la típica tela que ponen los pintores de brocha gorda para que no se manche el suelo o la que se echa encima de la leña al aire libre para protegerla de la lluvia. En una punta había una mota roja que lo mismo podía ser una mariquita que una gota de sangre, pero tras fijarme con atención me di cuenta de que sólo eran las puntadas con que se había rematado el cosido del dobladillo. Con aquellos pocos objetos esperábamos reconstruir no sólo la identidad de la difunta, sino también la de su asesino. ¿Qué magnetismo tendría para que, dieciocho años después de su muerte, nos reuniéramos cinco personas por su causa?

Con algo de retraso sintonicé la conversación que sostenían los presentes. Stacey detallaba los pasos que habíamos dado hasta la fecha. Al parecer, Mandel también había revisado el expediente. Al igual que Stacey y Dolan, que fueron los que descubrieron el cuerpo, estuvo metido en esto desde el principio.

-Es una lástima que Crouse se haya ido -dijo Mandel-. Ya no quedamos muchos.

-¿Qué le pasó? -preguntó Dolan.

-Vendió la casa y se marchó con la familia a Oregón. Ahora es jefe de policía en una aldea de por allí. Lo último que sé de él es que se aburría como una ostra, pero no podía volver porque la vivienda está aquí más cara que allí. Keith Baldwin y Oscar Wallen están retirados y Mel Galloway muerto. De todas formas, me alegro de tener una oportunidad de revisar el caso. Puede que averigüemos algo después de todo este tiempo.

-¿Tú qué opinas? -preguntó Stacey-. ¿Crees que nos hemos saltado algo?

Mandel meditó unos momentos.

-Creo que lo único que me despierta la curiosidad es Iona Mathis, la chica con la que se casó Frankie Miracle. Si la localizáramos, quizá podría contamos algo. Oí que vino y que estuvo con él durante el juicio. Le daba tanta lástima que casi volvió a casarse con el tipo.

Stacey hizo una mueca.

-Pues no sé qué le vería. Yo ni siquiera he conseguido casarme una vez; y eso que soy un ciudadano respetuoso con la ley. ¿Tienes la dirección de esa mujer?

-No, pero te la puedo conseguir.

11

Dolan me dejó en el despacho antes de llevar a Stacey a su casa. La energía de Stacey estaba decayendo y la verdad es que la mía también. Al abrir la puerta me fijé en un Mercedes de cinco puertas aparcado en el estrecho camino que separaba mi bungaló del contiguo. La mujer sentada en el asiento del conductor estaba bordando, con el bastidor apoyado en el volante. Levantó los ojos para mirarme, me saludó con la mano, dejó la costura en el asiento del copiloto, rebuscó en el asiento trasero y sacó una bolsa de supermercado.

-Empezaba a pensar que ya habías pasado por aquí sin darme cuenta -dijo.

Esperé mientras cerraba la puerta del coche y venía hacia mí.

La cara me sonaba, pero no recordaba de qué la conocía. Le eché unos sesenta años, era delgada y atractiva y lucía un elegante y ligero traje chaqueta de lana roja. Llevaba el pelo por los hombros, teñido de caoba y peinado informalmente hacia atrás.

Me quedé indecisa en la puerta, rebuscando todavía en el bolso de los recuerdos, tratando de atribuir un nombre a la cara. ¿Quién sería? ¿Una vecina? ¿Una antigua clienta?

-¿Me esperaba a mí?

Sonrió, y al hacerla quedaron a la vista dos filas de dientes cuadrados y regulares. Antes de que dijera nada más, sentí una diáfana vibración de miedo en la base de la columna, como cuando un cangrejo se descuelga por las cuerdas de una guitarra. Me tendió la mano.

-Soy tu tía Susanna.

Le estreché la mano mientras me esforzaba por asimilar la palabra «tía». Conocía su significado, pero que me muriese si en aquellos momentos sabía qué hacer con ella.

-La madre de Tasha -añadió-. Espero no haber llegado en un momento inoportuno. Te dijo que pasaría por aquí, ¿no? No sabes lo embarazoso que sería que no te hubiera avisado.

-Claro. Desde luego. Siento haberme quedado en blanco pero estaba pensando en otra cosa. Pase y siéntese. ¿ Quiere un café? Yo vaya tomarlo de todos modos.

Entró detrás de mí hasta el despacho del fondo.

-Sí, muchas gracias.

Dejó la bolsa de supermercado en el suelo y se sentó en la silla de los clientes, enfrente del escritorio. Tenía los ojos de color avellana, como los míos. El aire que la rodeaba olía a colonia. Era un perfume cítrico, de pomelo tal vez, muy fresco y ligero.

-¿Cómo lo toma?

-No soy muy exigente. Solo.

-Estará en un minuto.

-No tengo prisa -dijo.

Murmuré una disculpa, pasé al antedespacho y por allí a la cocina, donde me apoyé en el mármol para recuperar el aliento. Había estado manteniendo la compostura desde el instante en que se había presentado. Era mi tía, la hermana de mi madre. Yo conocía a Tasha y a Liza, la mayor y la menor de las tres hijas de Susanna, pero no a la tercera, Pam, de la que sólo había oído hablar. Conocer a mi familia había sido desconcertante de principio a fin, ya que ni siquiera sabía de su existencia. Por una casualidad en el curso de una investigación, hacía tres años, habían empezado a salir como arañas del bolsillo de un abrigo viejo. Con mis padres y tía Gin muer-

tos, Susanna debía de ser el familiar vivo más cercano que tenía.

Me di unas palmaditas en el pecho. Todo era muy extraño. No recuerdo a mi madre y nunca he tenido una imagen concreta de su rostro. Aun así, intuía el parentesco. Todas las Kinsey se parecían mucho, al menos por lo que había oído. Desde luego, yo me parecía a Tasha y ella me había contado que se parecía tanto a su hermana Pam que podían llegar a tomarlas por gemelas. Entre Liza y yo el parecido era menor, pero aun así, nadie podía negar las similitudes.

Llené de agua el recipiente del café y la vertí en el depósito de la máquina. Filtro de papel, lata de café. No vi que me temblasen las manos, pero en el mármol que rodeaba la máquina cayó un rocío de café molido. Saqué una esponja, la mojé y limpié el mármol. Introduje el recipiente debajo del filtro y apreté el botón de encendido. No me encontraba en condiciones para hablar con ella, pero tampoco podía quedarme allí hasta que el café estuviera hecho. Saqué un par de tazas del armario. Si hubiera tenido brandy, habría echado un trago en aquel momento.

Volví al despacho tratando de recordar qué significaba sentirse «normal» para poder alcanzar ese estado.

-Estará listo en un momento. Confío en que no llevara esperándome mucho rato. No podía dejar el trabajo.

Sonrió mientras me sentaba al otro lado del escritorio.

-No te preocupes por eso. Sé entretenerme sola.

Era guapa; nariz recta y sólo una ligerísima capa de maquillaje para suavizar la palidez del cutis. Se le veían manchas de tomar el sol o pecas descoloridas y un abanico de finas arrugas alrededor de los ojos y la boca. El traje rojo le sentaba muy bien y la chaqueta destacaba sobre el blanco

caparazón que había debajo. Comprendí de dónde había sacado Tasha el buen gusto para vestirse.

Susanna levantó un dedo.

-Ah, casi me olvido. Te he traído algo. -Se agachó y miró dentro de la bolsa de supermercado y sacó una foto en blanco y negro con un marco de plata. Me la alcanzó y yo le di la vuelta para poder verla-. Somos tu madre y yo el día de su puesta de largo, el 5 de julio de 1935. Entonces yo tenía nueve años.

-Ah.

Bajé la vista, pero sólo el tiempo suficiente para echar un vistazo a la Rita Cynthia Kinsey de dieciocho años que llevaba un vestido blanco y largo. Estaba inclinada, riendo, rodeaba a su hermana pequeña con los brazos. Mi madre parecía increíblemente joven, con el pelo oscuro y rizado cayéndole sobre los hombros. Debía de llevar los labios pintados de un color muy oscuro, porque su boca parecía negra en la foto. Susanna lucía un vestido largo y vaporoso que parecía una versión menor del de Rita.

Sentí que me ardían las mejillas, pero mantuve la cara apartada hasta que se me pasó el arrebato. Sentí un dolor agudo, como si me hubiera pillado los dedos al cerrar una caja. Quería gritar de sorpresa. Haciendo un poderoso esfuerzo cerré con llave la puerta de mis emociones. Sonreí a Susanna, aunque seguía notando alguna tensión en la cara.

-Se lo agradezco. Nunca he tenido una foto suya.

-Es mi favorita. Encargué una copia para que también la tengas tú.

-Gracias. ¿No hay fotos de mi padre?

-Estoy segura de que sí. Si lo hubiera pensado, habría traído el álbum familiar. Ahí sí que está todo el mundo. La

próxima vez será -dijo-. Ya sabes que te pareces a tu madre. Claro que yo también.

-¿De veras? -pregunté, aunque por dentro no dejaba de repetirme: todo esto es muy extraño. A Tasha era fácil tenerla a raya. Nos acribillábamos verbalmente y así establecíamos una cómoda distancia entre ambas. Pero aquella mujer era adorable. Por diez centavos habría dado la vuelta al escritorio y me habría encaramado a su regazo-. Por lo que he oído, todas las Kinsey se parecen.

-No tanto las Kinsey como las LeGrand. Virginia tenía algunos rasgos de papá, pero era la excepción. Dominan los rasgos de Grand. Aunque no es ninguna sorpresa, ya que ella también domina todo lo demás.

-¿Por qué la llama Grand?

Se echó a reír.

-No lo sé. La hemos llamado así desde siempre. No quería ser «mami» ni «mamaíta» ni nada parecido. Prefería el sobrenombre que siempre había tenido y así nos educó. Cuando fuimos a la escuela, vi que otros niños llamaban a sus madres «mamá» o «mamita», pero por entonces me habría resultado extraño referirme a ella de ese modo. Puede que fuera una forma de rechazo por su parte..., ambivalencia hacia la maternidad. No estoy segura.

El olor a café empezó a invadir el ambiente. No quería salir del despacho, pero me levanté y rodeé el escritorio.

-Enseguida vuelvo.

-¿Te ayudo?

-No, no hace falta.

-Si me necesitas, grita.

-Gracias.

Me puse a trajinar nada más entrar en la cocina, aunque al servir el café me di cuenta de que tenía que utilizar las dos manos. ¿Podría pasarle la taza sin derramarle unas gotas en el regazo? Respiré hondo y me di una bofetada mental. Qué ridícula me sentía. Aquella mujer era prácticamente una extraña, una señora mayor en misión de buena voluntad. Podía hacerla. Podía afrontar la situación. Me bastaba con tratarla ahora y sufrir las consecuencias más tarde, cuando estuviera sola. Muy bien, allá vamos. Llevé las dos tazas, con la mirada fija en el café mientras andaba. Tampoco se me derramó tanto y la moqueta era tan gruesa que no se notaría.

Una vez en el despacho, puse las dos tazas en el escritorio y dejé que ella se hiciera cargo de la suya. Volví a sentarme, pero en vez de levantar mi taza de la mesa, me la acerqué deslizándola por la superficie. Me pregunté si no sería mejor bajar la cabeza y tomar el café a sorbos que levantar la taza hasta los labios.

-¿Puedo preguntarle algo?

-Claro que sí, cielo. ¿Qué quieres saber?

Cielo. Ay de mí. Y las lágrimas afloraron, aunque parpadeé para que no se me saltaran. Susanna no pareció darse cuenta. Carraspeé para aclararme la garganta y dije:

-Liza me habló de sobrinos la primera vez que nos encontramos, pero también fue la última vez que supe de ellos. Arne me dijo que Grand tuvo tres hijos varones y que todos nacieron muertos, pero ¿no hubo un niño que murió de pequeño? Creo recordar que Liza comentó algo de eso.

Adoptó ese aire de desinterés que yo conocía muy bien. Yo misma lo había hecho, y mi prima Liza también, el día que nos conocimos.

-Siempre ha andado un poco confusa la pobre. La verdad es que la historia familiar no es su fuerte. Técnicamente es cierto. Mi madre dio a luz a tres hijos varones antes de que naciera Rita. Los dos primeros nacieron muertos. El tercero vivió cinco horas. Todos los demás varones de la familia, y hay nueve sobrinos, son parte del círculo exterior. El marido de Maura, Walter, tiene dos hermanas y las dos tienen hijos varones. Y mi marido, John, tiene tres hermanos. Siete chicos entre todos. Sé que es un lío, pero como muchos son parientes lejanos y también viven en Lompoc, acuden a todas las reuniones de las Kinsey. Grand no quiere que nos mezclemos con las familias de nuestros maridos, así que el día de Acción de Gracias y en Navidad procura que sus puertas estén abiertas y que la celebración sea tan espléndida que nadie pueda resistirse. ¿Qué más quieres saber? Pregúntame lo que quieras. Para eso estoy aquí.

Pensé durante un momento, planteándome hasta dónde me atrevería a llegar.

-Me contaron que Maura y usted censuraron la conducta de mi madre. -Al mencionar el contencioso me sentí mezquina, pero eso era más llevadero que sentirse frágil.

-Fueron Maura y Sarah, las dos mayores que yo. Maura tenía doce años y Sarah quince cuando «estalló la guerra», por así decirlo. Las dos apoyaron a Grand. Yo era la menor de la familia, así que no pude tomar partido. Me limité a fingir que no me daba cuenta de lo que pasaba. Siempre adoré a tu madre. Tenía estilo y era exótica. Me parece que ya he mencionado que yo tenía nueve años cuando la presentaron en sociedad. Estaba más pendiente de mis zapatos Mary Janes que de los asuntos de la familia. Me gusta pensar que soy independiente, aunque no soy la inconformista que fue tu ma-

dre. Siempre le plantaba cara a Grand. Nunca evitaba los enfrentamientos. Yo utilizo tácticas de distracción: encanto, desorientación. Me resulta más efectivo someterme por fuera y hacer lo que quiero cuando no estoy cerca de Grand. Puede que sea cobardía, pero así la vida resulta más fácil para todos; por lo menos eso es lo que me digo.

-Pero ¿por qué se opusieron Sarah y Maura a la boda de mi madre? ¿Qué les importaba a ellas?

-Bueno, nada. No fue tanto la boda como la repercusión que tuvo en la familia. Una vez que estuvieron claras las posiciones en el campo de batalla, Grand se mostró inflexible, pero tu madre y Virginia tampoco cedieron.

-Pero ¿por qué todo aquello? Sigo sin entenderlo. Otra cosa sería que mi padre hubiera sido un vagabundo.

-No creo que Grand tuviera nada personal contra tu padre.

El problema para ella era la diferencia de edad. Tenía..., ¿cuántos? Treinta y cinco años; y tu madre dieciocho.

-Treinta y tres -corregí.

Susanna se encogió de hombros.

-Quince años de diferencia. Tampoco son tantos, la verdad. Creo que para Grand el problema fue que Rita se casara a tontas y a locas. Grand también lo hizo. Se casó con papá en un arrebato el día que cumplió diecisiete años. Él le doblaba la edad y creo que sólo hacía un mes que se conocían. Sospecho que debió de lamentar aquellas prisas, pero el divorcio no era una alternativa en aquella época, al menos para ella. Nunca le ha gustado admitir que se equivoca, así que se lo calló. Se guardaron fidelidad, pero no sé cuánto duró el amor. Sé que es una historia común y corriente, pero sospe-

cho que Grand esperaba vivir a través de Rita lo que no había vivido ella.

-Eso lo puedo entender. Lo que dices tiene sentido.

-Entonces, ¿qué es lo que te molesta? Me gustaría aclarar eso.

-Tengo treinta y seis años..., treinta y siete dentro de tres semanas. He vivido toda mi vida sin saber absolutamente nada de esta historia. En mi opinión, creo que alguien podía haberme contado algo. Ya se lo dije a Tasha y no es mi intención repetirme, pero ¿por qué nadie se puso en contacto conmigo? Tía Gin murió hace quince años. Grand ni siquiera fue al entierro, así que... ¿A qué viene todo esto ahora?

-No he venido aquí para discutir. Lo que estás diciendo es cierto y tienes toda la razón. Grand tendría que haberte buscado. Debería haber dicho algo, pero creo que temía enfrentarse a ti. No sabía qué te habían contado. Dio por hecho que Virginia te había puesto en contra suya y de toda la familia. En el fondo, Grand es buena persona, pero es orgullosa y terca... Bueno, la verdad es que a veces puede comportarse de forma insoportable. Pero Rita también era terca. Las dos se parecían tanto que habría sido cómico si no hubiera resultado tan destructivo. El conflicto hizo trizas a la familia. Nadie ha vuelto a ser el mismo desde entonces.

-Pero Grand era su madre. Y por eso se supone que era la más madura.

Susanna sonrió.

-Vejez no significa madurez. En realidad, Grand lo intentó. Recuerdo al menos media docena de veces en que dio el primer paso y sólo obtuvo de tus padres silencio o una negativa. Por lo que sé, tu padre se esforzó por permanecer al margen de la contienda. La pelea era de Rita, y aunque él es-

taba de su parte, era ella quien atizaba el fuego. Virginia aún era peor. Parecía disfrutar con la ruptura, y no sé por qué. Sin duda tenía sus propios motivos. Sé por experiencia que cuando alguien organiza semejante alboroto por preservar la autonomía, suele ocultar otra cosa. El caso es que Grand trató de atraerlos, sobre todo después de que tú nacieras, pero no quisieron saber nada de ella. Los tres iban a visitarnos cuando ella y papá estaban fuera del pueblo, y te traían, como es lógico, aunque siempre había algo clandestino en sus movimientos. Recuerdo haber pensado que probablemente les gustaba aquello de andar a hurtadillas a sus espaldas.

-¿Por qué?

-Porque nos obligaba a los demás a tomar partido. Cada vez que les abríamos la puerta, y se la abrimos en numerosas ocasiones, nos incorporábamos automáticamente a su bando. Maura y Sarah se sentían culpables por engañar a Grand. Grand volvía de un viaje y nadie le decía nada. Yo me preguntaba a veces qué sabría del asunto. Tenía una red de espías y la sigue teniendo, así que alguien debía de ponerla al día. Nunca se le escapó nada, pero quizás era su forma de asegurarse de que la comunicación proseguía, aunque no pudiera saborearla.

Medité sus palabras un momento.

-Me gustaría creerla y me parece que en cierto modo la creo. Ya sé que en todas las historias hay dos versiones. Es evidente que tía Gin se lo tomó tan en serio que tuvo la boca cerrada hasta el día de su muerte. Yo no supe nada hasta hace tres años.

-Debe de ser difícil encajarlo.

-Pues sí. En parte porque se me presentó como asunto concluido, caso cerrado. Puede que para usted sea cosa anti-

gua, pero para mí no. Todavía tengo que decidir mi posición. La ruptura influyó mucho en mi forma de ser.

-Bueno. Hay cosas peores que tomar a Virginia Kinsey como modelo. Puede que fuera un bicho raro, pero se adelantó a su época.

-Que viene a ser lo mismo.

Susanna miró el reloj.

-Debo marcharme. No sé tú, pero estas conversaciones me resultan agotadoras. Puedes engullir sólo una parte y luego tienes que detenerte a digerida. ¿Me llamarás?

-Lo intentaré.

-Bien. Me darás una alegría.

Cuando se fue, eché la llave a la puerta de la calle y me senté al escritorio. Me acerqué la foto de mi madre y la miré con detenimiento. La habían hecho en la hacienda. El fondo se veía desenfocado, pero las dos hermanas estaban en un porche de madera con barandillas como las que había visto en el Manso. Forzando la vista se podía distinguir a un grupo de personas a un lado, todas con copas de champán en la mano. Los jóvenes vestían esmoquin y las chicas llevaban largos vestidos blancos parecidos al de Rita Cynthia. La verdad es que la ropa y los peinados no habían cambiado tanto desde entonces. Si se hubiera sacado a aquellas personas de su década y se las hubiera introducido en cualquier ocasión formal de la nuestra, las diferencias no habrían sido espectaculares. La única nota de época eran los zapatos blancos que llevaba mi madre, con los dedos al descubierto y unos tacones vagamente ruidosos.

Mi madre era delgada y se le veían unos hombros y brazos desnudos perfectos. Tenía la cara en forma de corazón y

la piel lisa y clara. Puede que los rizos fueran naturales (no resultaba fácil asegurado), pero se había arreglado el pelo para la ocasión y le caía en cascada por los hombros. Llevaba una flor blanca detrás de la oreja, al igual que Susanna, a quien mi madre rodeaba con los brazos, aunque sin estrecharla, un poco como si mi madre le estuviera susurrando un secreto. Susanna la miraba a la cara con una expresión de placer inesperado. Se intuía el abrazo que se habían dado después de hacerse la foto.

Dejé el retrato y me arrellané en la silla giratoria con los pies sobre la mesa. Pensaba en cosas en las que no había pensado hasta entonces. Doblaba a mi madre en edad el día que le hicieron la foto. Cuatro meses después mis padres se casarían y, cuando mi madre llegara a mi edad, tendrían ya una hija de tres años. Por entonces sólo les quedaban dos años de vida. Pensé que, si mi madre hubiera vivido, tendría setenta años en la actualidad. Me esforcé por imaginar lo que sería tener una madre: las llamadas, las visitas, el ir de compras, los rituales de los días festivos, tan ajenos a mí. Me había resistido a los Kinsey con determinación, sí, pero también con hostilidad ante la idea de estar en contacto permanente con ellos. Ahora me preguntaba por qué la simple oferta de consuelo me parecía una amenaza. ¿No podía establecer una conexión con mi madre a través de sus dos hermanas vivas? Seguro que Maura y Susanna tenían muchos rasgos suyos: gestos y expresiones, valores y actitudes inculcados desde la cuna. Aunque mi madre no estuviera allí, ¿tan imposible era percibir un poco de su amor a través de mis primas y mis tías? No era mucho pedir, aunque aún no tenía claro cuál iba a ser el precio que esperaban que pagase.

Me fui de la oficina temprano, tras dejar la foto de mi madre en el centro del escritorio. Mientras volvía a casa no podía parar de pensar en aquello, como cuando te sacan una muela y no puedes dejar de meter la lengua en el hueco que te ha dejado. El resultado era ese escalofrío que producen por igual tanto la satisfacción como el asco. Necesitaba hablar con Henry. Se había ofrecido a darme consejo y orientación (que yo había desdeñado olímpicamente) desde que los Kinsey habían asomado la nariz, años ha. Sabía que entendería mi dilema: o el consuelo de la soledad o la asfixia empalagosa; o la independencia o las ataduras; o la seguridad o la traición. No iba con mi carácter imaginar estados emocionales intermedios. Se trataba de todo o nada, un planteamiento que dificultaba la posibilidad de modificar el estado de cosas presente. Mi vida no era perfecta, pero conocía sus límites. Recordaba el comentario de Susanna sobre que la sed de autonomía podía ser una forma de encubrir otra cosa. Cuando lo dijo me sentí aturdida y no pregunté a qué se refería. Estaba hablando de tía Gin, cuya dureza había asimilado yo en sustitución del amor. ¿y si se estaba refiriendo también a mí?

Cuando llegué a mi calle, vi un Austin Healy aparcado en mi sitio favorito. Di media vuelta y encontré una plaza en la acera de enfrente. Empujé la chirriante verja y fui por el camino de entrada hasta el patio trasero de Henry, que había sacado los muebles de jardín, lavado las sillas con la manguera y les había puesto un juego de cojines de color verde oscuro con las etiquetas todavía colgando. En una mesita de secoya había dos vasos, una jarra de té frío y una bandeja con galletas caseras de avena y pasas. Al principio

pensé que eran para mí, pero entonces lo vi en el otro extremo del patio enseñando las plantas a una mujer que yo nunca había visto antes. La escena me recordaba un poco a otra ocasión en que una mujer llamada Lila Sams había entrado alegremente en la vida de Henry.

Éste sonrió al verme y me indicó por señas que me acercara para hacer las presentaciones.

-Kinsey, te presento a Mattie Halstead, de San Francisco. Se dirige a Los Ángeles y ha hecho un alto en el camino para saludamos. -Y a Mattie-: Kinsey es la inquilina del estudio...

-Claro. Mucho gusto en conocerla. Henry me ha hablado de usted.

-El gusto es mío -dije mirando a Henry de reojo.

Se había cortado el pelo y vi que llevaba una camisa de vestir blanca y pantalones largos. No recordaba que se hubiera arreglado tanto por una mujer en ninguna ocasión anterior. Mattie era casi tan alta como él e igual de delgada. Tenía el pelo canoso, corto, cortado en capas, y lo llevaba suelto. Vestía camisa de seda blanca, pantalones grises y unos elegantes zapatos bajos. Las joyas consistían en unos pendientes y una pulsera del mismo estilo, hechos por encargo, de plata y amatistas.

Me miró con ojos grises e inteligentes.

-Temía que Henry estuviese fuera, así que anoche, en cuanto llegué, llamé desde Carmel. Viajo sin prisas, deteniéndome a saludar a los amigos mientras recorro la costa.

-¿Es un viaje de negocios o de placer?

-Un poco de cada. Tengo que llevar unos cuadros a una galería de San Diego. Podía haberlos facturado, pero necesitaba tomarme un descanso.

-¿Hizo el mismo crucero que Henry?

-Sí, pero me temo que aquello fue por trabajo. Ahora estoy de vacaciones.

-Mattie enseña dibujo y pintura y da conferencias sobre arte. Nell asistió a su curso de acuarela y terminó haciéndolo bastante bien.

-Mejor que Lewis -declaró Mattie con una sonrisa-. Me sentía muy mal por él. Nunca había visto a nadie tan entusiasmado.

-Se hacía el interesante -dijo Henry en tono de reproche antes de volverse hacia mí-. ¿Por qué no te sientas con nosotros? Estábamos a punto de tomar un té frío.

-Mejor no, gracias. Tengo que leer unas cosas y creo que luego iré a correr. Me he saltado el programa y me debo una.

-¿Y cenar? Nos acercaremos al local de Rosie sobre las seis.

-Ni hablar. No pienso volver hasta que se le pase esta última manía. Vísceras de gastrónomo. ¿Se lo ha contado Henry?

-Me ha advertido, pero la verdad es que soy una forofa del hígado con cebolla.

-Sí, pero ¿de qué animal? Yo no me arriesgaría. Tendría que decirle a Henry que le preparase la cena él. Es genial.

Mattie sonrió a Henry.

-Quizás en otra ocasión. Me apetece ver a William y a Rosie. Son encantadores.

-¿Cuánto tiempo se quedará?

-Una noche. Tengo una reserva en el hotel Edgewater, mi favorito. Mi marido y yo acostumbrábamos a venir por nuestro aniversario -dijo-. Me pondré en marcha en cuanto

se haga de día. Con suerte, llegaré a Los Ángeles antes de la hora punta.

-Lástima que apenas haya tiempo para hablar. ¿Piensa visitarnos cuando vuelva?

-Ya veremos. No quiero causar molestias.

-Quizás entonces pueda convencerlo de que le haga la cena.

Entré en casa, tiré el bolso sobre el mostrador de la cocina y subí las escaleras. No tenía que leer nada urgente y ya había salido a correr a las seis de la mañana. Pero quería que Mattie y Henry estuvieran un rato solos. Miré por la ventana del cuarto de baño y obtuve una vista parcial de la pareja. No eran ni las cuatro de la tarde. Me las arreglé para distraerme durante hora y media y luego me puse a pensar dónde cenaría aquella noche. Iba en serio cuando dije lo de boicotear el local de Rosie hasta que ésta abandonara su reciente pasión por los despojos de animales. Como era la Happy Hour, sabía que Dolan estaría en el CC. Podía reunirme con él, pero no quería quedarme a contar los tragos que se tomaba mientras inhalaba humo de segunda mimo. Volví a la ventana del cuarto de baño y miré el patio. Henry y Mattie habían desaparecido, pero las sillas seguían allí, un poco más juntas que cuando llegué yo. Vi encendidas las luces de la cocina, así que debían de estar tonificándose con un BlackJack con hielo para enfrentarse a la comida de Rosie.

Aprovechando que el campo estaba despejado, recogí el bolso y una chaqueta y salí por la puerta principal. Subí al coche y me dirigí al MacDonald's de la parte baja de Milagra Street. Acudo tantas veces al *take-away* que los camareros reconocen mi voz y me llaman por mi nombre. Movida por un

impulso, pedí ración extra doble y fui a casa de Stacey. En mi opinión, no hay ninguna aflicción en esta vida que no se pueda aliviar con una dosis de comida basura.

Cuando di unos golpecitos en el cancel, lo vi en la sala de estar, subido en una caja de cartón. Los cajones de su escritorio estaban abiertos y había enchufado una trituradora de papel a un alargador que serpenteaba por toda la estancia. Me indicó por señas que entrara.

Levanté la bolsa del MacDonald's.

-Espero que no haya cenado todavía. Traigo Coca-Cola, patatas fritas y hamburguesas súper con queso. Muy nutritivo.

-No tengo apetito, pero te haré compañía con mucho gusto.

-Muy bien.

Dejé la bolsa en la mesa y entré en la cocina, donde encontré un paquete de platos de cartón y un rollo de papel. Volví a la sala de estar, puse la vajilla en el suelo y acerqué dos cajas del montón pegado a la pared. Me senté en una y utilicé la otra como mesa, situándola entre los dos. Saqué las bebidas, los dos envases de patatas fritas, los sobres de tomate y sal y las súper con queso. Eché tomate encima de las patatas, sal sobre todo lo que había a la vista y devoré mi hamburguesa aproximadamente en ocho bocados.

-Estoy practicando para batir el récord nacional de rapidez.

Stacey levantó la parte superior del pan de su hamburguesa y miró el contenido con recelo.

-Nunca he comido una cosa de éstas.

Me estaba limpiando la boca y me detuve en seco.

-Bromea.

-No.

Le dio un mordisquito de prueba y masticó con aprensión, dejando que los sabores se le mezclaran en la boca. Movió la cabeza de un lado a otro. Con el segundo mordisco le tomó el gusto y después ya comió igual de rápido que yo.

Busqué en la bolsa, saqué otra hamburguesa y se la alargué. Había engullido ya la mitad cuando se le escapó un gemido involuntario. Me reí.

-¿De dónde la ha sacado? -pregunté señalando la trituradora con una patata frita.

-Me la dejó el vecino de aquí al lado -dijo, y calló para tragar-. Estoy limpiando la mesa. Soy incapaz de hacer trizas los recibos. No tengo intención de hacer más declaraciones de la renta. Supongo que estaré muerto antes de que Hacienda me eche de menos. Aun así, me preocupa una auditoría y no tener los papeles a mano. -Se chupó los dedos y se limpió la boca-. Gracias. Ha sido estupendo. Hacía una barbaridad que no comía con tantas ganas.

-Encantada de ayudar.

Juntó la basura, la echó en la bolsa, se volvió para hacer un triple y encestó en la papelera. Buscó en el cajón inferior de la mesa y sacó una caja de cartón llena de fotografías en blanco y negro. Se la puso sobre los muslos, sacó un puñado y lo echó en la máquina.

Vi reducirse a tiras las seis instantáneas.

-¿Qué hace?

-Ya te lo he explicado. Limpiar la mesa.

-Pero son fotografías de la familia. No puede hacer eso.

-¿Por qué no? Soy e! único que queda.

-Pero no puede destruirlas. No me cabe en la cabeza que esté haciendo una cosa así.

-¿Por qué vaya dejarle el trabajo a otro? Si lo hago yo, al menos hay una conexión personal. -Se puso a cantar-: Adiós, tío Schmitty. Adiós, primo Mortimer...

Otros dos retratos cayeron convertidos en confeti en e! cubo inferior de la trituradora.

Le puse una mano en e! brazo.

-Yo me las quedaré.

-¿Para qué? Ni siquiera conoces a esta gente. Ni yo mismo soy capaz de identificar a la mitad. Mira éste. ¿Quién es? Te juro que no he visto a este tipo en mi vida. Debe de ser algún amigo de la familia. -Puso la foto en la trituradora y observó cómo desaparecía antes de echar la siguiente.

-No las rompa. ¿No son ésos sus padres?

-Pues sí. Pero hace mucho que murieron.

-No puedo soportarlo. Démelas. Fingiré que son mías.

-No seas absurda. Estás tan sola como yo. Si dejo que te las lleves, otro las tirará algún día en tu propia basura.

-¿Y qué? Vamos, Stace. Por favor.

-Está bien. Pero es una tontería.

Me dio la caja de fotos y la dejé al lado de! bolso, lejos de su alcance. Temía que cambiase de idea y rompiera otro puñado.

A continuación se dedicó a un archivador en e! que ponía SEGURO COCHE; vertió e! contenido en la máquina.

-Casi me olvido -dijo como si no tuviera importancia-. Ha llamado Joe Mandel para comunicarme que tiene la dirección de Iona Mathis. Vive en medio de! desierto, en un pueblo llamado Peaches.

-¿Dónde queda eso?

-Al norte de San Bernardino, por la autopista 138. No tiene teléfono a su nombre, así que debe de estar viviendo

con otra persona. ¿Te conté que Mandel ha encontrado una pista sobre el Mustang rojo? Aquel tal Gant, el primer propietario del vehículo, murió hace unos diez años, pero su viuda dice que el coche se lo robaron de un taller de tapizado de Quorum, en California; lo habían llevado allí para que le cambiaran los asientos. Gant fue a Lompoc a recoger el coche, pero estaba tan destrozado que dio media vuelta y se lo vendió al propietario del taller donde lo habían robado, un tipo llamado Ruel McPhee. Según nuestras fuentes, el coche está registrado ahora a este nombre. Le he dejado cuatro mensajes, pero hasta ahora no me ha respondido. Con cree que valdría la pena ir a ver qué pasa.

-¿Dónde queda ese Quorum? Es la primera vez que oigo el nombre.

-Tú y todos, pero Con dice que se encuentra al sur de Blythe, cerca de la frontera con Arizona. Y ahora viene lo más fuerte. Resulta que Frankie Miracle se crió en Quartzsite, Arizona, a unos kilómetros de Blythe. Con quiere dejarse caer por Peaches para hablar con Iona Mathis, cuando vaya a Quorum.

-¿Y cuándo irá?

-Dice que mañana por la mañana. He pensado que era mejor avisarte por si quieres inventar alguna excusa.

-Ni hablar. Le acompañaré. Me vendrá bien un cambio de aires. ¿y usted? ¿Tiene ganas de ir?

-Acercaos vosotros. Yo esperaré a ver qué dice el médico. Puede que quieran que vuelva al hospital por tercera vez en lo que va de mes. Es un aburrimiento.

-¿Cómo lo lleva?

-No estoy precisamente emocionado, pero tampoco me queda elección.

-Cruzaré los dedos por usted.

-Falta me hace -dijo. Vaciló-: Puede que no tenga nada que ver, pero me ha contado Con que su mujer se suicidó?

-Sabía que tenía cáncer, pero de eso no sabía nada.

-Por eso está tan susceptible con el tema. Cree que podía haberla salvado.

-¿Y podía?

-Claro que no. Cuando llega el momento, no puedes salvar a nadie excepto a ti mismo. A veces ni siquiera eso. En todo caso creí que debías saberlo.

Sonrió para sí por razones que sospechaba que no tenían nada que ver conmigo. Lo observé mientras su vieja cartilla militar desaparecía en la triturad ora entre chirridos y chasquidos.

12

Tardé cinco minutos completos en preparar la bolsa de viaje.

Supuse que estaríamos fuera dos días a lo sumo, lo que significaba cepillo de dientes, pasta dentífrica, dos camisetas limpias, una sudadera, dos pares de calcetines, cuatro bragas y la camiseta extragrande con la que dormía. Lo metí todo en un petate del tamaño de una almohada. Como llevaba puestos los vaqueros y las zapatillas Saucony, sólo necesitaba la ropa de deporte, la cazadora y la Smith-Corona portátil. Dolan había optado por salir temprano, lo que en su idioma quería decir las nueve y media de la mañana, así que tuve tiempo de correr cinco kilómetros y de hacer una supersesión de pesas en el gimnasio. Acumulé puntos por si no podía hacer ejercicio durante el viaje.

Cuando llegó Dolan, estaba sentada en el bordillo de la acera, leyendo una novela, con el bolso, la máquina de escribir y el petate al lado. Dentro del bolso llevaba dos paquetes de tarjetas sujetas con una goma. Dolan debía de haber lavado el coche, porque lo trajo limpio, sin recibos de gasolinera ni envoltorios arrugados de comida rápida sobre las alfombrillas. Puesto que ya éramos colegas, no se sintió obligado a abrirme la portezuela.

Abrí de un tirón mientras él se estiraba sobre el asiento de atrás para hacer su maleta a un lado.

-Puedes dejar ahí las cosas, con las mías, a no ser que prefieras meterlas en el maletero.

-Así está bien. -Empotré la Smith-Corona en el suelo, lancé el petate sobre el asiento de atrás y subí. Tiré de la

puerta para cerrada, pero las bisagras respondieron perezosamente y se negaron a moverse. Al final, Dolan se estiró por encima de mis piernas y dio un tirón salvaje a la puerta, que se cerró con un golpe y un chasquido. Forcejeé con el cinturón de seguridad hasta que conseguí sacar cinta suficiente para introducir el extremo en la ranura y enganchado. En el salpicadero vi un paquete de tabaco sin abrir-. Espero que no tenga intención de fumar.

-Con las ventanillas cerradas, no.

-Qué considerado. ¿Tiene un mapa?

-En el bolsillo de la puerta. He pensado que podemos seguir una ruta tranquila. Yo tomaría la ciento uno hasta la cuatrocientos cinco para empalmar luego con la cinco, pero con el corazón como lo tengo, no quiero arriesgarme a ir por la autopista, por si muero al volante.

-Me está levantando usted mucho el ánimo.

Dolan tomó la 101 en dirección sur mientras yo sacudía el mapa de California y lo doblaba para poder manejarlo mejor. Según mis cálculos, Peaches quedaba a unos ciento treinta y cinco kilómetros, a hora y media en coche. Por suerte, a Dolan le gustaba hablar del tiempo tan poco como a mí. Me quedé mirando el paisaje por la ventanilla, preguntándome si entre Henry y Mattie saltaría la chispa del amor.

La orilla del mar se veía brumosa. El océano tenía una luz deslumbrante, aunque la superficie estaba en calma y se acercaba a la costa formando ondas largas y suaves. Las islas, a cuarenta kilómetros de la costa, casi no se veían. Las empinadas laderas montañosas bajaban hasta la autopista, cubiertas por una vegetación verde musgo que crecía con exuberancia tras los chaparrones de otoño y los largos y húmedos meses de invierno.

En muchos puntos la vegetación quedaba oculta por densos grupos de cactos que parecían raquetas con púas. Siempre he pensado que una forma de disuadir a los presos que querían fugarse era rodear las cárceles de plantas tan cabronas como aquéllas. Los fugitivos se localizarían gracias a los gemidos de dolor, y pasarían el confinamiento en las celdas de castigo quitándose las púas del trasero.

Al cabo de veinte minutos miré a Dolan.

-¿Tiene usted hijos?

-No. Grace lo comentaba de vez en cuando, pero a mí no me hacía ilusión. Los niños te cambian la vida. Estábamos bien como estábamos.

-¿No lo lamenta ahora?

-No pierdo el tiempo con lamentaciones. ¿Y tú? ¿Piensas tener hijos?

-Ni siquiera me veo capaz de imaginario, pero tampoco lo quiero descartar. No soy precisamente famosa por mis relaciones con los hombres.

En Perdido tomamos la 126 en dirección al interior. Los cables de la luz desaparecieron. En las cimas montañosas del horizonte se veían casquetes de nieve que contrastaban de un modo extraño con la verde feracidad de las tierras bajas. En las plantaciones de cítricos había naranjas y limones que colgaban de las ramas como adornos de Navidad. Los puestos de fruta que jalonaban la carretera estaban cerrados, aunque abrirían al cabo de un mes más o menos. Dejamos atrás dos pequeñas poblaciones agrícolas que no habían cambiado en los últimos años. Aquella parte de la carretera se conocía por el nombre de Callejón Sangriento: sólo tenía dos carriles y ocasionalmente otro para adelantar, y justo en éstos era

normal que hubiera accidentes. Vigilé a Dolan todo el rato, por si se desplomaba encima de mí sin avisar.

-Deja de preocuparte -dijo.

En Palmdale giramos al este para salir de la autopista 14 y empalmar con la 18. Había parcelas en venta, según anunciaban unos carteles antiguos y medio rotos. Vi el rótulo de la Calle 213, que era un camino de tierra que se perdía en el horizonte. Dejamos atrás un anuncio escrito a mano que rezaba: PROCURADORES DE TRIBUNALES: TESTAMENTOS, CONTRATOS, DIVORZIOS, ESQUITURAS. Según el mapa, la carretera que seguíamos rodeaba la frontera occidental del desierto de Mojave a una altitud de 1300 metros.

Volví a mirar el mapa y dije:

-Caray. Hasta ahora no me había dado cuenta del tamaño del Mojave. Es enorme.

-Sesenta y cuatro mil kilómetros cuadrados, incluyendo las partes de Nevada, Arizona y Utah. ¿Sabes algo del desierto?

-Conozco un par de detalles anecdóticos, pero nada más.

-Hace poco he leído un libro sobre escorpiones. Dice que es el primer animal que respiró aire. Tienen un cerebro rudimentario y son cortos de vista. Seguramente no perciben nada hasta después de haberlo tocado. Si ves dos escorpiones juntos es que están copulando o devorándose. Supongo que esto implica una moraleja, pero no imagino cuál puede ser. Lo más probable es que tenga que ver con la naturaleza del amor verdadero.

No sé por qué, pero la información me hizo sonreír. Dejamos atrás un rótulo que rezaba: PEACHES, POBLACIÓN 897. El pueblo se caracterizaba por los nopales que crecían aquí y allá y por la abundancia de comercios cerrados. Los

montes de San Gabriel se alzaban a nuestra derecha, cubiertos de nieves perpetuas que se habían colado por todas las grietas y quebradas, las cuales se distinguían perfectamente por su perfil blanco. Los árboles madereros de la cima hacían de cortavientos, mientras que por debajo de ellos había tramos de coníferas con la copa blanca. Una inesperada tormenta de primavera había dejado montecillos de nieve en el suelo. En el arcén había cinco coches aparcados, y cinco parejas charlaban junto a ellos mientras los niños jugaban con la nieve. Casi todos los niños parecían ir desabrigados. Como cuando iban a la playa, se revolcarían en los elementos hasta que les castañetearan los dientes y se les pusieran los labios azules.

Dejamos atrás una tienda de licores que servía gasolina, neumáticos, cerveza y bocadillos. Había dos cafeterías, un bar y ningún motel a la vista. También había una agrupación de caravanas, seis en total, rodeadas por una cerca de tela metálica, y dos oficinas inmobiliarias en sendas construcciones de fachada ancha, con aparcamientos asfaltados delante, totalmente vacíos. ¿ Qué impulsaría a la gente a instalarse en Peaches? Para mí era un misterio. ¿Qué sueño perseguían para que Peaches, California, fuera la respuesta a sus plegarias?

Dolan cambió de sentido junto a una gasolinera que ya no tenía ni surtidores y cuyas ventanas estaban condenadas con tablas. El suelo se veía alfombrado de cristales rotos. En los arbustos había jirones de plástico transparente. Dolan reculó hasta el grupo de las caravanas; eran todas diferentes y cada una tenía delante un rótulo con una letra: A, B, C, D, E Y F. Un rótulo más grande decía: PARQUE DE CARAVANAS EL MELOCOTONAR, que en realidad no era tanto un

«parque» como dos filas de vehículos con espacio para que cupiera otro más. Dolan metió el morro del coche en una zona de grava, cerca de una fila de buzones abollados, y nos apeamos. Esperé mientras llevaba a cabo el ritual de dejar el arma en el maletero.

-Parece que a la caravana F se va por aquí -dijo.

Lo seguí por el polvoriento camino de dos direcciones.

-¿Qué hará esta mujer en semejante sitio?

-Tendremos que preguntar.

La puerta F estaba abierta; un bastidor de tela metálica acoplado al marco dejaba pasar el aire fresco. En una pequeña placa escrita a mano podía leerse: UÑAS IONA; el número de teléfono que figuraba debajo era demasiado pequeño para leerlo al pasar. Un descolorido toldo formaba el porche, con alfombra y todo, de color verde. La caravana era vieja y pequeña. En la minúscula cocina había dos mujeres, una sentada en un taburete, la otra en una silla de cromo arrimada a un tablero que hacía de mesa, sujeto a la pared con bisagras y apoyado en una pata. Se nos quedaron mirando. La más joven le estaba pintando las uñas a la mayor.

-¿Alguna de ustedes es Iona Mathis? -preguntó Dolan.

-Yo -dijo la más joven, y siguió pintando el pulgar izquierdo de la otra con laca de color rojo oscuro.

Sobre la mesa vi una ramita de naranjo, limas de uñas, un frasco de disolvente, bolitas de algodón, un cepillo de uñas y un recipiente semiesférico de plástico lleno de agua jabonosa. A la derecha de la mujer mayor había un paquete de Winston, con un estuche de cerillas metido bajo el celofán. El cenicero estaba lleno de colillas.

La mujer mayor sonrió y dijo:

-Soy Annette, la madre de Iona.

-Teniente Dolan, de la comisaría de policía de Santa Teresa.

Le presento a la señorita Millhone, investigadora privada.

Iona nos miró antes de atacar el dedo índice de su madre. Si tenía dieciséis años al casarse con Frankie, andaría ya cerca de los treinta y cinco, casi mi edad. Bueno, sí, yo era un poco mayor, pero ¿qué más daba? Traté de ponerme en su lugar y me pregunté por qué poderosa razón me mudaría yo a un sitio como aquél a ganarme la vida cortando las uñas de otras personas y dándoles masajes en los dedos de los pies. No llegaba a ser guapa. La observé con atención a través de la tela metálica, tratando de averiguar en qué fallaba su aspecto. Tenía el pelo de un castaño brillante, ondulado, largo, y le hacía falta un buen corte de puntas. Lo llevaba con la raya en medio, y eso hacía que la cara pareciera demasiado larga. Tenía los labios carnosos, la nariz gruesa, los ojos castaños y las cejas oscuras y demasiado anchas. Le vi un lunar en el labio superior y otro en la mejilla izquierda. En cierto modo no parecía haber pasado de los dieciséis años, ya que era desgarbada y tenía los hombros caídos.

Iba descalza y llevaba unos vaqueros recortados por la rodilla y una camisola estampada con motivos indios en tonos marrón y óxido.

Annette adelantó la cabeza hacia su hija y le dijo:

-Reina, si no vas a preguntarle nada a este hombre lo haré yo. -Como Iona no respondió, miró a Dolan-. Explíquenos por qué está usted aquí, rey, porque me ha dado un susto de muerte.

La madre de Iona, cincuentona, parecía más cerca de los treinta y cinco que su hija. Tenía la misma nariz gruesa, aun-

que había pasado por el quirófano para que se la adelgazaran y rebajaran un poco. El pelo, que llevaba recogido en una cola de caballo, era del mismo color castaño que el de la hija, pero tenía un matiz uniforme e intenso que sugería que se lo teñía para ocultar las canas. El jersey blanco, sin mangas y hasta el ombligo realzaba sus grandes pechos, que le colgaban sobre la ancha cintura y la tripa ligeramente redondeada. Llevaba pantalón corto de color rojo y sandalias de plataforma, de lona roja. Las uñas de los pies las tenía pintadas del mismo rojo que lona estaba aplicándole en las manos. Pensé que aquella mujer haría bien tapándose un poco más.

-Quisiéramos hacerles algunas preguntas sobre el ex marido de Iona -dijo Dolan-. ¿Podemos pasar?

-Está abierto -dijo Annette.

Dolan corrió el bastidor de tela metálica, entró en la caravana y se hizo a un lado para dejarme pasar. Una vez dentro, me desplacé hacia la derecha y me apoyé en el extremo del banco de plástico acolchado en el que estaba sentada Annette. El acolchado del respaldo tenía forma de almohada y me preguntaba dónde se encontraría el mecanismo que estiraría el banco y lo convertiría en cama de matrimonio después de plegar la mesa de bisagras. ¿Compartirían las dos mujeres la caravana o tendría mamá la suya propia? Dolan y yo habíamos acordado que él llevaría la voz cantante en la entrevista, ya que disparar preguntas desde dos frentes a la vez confunde siempre. Yo estaba allí sobre todo para observar y tomar notas mentalmente.

Al otro lado de la cocina empotrada, a la derecha, había una puerta corredera que seguramente daba al cuarto de baño. Delante mismo vi la cama que llenaba el único dormitorio. Me encantan los sitios pequeños y no me habría importado

vivir en un lugar como aquél, aunque habría procurado que estuviera más limpio. Me gustaba aquel fregadero en miniatura, aquella mini cocina con encimera de cuatro quemadores y la ridícula nevera empotrada debajo del mostrador. Era como una casa de muñecas para jugar expresamente con muñecas, tomar el té y otros juegos de fantasía. Me concentré en Iona, cuya mala postura al sentarse era probablemente un vicio adquirido por pasarse todo el día con la espalda doblada sobre la mesa.

-No ha dicho a qué ex marido se refiere -dijo Annette pero si es usted teniente de policía, debe de estar hablando de Frank. Su segundo marido, Lars, no hizo nada ilegal en toda su vida. Ni siquiera cruzaba la calle si no había paso de cebra. A Iona la volvía loca. El caso es que va, conoce a un tipo que es el polo opuesto de Frank y resulta que es peor. Tenía eso que se llama compulsión de repetición, ¿no? Jope. Todo lo que hacía tenía que repetido seis veces antes de decidirse a dar un paso. Para terminar algo se estaba horas. Me destrozaba los nervios. -Se miró la uña de cerca-. Reina, creo que se te ha corrido el esmalte ahí, ¿lo ves?

-Lo siento. -Iona utilizó la uña del pulgar para quitar la rayita roja que le había invadido la cutícula.

-¿Les importa si fumo? -preguntó Dolan.

Annette miró brevemente la mano izquierda del teniente.

Como no llevaba anillo de casado, debió de pensar que estaba soltero.

-A condición de que me encienda uno de los míos -dijo-. A Iona le dará un ataque si me estropeo una uña antes de que haya terminado con las diez.

Dolan alcanzó el paquete de Winston de Annette. Lo sacudió para sacar uno y se lo puso a la mujer entre los labios. Annette, con actitud seductora, apoyó la mano sobre la de Dolan mientras éste le encendía el cigarrillo. A continuación, el teniente sacó y encendió uno de los suyos; al parecer no le gustaban los Winston.

Annette dio una chupada profunda, expulsó un chorro de humo hacia arriba y luego dejó el cigarrillo con cuidado en el cenicero para no estropearse las uñas.

-Señor, qué bien sabe. Me dan ganas de llorar de asco cuando veo lo tensa que se pone la gente por el tabaco últimamente. ¿A qué viene tanto alboroto? No es moco de su nariz. –Me miró-. ¿Usted fuma?

-Fumaba hace mucho tiempo -contesté, esperando parecer menos virtuosa de lo que me sentía.

-¿En qué anda Frank? -preguntó a Dolan-. Hace años que no sabemos nada de él, ¿verdad, reina?

Iona no le hizo caso y siguió con lo suyo.

-Usted sabe perfectamente que está en libertad condicional -dijo Dolan.

Annette hizo una mueca, como si le hubiera dado un espasmo intestinal.

-Supongo que tenía que pasar. A mí nunca me dio miedo. Espero que no irá a decirnos que sabe dónde encontrarla.

-Ayer hablamos con él y no la mencionó.

-Bueno, menos mal.

-¿Teme que se ponga en contacto con ella?

-Yo no diría «temer», pero no me gusta la idea.

Dolan miró a Iona.

-¿Cuándo lo vio por última vez? ¿Recuerda la fecha?

Annette miró a su hija, que no abrió la boca. La madre dijo:

-Iona, responde. ¿Qué te pasa? Yo no te he educado así.

Iona la fulminó con la mirada.

-¿Quieres que te haga las uñas o no?

Annette sonrió a Dolan.

-Frank le da lástima. Sus padres renegaron de él. El padre es odontólogo, se forra abriendo encías, pero es un tontaina. Y la madre es igual. Tienen otros tres chicos que se portan bien, de modo que es natural que Frank salga perdiendo cuando lo comparan con los demás. y no es que fuese una mierda seca desde que nació. Iona siempre decía que era un encanto, pero a mí que me registren. Yo, si quieren que les diga la verdad, creo que era un poco pegajoso. Al final se volvió posesivo. Seis meses duró.

-¿Por qué rompieron?

-No tengo por qué contestar -replicó Iona.

-¿Le pegó alguna vez?

Iona guardó silencio y Annette pareció alegrarse de poder meter baza.

-Que yo sepa, sólo dos veces. Por entonces andaba siempre drogado...

-Casi siempre, mamá, no siempre. No exageres.

-Ay, usted perdone. Rectifico. Estaba drogado casi siempre y entonces se volvía mala persona. Iona le dijo que si no se portaba bien, lo echaría a patadas por la puerta. Entonces vivían en Venice, en un canal. Qué patitos más bonitos había. Olían fatal pero eran unas casitas preciosas. Frank siguió bebiendo y se negó a cambiar, así que le envié dinero a Iona para que se marchara.

-¿Fue entonces cuando Frank conoció a Cathy Lee Pearse?

-Oh, aquello fue horrible, ¿verdad? -dijo Annette-. Todavía tiemblo cuando lo pienso. Frankie la conoció sólo una semana antes del accidente.

-¿Así es como lo llama? ¿Accidente? -preguntó Dolan.

Habría jurado que trataba de reprimir la indignación al hablar. Iona metió el pincel en el frasco de laca y giró el tapón para cerrarlo.

-No hace falta que nos hable así -le recriminó-. Para su información, Cathy Lee se le echó encima. Buscaba su dinero, pura y simplemente. Siempre caprichosa y con mal genio. Frankie decía que era violenta, sobre todo cuando bebía, que es lo que hizo aquella noche. Se lanzó sobre él y zas. -Chascó los dedos-. Lo atacó con unas tijeras, ¿qué iba a hacer él? ¿Dejar que le sacara las tripas por la garganta?

La expresión de Dolan era impenetrable.

-Habría podido sujetarle la muñeca. Parece un poco excesivo asestarle catorce cuchilladas. Supongo que con un par habría tenido bastante.

Iona empezó a despejar su zona de trabajo.

-No sé nada de eso.

-¿Conoció personalmente a Cathy Lee?

Estaba claro que Dolan trataba de mantener viva la conversación ahora que Iona se había decidido a hablar.

-Claro. A Frankie le encargaron que pintara la casa de un amigo, nos mudamos una semana antes y resulta que ella vivía al lado. Era una calientapollas, se paseaba en bikini y sacudía las tetas para que él la mirase cuando estaba en el patio. Frankie se sintió muy mal por lo que pasó. Dijo que le

habría gustado retroceder y deshacer lo hecho, pero ya era demasiado tarde.

-Tengo entendido que volvió usted con él cuando lo juzgaron. ¿por que lo hizo?.

-Me necesitaba, por eso lo hice. Todo el mundo le había vuelta la espalda.

-Iona es como yo -dijo Annette-. Ve un pajarilla lastimado y no para hasta socorrerlo. Lars era de lo peor que hay. Siempre contando y calculando. Pero era un genio picando cebolla: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

-¿Fue así, Iona? ¿Veía usted a Frankie como a un pajarilla lastimado?

-Es buena persona cuando está sobrio y no se ha metido otras drogas.

-¿Le habló alguna vez de lo que pasó después de la muerte de Cathy Lee?

-¿A qué se refiere?

-Me gustaría saber qué hizo desde la muerte de Cathy Lee hasta que lo pescó la policía. Hay un intervalo de dos días durante el que no sabemos dónde estuvo.

Iona se encogió de hombros.

-Ni idea. Frankie y yo ya habíamos roto.

Annette dijo:

-La historia conyugal más corta que se conoce. El divorcio tardó seis veces más, ¿verdad?

Iona no respondió a su madre y se dirigió a Dolan:

-No sé qué hizo ni adónde fue después de que yo me largara.

-Reina, me contaste que había aterrizado en tu casa. ¿Lo recuerdas? Te mudaste a aquel estudio de Santa Teresa...

-Mamá.

-Pero ¿por qué no puedes decirlo, si es la verdad? Créame, teniente, Iona sabe que no puede encubrirlo. Le dio de comer, lo dejó quedarse aquella noche y luego le dijo que carretera y manta. Le rogué que avisara al sheriff, pero se negó en redondo Tenía miedo de delatarlo y de que él volviera para vengarse.

-Madre, ¿hay alguna forma de que te calles de una puta vez?

-Estoy tratando de ser útil, que es lo que deberías hacer tú. Y bien, teniente, ¿a qué viene todo esto?

-Creemos que tuvo relación con una joven que hacía autoestop en la zona de Lompoc. Es posible que la recogiera cuando iba a casa de su padre.

-Oh, Dios del cielo. ¿No estará usted insinuando que mató a más gente?

-Todavía no lo sabemos. Arrojaron el cadáver de la chica en una cantera de las afueras del pueblo. Por el momento tratamos de averiguar quién era la víctima.

Iona lo miró fijamente. Me pareció que estaba a punto de darle alguna información, pero se contuvo.

-¿Y por qué no se lo preguntó ayer cuando lo vio?

Dolan sonrió.

-Dijo que no se acordaba. Pensamos que quizá le había hablado a usted de esa muchacha.

Iona se concentró en las uñas de su madre.

-Es la primera noticia que tengo.

Cuando estuvo claro que no iba a soltar nada más, Dolan miró a Annette.

-Siento curiosidad por saber por qué han acabado viviendo en Peaches.

Annette dio otra chupada al cigarrillo.

-Somos de un pueblo cercano a Blythe. Los abuelos de Iona, o sea, mis padres, compraron aquí treinta hectáreas..., creo que fue en 1946. Donde estamos ahora es lo único que queda de aquella propiedad. Cuando mis padres murieron, se me ocurrió la idea de abrir aquí un parque de caravanas. Parecía un paso inteligente, dado que ya poseíamos el terreno. Tenemos una casa cada una y los otros cuatro inquilinos están de alquiler. Trabajo media jornada en la cafetería; Iona tiene su pequeña empresa y ambas nos ganamos la vida.

-¿De qué pueblo? -pregunté.

Annette me miró sorprendida, como si hubiera olvidado mi presencia.

-¿Puede repetir?

-¿De qué pueblo son ustedes?

-Ah. De una aldea que se llama Creosote. Lo más seguro es que nunca la haya oído nombrar. Está a unos tres kilómetros de la frontera con Arizona.

-Bromea. Hace exactamente dos días conocí a otro oriundo de Creosote. Un tipo llamado Mofletes Clifton.

Los ofendidos ojos de Iona buscaron los míos.

La cara de Annete se iluminó.

-Bueno, Iona conoce a Mofletes desde la escuela. ¿No es el tipo con el que salías antes de conocer a Frank?

-No salíamos, mamá. Íbamos juntos por ahí. Hay una gran diferencia.

-A mí me parecía que salíais. Te ibas y te quedabas los fines de semana con él, si no me falla la memoria. -Cuando Annette fue a recoger el cigarrillo, rozó con la mano el borde del cenicero y se estropeó la uña recién pintada-. Ay, joder. Mira lo que he hecho.

Alargó la mano e Iona inspeccionó la catástrofe. Se humedeció el dedo índice y frotó suavemente la mancha de laca roja hasta que la borró.

-Debió de conocer bien a Mofletes -dijo Dolan.

-Siempre estaba haciendo el vago con los amigos que tenía en todas partes.

-Menos los fines de semana que pasaba con usted –replicó Dolan.

Iona lo miró con odio.

-Hicimos algún que otro viaje, ¿estamos? Le gustaba conducir mi coche. Pero eso no quiere decir que jodiera con él. Éramos amigos.

-¿Se conocían Frankie y él por entonces?

-¿Cómo quiere que lo sepa? No soy responsable de ninguno de los dos.

Se oyó un golpe en la puerta.

-Iona, cariño. Perdona si interrumpo.

-Había una mujer en el porchecito, mirándonos.

-Mi próxima clienta -dijo Iona-. Espero que no les importe, discúlpenme.

-En absoluto. Esperaremos y hablaremos con usted cuando haya terminado.

Annette salió de detrás de la mesa y sus muslos desnudos produjeron pedorretas al despegarse del banco de plástico. Me puse en pie para dejarla pasar y Dolan salió de la caravana. Annette ya estaba hablando con la clienta de Iona, agitando los dedos en el aire.

-Hola, reina, echa un vistazo. Este rojo es el Cereza Aniversario. Con tu color de piel quedará divino.

La otra, una cuarentona, no parecía muy emocionada con la perspectiva, ya que tenía un cutis más bien cetrino.

Annette se bajó del estribo de la caravana dando taconazos con las sandalias de plataforma y se colgó del brazo del teniente Dolan.

-Iona no tardará mucho. Hoy me toca preparar comidas.

¿Por qué no vienen al Moonlight y toman algo? Yo invito.

-Estupendo -dije-. Vamos. ¿Cuántas horas trabaja usted?

-Normalmente, desde la hora de la comida en adelante -respondió-. Abrimos de cinco de la madrugada a diez de la noche. Sólo hay otra casa de comidas, que se llama Mountain View, así que la gente va allí o viene aquí, según como esté de ánimo.

Anduvimos por el camino de tierra y cruzamos la carretera de dos carriles. Una vez en la cafetería, elegimos una mesa.

-Casi todo lo que servimos es bebida y emparedados fríos -dijo Annette-. Puedo freírles unas hamburguesas si prefieren algo caliente.

-Por mí, encantado. ¿Tú que dices, Kinsey?

-De acuerdo.

-¿Les apetece beber algo? Tenemos café, té, Coca-Cola Y Sprite.

-Creo que Coca-Cola -dijo Dolan.

-Que sean dos.

Annette se puso detrás de la barra. Encendió el gas de la plancha, sacó dos hamburguesas del frigorífico y las dejó caer en la superficie metálica.

-Será cosa de un minuto.

-Hoy el negocio está flojo -comentó Dolan.

-El negocio está flojo todos los días.

Fue y volvió en un santiamén con un plato de apio, zanahoria troceada y aceitunas verdes. Se había metido en los bolsillos del delantal un frasco de salsa de tomate y otro de mostaza amarilla, y los dejó sobre la mesa. Cuando regresó a la plancha, las hamburguesas estaban hechas y nos preparó los platos.

-Se me olvidó preguntar cómo las querían -se disculpó mientras descargaba la bandeja.

-Así está bien -dije y empecé a aliñar la hamburguesa con mostaza, salsa de tomate, variantes y cebolla. No llegaba a la altura de la súper con queso, pero cumplía su papel.

-¿Cree usted que su hija puede estar en contacto con Frank? -preguntó Dolan.

-¿Cree usted que Frank tuvo algo que ver con la muerte de aquella joven?

-No lo sé. Esperábamos que Iona nos ayudase a llenar algunas lagunas.

Al otro lado de la carretera, en el parque de caravanas, vimos a Iona al volante de un coche que entraba en la autopista, giraba a la izquierda y aceleraba. Annette se asomó a la ventana frunciendo el entrecejo.

-¿Qué le pasará?

Dolan dio un bocado a la hamburguesa.

-Sospecho que no quiere hablar con nosotros.

13

Nos fuimos de Peaches a las dos, cuando quedó más que claro que Iona no iba a volver. La siempre locuaz Annette había respondido a todas las preguntas que le hicimos, aunque gran parte de la información era un recuento de sus propias virtudes. Saltaba a la vista que no simpatizaba con Frankie y yo estaba razonablemente convencida de que nos había contado todo lo que sabía. Además, Iona se había ido para evitar que la presionáramos. Annette quería creer que había terminado para siempre con Frankie Miracle, pero yo no estaba tan segura.

Después de seguir por la autopista 14, tomamos la 138 hasta la 15, luego giramos en dirección este por la 10, que también recibe el nombre de autopista de San Bernardino. A pesar de los temores de Dolan por su corazón, no hay otra forma material de llegar a Blythe. Aquel tramo de 280 kilómetros de longitud sale del extremo oriental del área metropolitana de Los Ángeles y cruza la frontera con Arizona en Blythe. Durante cerca de tres horas, Dolan mantuvo pisado el acelerador mientras la autopista desaparecía bajo nuestros pies. El paisaje se volvió monótono, la típica expansión urbana de parcelas en construcción, vallas publicitarias, industrias, centros comerciales y vías férreas. La autopista estaba flanqueada por palmeras, árboles de hoja perenne y eucaliptos. Dejamos atrás «fincas» para caravanas, un club de campo para caravanas, y un balneario para caravanas. Era una gran extensión de terreno en la que nadie tenía intención de echar raíces. Nos detuvimos a poner gasolina en Orocopia y hojeé un número de la *Mobile Home Gazette*, una revista

para propietarios de caravanas; dieciséis páginas de cupones válidos para menús especiales, cruceros especiales, lecciones de golf, prótesis dentales y bingos diurnos.

Más allá de Palm Springs el terreno se allanaba y el color desaparecía. Durante kilómetros no vimos más que arena, piedras carrascas, tendidos eléctricos y coches que pasaban. En el horizonte, el terreno se elevaba hasta formar una sierra que limitaba la visión. Todo era beis y gris y de un verde polvoriento. Los desiertos de California son básicamente de suelo claro: crema, canela, sepia y rosa. Dejamos atrás la penitenciaría del estado de California, cuya presencia anunciaban los rótulos que nos advertían que no recogiéramos autoestopistas. La velocidad máxima permitida era de 100 km/h, pero el paisaje era tan vasto que parecía que casi no nos movíamos. Aparte del Salton Sea, al sur, en el mapa sólo se veían lagos secos.

-¿Cómo puede crecer algo aquí? -dije. Dolan sonrió.

-El desierto es un prodigio de adaptabilidad. En el desierto de California sólo hay una estación lluviosa, mientras que el sur de Arizona tiene dos. El resto del año hay sequía. Si tienes semillas que germinen inmediatamente después de las lluvias, las plantas vivirán a pesar del sol y del calor. Muchas semillas están cubiertas de cera para que no absorban el agua hasta después de pasado un tiempo. Cuando la cera se derrite, germinan, y ahí es donde empieza la cadena alimentaria. Los conejos y las ratas del desierto convierten la vegetación en carne, lo que provee de comida a los predadores. Las serpientes se comen a los roedores y el lince rojo se come a las serpientes.

-Qué bonito -dije.

-Efectivo. Como el delito. Todos se comen a todos.

Siguió hablando de esa manera, ilustrándome sobre el apareamiento y puesta de huevos de una variedad de insectos del desierto, entre ellos la viuda negra, la viuda parda y la avispa excavadora, el terror de las tarántulas, hasta que canturreé:

-Estoy a punto de vomitar.

y calló.

En Blythe doblamos hacia el sur y tomamos una autovía regional por la que recorrimos dieciocho kilómetros hasta llegar a Quorum, pueblo de 12.676 habitantes. En el mapa era poco más que un punto. Dolan redujo la velocidad cuando empezaron a aparecer las amplias urbanizaciones de las afueras. Las casas eran sosas y los jardines insulsos. Llegamos al distrito comercial del centro menos de un minuto después por la calle principal, de seis carriles de anchura. Los edificios eran bajos, como si por pegarse a la tierra los habitantes pudieran escapar del inclemente sol del desierto. Parecía que las palmeras proliferasen allí. Había varios moteles a lo largo de la calle, muchos con nombres llamativos, como el Hotel de Carretera La Bahía y el Motel de las Caracolas. Casi todos los establecimientos comerciales parecían relacionados con los viajes en general: gasolineras, concesionarios de coches, tiendas de neumáticos, lavado de coches, tiendas de artículos de camping y talleres de reparación. De vez en cuando se veía un taller de cerrajero o un salón de belleza, pero no mucho más. Allí, como en Peaches, había muchos comercios con las ventanas entabladas y rótulos luminosos con el vidrio roto o sin vidrio. El Café de Jody, Radiadores Rupert y una casa de muebles estaban entre los muchos que habían fracasado. Al mirar a la derecha vi que incluso las

travesías tenían cuatro carriles de anchura. Estaba claro que lo único que había allí era espacio.

Mientras recorríamos el pueblo nos detuvimos un momento en la comisaría de policía y en la oficina del sheriff del condado de Riverside, que estaban en North Winter Street. Esperé en el coche mientras Dolan hablaba con agentes de los dos organismos para explicarles por qué se encontraba en la zona y qué buscaba. Técnicamente no era necesario dar explicaciones, pero Dolan no quería herir los sentimientos de nadie. Preparar el terreno por si más tarde necesitábamos ayuda local era una medida inteligente. Cuando volvió al coche y cerró la puerta, dijo:

-Quizás haya sido una pérdida de tiempo, pero me ha sido útil en tantas ocasiones que valía la pena.

Eran casi las cinco y media de la tarde y la temperatura descendía rápidamente. El plan de Dolan consistía en buscar un motel y luego recorrer el pueblo en busca de un lugar para reponer fuerzas.

-Podemos cenar y retiramos pronto; luego, a primera hora de la mañana, iremos a la tienda de tapizado de coches.

-Me parece bien.

Casi todos los moteles se parecían, con los mismos precios destacados en brillantes rótulos de neón. Nos alojamos en el Vista Marina, que tenía piscina, termas y televisión gratis. Nos registramos en recepción y esperé mientras Dolan daba al recepcionista su tarjeta de crédito y recogía el comprobante de pago y las dos llaves. Volvimos al coche y recorrimos los escasos metros que había hasta la plaza de aparcamiento que quedaba delante de su habitación. La mía resultó que estaba detrás, nada más doblar la esquina. Decidimos hacer una breve pausa para instalarnos.

Entré en mi habitación. Olía como la playa de Santa Teresa, es decir, un poco a humedad y un mucho a moho. Dejé el bolso en la mesa y el petate en la silla. Estrené la taza del lavabo, me puse la cazadora y me reuní con Dolan en su puerta. Como era de esperar, su intención era encontrar un restaurante con salón bar adjunto. Si no lo encontraba, optaría por un bar decente en cualquier parte, después de lo cual podríamos comemos una pizza en nuestras habitaciones. Entramos en la recepción del motel y el empleado nos recomendó el Quorum Inn, a dos manzanas de distancia, en High Street. Había calculado mal la temperatura nocturna del desierto. Andaba con los brazos cruzados, encogida para protegerme del frío viento que soplaba por las anchas calles. El pueblo parecía indefenso, a merced de los elementos, y aquellos edificios bajos eran los únicos refugios que había para protegerse.

El Quorum Inn estaba ya de bote en bote cuando llegamos: la multitud del Martini al final del día, que encendía cigarrillos y picoteaba aceitunas verdes y frutos secos en la barra. Las paredes eran de pino barnizado y los reservados estaban tapizados con piel sintética roja. Sobre las mesas libres había manteles de cuadros rojos y blancos. Casi todo el menú se reducía a filetes y chuletas. La guarnición consistía en patatas fritas, calabacín rebozado frito y cebolla frita. También se podía pedir patata al horno con mantequilla, crema agria, tocino y/o queso.

Estuvimos sentados a la barra una hora durante la cual Dolan se tomó tres Manhattan y yo sorbí un vino blanco que rebajé con hielo. Cuando nos sentamos a la mesa, pidió un solomillo de seiscientos gramos, muy hecho, y yo me contenté con un filete de doscientos. A las ocho ya estábamos en el

motel y nos despedimos hasta el día siguiente. Yo leí un rato y luego me dormí como se suele dormir con la barriga llena de carne roja y un asqueroso cargamento de colesterol navegando por el sistema circulatorio.

Para desayunar me tomé los habituales cereales con leche mientras Dolan se hartaba de tocino, huevos y bollería, bebía cuatro tazas de café y se fumaba cinco cigarrillos. Cuando fue a encender el sexto, le dije:

-Dolan, tiene que dejarlo.

-¿El qué? -preguntó con desconcierto.

-El alcohol, el tabaco y los productos grasoso Se está ganando otro ataque al corazón y yo me quedaré aquí empantanada haciéndole la reanimación cardiopulmonar. ¿No ha leído el informe de la Dirección General de la Salud?

Hizo un gesto de impaciencia.

-¡Qué sabrán ésos! Mi abuelo vivió noventa y seis años y fumó picadura desde los doce años hasta el día que murió.

-Sí, bueno, pero seguro que él no había tenido dos ataques cardiacos a la edad de usted. No deja de darle la paliza a Stacey y es usted peor que él.

-Eso es distinto.

-No lo es. Usted quiere que viva y ése es exactamente el motivo por el que lo incordio yo a usted.

-Si me interesara saber tu opinión, puedes estar segura de que te la pediría. No necesito que una cría que tiene la mitad de años que yo me sermonee.

-No tengo la mitad de años que usted. ¿Cuántos tiene? -

Sesenta y uno.

-Bueno, yo tengo treinta y seis.

-La cuestión es que yo hago lo que me da la gana.

-No, no, no. Se lo recordaré la próxima vez que Stacey amenace con volarse los sesos.

Dolan apagó el cigarrillo en el cenicero.

-Basta ya de cháchara. A trabajar.

La Tapicería de Automóviles McPhee estaba en Hill Street, en el centro de la población. Aparcamos delante de la tienda y esperamos un momento mientras nos orientábamos. Esa mañana había una luz limpia y uniforme. El tiempo era agradable, aunque sospechaba que después de mediodía el calor, aunque seco, sería opresivo. Cuando se pusiera el sol haría tanto frío como la noche anterior. Detrás de la tienda vimos un pequeño aparcamiento con seis coches, todos cubiertos con lonas. Aquella parte del establecimiento estaba cerrada por una cerca de tela metálica con alambre de espino encima. El edificio propiamente dicho era de metal corrugado, tenía tres áreas de trabajo en una parte y las persianas de las puertas estaban subidas para que se viese el interior del establecimiento. Parecía una gasolinera, con el suelo habitual de asfalto agrietado. Había dos hombres trabajando.

-¿De verdad cree que el coche que andamos buscando es el que vio C.K.?

-Para eso hemos venido, para averiguado -dijo-. Sabemos que lo robaron aquí.

-Y si estaba aparcado cerca de la cantera, ¿qué?

-Veremos si podemos establecer una relación entre el coche y Juana Nadie.

Salimos y cruzamos la calle en dirección a la entrada principal. Al pie del gran ventanal de la fachada había un macetón de hormigón que no contenía más que tierra seca y

compacta. A la derecha de la tienda había un almacén de maderas; a la izquierda, una compañía de transportes de largo recorrido, con el local lleno de cabinas de camión y remolques sin acoplar. Era un barrio comercial con establecimientos que servían a los clientes en furgoneta y en camión.

La sala de muestras era una prolongación de la parte posterior de la tienda. El suelo estaba cubierto de baldosas de vinilo blancas Y negras. Tras un expositor de cristal lleno de folletos había una mesa y archivadores de metal, y un fichero giratorio. Encima del expositor se amontonaban catálogos de vinilo para coches y barcos: «Tejidos resistentes de eficacia probada». En un gran tablón de muestras colgado en la pared había una amplia gama de estilos de ventanillas de tiendas de campaña, para la parte de atrás y los laterales. Avanzamos entre varios asientos de coche, modelos banco y asiento envolvente, con la tapicería aún destrozada. En otro tablón de muestras se exponía el cuero/vinilo que combinaba con el interior de los Ford, GM, Chrysler-Jeep Eagle, Honda y Toyota. Se podía encargar cualquier cantidad de capotas abatibles, cubiertas duras, alfombrillas y visillos acristalados o de plástico.

Por una puerta abierta pasamos de la sala de muestras a la primera área de trabajo y un hombre levantó la cabeza. Le eché treinta y tantos años. De estatura media, bien afeitado y tez rojiza. Tenía el pelo con esas mechas rubias por las que las mujeres pagaban en las peluquerías. Lo llevaba con raya al medio y las puntas le caían libremente a ambos lados de la cara. Se le veía casi toda la dentadura en buen estado. La costumbre de sonreír le había formado arrugas en las comisuras de los labios. Tenía las manos sucias, con una cuña negra debajo de las uñas, como la manicura francesa pero al

revés. Camisa de franela azul, vaqueros y botas de ante. Era de complexión fuerte, como un jugador de rugby de instituto, quiero decir que lo habrían fichado en el caso de que jugara al rugby. Me pregunté si me habría sentido atraída por él a los dieciséis años. Parecía el típico muchacho del que me habría enamorado de lejos. Claro que, desde mi punto de vista, casi todos los muchachos del instituto eran así.

Empuñaba una llave fija y unos alicates y estaba desmantelando un asiento de coche que tenía inclinado ante sí. El banco de trabajo, que se extendía de un extremo a otro de la pared que tenía detrás, estaba atestado de rollos de vinilo, manguitos, latas de café, láminas de gomaespuma, cajas de herramientas, botes de pintura de látex y neumáticos. Dos ventiladores esparcían el olor a productos sintéticos. A su lado había un cubo de basura lleno de retales. Y en un mostrador cercano, otro asiento de coche rasgado y destripado. Estaba fumando un cigarrillo, pero se lo quitó de la boca con gesto distendido antes de hablar con nosotros.

-¿Desean algo?

Dolan se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

-Buscamos a Ruel McPhee.

-Es mi padre. Está retirado. ¿Quién es usted?

-Teniente Dolan, de la comisaría de policía de Santa Teresa.

Le presento a mi compañera, la señorita Millhone. No he oído bien su nombre.

-Cornell McPhee. ¿Es usted quien dejó el mensaje en el contestador?

-Fue mi compañero, el investigador Oliphant. En realidad dejó cuatro y dijo que su padre no le contestó.

-Lo lamento. No me di cuenta de que fuese urgente. Le pasé a papá los mensajes y dijo que ya se ocuparía del asunto. Me temo que se le olvidó.

El otro hombre que había en la tienda era más viejo, de unos cincuenta años. Había vuelto al trabajo tras advertir que la conversación no tenía nada que ver con él.

-¿Su padre vive todavía en el pueblo?

Cornell dejó la llave fija y se limpió las manos con un trapo.

-Sí. ¿Qué ocurre?

-Estamos siguiéndole la pista a un coche que se robó en esta tienda en 1969.

Cornell enarcó ligeramente las cejas.

-Aquel coche se recuperó. Era de un tipo de Arizona.

Dolan sonrió brevemente.

-Lo conocemos. La Dirección de Tráfico dice que el coche ahora está a nombre de Ruel McPhee.

-¿Y por qué vuelven sobre el asunto a estas alturas?

-Investigamos la posibilidad de que el coche esté relacionado con un homicidio cometido en aquella época.

-¿Un homicidio?

-Exacto -dijo Dolan-. Lo estamos repasando todo otra vez. -Sigo sin ver claro por qué quieren hablar con él.

-Tenemos un testigo que ha declarado que vio un Mustang rojo en la zona poco antes de que se encontrara el cadáver. Nos preguntamos si el vehículo será el mismo que robaron en este establecimiento.

-Puede preguntarle si quiere. Mamá y él viven en Fell. En el 1520. Está a unas manzanas de aquí. Recorren dos manzanas y luego doblan a la izquierda por Ruby. Cinco manzanas

más allá está Fell. ¿ Quieren que llame para comprobar si está en casa?

-Gracias. Podemos volver más tarde si ha salido -dijo Dolan. Señaló el asiento que Cornell estaba reparando-. ¿Cuánto se tarda en hacer un trabajo como ése?

-Un par de días. Depende de las condiciones. ¿Necesita algún arreglo?

-Podría ser.

-¿Qué coche?

-Chevy. 1979.

-¿Asientos de cuero?

-No, de tela.

Cornell sonrió.

-Póngales una colcha encima. Saldrá ganando.

-Ésa es mi idea. Sólo quería saber su opinión. Gracias por la ayuda.

-De nada. Que tengan suerte.

El número 1520 de Fell era un rancho de ladrillo rojo con un garaje de dos plazas a la derecha del camino de entrada. Detrás de la casa, a cierta distancia, vi la parte trasera de otro edificio que parecía un cobertizo, un almacén u otro garaje. En un rodal apartado y cubierto de asfalto, donde seguramente aparcaban las visitas, había una canasta de baloncesto. Seguro que cuando iba al instituto, Cornell se había pasado muchas horas practicando tiros libres. Lo imaginé inscrito en tres deportes, elegido rey del curso o tesorero de su clase de veteranos. Un vistazo a las páginas amarillas había puesto de manifiesto que el de McPhee era el único establecimiento de su ramo del pueblo, así que tenía

que irle bien económicamente, aunque a su trabajo le faltara encanto y chispa.

Dolan aparcó junto a la acera, delante mismo de la casa, y fuimos andando hasta el porche, donde pulsamos el timbre. Abrió una niña de unos seis años, a juzgar por los dientes que le faltaban. Tenía el pelo de ese rubio blanquecino que el tiempo probablemente oscurecería. Llevaba unas gafas de plástico rosa y dos pasadores con florecillas rosadas y azules. El vestido era de tela a cuadros rosados y blancos, con nidos de abeja blancos en el canesú.

-Muy buenas, señorita -dijo Dolan-. ¿Está tu abuelo en casa? -Un momento.

Cerró la puerta y al poco rato la abrió la abuela, secándose las manos en un paño de cocina. Con ella llegó una vaharada de vainilla. Era corpulenta y llevaba unas pequeñas gafas sin montura y un delantal a rayas que le llegaba hasta la rodilla sobre una bata con flores estampadas. Tenía el pelo gris y, exceptuando la diadema de rizos que le rodeaba la cara, el resto lo llevaba muy corto.

-¿Sí?

-Buenos días. Estamos buscando a Ruel McPhee. Cornell nos ha dado en la tienda esta dirección.

-Ruel no está. ¿Quieren pasar? Soy Edna, su mujer.

Abrió la puerta un poco más para que pasáramos. Nos presentamos todos, incluida la nieta de McPhee, Cissy, que daba saltos delante de nosotros con sus Mary Janes. Edna nos enseñó la casa mientras decía:

-Estábamos preparando los helados para el cumpleaños de Cissy. Hoy cumple seis años. Va a celebrar esta tarde una pequeña fiesta con sus compañeros de clase.

-El vestido me lo ha hecho la abuelita -dijo Cissy.

-Vaya, es muy bonito -comentó Dolan-. Me gusta.

Como siempre, interpreté el papel de la compañera silenciosa, preparada para entrar en acción en el caso de que Edna o la niña se volvieran locas de repente.

Cissy se había encaramado a una silla de la cocina y estaba de rodillas, inspeccionando lo que se preparaba. En la mesa había dos bandejas de horno, cada una con doce bollos recién hechos coronados por una pequeña cúpula de color dorado. El recipiente con el relleno del pastel estaba en la encimera, junto al fregadero, donde se encontraba ya el cuenco de mezclar.

Una patriótica mezcla de rojo, blanco y azul decoraba la estancia. El papel de cocina estaba estampado con motivos de la guerra de la Independencia, escenas de batallas que se repetían sin cesar en las que no faltaban cañones, barcos ni soldados en diversas poses heroicas. La ebanistería era blanca, las encimeras rojas, y en un asiento construido en un entrante lateral de la ventana, había cojines y un edredón impecablemente doblado, todos de colores y matices que combinaban.

Sujetos al frigorífico con imanes en forma de frutas había dibujos hechos a lápiz y con los dedos. También había fotografías tomadas en la escuela de otras dos chicas, de edades comprendidas entre los ocho y los diez años, que debían de ser las hermanas de Cissy. Las tres tenían el mismo cabello rubio y rasgos que recordaban a Cornell. Cissy hundió la cara y puso la nariz a un centímetro de un bollo.

-Cissy, no toques nada -le advirtió Edna-. Espera a que estén fríos y no los picotees. ¿Por qué no llevas a estas personas tan simpáticas a ver al abuelo? Tendré el glaseado listo en cuanto vuelvas.

No le costaría mucho. Encima de la mesa vi un envase de cobertura con una foto en la que se veía una capa de chocolate brillante, como una ola marina. Cuando era pequeña, imaginaba que eso era lo que hacían las auténticas abuelitas: coser y preparar pasteles. La tía Gin decía siempre: «Yo no soy de las que hacen pasteles», como si eso la dispensara de cocinar las demás cosas. Ahora me pregunto si no saldría yo tan especial por eso..., porque me faltaron los servicios domésticos que ella tan orgullosamente rechazaba.

Cissy se bajó de la silla y tiró de la mano de Dolan. A espaldas de Edna, el teniente me dirigió una mirada pidiendo «socorro». Fui tras ellos y recorrimos un trecho de hierba que llegaba hasta los garajes. Había una puerta lateral abierta y Cissy nos llevó hasta allí antes de volver corriendo a su puesto de guardia.

Al otro lado de la puerta estaba Ruel McPhee sentado en una silla de madera. Había un pequeño televisor en color encima de una caja de fruta, conectado a un enchufe de la pared. Fumaba mientras veía un concurso. Ruel abultaba la mitad que su mujer; cara delgada y pecho hundido, con hombros estrechos y huesudos. Llevaba un viejo sombrero de paja echado hacia atrás y las bifocales apoyadas en el caballete de la nariz. Olía un poco, sólo un poco, como si no se hubiera cambiado de calcetines aquella semana. Dolan llevó a cabo las presentaciones y le explicó con dos palabras por qué estábamos allí. Ver el cigarrillo de Ruel indujo a Dolan a sacar otro.

Ruel asentía con la cabeza, aunque seguía con la atención puesta en el televisor.

-Eso sucedió hace años.

-La Dirección de Tráfico nos dijo que el vehículo está registrado a su nombre.

-Es verdad. Un tipo de Arizona lo trajo aquí para que le hiciéramos los asientos. Lo tenía aparcado detrás de la tienda. Alguien debió de abrirlo y hacerle un puente, porque cuando fui a trabajar el lunes por la mañana había desaparecido. No sé cuándo se lo llevaron. Lo vi el viernes por la tarde y eso es lo último que sé. Lo denuncié al momento y una semana más tarde alguien de la oficina del sheriff del norte llamó para decirme que lo habían encontrado. El tal Gant, el propietario del coche, encargó que lo remolcaran hasta aquí, pero ya estaba hecho una ruina. Era como si hubiera dado varias vueltas de campana. Tenía las puertas destrozadas y el morro abollado. Gant pilló un cabreo del carajo. -Me miró como disculpándose por el taco-. Le dije que hiciera una reclamación a la compañía de seguros, pero el tipo no quería saber nada más del asunto. Ya había chocado un par de veces frontalmente y el motor se le había congelado una vez. Estaba convencido de que el coche estaba gafado. Le ofrecí un precio justo, pero no quiso tocar ni un céntimo. Dijo adiós muy buenas y firmó la cesión.

La mirada de Ruel volvió a la pantalla, donde los concursantes apretaban botones mientras el dinero del premio parpadeaba en los monitores. Yo no habría sido capaz de responder a una sola de las preguntas que ellos contestaban con tanta rapidez.

-¿Y qué le pasó al coche? -preguntó Dolan.

-Dijeron que lo habían tirado por un barranco.

-Me refería a que dónde está ahora.

-Ah. Por ahí anda. Cornell y yo tenemos intención de repararlo en cuanto tengamos tiempo. Creo que ya lo conocen.

Está casado y con tres hijas, y Justine acapara todo su tiempo libre. Lo haremos a su debido tiempo.

-¿Justine es su mujer?

-Desde hace quince años. Es difícil convivir con ella. Edna tiene más paciencia que yo.

-¿Se le ocurre quién pudo haber robado el coche?

-Si se me hubiera ocurrido, se lo habría contado a la policía en aquel entonces. Se lo llevarían unos gamberros. En un pueblo tan pequeño como éste eso es lo que hacen los chicos para divertirse. Eso y tirar globos con pintura desde la caja de los camiones. No es como cuando yo era joven. Mi padre me habría dado una paliza de muerte y allí se habría acabado todo.

-¿Le habían robado antes en la tienda?

-Ni antes ni después. Puse una cerca de tela metálica para que no se repitiera. -Volvió a mirar la pantalla del televisor-. ¿Qué es lo que buscan exactamente?

Dolan lo miró sin expresión.

-Estamos haciendo limpieza de expedientes y comprobando antiguos informes criminales. Casi todo es trabajo administrativo.

-Entiendo. -Ruel pisó el cigarrillo y luego metió la aplastada colilla en un frasco de Miracle Whip que ya estaba casi hasta los bordes. Le pasó el frasco a Dolan, que también apagó su cigarrillo con el pie y lo añadió a la colección-. No me dejan fumar en casa -dijo Ruel-, sobre todo cuando nos visitan las nietas. Justine cree que es malo para sus pulmones, así que Edna me obliga a venir aquí. Justine puede ser insoportable si no consigue lo que quiere.

-¿Por qué se quedó con el coche?

Ruel se echó hacia atrás e hizo una mueca como si Dolan fuera corto.

-Es un Mustang clásico. 1966.

-Entonces no sería clásico. Tenía tres años.

-Ya le he explicado que lo conseguí gratis -dijo-. Cuando terminemos de repararlo, valdrá alrededor de catorce mil dólares.

Yo a eso lo llamaría sacar provecho, ¿no?

-¿Le importaría que echáramos un vistazo?

-Como quiera. Tengo cinco ahí atrás; un dulce y pequeño GT de dos puertas, plateado, con la capota negra de vinilo desgarrada. Todavía no funciona y el chasis necesita una buena reparación, pero si está interesado, podríamos hablar y quizá llegar a un acuerdo.

-Mi coche está bien, gracias.

Dolan encendió otro cigarrillo mientras recorríamos la hierba y llegábamos a un camino de tierra que conducía al otro garaje de Ruel McPhee. Por toda la zona había túneles excavados por ardillas y sin darme cuenta metí el pie en un agujero un par de veces. El garaje estaba situado de manera que la parte trasera quedaba frente a nosotros y la puerta principal de cara a un campo despejado. Vi los restos de un antiguo camino para vehículos que sin duda se había trazado antaño con la idea de construir otra casa. Delante de nosotros había tres coches. Comprobamos estos tres primero, levantando las lonas de protección como quien le levanta la falda a una fila de señoras. Los dos que miré yo estaban en muy mal estado y no me pareció que sirvieran para nada más que para adornar patios. Mientras los inspeccionábamos, pregunté:

-¿Y si utilizaron el vehículo para trasladar el cadáver a Lompoc?

-Resulta difícil saberlo. Puede que estuviera viva cuando se marchó de aquí, suponiendo que llegara a acercarse siquiera a este lugar. Es igual de probable que robaran el coche y la recogieran durante el trayecto.

-Pero si la mataron aquí, ¿por qué transportaron el cadáver para deshacerse de él en Lompoc? Habría sido más fácil meterse en el desierto y cavar una tumba.

Dolan se encogió de hombros.

-Es normal que quisiera poner tierra de por medio entre el cadáver y el escenario del crimen. Tendría sentido que se la llevara lo más lejos posible. Luego habría que encontrar un lugar donde detenerse y descargar, que no es tan fácil como crees. Si el cadáver está en el maletero más de un día, empieza a descomponerse, lo cual supone un grave problema. Se tendría que dar por hecho que el robo del coche se ha denunciado, lo que significa que no puedes arriesgarte a parar, porque cualquier agente de tráfico podría sentir curiosidad por lo que llevas detrás. Por lo menos Lompoc está alejado de la autopista principal, y, si encuentras un lugar aislado, la tiras a la menor oportunidad.

-¿Y el primer propietario? ¿Cómo sabemos que no tuvo nada que ver con esto?

-Siempre cabe la posibilidad -contesté-, pero Gant hace diez años que murió. Aneurisma abdominal, según la información que me dieron.

Cuando llegamos al garaje, Dolan intentó abrir la puerta lateral, pero entre la pintura vieja y la curvatura de la madera estaba como soldada. Rodeamos la construcción para dirigimos a las puertas delanteras. Ambas estaban cerradas con

pestillo, pero no había cerradura. Dolan dio un fuerte empujón a la de la derecha y la puerta cedió un poco, arrastrando consigo telarañas y hojas secas. La luz del sol se coló en el interior y pareció incendiar una nube de polvo. Los dos coches que había dentro estaban cubiertos con lonas, y alrededor sólo se veían trastos y chatarra. Además de coches viejos, McPhee coleccionaba latas y tarros vacíos, fardos de periódicos atados con cables, cajones de madera, cajas, palas, un pico, una llanta oxidada, leña, caballetes de carpintero y maderas. El garaje también albergaba una vieja cortadora de césped, piezas sueltas de coche y muebles de jardín rotos. El aire olía a cerrado y se notaba seco. Dolan se detuvo a apagar el cigarrillo mientras yo levantaba la punta de la lona más cercana.

-Estas lonas se parecen mucho a la que envolvía el cadáver.

-Desde luego que sí. Tendremos que preguntar a McPhee si le robaron alguna al mismo tiempo que el coche.

Miré hacia abajo y vi el estropeado guardabarros trasero del Mustang rojo.

-Lo encontré.

Quitamos la lona entre los dos y la doblamos como si fuera una bandera. Desde mi inexperto punto de vista, no parecía que hubieran tocado el coche desde el día en que lo habían sacado del barranco, en 1969. A lo sumo lo habían lavado por fuera con una manguera, pero en la parte inferior todavía quedaban rastros secos de suciedad, seguía teniendo el lateral derecho arañado y abollado y un fuerte golpe en la puerta del conductor. La carrocería estaba chafada a ambos lados. Había una rama partida bajo el guardabarros posterior izquierdo. El corazón me dio un vuelco al verla. Dolan sacó un

pañuelo y presionó la cerradura del maletero. La tapa se abrió. Faltaba la habitual rueda de recambio. En su lugar había un par de cajas de cartón con mucho polvo llenas de números antiguos de National Geographic. Dolan sacó las cajas Y las dejó a un lado. En la alfombrilla había dos grandes manchas oscuras y otras dos más pequeñas en la parte del fondo. Dolan se acercó a mirar.

-Será mejor llamar a la oficina del sheriff para que embarguen el coche.

Fue a la portezuela y probó a abrirla. Cuando se convenció de que estaba atascada, dijo:

-Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Me quedé en la puerta, mirando la hierba y la proliferación de flores silvestres, mientras Dolan se dirigía a su coche. Lo vi rodear la parte trasera del garaje, donde supuse que McPhee estaría sentado todavía. No veía al viejo, pero las ocasionales ráfagas de música frenética sugerían que seguía en la silla de madera, viendo la tele. Volví al Mustang y di una vuelta alrededor, con las manos en la espalda, mirando por las ventanillas de cristal resquebrajado y roto. Los asientos de cuero negro, aunque grises a causa del polvo, parecían en buen estado.

Dolan volvió seis minutos después con una cámara Polaroid y las perneras cubiertas de broza. Me dio la cámara mientras sacaba un bolígrafo y un sobre de precintos. Escribió sus iniciales, la fecha y la hora en cuatro precintos y pegó uno en la ranura de cada puerta, otro en el capó y el restante en la cerradura del maletero. Luego tomó una serie de fotografías con la Polaroid a medida que daba la vuelta al coche. Me iba entregando las fotos conforme salían por la ranura de la cámara. Yo esperaba a que apareciera la imagen y

escribía un título de identificación en la parte inferior. Dolan añadió su nombre, la fecha y la hora y las metió en un sobre que se guardó en el bolsillo de la cazadora.

-¿Sabe McPhee que estamos haciendo esto? -pregunté.

-Todavía no.

-¿Y ahora qué?

-Volveré al motel y llamaré al agente Lassiter. Que nos mande a un ayudante para que vigile el coche hasta que llegue la grúa. También enviaré una solicitud a la oficina del sheriff de Santa Teresa para que nos envíe un camión lo antes posible. Que carguen el coche en el depósito local y se lo lleven.

-¿Cuánto tardarán? Dolan miró su reloj.

-Son las diez y media. Probablemente llegarán hacia las seis. Mientras, llamaré al juez Ruiz de Santa Teresa y le pediré que tramite una orden por teléfono. Entregaremos la declaración con el Mustang y que Stacey se encargue del papeleo de allí. Volveré dentro de una hora.

14

No hacía trabajos de vigilancia desde hacía milenios y había olvidado lo larga que puede ser una hora. Al menos el coche no se movería de allí. Me quité el reloj de la muñeca y lo guardé en el bolsillo para evitar la tentación de mirarlo constantemente. Me senté a la sombra y me apoyé en la pared del garaje para escribir unas notas en las fichas; luego saqué la novela del bolso y me puse a leer.

Medio capítulo más tarde oí el portazo de un coche, y cuando fui a la esquina y asomé la cabeza, vi a Cornell bajando de una furgoneta blanca de caja descubierta. Estaba cruzando el aparcamiento e iba hacia la puerta trasera de la casa de sus padres, posiblemente para almorzar. Yo me moría de hambre y tuve que contentarme con una chocolatina prehistórica que encontré en el fondo del bolso. La pelusilla que la cubría aportaría la ración de fibra diaria que necesitaba.

La temperatura había subido considerablemente y el aire olía a flores silvestres y a hierbajos. De vez en cuando pasaba un abejorro, un tanque volador de color negro y amarillo. Una nube de mosquitos danzaba en la luz y un tábano zigzagueaba buscando un sitio para aterrizar. Demasiada fauna para mi gusto. Soy persona de interiores y prefiero ver la naturaleza en tarjetas postales.

Oí acercarse a alguien por la hierba. Me puse en pie, me sacudí el polvo de los vaqueros y guardé la novela en el bolso. Esperaba ver a Dolan, pero en su lugar apareció Cornell, fumando un cigarrillo que escondía en el hueco de la mano. No pareció Contento de verme. Sus ojos se posaron en la puerta

del garaje, donde se encontraba el Mustang a plena luz, con la lona quitada y el precinto pegado en la ranura del capó.

-Hola, soy Kinsey -dije-. Nos conocimos esta mañana. –Miré hacia el sendero con ganas de ver llegar al ayudante del sheriff, pero no hubo suerte.

-Ya sé quién es. ¿A qué viene todo esto?

-Enseguida llegará un ayudante del sheriff. El teniente Dolan cree que éste podría ser el coche que utilizaron para transportar a nuestra víctima. Quiere que lo analicen.

-¿A qué se refiere?

Respondí con indiferencia.

-Nada del otro mundo. Quiere que lo revisen los técnicos de las pruebas.

-¿Lo sabe mi padre?

-Supongo que sí -respondí, mintiendo descaradamente-. No sé qué le diría el teniente. Tendrá que preguntarle. Cornell frunció el entrecejo. Tiró el cigarrillo y lo pisó. -¿Cuánto tardarán?

-Un par de días lo más seguro.

Esperaba que no se diera cuenta de que íbamos a sacar el Mustang de la casa. Ni de que nos lo íbamos a llevar al norte, ni de que probablemente no volvería a verlo durante meses. No tenía ganas de discutir con él si recelaba algo.

Se encogió de hombros.

-¿La ley les permite entrometerse de esta manera? Esto es una propiedad privada, lo mismo que la casa. Mi padre es el propietario de todo lo que hay hasta la cerca.

Me volví para mirar hacia donde señalaba.

-No me había dado cuenta. Tienen ustedes mucho terreno -dije-. Hace un rato tuvimos una charla con su padre y

le pedimos que nos dejara ver el Mustang. Dijo que podíamos hacerlo.

-No creo que entendiera qué iban a hacer. No me lo ha mencionado.

-¿Y supone eso un problema?

-No, no. En absoluto. Es sólo que me parece raro.

Miré al suelo y hundí en la tierra la punta del pie derecho.

-No sé qué decirle. Ya se lo explicará el teniente Dolan cuando vuelva. Me indicó que vigilara el coche hasta que llegara el ayudante del sheriff. ¿Necesita algo de dentro?

-He venido a ver qué pasaba. Papá dijo que ustedes habían venido aquí y que no habían regresado. ¿Dónde está el teniente Dolan?

-Ah. Supongo que se iría por el otro lado. Lo más probable es que no quisiera molestar a su padre mientras ve el concurso.

-Dejé que se interpusiera una cuña de silencio en la conversación. No quería hablar de naderías ni seguir con aquel tema.

-Será mejor que avise a papá. No le va a gustar, pero eso ya es cosa de ustedes.

-Adelante. Obre como guste.

Cornell retrocedió un paso y echó a andar hacia la casa. Cuando llegó al camino de entrada apareció un coche Z de la policía. Bajó el ayudante del sheriff, se acercó a Cornell y le dio la mano. Vi que hablaban. Al poco rato se les unió el viejo en persona. Se había enderezado el sombrero y la sombra del ala le cubría el rostro. Incluso de lejos me di cuenta de que se envaraba como un gallo de pelea en el corral rodeado por el enemigo. La conversación prosiguió con muchos aspa-

vientos por parte de Ruel. Las tres caras se volvieron hacia mí. Detrás de ellos apareció el teniente Dolan, que aparcó junto a la acera. Los tres hombres esperaron a Dolan y estalló otra discusión, al final de la cual formaron todos un pequeño pelotón y desfilaron hacia mí.

Dolan me presentó al ayudante del sheriff, que se llamaba Todd Chilton. Éste trataba a Ruel como si ya lo conociera de antes. Se acercaba a los cuarenta años, tenía el pelo oscuro, muy corto por los lados y con rizos en la parte superior. Se había aflojado el nudo de la corbata, pero se abrochó el cuello antes de darme la mano.

Ruel me miró y se volvió hacia el teniente Dolan.

-¿Es el técnico del que hablaba?

-Es una investigadora privada. Nos llevaremos el coche a Santa Teresa y ya lo analizarán allí.

Ruel lo miró de hito en hito.

-¿Quiere decir que se van a llevar el coche del pueblo?

-Miró al ayudante del sheriff con cara de incredulidad-. No puede hacerlo, ¿verdad?

-Sí, señor, sí puede.

-Pero tengo derechos sobre el coche, está registrado a mi nombre. En ningún momento me informó de lo que se proponía, de lo contrario le habría mandado a paseo.

-Lo comprendo, señor McPhee -dijo Chilton-, y estoy seguro de que el teniente Dolan se da cuenta de la molestia que le ocasiona.

-¡Molestia, un rábano! Ese coche ha estado ahí dieciocho años. Si la poli pensaba que era tan importante, que se lo hubieran llevado entonces.

-La información nos llegó hace una semana -dijo Dolan-. Hasta entonces no habíamos tenido la menor noticia al respecto, de lo contrario nos lo habríamos llevado antes.

-Es propiedad privada. El coche me pertenece. No pueden venir aquí en plan chulo y llevarse lo que es mío. -Se volvió al ayudante-. Quiero que este hombre se marche de aquí.

-No puedo impedirlo -repuso Chilton-. Tiene derecho a llevárselo.

-¡Pues entonces lárgate tú también! ¿De qué te sirve esa maldita chapa si no sabes protegemos?

La actitud de Chilton cambió ligeramente. Si al principio había estado conciliador, ahora empezaba a ponerse serio.

-Perdone, señor, pero el coche es una prueba de una investigación criminal. Usted debe aceptar los hechos. Si los técnicos no encuentran nada, le devolverán el vehículo y nadie saldrá perjudicado.

-Voy a llamar a mi abogado.

El teniente Dolan dijo:

-Señor McPhee, hay una orden judicial en regla. Puede llamar a quien quiera, pero eso no cambiará nada. No quiero faltarle al respeto, pero sería mejor que se ahorrara la molestia.

-Tengo derecho a hacer una llamada.

-Eso es cuando a uno lo meten en la cárcel, hombre –dijo Chilton con exasperación-. Nadie tiene intención de detenerlo. Lo que quiere este agente es el coche. Está hablando de un homicidio. Si se interfiere, sólo se creará problemas. Nadie quiere eso.

-Déjalo correr, papá -intervino Cornell-. Vamos. De todas formas van a llevárselo.

Ruel cedió de repente. Se quitó el sombrero y se golpeó el muslo con él.

-La gente se queja de que vivimos en un estado policíaco, pero nunca pensé que viviría para verlo. Es una vergüenza que a un ciudadano respetuoso con la ley se le trate como la mierda.

Y se alejó. Cornell volvió la cabeza con expresión sombría y siguió a su padre hacia la casa.

Oímos un bocinazo en la calle y vimos junto a la acera el camión de plataforma de la compañía local de remolque. Chilton silbó para que el conductor se fijara en él y le indicó que avanzara moviendo los brazos. El conductor cambió de marcha y avanzó unos metros. Luego puso la marcha atrás, entró reculando en el camino de acceso a la casa y siguió por el largo sendero de tierra hacia el garaje donde nos encontrábamos.

Dolan y yo hicimos de capataces de planta mientras enganchaban la cadena al eje frontal del Mustang y tiraban del coche por la rampa. La furgoneta de Cornell había desaparecido y no había rastro de Ruel. Cuando estuvo cargado el Mustang, fuimos tras el camión hasta la calle. El conductor esperó mientras yo subía al coche de Dolan. Le seguimos sin dejar de mirar el Mustang.

-Y bien, ¿ha hablado con Stace? -pregunté-. ¿Qué le han dicho sobre la biopsia y las radiografías? Ya deben de saber algo.

Dolan me miró inexpresivamente.

-Se me olvidó por completo. Quería venir y me costó tanto disuadirlo que me olvidé de preguntarle.

-¿Va a reunirse con nosotros?

-No, si puedo evitarlo. Prefiero que se quede allí, donde pueda hacer algo de provecho.

Ya en el depósito municipal, esperamos a que descargaran el Mustang y cerraran la persiana de la puerta. Dolan se encargó del papeleo, volvió al coche y nos dirigimos al motel. Conducía silbando para sí, tamborileando con los dedos en el volante.

-Parece contento.

-Lo estoy. Tengo un buen presentimiento.

-¿Cuánto tardarán los del forense en damos los resultados?

-No mucho, espero. Las cosas están tranquilas de momento y Mandel dijo que les pediría que se dieran prisa.

-Y mientras tanto ¿qué?

-Nada. Si consiguen relacionar a nuestra víctima con el Mustang, llevaremos su ficha dental a los dentistas locales. Con una dentadura tan desastrosa, alguien tiene que recordarla.

-¿Y no podríamos hacerla mientras esperamos? Detesto estar cruzada de brazos. Sabemos que alguien robó el coche y fue con él hasta Lompoc. C.K. lo vio cerca de la cantera...

-Todavía no estamos seguros de si es el coche que vio. Pudo ser otro parecido; cualquiera que parase allí para mear. No saque conclusiones tan deprisa.

-Pero si es el mismo coche, ¿no es lógico suponer que se utilizó para transportar el cadáver?

-¿De dónde sacas eso, si no han encontrado aún pruebas fehacientes?

-Oh, vamos, teniente...

-Hablo en serio. Aunque tuviéramos razón en lo del coche, no hay pruebas de que la chica fuese de Quorum. El asesino pudo haberla recogido y apuñalado en la carretera.

-Vale, tiene razón. Entonces ¿qué hacemos? ¿Quedarnos sentados?

-Sí.

-Pero pueden pasar días.

-Si quieres, te llevo a un autobús y te vuelves -dijo con dulzura.

-No era mi intención llegar a ese extremo.

-¿Entonces?

-¿Por qué no se queda usted sentado mientras yo merodeo y olfateo un poco?

Negó con la cabeza.

-No tiene sentido perder el tiempo.

-¿Qué le parece esto? Trabajaré sin taxímetro, pero contando las horas. Si consigo encontrar la pista de la chica, me paga, y si no, tan amigos.

Dolan se lo pensó y reanudó el tamborileo del dedo mientras observaba la calle.

-Quizá.

-Vamos, Dolan. Por favor, por favor, se lo pido de rodillas. Déme una oportunidad. Seré buena. Lo juro.

-No está bien suplicar. No te va. -Dejó de tamborilear-. Supongo que me prestarás la máquina de escribir para el papeleo. Quiero poner todo esto por escrito ahora que tengo los detalles frescos en la memoria.

-Bueno. Es una alegría. Así será mucho más divertido.

Una vez en mi habitación, abrí el cajón de la mesilla de noche y saqué el listín telefónico de Quorum, que parecía una

revista, para buscar la dirección de la biblioteca pública. La sucursal de Quorum de la Biblioteca Pública del Condado de Riverside se encontraba en High Street. Según el miniplano de la cubierta del listín, estaba sólo a cinco manzanas de distancia. Guardé el listín en el bolso, dejé la máquina de escribir a Dolan y me fui a pie.

Ya en la biblioteca, pasé directamente a la sala de consulta y busqué las guías municipales de 1966, 1967, 1968 y 1969. Saqué el listín del bolso y miré las páginas amarillas en busca de los «Dentistas». Había diez. Cotejé los nombres actuales con los que estaban en ejercicio en los años en cuestión. Dos dentistas de entonces, los doctores Towne y Nettleton, habían desaparecido, porque se habían jubilado, porque habían muerto o porque se habían ido de la zona. Cuatro nombres continuaban y seis eran nuevos. Muchos parecían dentistas en general, a juzgar por los anuncios a toda página que pregonaban coronas, dentaduras empastes, periodoncias, puentes, endodoncias, limpiezas y cirugía. La fobia odontológica me humedeció las manos. Me gustaba uno que prometía «Óxido nitroso: el trabajo se hace mientras usted duerme». No me opondría a posponer mi próxima cita hasta que estuviera muerta.

El cuarto de los que continuaban, el doctor Gregory Spears, figuraba en el listín por partida doble, una en la lista de odontólogos de competencia general y otra en la de ortodoncistas. Se había añadido entre paréntesis la palabra «corrección» para quienes no supieran lo que era la ortodoncia. Anoté los cuatro nombres y las respectivas direcciones, volví al plano y tracé la ruta. Dado el tamaño del pueblo, no me costaría mucho ir andando desde la biblioteca hasta el primer consultorio de mi lista.

El consultorio de Spears estaba en una planta baja de Dodson. No había nadie en la sala de espera. La «chica» de recepción rondaba los sesenta años, la señorita Gary, según la placa de identificación. Tenía el escritorio en orden y el espacio que la rodeaba estaba muy bien organizado. Guardaba los historiales archivados en sentido vertical. Las etiquetas de colores del borde de las cubiertas formaban caminitos irregulares. En la pared había un rótulo bordado en punto de cruz: PAGUE HOY EL SERVICIO, NO LO DEJE PARA MAÑANA. Estoy convencida de que se compadecía mucho cuando le contabas que se te habían caído las fundas de los incisivos en una reunión social de señoras, pero seguro que no aceptaba explicaciones si el banco devolvía un cheque por falta de fondos.

Cuando corrió el cristal que separaba su despacho de la sala de espera, le puse la licencia de detective en el mostrador. Dolan me había dado la carpeta con la ficha dental de Juana Nadie, con indicación del número y situación de los empastes, y la puse también en el mostrador. Al fondo oí el agudo gemido de una fresa, un sonido que a veces bastaba para que me desmayase. Me froté la mano húmeda en la culera de los pantalones y dije:

-Hola. Espero que pueda darme cierta información.

-Desde luego, si está en mi mano.

-Estoy trabajando con dos investigadores del grupo de homicidios de Santa Teresa en un caso de víctima sin identificar que lleva abierto desde 1969. Esta es la ficha de su dentadura. Cabe la posibilidad de que viviera en esta zona y nos gustaría saber si fue paciente del doctor Spears. Es muy probable que fuera menor de edad cuando la trataron.

La recepcionista miró la ficha.

-Ahora mismo está con un paciente. ¿Puede venir dentro de media hora?

-Preferiría esperar -contesté-. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja para él? .

-Desde que abrió la consulta, en 1960. ¿Cómo se llamaba el paciente?

-No lo sé. Ése es el problema. Era una muchacha a la que hasta hoy no se ha podido identificar. Tenía varios empastes y el odontólogo forense que examinó los maxilares cree que el trabajo se hizo durante los dos años anteriores a su muerte. Es mucho tiempo, ya lo sé.

-Dudo que guardemos los historiales de pacientes a quienes no hemos visto desde hace casi veinte años.

-¿Qué pasa con los historiales antiguos? ¿Los destruyen?

-Normalmente no. Se les pone en la categoría de inactivos y se almacenan. No sé cuántos años se guardan. Hablamos de cientos de pacientes, ya lo sabe.

-Me doy cuenta. ¿Los historiales esos se encuentran en el pueblo?

-Si está pensando en miradas uno por uno, tendrá que hablar con el doctor Spears. No creo que esté dispuesto a acceder sin una orden judicial.

-Sólo nos quedaremos aquí un par de días y queríamos evitar las demoras.

-Espere a ver qué dice. No depende de mí.

-Entiendo.

Me senté en un rincón y eché un vistazo a las revistas. Elegí el último número de Architectural Digest y me entretuve imaginando la distribución de colores en mi casa, en los ochenta metros de casa.

Al cuarto de hora salió una mujer con el labio hinchado y se detuvo ante el escritorio a extender un cheque por el servicio. Esperé a que se fuera, dejé la revista y volví al mostrador.

-¿Lo intentamos otra vez?

La señorita Gary entró en el consultorio y la oí murmurar mi solicitud.

El doctor Spears salió para conocerme, con la bata blanca y secándose las manos en una toalla de papel que tiró a la papelera. Tenía el pelo gris y los ojos azules y, después de estrechamos la mano, la mía se impregnó de olor a jabón.

Que comprendiera mi problema no me sirvió de mucho. Incluso antes de que empezara a explicarle los detalles se puso a decir que no con la cabeza.

-No puedo hacer eso sin un nombre. Los historiales inactivos están ordenados alfabéticamente. Tengo cientos y cientos. Por lo que ha dicho la señorita Gary, esa joven era menor de edad, lo que aún complica más el asunto. No sé cómo podría encontrarla.

-Tenía multitud de empastes, dientes saltones y un colmillo torcido a la izquierda -dije.

-Muchos pacientes tienen colmillos torcidos. Me gustaría ayudarla, pero lo que me está pidiendo es imposible.

-Lástima. Esperaba algo más, pero entiendo su punto de vista. ¿Sabe alguna cosa de los dentistas que había en la zona por entonces? ¿Puede decirme algo del doctor Towne o del doctor Nettleton? He visto que ambos ejercían a finales de los años sesenta.

-El doctor Towne murió hace dos años, pero su viuda la ayudará seguramente si todavía guarda los historiales. El doctor Netdetan anda por los noventa años. Está bastante

bien, pero dudo que consiga mucho de él. -Se volvió a la señorita Gary-. Usted conoce a la familia, ¿verdad? ¿Dónde vive ahora?

-Con la hija, que va a la misma iglesia que yo.

-¿Por qué no le da las señas a la señorita Millhone? Quizás él recuerde algo. En todo caso, vale la pena intentarlo.

-Gracias. Se lo agradezco de veras.

La señora Gary consultó el fichero giratorio y apuntó el nombre y la dirección de la hija. Por la cara que ponía, sospechaba que tendría suerte si el doctor Nettleton recordaba cómo atarse los zapatos.

Salí de la consulta y me detuve en la acera. Miré el plano y la lista de odontólogos y pasé al nombre siguiente. Repetí el protocolo, con algunas variaciones, cuando hablé con los tres dentistas que quedaban. La respuesta de los tres fue educada pero decepcionante. Parecían deseosos de ayudarme, sin embargo todos estaban ocupados y ninguno interesado en revisar historiales inactivos con una posibilidad tan remota de encontrar a la presunta paciente. No sólo era incapaz de darles un nombre, es que ni siquiera podía probar que hubiera vivido en Quorum, ni que le hubieran arreglado la boca allí. Había esperado que los escasos datos de que disponía despertaran algún recuerdo. Tenía la dirección del doctor Nettleton, pero estaba demasiado cansada para continuar.

Eran cerca de las seis cuando volví al motel, donde me aguardaba Dolan. Detestaba admitir que regresaba con las manos vacías, pero fue lo primero que hice en cuanto me abrió la puerta. Se mostró inusualmente magnánimo.

-No te preocupes. Has cubierto mucho terreno.

-Para lo que ha servido...

-Déjalo por ahora. Comienza de nuevo mañana. Puede que tengas más suerte. Es hora de beber y de cenar. ¿Estás lista?

-Claro, pero debe concederme media hora. Quiero hablar con Henry y darme una ducha. Si va al Quorum Inn, podemos vernos allí.

-De acuerdo.

La llamada pilló a Henry en la mismísima puerta. Le hice un resumen apresurado del viaje y de la falta de progresos, y se mostró muy comprensivo.

-Por cierto, has recibido un paquete de Lompoc. Estaba en la puerta de tu casa esta mañana. Te lo he metido dentro.

-¿De quién es?

-No lo pone.

-¿Qué aspecto tiene?

-Es como una caja de camisas y pesará cerca de un kilo. No es probable que sea una bomba. Me lo acerqué a la oreja y no hacía tictac.

-Vaya, ahora sí que me dan ganas de saber lo que es. Ábralo y échele un vistazo.

-Me niego a abrir tu correo. Lo guardaré hasta que vuelvas.

-Si cambia de idea, le doy permiso para abrirlo -dije-. ¿Y Mattie?

-Bien. Al final se quedó otro día para ir al Diamondback Trail. Hay allí arriba unas fuentes termales que solía visitar con su marido. Si las encuentra, tiene intención de pintar aquel paraje.

-Eso está bien. ¿La acompañó usted?

-No, no. Las rodillas no me responden, así que la dejé ir sola.

Además había quedado con Moza en que le prepararía canapés y dulces para una reunión que tiene, y me pasé todo el día trajinando.

Henry había sido pastelero durante su etapa laboral y seguía teniendo debilidad por la cocina. Suministraba productos para almuerzos y reuniones vespertinas ocasionales, y había hecho un trato con Rosie: le hacía pan casero y él a cambio comía gratis en su local de tarde en tarde.

-Me cayó bien. Parece simpática.

-Lamento tener que colgar, pero se me hace tarde. ¿Cuándo volverás a casa?

-Todavía no estoy segura. Ya se lo diré.

Colgué, me quité la ropa y me metí en la ducha pensando: ¿para qué se le hace tarde?». Le había entrado mucha prisa por colgar el teléfono, pero ¿se debía a que no podía seguir hablando conmigo o porque no quería seguir hablando de Mattie? Había esperado descubrir si estaba interesado por ella y ella por él. Henry y ella hacían una pareja estupenda y yo me sentía como si fuera su protectora. Pensé que era buena señal que se quedara un día más, pero que se hubiera mencionado al marido no me parecía un indicio tan prometedor. Yo había dado por hecho que era viuda, pero podía estar divorciada. En cualquier caso, había mencionado a su marido dos veces, así que era posible que aún siguiera emocionalmente vinculada a él. No era buena señal.

15

Durante el desayuno, mientras tomaba el segundo café, dije:

-Buscaré al doctor Nettleton esta mañana para acabar con esto de una vez.

Observé a Dolan, que devoraba unos huevos al plato. El amarillo de la salsa holandesa era sospechosamente brillante, lo que sugería que el cocinero había utilizado un paquete de polvos.

Mojó un trozo de pan con mantequilla en un charco de yema de huevo.

-Pensaba que habías acabado con todos los dentistas. Negué con la cabeza.

-A éste no lo vi. Está retirado. El doctor Spears me dio su dirección, pero todavía no he ido. ¿ Quiere venir?

-Seguro que te apañas mejor sola. ¿Por qué no me llevas a la oficina del sheriff? Les pediré que revisen los archivos antiguos y busquen denuncias de personas desaparecidas que se parezcan a nuestra chica. Después volveré al motel, a ver si hay noticias de Mandel. Hablé con él anoche a última hora y dijo que el tipo que recogió el Mustang se puso en marcha inmediatamente. Su mujer y él se iban hoy de vacaciones, lo que nos ha venido muy bien. Mandel dijo que los técnicos se pondrán a trabajar en el coche esta misma mañana. Llamará en cuanto tenga algo que Contar. Si no llama pronto, lo llamaré yo.

-Estupendo. Yo le informaré en cuanto haya hablado con el doctor Nettleton.

Al llegar a la oficina del sheriff, Dolan dejó el coche en punto muerto, echó el freno de mano y bajó. Rodeé el coche y ocupé su lugar al volante. Dolan encendió un cigarrillo antes de que mi pantalón tocara el asiento. Cuando entró, yo aún me entretuve unos momentos ajustando el asiento y el retrovisor, y tomándole el pulso al viejo Chevy, que parecía un tanque al lado de mi pequeño VW. Cuando por fin me sentí preparada se caló el motor. Giré la llave del contacto y pisé ligeramente el acelerador murmurando palabras de ánimo hasta que el motor volvió a encenderse. Me sentía una criatura. Me fijé en lo largo que era el capó y deseé estar sentada encima de la guía telefónica de Nueva York, ya que apenas llegaba a los pedales con los pies.

Me puse el bolso en el regazo y miré el cuaderno de notas para comprobar la dirección que me habían dado, luego consulté el plano del pueblo. Quorum tenía unas veinticinco calles cruzadas por cinco avenidas que iban de este a oeste. Una serie de calles menores contribuía a definir una parrilla que facilitaba la circulación. La hija del doctor Nettleton vivía en Banner Way, que estaba en una pequeña urbanización del sector norte. Quité el freno de mano y di marcha atrás con precaución, me aparté de la acera y me metí en el tráfico. Tardé unos cuatro minutos en ejecutar la maniobra.

El número de la calle que estaba buscando resultó ser otro rancho de ladrillo rodeado de árboles muy altos. El garaje de dos plazas se había incorporado posteriormente a la estructura principal y me pareció que ahora se utilizaba como habitación para los huéspedes. En el porche de ancho techo había una colección de macetones con begonias.

Llamé al timbre y esperé. Abrió una mujer de casi cincuenta años. La había pillado en mitad de los ejercicios ma-

tutinos, tenía la cara sonrosada y venía sin aliento. Al fondo vi a Jane Fonda levantando las piernas.

-Busco al doctor Nettleton. ¿Es usted su hija?

-Sí. Supongo que será usted la investigadora privada. Alana Gary me dijo que seguramente pasaría por aquí. Entre.

-Soy Kinsey Millhone.

-Vonda Landsberg. Papá está en su habitación, al fondo del pasillo, es la última puerta a la derecha. Vaya usted sola, si no tiene inconvemente.

-Claro que no. ¿Me está esperando?

-Eso no se sabe. Posee una gran inteligencia, pero su memoria va y viene. A mi marido todavía le da unas palizas de muerte jugando al ajedrez, pero se cansa con facilidad, así que le pido por favor que no se quede mucho tiempo.

-Quince minutos máximo.

Vonda volvió a la manta de los ejercicios mientras yo recorría el pasillo hasta el dormitorio del fondo. La puerta estaba entornada y la empujé. Vi al doctor Nettleton sentado en una mecedora de madera, mirando por la ventana, que estaba abierta a medias. Sobre el alféizar había pipas de girasol sin pelar, y una ardilla, sentada allí sobre sus cuartos traseros, lo miraba fijamente.

El anciano parecía nonagenario; frágil, alicaído, encorvado y con una manta en las rodillas. Tenía la cara larga y los lóbulos de las orejas le colgaban como cera derretida. Se le había caído casi todo el cabello, pero el que quedaba era de un blanco níveo cortado casi al rape. En los oídos tenía unos audífonos de color carne que parecían chicles aplastados con el dedo.

-¿Doctor Nettleton?

Me miró con ojos legañosos y se puso una mano en el pabellón de la oreja.

-¿Qué? -Su voz sonó quebrada y seca, como si tuviera la tráquea llena de polvo.

-¿Puedo hablar con usted?

-¿Es la enfermera?

-Soy investigadora privada. -Vi una pequeña silla de madera y la acerqué a la suya. Me senté. Parecía aceptar tranquilamente mi aparición en escena. Puede que a aquellas alturas de la vida hubiera renunciado a las barreras y a la intimidad personales. En voz un poco más alta le expliqué quién era yo y lo que necesitaba de él. El doctor Nettleton me escuchaba con la cabeza adelantada hacia mí y la trémula mano tras la oreja-. ¿Repito?

Acerqué más la silla y se lo volví a explicar, esta vez hablando más alto. Percibía inteligencia en sus ojos, aunque no estaba muy segura de que me entendiese. Cuando terminé, el silencio que siguió fue tan largo que me pregunté si se habría enterado de algo. La ardilla se apoderó de una pipa y la mordisqueó con avidez, rompiendo la cáscara y agitando la cola. El doctor Nettleton sonreía con tanta dulzura que casi me eché a llorar.

-¿Doctor Nettleton?

-¿Sí? -dijo, volviendo la cabeza para mirarme.

-Le preguntaba por la chica. ¿Tuvo alguna vez una paciente con esas características?

Se irguió y se quedó mirando una cuña de sol que resbalaba por el suelo.

-El último año que ejercí atendí a una chica que coincide con esa descripción. Yo ya tenía setenta y cinco años y no me quedó más remedio que jubilarme. Las manos ya no las tenía

firmes y no soportaba estar todo el día de pie. Ya no recuerdo su nombre, pero sí el rapapolvo que le eché cuando vi su dentadura. Le dije: «Caries como éstas pueden minar tu salud».

Lo miré de hito en hito. Quizá me había entendido mal.

-¿Y tenía además los dientes saltones?

-Sí, sí. Tenía una mal oclusión pronunciada y el canino superior izquierdo torcido hacia la derecha y hacia fuera. Es este de aquí -explicó, señalándose el canino indicado-. El tercer molar izquierdo todavía no había cortado la encía y le advertí que le causaría problemas si no lo solucionaba pronto. Tenía mucha placa, desde luego, y las encías le sangraban con facilidad. La dentadura le afeaba la cara. Por lo demás, era una chica atractiva, aunque, si no recuerdo mal, con problemas de conducta.

-¿Por ejemplo?

-No estoy seguro. Algo no marchaba bien. Se la habían quitado a sus padres naturales y vivía con una familia de acogida. Seguro que no daban abasto con ella. Alborotadora. Impertinente. Creo que solía llevarse cosas que no eran suyas. Venía para que la tratara y cuando nos dábamos cuenta había desaparecido la grapadora o la caja de los clips. Yo me ocupé de los empastes y luego la mandé al doctor Spears para que analizara la posibilidad de hacerle una ortodoncia. No sé qué fue de ella después. Dudo que le hicieran el trabajo. No parecía de las que se arreglan esas cosas. Una pena, si quiere saber mi opinión.

-¿No recuerda el apellido de la familia de acogida?

Se quedó mirando a la pared.

-En este momento no. No eran pacientes míos. No recuerdo a qué dentista iban.

-¿Y la chica? ¿Recuerda su nombre o su apellido? ¿Algo que pueda ayudarme?

Sacudió la cabeza, como un caballo al que hubiera molestado alguna mosca.

-Tuve que sedarla para poder trabajar y le sentó muy mal. A veces pasa. Se puso furiosa. Le hacía un cuadrante por visita, pero siempre tenía que vencer su resistencia. La novocaína tampoco parecía sentarle bien. La pinchaba cuatro veces por cada diente que le empastaba.

Me sequé las manos en los vaqueros. Mi fobia odontológica y mi fobia a las jeringuillas habían chocado en el aire.

-¿Estudiaba en el instituto de aquí?

-Seguramente. Es obligatorio. Una chica guapa hasta que abría la boca. Una mala dentadura te destroza la imagen, así se lo dije. No cooperaba. Faltó a dos citas y llegó tarde a las otras. Mi higienista habría podido decirle el nombre, pero murió. No puedo creer que yo siga viviendo y ella no. Rebosaba salud; trabajó para mí durante treinta y dos años y no estuvo enferma ni un solo día.

-¿De qué murió? -pregunté, sin saber por qué.

-Del corazón. Estaba plantando violetas y se desplomó de costado. Se apagó como una bombilla. El trabajo al aire libre causa esas cosas. Una forma horrible de pasar el tiempo. Prefiero quedarme dentro de casa. Siempre lo he preferido.

-¿Recuerda algo más de la chica?

Me miró con el entrecejo arrugado y se removió en la silla.

-¿Qué dice?

-¿Que si recuerda algo más de la chica?

Se observó las manos, que parecían moverse por voluntad propia sobre la manta.

-Recuerdo que la madre de acogida armó un escándalo por la factura. Se la enviamos por error; un simple fallo administrativo. Tendría que haberla oído. Hizo llorar a mi secretaria. Después de aquello dejó de serme simpática. Venía con la chica, pero yo ya no salía a saludarla, como hacía con los demás padres. Mi higienista me contó que bebía. No sé por qué Servicios Sociales la consideraba apta. En mi opinión no lo era, pero nunca me preguntaron. -Se quedó en silencio un momento-. Eso es todo.

Le rocé el brazo.

-Muchísimas gracias. Me ha sido usted de gran ayuda. Le dejaré mi teléfono a su hija. Dígale que me llame si recuerda algo. Su errabunda mirada tropezó con la mía.

-¿Juega usted al ajedrez?

-No, pero he oído que usted lo hace muy bien.

-Debería. Mi padre me enseñó cuando yo tenía siete años y ya he cumplido noventa y tres. Mi yerno juega fatal. No tiene cabeza para el ajedrez, si sabe a qué me refiero. Se necesita concentración. Hay que planear las jugadas por adelantado, quizás entre diez y quince movimientos. Si quiere aprender, yo le enseñaría con mucho gusto.

-Me temo que no, pero muchas gracias.

-De nada. -Se quedó en silencio y luego señaló con un índice bailón un recipiente que había encima de la cómoda-. Dele más pipas a la ardilla. Es una compañía excelente. Tiene más personalidad que muchas personas que he conocido y se entretiene con nada.

Eché un puñado de pipas sobre el alféizar. El doctor Nettleton se estaba abstrayendo ya y la animación le desapareció de la cara. Cuando abrí la puerta dijo:

-No recuerdo cómo se llama usted, pero gracias por la visita. He disfrutado de la conversación y espero que usted también.

-Créame, he disfrutado.

Me habría gustado subírmelo al coche y llevármelo. Me despedí con la mano, pero dudo de que me viera.

Volví al motel. Seguro que estábamos sobre la pista. Aunque el doctor Nettleton no había podido proporcionarme el nombre, los detalles que me había contado coincidían con lo que sabíamos. Entonces se me ocurrió algo..., que podía hacer una rápida parada antes de reunirme con Dolan. Reduje la velocidad y me acerqué a la acera. Saqué el plano y busqué un cuadrado negro con una banderita encima. Di media vuelta en Chesapeake y volví por donde había llegado.

El instituto de Quorum ocupaba dos manzanas al noreste de la población. La hierba parecía descuidada y en el asta no había bandera. Las aulas estaban repartidas entre varios edificios de aspecto barato que parecían prefabricados, con paredes que habrían podido agujerearse con la lima de un cortauñas. Conté seis árboles en los patios; insuficientes para crear ilusión paisajística, pero de sobra para dar sombra. El edificio de administración parecía la planta baja de algo mucho más ambicioso. Puede que el instituto estuviera recaudando fondos, torturando a los telespectadores con interminables maratones en los estudios de la televisión local. Seguro que los televidentes habrían pagado para que volviera la programación habitual: comedietas tontas y culebrones y no esos roqueros aficionados que tocan canciones propias sin tener ni idea.

Aparqué donde ponía VISITAS. Cerré el coche, recorrí la hierba pisoteada, empujé la puerta doble de cristal y ac-

cedí al vestíbulo. Reinaba un silencio sepulcral, aunque por algún sitio tenía que haber estudiantes. Las aulas de fuera eran barracones y demasiado pequeñas para alojar el salón de actos o el gimnasio. Me imaginé que también en aquel edificio tenían que darse clases. Percibía el sudor y la laca del pelo, las hormonas, las zapatillas de deporte..., los típicos olores de la infelicidad adolescente. Granos en la cara, ningún poder, pocas oportunidades demasiada presión sexual e incapacidad para comprenderte a ti mismo hasta que llegas a los dieciocho años. ¿Cuántas vidas se iban a pique hasta ese momento? Chicas embarazadas, chicos muertos en accidentes de tráfico antes de que las latas de cerveza dejaran de rodar de un lado para otro por las alfombrillas del coche.

Delante de mí, al final del pasillo, vi el rótulo del despacho del director. Empecé a ponerme nerviosa, tal como me había ocurrido durante toda mi vida de estudiante. Me sentía tan excluida, tan imbécil... Había sobrevivido rebelándome, fumando marihuana y yendo por ahí con otros inadaptados como yo. Y allí estaba otra vez, sólo que convertida en una mujer (supuestamente) hecha y derecha que cruzaba el umbral de forma voluntaria, en busca de respuestas a preguntas en las que jamás habría soñado entonces.

La secretaria era una treintañera de ojos castaños, con el pelo sedoso y corto del color de las cáscaras de pacana. Una perdigonada de pecas le cubría la nariz y las mejillas. Iba vestida de modo informal, con pantalón ancho de color beis, jersey marrón de manga corta y zapatos planos. La placa de identificación decía: ADRIANNE RICHARDS, y debajo, con letra más pequeña: AUXILIAR ADMINISTRATIVA. Se levantó al verme y se acercó al mostrador.

-¿Desea algo?

-Por eso he venido -respondí-. Soy investigadora privada, de Santa Teresa. Estoy trabajando con dos policías para averiguar la identidad de la víctima de un homicidio que se cometió en agosto de 1969.

-¿Aquí?

-No lo sabemos con seguridad. -Invertí medio minuto en describirle a la chica que nos interesaba-. Estamos visitando a los dentistas locales con la esperanza de localizarla por su ficha dental. Acabo de hablar con el doctor Nettleton. Cree que fue paciente suya, pero no recuerda el nombre. Pensé que si hablaba con un par de profesores, tal vez la recordaran por la descripción. ¿podría decirme quién trabajaba en el instituto por entonces?

Me miró con cara de haba. Casi la veía calcular mentalmente las posibilidades. Pensé que iba a decirme algo relevante, pero cambió de expresión y bajó la mirada.

-Tendrá que hablar con el señor Eichenberger. Es el director. Los expedientes de los alumnos son confidenciales.

-No quiero su expediente. Sólo quiero saber su nombre.

-El señor Eichenberger no nos permite dar esa información.

-¿Quiere decir que la conoce?

Se le colorearon las mejillas.

-Claro que no. Estoy hablando de política escolar.

La miré con fastidio. Puede que como auxiliar administrativa no estuviera acostumbrada a que le replicasen. Tendría suerte si al final no me detenían a mí.

-No entiendo el problema.

-El señor Eichenberger es el único con autoridad para hablar de los expedientes de los alumnos.

-Perfecto. ¿Podría verle?

-Lo comprobaré, pero tendría que enseñarme primero la identificación correspondiente.

Saqué la billetera del bolso y la abrí para que viese la fotocopia de mi licencia. Se la acerqué por encima del mostrador.

-¿Puedo llevármela?

-Mientras me la devuelva...

-Un momento.

Se dirigió hacia una puerta cerrada y con una placa que decía: LAWRENCE EICHENBERGER, DIRECTOR. Llamó una vez y entró. Al cabo de un minuto se abrió la puerta y salió el señor Eichenberger, con Adrianne Richards detrás. Richards me devolvió la billetera, volvió a su escritorio y fingió que se enfrascaba en sus papeles; para enterarse de todo sin parecer interesada.

El señor Eichenberger aparentaba sesenta y tantos años, llevaba gafas y tenía el cabello ralo y muy fino y la nariz bulbosa.

Estaba bronceado y su aftershave olía a incienso. Vestía un chaleco oscuro y una camisa azul con pajarita en el cuello. Su actitud era impertinente y se le notaba en la cara las pocas ganas de cooperar.

-Según parece, tiene usted un problema con una alumna nuestra.

-De ningún modo -repliqué.

Bizqueé mentalmente. No me extraña que detestara el instituto si había estado a merced de tipos como aquél. Repetí todas las explicaciones, fingiendo una tolerancia que en el fondo no sentía.

-Señora Millburn -dijo el señor Eichenberger-, permítame aclararle algo. Estoy aquí desde mediados de los años

sesenta. En realidad me jubilo el mes que viene. Llegué a este trabajo con cuarenta años y he vivido intensamente cada minuto. No quiero vanagloriarme, pero recuerdo a todos y cada uno de los alumnos que han cruzado esas puertas. Porque mi prioridad es saber quiénes son y a qué aspiran. Eso es lo que necesitan los muchachos, no un amiguete ni un colega; necesitan que los guíen adultos que de verdad se interesen por ellos. Nuestra tarea consiste en formar a esos muchachos para enfrentarse al mundo real. Necesitan conocimientos, sobre todo leer y escribir, que los preparen para ejercer un trabajo productivo y bien remunerado. Si no son carne de universidad, procuramos que encuentren un oficio. Novillos, pandillas, drogas... por aquí se ven poco, a pesar de que estamos cerca de Los Ángeles.

Miré rápidamente por encima del hombro. ¿Nos estaban filmando? No es que aquellos sentimientos fueran reprobables, pero la perorata parecía ya ensayada y no tenía nada que ver conmigo.

-Disculpe, pero ¿me está contando algo relacionado con mi pesquisa?

Reaccionó como si, por un momento, le hubieran distraído.

-Sí. Bueno. Me hablaba usted de una alumna. Sería muy útil que me diera los detalles. No puedo ayudara sin ellos.

Siempre servicial, repetí la historia mientras la auxiliar movía papeles en el escritorio. Aún no había terminado cuando el señor Eichenberger negó con la cabeza.

-Aquí no. No mientras yo he sido director. Tendrá que probar en Lockaby. Es el instituto alternativo.

-¿De veras? No sabía que hubiera uno por aquí.

-Está en Kennedy Pike; es un edificio blanco que queda al otro lado del cementerio. No tiene pérdida.

-¿Hay alguien en particular a quien deba preguntar?

-La directora es la señora Bishop. Puede que le eche una mano.

-¿Conoció usted a la chica?

-Si la hubiera conocido, se lo diría. No ocultaría información en la investigación de un homicidio.

-¿Y la auxiliar?

-La señora Richards no trabajaba aquí en aquella época.

-Lástima. Pensé que no perdía nada con probar -dije. Saqué una tarjeta y garabateé detrás el teléfono del motel-. Estaré un par de días en el Vista Marina. Le agradecería que me llamara si se le ocurriera algo que pudiera serme útil.

-Ha hablado usted de una familia de acogida. Yo probaría en Servicios Sociales.

-Gracias. Es una buena sugerencia. Lo haré.

Decidí no hacer ningún movimiento hasta que hubiera puesto al corriente a Dolan. Volví al motel por segunda vez aquella mañana. Dejé el coche en la plaza de aparcamiento que había delante de su habitación y llamé a la puerta. Dentro se oía un televisor a todo volumen. No debió de oírme porque no respondió. Con la cabeza apoyada en la puerta esperé y volví a llamar. Nada. Di media vuelta y miré hacia el aparcamiento que había delante de la oficina de recepción. Paseé la mirada hasta donde estaban las máquinas de refrescos. Ni rastro de Dolan. Volví a llamar, esta vez con golpes que sonaban a la contraseña que da comienzo a las redadas en busca de drogas. Quizás estuviera en la ducha, o indispuesto.

Fui a recepción y asomé la cabeza por la puerta. La encargada, una joven de veinte años, estaba sentada en un taburete giratorio hojeando un número de la revista People. La interrumpí en mitad de un artículo sobre Lady Di. Tenía el cabello oscuro y era bonita, aunque del género malhumorado, con una boca grande, pintada de rojo oscuro, y unas pestañas tan espesas que pensé que eran postizas. Vestía falda azul oscuro y blusa blanca, y una elegante chaqueta cruzada roja con un emblema inventado en el bolsillo. El traje debía de habérselo dado el motel, porque seguro que era la típica indumentaria que la muchacha no se pondría si no fuera bajo amenaza de despido. Para compensar el trago había acortado la falda y se había desabrochado los tres botones superiores de la blusa. Masticaba chicle, una costumbre contra la que me previnieron cuando estaba en décimo curso. Mi profesora de francés nos juró que daba aspecto de rumiante y no he masticado chicle desde entonces. La profesora ni siquiera me caía bien, pero la advertencia se me quedó grabada.

-Disculpa que te moleste -dije-, pero me gustaría saber si has visto al huésped de la ciento treinta. Sé que me está esperando, pero no contesta.

Se puso a mirar el libro de registro y retrocedió una hoja. En el ínterin estiró el chicle con la lengua para hacer un globo y fue como si le saliera un pequeño pulmón pintado de rosa por entre los labios.

-¿Se refiere al viejo?

-No es viejo -repliqué ofendida.

-No, claro. El día que se registró lo hizo con un bono de la Asociación de Jubilados. Un descuento del quince por ciento. Ese bono sólo es válido para los viejos. Hay que tener cincuenta años por lo menos.

-Yo también tengo cincuenta.

-Coño -dijo-. Pues aparentas cuarenta. -Hizo otro globo y lo reventó para subrayar el argumento. Me miró a la cara-. Ay, tía, perdona. No lo decías en serio, ¿verdad?

-No importa. Me lo he buscado sola -dije-. ¿Salió del motel por alguna razón?

-Fue a comprar tabaco, pero lo he visto volver.

-¿Hace cuánto tiempo?

-Una hora. Pasó por aquí para oír los mensajes y se fue a su habitación.

-¿Había recibido alguna llamada?

-Pregúntaselo tú, si tan amiga suya eres.

-Llama a su habitación, ¿vale?

-Vale. -Descolgó el teléfono e hizo otro globo mientras marcaba el número. El timbre debió de sonar unas quince veces-. Habrá salido otra vez. A mucha gente mayor le da la neura. Demasiada energía. Tienen que estar siempre de aquí para allá para no volverse locos.

-Gracias por el diagnóstico. ¿Puedes acompañarme a su habitación y abrir con tu llave?

-Ni hablar. Estoy sola y no puedo dejar la oficina. ¿Por qué no das la vuelta y lo llamas por la ventana del baño? A lo mejor está poniendo un huevo.

Aquello no me gustaba en absoluto. Regresé a la habitación y volví a llamar, esta vez con la violencia de los aldeanos en la puerta del castillo de Frankestein. Nada. Rodeé el edificio y conté las habitaciones hasta que llegué a la suya. Las ventanas de todos los cuartos de baño estaban demasiado altas para serme de utilidad. Volví a la puerta principal y me quedé allí de pie, indecisa, meditando sobre la existencia. ¿Por qué no contestaba? Busqué en el bolso y saqué la bille-

tera. En el compartimento donde tengo el carnet de conducir suelo llevar un sencillo juego de ganzúas. No era el aparato de pilas que poseo y que lo abre prácticamente todo. Ése lo había dejado en casa, sobre todo porque, si me pillan con él encima, a la policía no le haría ninguna gracia. Lo que tenía en la mano era un juego de ganzúas pasadas de moda, un pequeño gancho y una llave de precisión, para ocasiones como aquélla. En el bolso llevo también una linterna bolígrafo y un destornillador plegable, pero éstos no iban a hacer falta.

Llamé una vez más y grité el nombre de Dolan a pleno pulmón. El tipo de al lado abrió y asomó la cabeza.

-¡Eh! Basta ya, joder. Y ya que estás ahí, dile a ese capullo que baje el volumen del televisor. Lleva a toda hostia desde las diez de la mañana y estoy harto. Algunos tenemos que trabajar.

-Lo siento. Está impedido -dije tocándome la oreja-. Nivel auditivo bajísimo, el pobre.

La expresión del vecino pasó del enfado a menos enfado.

-Bueno, yo no sabía...

-No pasa nada. Siempre lo tratan muy mal. Ya está acostumbrado.

Esperé a que desapareciera y me puse a trabajar. En las películas, los ladrones suelen reventar la cerradura en un periquete y a menudo utilizan una tarjeta de crédito, método que yo evito.

No me fió. Conocí a un tipo cuya tarjeta de crédito se rompió en la puerta que estaba intentando abrir. Un vecino lo vio y llamó a la policía. Cuando oyó las sirenas, salió corriendo de allí y se dejó la mitad de la tarjeta en la puerta. La policía encontró su apellido y los seis últimos dígitos de su cuenta corriente. Lo detuvieron al cabo de un día.

En realidad, reventar una cerradura requiere práctica, grandes dosis de paciencia y una buena cantidad de destreza. Aunque muchos mecanismos se parecen, hay variaciones que pueden volver loco al novato. Yo, por lo general, tengo que intentarlo varias veces. Manipulé la llavecita de precisión sin dejar de mirar al aparcamiento. Si Dolan estaba fuera, no quería que me sorprendiese forzando la puerta de su habitación. Y tampoco me entusiasmaba la idea de que uno de los huéspedes del motel me viera por la ventana y avisara a la policía. Por otra parte, si estaba dentro, ya era hora de ver qué pasaba. Noté que cedía el último pasador. Giré el pomo, abrí la puerta y entré.

-¿Teniente Dolan?

Estaba en la cama, completamente vestido y descalzo. Se volvió hacia mí. Respiraba con dificultad y tenía la cara de un gris pálido. Apagué el televisor y me acerqué a él.

Me habló con voz ronca y áspera.

-Te he oído llamar, pero estaba vomitando en el cuarto de baño. No me encuentro bien.

-Ya lo veo. Tiene un aspecto horroroso. ¿Le duele el pecho?

-Una fina película de sudor le cubría la frente y las mejillas.

Cabeceó casi imperceptiblemente.

-Me aprieta aquí. Me cuesta respirar. Es como si un elefante se me hubiera sentado en el pecho.

-Joder. -Fui al teléfono y llamé al 911.

16

Los del Servicio Médico de Urgencias tardaron una eternidad en llegar, aunque en realidad sólo transcurrieron seis minutos. Avisé a recepción y luego esperé en el aparcamiento para hacerles señas desde allí. Oí las sirenas antes de ver la ambulancia del cuerpo de bomberos. Agité los brazos, el vehículo giró hacia mí y se detuvo con un chirrido de frenos. Bajaron la conductora y otros dos miembros del Servicio Médico de Urgencias; llevaban un anorac amarillo con la palabra BOMBEROS en la espalda. Me siguieron a la habitación de Dolan con el equipo a rastras.

Me quedé a un lado mientras los dos hombres apartaban los muebles para poder trabajar. Sus movimientos eran eficaces, pero indiferentes, procurando no alarmar más a Dolan, que sin duda era consciente de la gravedad del problema. Un técnico le aflojó la camisa y le auscultó con el estetoscopio. Le tomó el pulso y anotó algo en el cuaderno que llevaba, luego le puso el manguito del tensiómetro alrededor del brazo, lo infló y comprobó el resultado con la mirada fija en el reloj. Hizo una serie de preguntas a Dolan para evaluar los síntomas y los hechos inmediatamente anteriores al episodio. Me quedé de piedra al oír que Dolan confesaba que había experimentado algo parecido la noche anterior, aunque la sensación no había sido tan pronunciada y había remitido al cabo de unos minutos. La técnica sanitaria le puso dos píldoras de nitroglicerina bajo la lengua y acercó un tubo mientras el otro técnico colocaba sobre la nariz de Dolan una mascarilla de oxígeno.

Me fui a la calle. Un minuto más tarde salió el equipo sanitario de la habitación con Dolan en una camilla. Lo llevaron hasta las puertas traseras de la ambulancia, las abrieron e introdujeron la camilla. Las pocas personas que pasaban por el aparcamiento se detenían a mirar y se iban en cuanto se daban cuenta de lo que ocurría. Agradecí su discreción. Ya resulta bastante duro estar enfermo para tener encima la sensación de que eres un espectáculo.

Un técnico subió a la parte posterior de la ambulancia y cerró de golpe las puertas. El hospital estaba a siete manzanas de allí. El técnico que iba en el asiento del copiloto me dio la dirección. La mujer se puso al volante, dio marcha atrás y se dirigió en línea recta a la calle, con las sirenas aullando y las luces destellando. Me cercioré de que la puerta de la habitación de Dolan quedaba cerrada y lo seguí en su coche.

Cuando llegué, la ambulancia ya había entrado en Urgencias. Aparqué y, cuando entré en la sala de espera, ya habían ingresado a Dolan por la parte de atrás. Me acerqué a la empleada de recepción y le expliqué quién era yo. Me hizo unas cuantas preguntas sobre Dolan y así me di cuenta de lo poco que realmente sabía de él. Le comenté que tenía el seguro de la policía de Santa Teresa y ella dijo que el resto de los datos se los preguntaría directamente a él. Se levantó y abandonó el mostrador, cuaderno en mano, después de decirme que el médico de Urgencias saldría en cuanto terminara el reconocimiento.

Me senté en la sala de espera, que era amplia y bastante agradable: moqueta verde claro, plantas artificiales y montones de revistas manoseadas. Un surtido de juguetes de niños cubría el suelo. Las sillas rodeaban el perímetro de la

habitación unidas por los brazos, como preparadas para un baile. En un rincón había un televisor apagado. Alguien había dejado allí adornos de Pascua: una cesta llena de huevos de plástico que descansaban sobre una hierba de papel de un verde inverosímil. Ni siquiera sabía cuándo era Semana Santa aquel año, pero estaba a punto de llegar, a menos que quedaran esos huevos del año anterior. Entraron dos pacientes, un hombre con contusiones y rozaduras producidas por una caída de bicicleta (a juzgar por las piernas afeitadas y por el pantalón Spandex que le oprimía el trasero) Y una mujer con el tobillo derecho emparedado entre dos bolsas de cubitos de hielo. Los llevaron a los cubículos de reconocimiento del fondo, aunque seguramente los tendrían esperando hasta que los médicos terminaran de reconocer a Dolan.

Fuera brillaba el sol y la vida proseguía en Quorum como si no hubiera sucedido nada inusual. No era normal tener una urgencia médica en pleno día. Por lo que he visto en mi vida, estas crisis suelen presentarse por la noche. Sería incapaz de enumerar las veces que he esperado sentada en una sala de espera mientras las calles de Santa Teresa estaban desiertas y envueltas en el negro manto de la noche.

Llena de inquietud, abandoné el asiento y anduve por el pasillo, donde pregunté a una enfermera que pasaba por el teléfono público más cercano. Me dijo que en el vestíbulo, dos pasillos más allá. Marqué el número de la casa de Stacey y cargué el coste de la llamada a mi tarjeta de crédito. A los dos timbrazos descolgó y lo puse al corriente de todo.

-¿Qué tal se encuentra?

-No lo sé. Todavía no he hablado con el médico. Ojalá hubiera forzado la puerta la primera vez que llamé. Le aseguro, Stacey, que tenía la cara gris. Debería haber llamado él

mismo al 911, pero imagino que no querría admitir lo que le pasaba. Ya lo conoce.

-Es absurdo. Tú sola no puedes con esto. Voy para allá.

-No sea tonto. Usted tampoco se encuentra bien. Quédese donde está, que yo ya tengo bastante con lo que hay aquí.

-Me encuentro estupendamente, ¿no te lo ha contado Dolan? Los médicos enseñaron mis radiografías a una supermatasanos y la señora dice que la sombra es insignificante. He olvidado cómo la llamaron, pero es una tontería. La biopsia también ha dado negativo, así que estoy como una rosa.

-¿Lo dice en serio?

-Desde luego. ¿Cómo iba a mentir en algo así? Está remitiendo. Al menos por el momento.

-Menos mal que no se saltó la tapa de los sesos la semana pasada. ¿A que ahora estaría enfadado?

-Ojalá no me hubiera deshecho de mis efectos personales.

-Eso podría habérselo advertido yo.

-Ahora que lo dices, me gustaría que me devolvieras las fotos de familia.

-Olvídelo. Busque más fotos. Ésas son mías.

-Vamos, Kinsey. Haré copias.

-Déjese de zalamerías. No quiero copias, quiero ésas. Además, rompió al primo Mortimer, que era mi favorito.

-Pero si ni siquiera lo conociste.

-Lo sé, pero me gustaba de cara.

-Qué dura eres.

-Un trato es un trato.

-¿Y qué te parece si compartimos la custodia? Una semana sí, otra no.

-Quizá -respondí-. No debería haberse precipitado.

-Al menos tuve la sensatez de no romper las declaraciones de la renta. Podría pasarme el resto de la vida en la cárcel, me quede mucha o poca.

-¿Y la ropa?

-Me encargué de ella la semana pasada. Supongo que tendré que investigar las oportunidades de Goodwill y volver a comprar.

-Ay, hombres de poca fe. Dolan aseguraba que estaba usted bien. Tendría que haberle hecho caso.

-¿Y él qué sabe? Ese hombre es un desastre. ¿No te dije que iba derecho a otro ataque al corazón? Eso es una bomba de relojería.

-Lo sé. Yo también se lo advertí, pero no hubo manera de detenerlo. ¿Y usted? ¿De verdad se encuentra bien?

-Fantástico. Rebosante de energía. Ya he decidido que voy para allá. No sé cómo, pero encontraré la forma.

-¿La médico le permite conducir?

-Pues claro. No es asunto suyo. Lo malo es que vendí el coche y tengo el permiso de conducir caducado.

-Oh, no.

-Bueno, no quería volver a pasar la revisión. Además, estaba seguro de que iba a morirme.

-¿Y el alquiler de la casa?

-Joder, lo había olvidado. Sano pero en la calle. Vaya cambio de circunstancias. Por cierto, ¿te ha contado Dolan lo que ha pasado aquí?

-No hemos tenido tiempo de hablar.

-Esta mañana se ha cometido un triple homicidio; han matado a tiros a una mujer, a su novio y a su hijo. El ex marido ha huido y se ha escondido en el bosque. Todos los mu-

chachos del sheriff están buscándolo. El asesino es un experto en técnicas de supervivencia, estilo paramilitar. Ni se sabe el tiempo que tardarán en cazarlo. El forense todavía está en el escenario del crimen, lo que significa que no podrán ocuparse de nosotros hasta que hayan liquidado el asunto. Podrían pasar días.

-Entonces ¿para qué vamos a quedarnos aquí? Cuando le den el alta a Dolan, lo llevo a su casa en su coche y le ahorro a usted el viaje.

-Ni hablar. Me aburro como una ostra. Sufro una claustrofobia tan fuerte que me vaya volver loco. Además, si venís los dos a casa, tendremos que volver de todos modos.

-Suponiendo que haya una conexión entre el Mustang y Juana Nadie -dije.

-Confía en mí, la hay, y Dolan piensa lo mismo. Cuando te dedicas tanto tiempo a esto, desarrollas un sexto sentido. Ya andamos cerca.

-Estoy de acuerdo. Esta mañana he hablado con un dentista que la recordaba, por lo menos recordaba a alguien parecido.

Cree que fue una de las últimas pacientes que trató antes de jubilarse. Tiene noventa y tres años y no supo darme el nombre, pero todo lo que dijo coincidía. Hablé con el director del instituto de Quorum y me remitió al instituto alternativo para jóvenes problemáticos. Todavía no he podido ir, porque pasé por el motel para darle las noticias a Dolan y lo encontré con el ataque en puertas.

-Espera a que llegue yo. Nos reuniremos y decidiremos qué hacer. ¿Cómo te localizo?

-Estaré por aquí. Si no me encuentra en el motel, pruebe en el hospital. Ya conoce el coche de Dolan. Búsquelo. Este pueblo es tan pequeño que lo verá enseguida.

-Espera, que voy por papel y lápiz y me das la dirección. En cuanto encuentre un coche me pondré en camino.

Le dicté el nombre y la dirección del motel.

-Hazme un favor y resérvame una habitación a mi nombre -dijo.

-¿Por qué no se queda en la de Dolan? Él ya soltó los dólares que costaba.

-Buena idea. Hagámoslo así.

-Y ya que estamos, necesito que me haga usted un favor. ¿Podría pasar por mi casa y recoger mi cazadora de piel antes de ponerse en camino? Está colgada en el armario que hay debajo de la escalera. Le diré a Henry que lo deje entrar y le enseñará dónde está.

-¿Tanto frío hace ahí?

-Para mí sí. Será mejor que venga preparado. -Con el rabillo del ojo vi a una mujer con bata de quirófano que salía de la zona de tratamiento llevando un sobre marrón en la mano-. Creo que ya sale la médico. Volveré a llamarlo si hay algo que contar.

La doctora Flannery, la médico de urgencias, rondaba la cincuentena y era de baja estatura, cabello castaño pálido, frente ancha, labios delgados y arrugas profundas en la cara. Tenía la nariz de un rosa furioso, como si se la hubiera sonado varias veces antes de aplicarse el maquillaje. Llevaba un pañuelo de papel en el bolsillo y se lo pasó por la nariz antes de tenderme la mano.

-Lo siento. Alergias. Soy la doctora Flannery. ¿Es usted amiga del señor Dolan?

Nos estrechamos la mano.

-Kinsey Millhone. Es el teniente Dolan. Comprobó sus papeles.

-En efecto.

-¿Cómo se encuentra?

-Estable, pero tiene un bloqueo serio en la coronaria izquierda. Lo ingresaremos en cuanto se rellenen los papeles. He hablado con su cardiólogo de Santa Teresa y ha recomendado a un cirujano cardiovascular de Palm Springs. El doctor Bechler está en camino. En cuanto haya visto al paciente y comprobado el electro hablarán los dos. Supongo que le pondrán un stent. El teniente Dolan es quien tiene la última palabra, pero es lo que yo haría si estuviera en su lugar.

Hice una mueca.

-¿Le abrirán el pecho?

Negó con la cabeza.

-Le meterán un catéter por una pequeña incisión en la ingle izquierda y lo subirán por la vena. .

-¿Cuánto tiempo estará ingresado?

-Depende de cómo progrese. En todo caso, no tanto como la gente cree. Dos días.

-¿Puedo verlo?

-Desde luego. Lo he llenado de morfina, así que no siente dolor. Produce prácticamente el mismo efecto que cuatro martinis.

-Normal en él.

-Eso he deducido. Tuvimos una pequeña charla al respecto. Le dije que debía acabar con el tabaco y el alcohol. También ha de seguir una dieta racional. Si usted come igual

que él, debería hacer lo mismo. ¿Hamburguesas súper con queso?

-Será chivato... -dije.

Sonrió.

-Indíquenos cómo podemos localizarla. Ha dado el nombre de usted como familiar más cercano, lo que significa que puede visitarlo cuando quiera si la visita es breve. ¿Me acompaña?

La seguí mientras ella empujaba la puerta y echaba a andar por el pasillo. Cuando llegamos al cubículo de Dolan, apartó la cortina.

-Tiene visita.

Dolan respondió con un murmullo. La doctora Flannery levantó los cinco dedos para dar a entender que la visita iba a durar cinco minutos. Le respondí por señas que la había entendido y se retiró. Miré a Dolan.

-¿Cómo se encuentra?

Tenía los ojos cerrados y una sonrisa tonta en los labios. Se le veía mejor color de cara. Estaba estirado en la camilla, con una sábana de algodón sobre el pecho. Le habían quitado los zapatos y la punta del calcetín estaba estirada de tal manera que parecía una pequeña capucha; recordaba a un niño. Aún tenía el oxígeno puesto y estaba unido por cables a una serie de máquinas que registraban sus signos vitales. Tenía una sonda en cada brazo. Una bolsa de líquido claro colgaba de una barra vertical y conté quince gotas. Se puso a roncar. Le toqué la mano.

-¿Cómo se encuentra?

Abrió los ojos.

-Bien.

-Menudo susto me ha dado, cabezota. Tendría que haber pedido ayuda.

-Te oí llamar. No podía moverme. Me alegro de que entraras. -Hablaba despacio, como si le hubieran inyectado novocaína en los labios.

-Yo y mis pequeñas ganzúas. No hable.

Volvió a cerrar los ojos y se llevó un dedo a los labios.

-He llamado a Stacey y le he puesto al corriente de lo que pasó -le conté-. Dice que sus radiografías estaban bien y que viene para acá.

-A mí me dijo lo mismo. No vale la pena discutir.

-Si lo sabré yo. Traté de convencerlo de que no viniera, pero se mostró inflexible. Supuse que con usted aquí, podía echarnos una mano. Por ahora no podemos hacer mucho, pero algo se nos ocurrirá. Espero que los del forense descubran alguna cosa. He pensado que podría alojarse en su habitación, si me da usted la llave.

-Espera.

Se despejó lo suficiente para rebuscar en el bolsillo de su pantalón Y sacar la llave. La guardé en el bolso pensando en recoger la máquina de escribir antes de que llegara Stacey.

La recepcionista apareció en la entrada del cubículo con una pulsera del hospital y un puñado de papeles bajo el brazo.

-Tengo sus joyas, teniente Dolan. Fírmeme un autógrafo Y lo dejaré en paz.

Se irguió y le indicó por señas que entrara.

-Firmo el traspaso de mi vida. -Se volvió a mí-. ¿Te apañas bien sola?

-No se preocupe por mí. Cuídese y descanse un poco. Pasaré por aquí esta noche. Pórtese bien.

-Suerte.

Antes de salir del hospital llamé a Henry. No estaba. Le dejé un mensaje en el contestador contándole lo del infarto de Dolan. También le dije que Stacey pasaría por mi casa. Le expliqué dónde encontrar mi cazadora y le dije que lo llamaría más tarde, cuando tuviera más información. Era la una y media cuando salí del hospital Y me dirigí al aparcamiento. No supe lo tensa que estaba hasta que abrí el coche y me puse al volante. Respiré hondo y giré la cabeza varias veces. Ahora que estaba sola, la ansiedad se apoderó de mí. No me había dado cuenta de hasta qué punto dependía de Dolan. Era agradable cotejar notas, agradable comer juntos, incluso era divertido peleamos. Mi apego por él no tenía el menor asomo de romance, pero acentuaba la nostalgia de las relaciones personales profundas. Había aprendido el oficio con dos viejos, que me habían enseñado en mi juventud.

Quizás era a ellos a quienes echaba de menos.

Eché un vistazo a las tarjetas de fichero. El siguiente movimiento lógico era hablar con el director del instituto alternativo. Ojalá Dolan estuviera allí, así se encargaría él. Aunque detestaba admitirlo, con él serían menos impertinentes. Una vez que enseñaba la chapa, la gente tendía a transigir. Saqué el plano y localicé Kennedy Pike, puse el Chevy en marcha y salí del aparcamiento. Al bajar por Main Street me acerqué a una gasolinera y llené el depósito. Apreté el gatillo del surtidor mientras miraba en el panel el paso de los litros y los dólares. El proceso fue tan largo que llegué a pensar que tenía agujereado el depósito. Estoy acostumbrada a mi

VW, con su depósito que parece un bote de pintura. 29,46 dólares, salí de la gasolinera y doblé a la derecha.

Cuando llegué a Kennedy Pike, giré al oeste y comencé a buscar el cementerio y la estructura de madera blanca del otro lado de la calle. Aquella parte de Quorum era una sucesión de campos llanos, separados por filas de árboles que hacían de cortavientos. Cuando por fin descubrí el cementerio, me pareció tan liso como los campos que lo rodeaban. Sólo se veían unas cuantas lápidas. Casi todas se habían caído y yacían desplomadas en tierra. Vi bancos de hormigón y una desparramada variedad de flores de plástico junto a las tumbas. Una verja de hierro rodeaba el recinto, sin adornos. Cada tres metros se alzaban pilares de ladrillo rojo. Al otro lado de la verja había siete árboles grandes de especie indeterminada, aunque las ramas todavía no habían echado hojas y tenían un aspecto frágil bajo el cielo de abril.

Poco más allá de la entrada del cementerio, al otro lado de la avenida, vi el Instituto Alternativo Lockaby. Me pregunté si los alumnos harían la misma melancólica asociación de ideas que yo: de la Juventud a la Muerte en un abrir y cerrar de ojos. Cuando estás en el instituto, los días duran una eternidad y la muerte es poco más que un rumor al final del camino. Dolan y yo sabíamos que la muerte estaba sólo a un latido de distancia.

Aparqué, anduve por el sendero y subí los anchos peldaños de madera del porche. El edificio debía de haber sido una granja en otros tiempos. Todavía se respiraba el ambiente de las habitaciones pequeñas y las esperanzas defraudadas. Entré en el vestíbulo, donde había ocho niños por el suelo con sendos cuadernos en la mano, haciendo dibujos a lápiz de la escalera. El profesor me miró y siguió yendo de alumno

en alumno, haciendo breves sugerencias sobre perspectiva. En el primer piso se oían los murmullos de otra clase. Las risas bajaban por la escalera como regueros de agua. Yo no recuerdo nada gracioso de mi época de estudiante.

A mi derecha, lo que antaño había sido el salón de la casa servía ahora de oficina, con chimenea original y todo. El hogar era de ladrillo rojo y estaba coronada por una campana de caoba. Ningún mostrador separaba la zona de recepción de la secretaría, cuyo escritorio estaba colocado de cara a la ancha ventana saliente. La empleada dejó de escribir y se volvió para mirarme. Parecía agradable; cabello oscuro, regordeta, seguramente cuarentona, aunque no resultaba fácil concretado. Cuando dijo:

«¿Sí, señora?», se le formaron hoyuelos en las mejillas. Sacó una silla y dio unos golpecitos en el asiento.

Me acerqué, tomé asiento y me presenté.

-Busco a la señora Bishop.

-Estará todo el día en reuniones administrativas, pero quizá pueda sede útil yo. Soy la señora Marcum. ¿ Qué puedo hacer por usted?

-He ahí la cuestión -respondí, y le conté la historia. La había contado tantas veces que me salía de carrerilla; la búsqueda de la identidad de Juana Nadie en cincuenta palabras o menos. Por enésima vez, describí a Juana Nadie y la serie de entrevistas que me había conducido a Lockaby-. ¿Recuerda usted a alguna muchacha así?

-Yo no, pero sólo llevo aquí diez años. Preguntaré a los profesores. La señora Puckett, que enseña mecanografía, es además consejera de orientación. Si alguien puede reconocer a esa chica, es ella. Por desgracia hoy se encuentra fuera;

todos tenemos un día de cura mental cada dos meses. Mañana por la mañana estará aquí, por si quiere usted volver.

-Si reconoce a la chica, su expediente estará por alguna parte, ¿no?

-Si es tan antiguo, no. Hubo un incendio hace ocho años. Entre el humo y los daños que causó el agua de los bomberos perdimos casi todos los archivos. Fue un milagro que el edificio no se quemara hasta los cimientos. Nos salvaron los bomberos. Llegaron a los siete minutos y lo apagaron en treinta, no le dieron tiempo de propagarse.

-¿Cómo se originó?

-El jefe de bomberos explicó que fue cosa de la instalación eléctrica. La que había entonces databa de 1945, cuando se construyó el edificio. Dijo que era asombroso que no hubiera sucedido antes. Ahora tenemos de todo, detectores de humo, detectores de calor y un sistema contra incendios... Nos salvamos de milagro. Afortunadamente no hubo fallecidos ni heridos. Papeles, sí, pero ¿a quién le importan? Por más que los archivos, siempre se acumulan.

-¿A los chicos les gusta este lugar?

-Parece que sí. La verdad es que somos un imán para los problemáticos, los expulsados de otros centros, los gamberros y los delincuentes. Los recogemos cuando ya nadie los quiere. Sólo tenemos unos cuantos profesores y procuramos que haya pocos alumnos por clase. En lo que se refiere a conocimientos, casi todos los alumnos van mal. Básicamente son buenos chicos, pero algunos son torpes. No prestan atención. Desisten con facilidad y casi todos tienen un concepto negativo de sí mismos. Con un plan de estudios normal se desaniman. Aquí nos interesa más la enseñanza práctica. Cubrimos lo principal: leer, escribir y matemáticas, pero además les

enseñamos a redactar, a vestirse para una entrevista de trabajo, simple etiqueta. También impartimos arte y música para redondear la faena.

-Yo diría que es lo que toda escuela debería hacer.

-¿Verdad que sí?

Sonó el teléfono, pero no se movió.

-Responda si quiere.

-Ya llamarán otra vez. A menudo estoy fuera del despacho y ya lo saben. ¿Tiene alguna tarjeta suya?

-Sí.

-¿Por qué no me da un teléfono? Trataré de localizar a Betty Puckett y le diré que la llame.

-Eso sería estupendo. -Saqué una tarjeta y anoté en el dorso el nombre del motel, el número de teléfono y el de mi habitación-. Se lo agradezco.

-No puedo garantizarle que conociera a la chica, pero si alguna vez fue alumna de este instituto, estoy segura de que Betty trató con ella.

-Una pregunta más: el doctor Nettleton creía que la chica estaba en una casa de acogida, y no sé si yo podría averiguar algo en Servicios Sociales.

-Lo dudo. Cerraron la delegación hace años y no tengo ni idea de dónde estarán los expedientes antiguos. Es la administración del condado de Riverside, pero no sé nada más. Prepárese para pelearse. Son peores que las escuelas cuando se trata de enseñar expedientes, y más si son de menores con problemas.

-Lástima. Tenía esperanzas, pero veo que infundadas.

-Lo siento.

-Ya averiguaré la manera. Es sólo cuestión de tiempo.

Cuando salí de Lockaby no sabía más que antes, pero me sentía mejor. Ya en el coche me quedé unos momentos tamborileando con los dedos en el volante. ¿y ahora qué? Con la confusión del momento no se me había ocurrido preguntar a Dolan qué le habían contado la policía de Quorum y la oficina del sheriff sobre las antiguas denuncias de personas desaparecidas. Ya se lo preguntaría cuando fuera a visitarlo. Repasé mentalmente lo que teníamos. Lo único que no habíamos investigado aún era la lona y si habían robado alguna al mismo tiempo que el Mustang. Encendí el motor, di marcha atrás y giré por Kennedy Pike para regresar al pueblo.

El rancho de ladrillo rojo de los McPhee parecía desierto cuando llegué; puertas cerradas, cortinas corridas y ningún coche en el camino de entrada. Pasé despacio ante la casa y en el siguiente cruce di media vuelta y volví. Aparqué al otro lado de la calle. No me gustaba la idea de encontrarme de nuevo con Ruel pero ¿a quién más podía preguntar por la lona? Aunque me había mantenido en segundo plano durante el embargo del Mustang, seguiría asociándome con su humillación.

Me quedé allí observando la casa, preguntándome si podría solucionar el asunto por teléfono. Vaya idea. Siempre que se pueda, es mejor hacer las cosas cara a cara. Estaba a punto de marcharme y posponer la visita cuando llegó un coche, redujo la velocidad y se metió por el camino de entrada. Era Edna.

Cuando apagó el motor, vi que se estiraba por encima del asiento delantero para recoger paquetes. Después de algunas maniobras salió con el bolso en el hombro, una bolsa de comestibles en una mano y en la otra dos bolsas grandes con asas, de supermercado. Cerró la portezuela de un caderazo y

fue a la parte trasera del coche, dejó en el suelo las bolsas de asas, el bolso y la bolsa de comestibles, abrió el maletero y sacó más bolsas de comestibles. Vi que se debatía entre transportarlo todo a la vez y hacer dos viajes. Aproveché la oportunidad para salir del coche y acercarme a ella trotando.

-Hola, Edna. Soy Kinsey. ¿La ayudo?

Levantó la vista con sorpresa y se ruborizó ligeramente al verme.

-Ya me apaño sola.

-No tiene sentido hacer dos viajes. ¿Por qué no deja que lleve yo éstas y se encarga usted de las demás? -Me incliné para recoger su bolso, la bolsa de comestibles y las dos bolsas con asas-. Parece que ha estado usted de compras toda la mañana.

-Hoy viene la familia a cenar y se me está haciendo tarde. Quiero poner un asado en el horno.

Su actitud se había dulcificado un poco, aunque todavía parecía incómoda. Al parecer, los buenos modales prevalecieron sobre el fastidio que le había causado verme otra vez en escena. Ruel me habría echado con cajas destempladas, pero a ella el embargo del Mustang no la afectaba tanto. El coche había permanecido en el garaje durante años y es probable que Edna estuviera cansada de los eternos aplazamientos del marido. Su colección de coches clásicos debía de ser una mala inversión, ya que hasta el momento no había restaurado ni uno solo.

La seguí por el camino del garaje hasta la puerta trasera y luego, como no protestó, por los escalones del porche y por la casa. Dejé su bolso en la encimera de formica y esperé a que me indicara lo que quería que hiciese con las bolsas. La decoración roja, blanca y. azul era un canto a la historia

americana. Me entretuve mirando detenidamente cada detalle.

-¿A qué hora volverá Ruel?

Edna había dejado las bolsas encima de la mesa.

-Supongo que pronto. Cornell, su mujer, las niñas y mi hija quedaron en venir a las seis. Puede dejarlas allí -dijo, señalando la ventana.

Puse la bolsa sin asas en la mesa y me acerqué al asiento de la ventana para dejar las bolsas de asas. Aparté un par de cojines y el edredón de colores y me senté sin aguardar a que me dieran permiso. Consulté la hora.

-Casi son las dos. ¿Le importa si espero?

-No creo que sea buena idea. Ruel está alterado y no quiero que nada vuelva a ponerlo de mal humor. -Comenzó a guardar los artículos adquiridos, a la vez que iba apartando los que pensaba utilizar: un pedazo enorme de carne envuelto en celofán, que parecía el lomo de King Kong, cebollas, zanahorias, patatas, judías verdes y panecillos. Me miró-: ¿Lo busca por algo en particular? Ya sabe que está hecho una furia. Si hay algo que detesta es que quieran pegársela. Usted y el otro policía deberían haberle dicho la verdad.

-Ya le explicamos a Cornell por qué estábamos aquí. También él podría habérselo contado. Se trata de un asesinato. ¿Tan importante es que Ruel se enfade?

-Aun así.

-¿Aun así qué?

-Que no se alegrará de verla.

-Quizá pueda ayudarme usted, así me iré antes.

-¿Qué quiere?

-Nos gustaría saber si se llevaron alguna lona cuando robaron el coche.

Se detuvo a meditar y negó con la cabeza.

-Que yo recuerde, no. No se dijo nada de eso. Pero puedo preguntárselo y se lo cuento a usted más tarde.

-Creo que le haría usted un favor, sobre todo si resulta que el Mustang se utilizó para secuestrar a la chica.

Edna se llevó una mano al pecho.

-No creerá que Ruel tuvo algo que ver.

-Lo que yo crea no importa.

Su inquietud acabó por contagiarme. Me puse en pie con ganas de irme. Al recoger el bolso me fijé en el edredón rojo, blanco y azul que estaba doblado con esmero en el asiento de la ventana. Consistía en una serie de fragmentos cosidos que formaban un clásico diseño de franjas. Franja tras franja, dispuestas en diagonal sobre fondo blanco, había series de margaritas azul oscuro con un punto rojo en el centro.

Creo que lancé una exclamación porque Edna se volvió a mirarme.

-¿Qué? -dijo.

-¿Dónde compró esta tela?

-Me la dio la madre de Justine, Medora..., la suegra de Cornell. ¿Por qué?

-He de hablar con ella.

17

Estaba en los escalones delanteros de la casa de Medora Sanders, una modesta estructura de paredes estucadas con un tejadillo que protegía el pequeño porche de hormigón. Estaba pintada de gris oscuro. La ebanistería había desprendido escamas de pintura blanca, semejante a la caspa, que habían caído sobre los arbustos de abajo. Al final del sucio camino había un garaje de una plaza con la puerta cerrada con candado. Edna me había dejado el edredón y lo llevaba doblado en un brazo. Habían dividido la tela estampada con las margaritas en siete secciones que luego se habían cosido juntas. Aunque una tela así había podido venderse en cualquier parte del país, la coincidencia era demasiado chocante para no imaginar que estaba relacionada con el caso.

No encontré timbre, de modo que abrí la puerta de tela metálica y di unos golpes en el ventanuco de la puerta principal. Al cabo de un momento apareció una mujer. Era flaca y desastrada, de ojos verdes y cabello claro y estropajoso. Una red de capilares le surcaba las mejillas y la nariz. Se atusó el pelo con una mano, de aspecto nudoso, y se remetió un mechón suelto en el desordenado moño antes de entreabrir la puerta.

-¿Sí?

-¿La señora Sanders?

Llevaba unos tejanos desgastados y un jersey rojo de nailon con una carrera en una manga. Percibí el olor a whisky que rezumaban sus poros como si fueran residuos tóxicos. Titubeó, al parecer sin ganas de confirmar o negar su identidad hasta saber por qué le preguntaba.

-No compro a los vendedores a domicilio.

Levanté el edredón.

-No vendo nada. He venido a hablar de esto.

Miró hacia otro lado, su actitud seguía indecisa, pero sus ojos quedaron ligeramente desenfocados. Tenía todo el aspecto de pasarse el día borracha.

-¿De dónde lo ha sacado?

-Me lo ha dejado Edna McPhee. Se lo devolveré más tarde pero antes quiero hacerle unas preguntas.

-¿Por qué la ha enviado aquí?

-Dijo que como el edredón lo había hecho usted, usted podía saber algo que me interesa. ¿Puedo pasar?

Se lo pensó un momento, probablemente deseando que me fuera a hacer gárgaras.

-Espero que sea rápido. Tengo cosas que hacer.

Abrió la puerta y entré directamente en una sala de estar, pequeña y abarrotada de objetos, con techo de material aislante y una pequeña chimenea de ladrillo de aspecto pobretón. Sobre la repisa había un puñado de estatuillas: ángeles, ordeñadoras y niños de aire tímido y con las puntas de los zapatos juntas.

Medora cerró la puerta.

-Edna es de lo que no hay -se quejó-. No sé cómo se las arregla Justine para aguantarla.

-¿No se llevan bien ustedes dos?

-Yo no he dicho eso. Edna es buena persona y sé que quiere lo mejor, pero es una mojigata. Ya sabe cómo son las personas así: ni bebe ni fuma ni se trata con quienes lo hacen.

-Cornell fuma.

-Delante de ella no. El muchacho es puro como la nieve recién caída -replicó-. También censura los juegos de cartas. Dice que son obra del diablo. Cuando vienen mis nietas, jugamos a la canasta, a los cinquillos, al repelús y a los montones. A mí no me parece que tenga nada que ver con el diablo.

Volvió al sofá y se sentó en el centro, y al hacerla levantó los cojines de ambos lados. En un extremo había una manta de ganchillo negra y verde, tirada de cualquier manera. Encima de la mesa había un cenicero lleno de colillas, frascos de medicamentos, una botella de Early Times y un vaso de tubo medio lleno con cubitos de hielo deshaciéndose. Muchas de las superficies donde se pudiera apoyar algo parecían pringosas y una fina capa de polvo cubría todos los muebles.

-Estaba echando una siesta. Hace días que no me encuentro bien. ¿Cómo ha dicho que se llama?

-Debería haberme presentado. Soy Kinsey Millhone.

-Medora Sanders -dijo-, pero creo que ya lo sabe. ¿Qué relación tiene con Edna? Espero que no sea por su religión. Siempre está tratando de convertirme.

-En absoluto. ¿Le importa si me siento?

Me señaló una silla. Quité un fajo de periódicos y me senté, con el edredón en mi regazo. En la sala había varios objetos hechos a mano, muchos de punto, a juzgar por su aspecto: un tapiz y cojines bordados en el sofá. Delante de la chimenea había una alfombra de ganchillo que representaba un terrier escocés. También había cuadros con frases cursis bordadas con punto de cruz. Siguió mi mirada:

-Cosía mucho antes de que se me estropearan las articulaciones. -Levantó la mano derecha y me enseñó el pulgar torcido, tenía los dedos curvados ligeramente hacia fuera. Parecía que la hubieran torturado para sonsacarle una infor-

mación que no quisiera dar-. Ya no coso. Lo digo por si quería que le hiciera uno.

Doblé una parte del edredón para que quedaran a la vista las margaritas.

-En realidad siento curiosidad por esta tela. ¿Recuerda dónde la compró?

Miró el estampado.

-Antes siempre le hacía la ropa a mi hija. -Sacó un cigarrillo de un paquete de Camel. Accionó el mechero, pero tuvo que hacerla dos veces hasta que la llama tocó por fin la punta del cigarrillo-. Eso era un retal. Es más barato comprar así. Siempre miraba en el cajón de retales de la tienda. Ahora ya ha cerrado así que puede ahorrarse el viaje. El mismo día que compré esta tela compré seis metros de tafetán azul para el vestido de fin de estudios de Justine. Se puso como un basilisco. Gritó que se mataría antes de llevar nada hecho en casa. Insistió en comprárselo en una tienda. Y se lo hice pagar. Es lo que le dije: «El dinero no cae por la chimenea, Justine». La juventud de hoy no se da cuenta.

-Están hechos un lío -argumenté-. Quieren llevar exactamente la misma ropa que los demás jóvenes. Así expresan su individualidad.

-Supongo. Tuve que arreglármelas con muy poco después de que se largara su padre.

-¿Cuándo fue eso?

-En el verano de 1969 más o menos. ¿Quién se acuerda? Si quería irse, pues adiós muy buenas. -Sacó una pastilla blanca de un frasco de píldoras y se la puso en la lengua. Luego bebió un trago del vaso y frunció ligeramente el entrecejo al darse cuenta de lo aguado que estaba-. Es para el

dolor. El whisky da fuerza a la codeína. Por cierto, ¿a qué viene todo esto?

-Estoy tratando de identificar a una joven asesinada en aquella época. Cuando descubrieron el cadáver, llevaba unos pantalones de confección doméstica con el mismo estampado de margaritas.

La risa de Medora fue como una tos, áspera y llena de flema.

-No sé nada de asesinatos, ni con margaritas ni sin ellas, pero le aseguro una cosa. Va a tener que trabajar mucho. La fábrica debió de estampar miles de metros con ese dibujo.

-Estoy segura de que sí, pero pensé que valía la pena intentado. La chica de la que hablo debía de tener entre quince y dieciocho años. La asesinaron a finales de julio o principios de agosto de 1969. Medía un metro cincuenta y ocho de estatura y pesaba cincuenta y siete kilos. Cabello castaño teñido de rubio. Tenía los dientes saltones y el colmillo izquierdo torcido. Le habían puesto muchos empastes. -Su sonrisa había empezado a desvanecerse-. ¿Le suena de algo de esto?

Cruzó los brazos y entornó los ojos a causa del humo del cigarrillo, que sostenía a la altura de la mejilla.

-Hace años tuve una chica viviendo aquí con esas características. Se llamaba Charisse Quinn.

El corazón me dio dos vuelcos cuando el chorro de adrenalina me entró en las venas. Yo ya había oído aquel nombre, pero no recordaba dónde.

-¿Qué le pasó?

-Que yo sepa nada, salvo que se largó a la francesa. Entré en su habitación una mañana, vi la cama intacta y que la mitad de sus cosas habían desaparecido. También se llevó mi

mejor maleta. Claro que robaba todo lo que se le ponía por delante.

-A la chica asesinada de la que hablo la encontraron en Lompoco ¿Conoce aquella parte de California?

-¿Está cerca de San Francisco?

-No tan al norte. Más cerca de Santa Teresa.

-No podría asegurado. Yo no viajo. Antes sí, pero ahora prefiero quedarme en casa.

-¿Por qué estaba viviendo en su casa?

-Fui una especie de madre adoptiva. Si se vino a vivir conmigo fue por la sencilla razón de que la vecina me preguntó si podía echarle una mano. Ella tenía toda una sarta de niños de acogida correteando por su casa. La administración quería que se quedara con Charisse, pero su marido no se encontraba bien y ella no podía con tanto trabajo a la vez. Me preguntó si quería abrir mi casa, así es como lo dijo: «abrir mi casa a otros menos afortunados que yo». Menuda broma. Wilbur apenas me daba lo suficiente para los gastos de la casa. El caso es que la vecina me dijo que los Servicios Sociales pagaban unos ciento ochenta dólares al mes, así que accedí. No es que fuera mucho dinero, pero siempre viene bien.

-¿Y cómo fue?

-No muy bien. La chica era una deslenguada y me faltaba constantemente al respeto, aunque he de reconocer que Justine era igual a su edad. Ya teníamos bastante las dos para que encima viniera Charisse con sus doscientos dólares de conflictos.

-¿Cuánto tiempo se quedó con ustedes?

-Unos cinco o seis meses. Creo recordar que vino a principios de marzo.

-¿Recuerda en qué fecha desapareció?

Hizo una mueca de asco.

-Yo no he dicho que desapareciera, sino que se largó a la francesa.

-Disculpe. A eso me refería. ¿Y cuándo sucedió?

-Yo diría que en julio. No me sorprende que acabara mal. Era una salvaje. Y más puta que las gallinas. Andaba con chicos siempre que podía. Por ahí a todas horas. Llegaba como si tal cosa a las tres de la madrugada, oliendo a crema de menta y a marihuana. Yo la reñía una y otra vez, pero no me hacía caso.

-¿Qué les pasó a sus padres?

-No lo sé. Nunca le puse la vista encima a aquel par de zarrapastrosos. Si el Estado intervino es porque serían drogadictos o algo así.

-¿Qué edad tenía Charisse?

-Diecisiete años. Los mismos que Justine. Las dos estaban en el último año de instituto. A Charisse, como es lógico, la expulsaron del normal y la enviaron a Lockaby, el colegio de los ceporros y los delincuentes.

Desconcertada, recordé la conversación con Eichenberger, el director del Instituto de Quorum, que había jurado y perjurado que recordaba a todos los alumnos que habían cruzado sus puertas. Viejo pedorro engreído. Charisse no sólo había estudiado allí, sino que había causado suficientes problemas para que la expulsaran.

-¿Tiene más hijos?

-Sólo Justine.

-¿Y siempre ha vivido aquí?

-Vivo aquí desde que Wilbur y yo nos casamos en 1951. Sólo tenemos dos dormitorios, así que las chicas tenían que compartir el otro. Imagine lo poblado que estaba esto.

-Tuvo que ser difícil.

-Ah, se pasaban el rato peleándose por todo, por vestidos, por novios, siempre enganchadas como gatas salvajes, enseñándose las uñas, bufando y discutiendo. Nunca había oído nada igual. Justine no quería que Charisse saliera con sus amistades y yo lo entendía. Siempre acababa organizando algún escándalo. Siempre tenía que salirse con la suya.

-No era precisamente un encanto, por lo que dice.

-Podía ser encantadora si se lo proponía, pero sólo cuando quería algo.

-¿Y su marido? ¿Dónde estaba?

-Bueno, en teoría vivía aquí, pero se pasaba fuera la mitad del tiempo.

-¿En qué trabajaba?

-Estaba en Sears, vendía electrodomésticos: lavaplatos, frigoríficas y cosas así. Trabajaba de noche, los fines de semana y todas las fiestas de guardar. Jamás nos trajo nada, pero así era él. Lo lógico sería que me hubiera conseguido al menos uno de esos lavaplatos pequeños. Tenía que lavarlo todo a mano. Por eso tengo seguramente las articulaciones tan mal. Y los dolores de espalda también.

-¿Así que se fue más o menos cuando Charisse?

-Supongo que sí, aunque nunca me había fijado en ese detalle. -Puso cara de pocos amigos y dio una chupada al cigarrillo-. Espero que no esté insinuando que se fue con ella.

-No lo sé, pero me parece extraño. Si andaba siempre detrás de los hombres, ¿por qué no detrás de él?

-Para empezar, tenía casi cincuenta años. Y no se me ocurre por qué iba él a interesarse por una criatura de su edad. Que yo sepa, nunca le prestó atención. Que es un cana-

lla lo sé de fijo, pero no puedo creer que cayera tan bajo. ¿Cómo llama a eso? Estupro, ¿no?

-Cuando se fue su marido, ¿le dio alguna explicación?

Dio otra chupada al cigarrillo.

-Ninguna. Un día se marchó a trabajar y ya no volvió. Él Se largó antes que ella, ahora que lo pienso. Lo recuerdo porque no fue a ver a Justine con su vestido de fin de estudios, y eso sucedió el 14 de junio.

-¿Y qué hizo usted cuando se fue?

-Nada -dijo-. ¿Te vas? Pues allá te las compongas.

-¿Y Charisse? ¿Avisó usted a la policía cuando descubrió que se había ido?

-Aquel mismo día. A la policía y al sheriff. La Administración me pagaba por tenerla y sabía que a la asistente social le daría un ataque si no lo comunicaba. El caso es que tuve que devolver el cheque del mes siguiente y, con Wilbur fuera, no me llegó para pagar los recibos. Justine me decía que la culpa no era de Charisse, pero eso era muy típico de ella. Habría hecho cualquier cosa para jorobar a los demás.

-Pero ¿denunció usted la desaparición?

-Ya se lo he contado, aquel mismo día me presenté en la comisaría, aunque el ayudante del sheriff no parecía interesado. Averiguó que ya se había escapado media docena de veces. Y es lo que él dijo, que en cuanto cumpliera los dieciocho, y le faltaba poco, iba a ser libre como un pájaro. Dijo que harían lo que pudieran, pero que no prometía nada. Como si me hubiera recomendado que me fuera a casa y me olvidara de ella.

-Que es lo que usted hizo.

-¿Y qué otra cosa podía hacer? Ni siquiera sabía cómo se llamaba su madre. Me parece que la asistente social la llamó por teléfono.

-¿Cree que se fue con ella? ¿Que volvió con su madre?

-Ni lo sé ni me importa. Tras la fuga de Wilbur, tenía demasiadas cosas que hacer para salir adelante. Por si le interesa, nunca volví a saber nada de ella. Ni de él. Según tengo entendido, todavía estamos casados, a menos que esté muerto. Eso sería algo, ¿no?

-¿Tiene alguna razón para pensar que le haya podido pasar algo?

-Estoy diciendo que, si estuviera vivo, habría podido mandarnos una postal. Después de treinta y seis años de matrimonio es lo menos que podía hacer.

-¿Y la asistente social de Charisse? ¿Cómo se llamaba?

-No me acuerdo. Hace demasiados años. Tinker, Tailor..., algo así. Llamé y hablé con ella. ¿Sabe qué me dijo? Que nunca había creído que el acuerdo durase; Charisse era un grano en el culo. No fueron esas sus palabras, pero más o menos. Pensé: muchísimas gracias. Ahora sale con ésas, después de todo lo que he pasado.

-Debió de sentirse muy mal.

Ahogó la espesa risa con el puño y rompió a toser con fuerza. Tomó un sorbo de whisky aguado y recuperó la compostura.

-Sobre todo cuando me enteré de que Wilbur había dejado en cero la cuenta corriente. Perdone, ¿ha terminado ya? Porque si no, me prepararé otro vaso, a ver si alivio esta tos. Era el remedio de mi madre, whisky con miel, aunque si quiere saberlo, no era la miel lo que le sentaba bien.

-Sólo le haré un par de preguntas más y luego la dejaré descansar. ¿Cómo viajaba Charisse? ¿Tiene alguna idea?

-En autobús no. Lo sé porque la policía lo comprobó. Supongo que la llevaría en coche alguno de los gamberros que conoció cuando iba a Lockaby.

-¿Recuerda algún nombre?

-No los diferenciaba. Eran todos iguales, críos repelentes y llenos de granos.

-¿Se enteró de que robaron un coche de la tienda de Ruel?

-Se enteró todo el mundo. Le dio tal ataque que casi le pusieron la camisa de fuerza.

-¿Hay alguna posibilidad de que se lo llevara Charisse?

-Lo dudo. No sabía conducir. No quería hacer el examen. Me ofrecí a ayudarla, pero no quiso presentarse. Miedo al fracaso, si quiere saber mi opinión. Le molestaba pasar por idiota.

-¿Y cómo es que salía tanto si no sabía conducir?

-Por el descaro con que se movía. Se subía al coche con Justine, con Cornell y con todo el mundo. Era otra de las cosas que sacaba a la gente de quicio. Era una gorrona.

-¿Trabajaba?

-¿Ella? Qué risa. Ni siquiera conseguí que se preocupara por su aspecto.

-Ya sé que se lo he preguntado antes, pero ¿no habría alguna manera de que concretara la fecha de su partida?

Negó con la cabeza.

-Me alegré de que se fuera. Me resulta extraño pensar que puede llevar muerta todos estos años. La imaginaba casada y con hijos. O eso o viviendo en la calle. Me pregunto quién pudo matarla.

-Eso es lo que tratamos de averiguar. ¿No guardará una fotografía suya por casualidad? Me gustaría saber cómo era.

-No tengo ninguna, pero puede preguntar a Justine. -Se detuvo a toser otra vez, con tal fuerza que le saltaron las lágrimas-. No lo soporto. La garganta me está matando. ¿Quiere tomar algo?

-No, gracias.

La observé mientras se servía un whisky; las manos le temblaban tanto que casi no podía llevarse el vaso a los labios. Tragó con fruición y respiró hondo dos veces.

-¡Aah! Así está mejor. El whisky lo cura casi todo.

-Bueno, me parece que ya he acabado. No sé cómo agradecerle cuánto me ha ayudado.

-¿Quiere conocer mi opinión? Le pasara lo que le pasase, se lo mereció.

Iba con el edredón bajo el brazo por el camino de entrada en busca del coche de Dolan, cuando vi un coche aparcado en la acera. Se abrió la puerta del conductor y bajó una mujer. Se guardó las llaves en el bolso y, cuando estaba a mitad de camino, me vio y se detuvo. Su mirada se posó en el edredón y luego en mí. Debía de ser Justine. Medora y ella tenían la misma figura y el mismo cabello claro y estropajoso. Aunque los rasgos de ambas eran anodinos, se notaba el parecido: la barbilla estrecha, los ojos verde claro. Al igual que Cornell, su marido, parecía tener alrededor de treinta y cinco años.

-Disculpe. ¿Es usted Justine McPhee?

-Sí.

-Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada... -

Ya sé quién es. Creo que tenemos que darle las gracias por el humor de perros de mi suegro.

Se comportaba con una extraña mezcla de serenidad y nerviosismo, y su voz dejaba entrever que le roía algo por dentro.

-Lo siento mucho, pero nadie pudo impedirlo.

Miró hacia la casa.

-¿Qué hace aquí?

-Estaba hablando con su madre sobre Charisse.

Su rostro permaneció inexpresivo durante unos segundos hasta que saltó el chispazo del reconocimiento.

-¿Charisse?

-Exacto. No sé si Cornell le ha comentado algo, pero estamos investigando un asesinato...

-Es lo que me dijo, pero no se referirá a ella, ¿verdad?

-Todavía no nos han confirmado la identidad, pero hay muchas probabilidades de que sea así.

-No me lo creo. Es horrible. ¿Qué pasó?

-La apuñalaron y arrojaron el cadáver en las afueras de Lompoc. Fue en agosto de 1969. Los hombres del sheriff trabajaron en el caso durante meses sin conseguir nada. Y pensamos que era hora de intentarlo otra vez.

-¿Y qué les ha traído a Quorum? Aquí estuvo apenas unos meses.

-Fue una intuición. Y parece que hemos tenido suerte.

-¿En qué sentido? Perdone que le haga preguntas, pero es que todo esto me parece mentira.

-Sé que resulta difícil de entender -dije-. Estaba en casa de Edna, vi el edredón y me di cuenta de que la tela de margaritas azules era igual que la de los pantalones de con-

fección casera que llevaba la víctima. Edna me dijo que el edredón lo había hecho la madre de usted, así que he venido a verla. ¿ Cree usted que Charisse se escapó?

-Bueno, sí. Desde luego no se me ocurrió que la pobre estuviera muerta. Estoy segura de que Cornell y su padre habrían cooperado con ustedes si hubieran sabido quién era la víctima.

-Esperemos que sea verdad. En este momento tratamos de averiguar qué ocurrió entre el momento en que se fue y el momento en que se encontró el cadáver.

-¿Me puede repetir cuándo sucedió?

-El tres de agosto. Su madre dice que se marchó en julio, pero no recuerda la fecha exacta.

-Charisse entraba y salía sin dar explicaciones. Ni siquiera me di cuenta de que se había ido hasta que mamá se puso a gritar que dónde estaba su maleta. Los pantalones que ha mencionado deben de ser unos que me hizo mamá.

-¿Le dio usted los pantalones o se los llevó también?

-Yo no se los habría dado ni en sueños. Pero siempre hurgaba en mis cosas.

-¿Y qué más se llevó?

-No recuerdo nada en concreto. Esa chica no tenía escrúpulos. No le importaba a quién pudiera hacer daño mientras se saliera con la suya. Los chicos de Quorum no querían saber nada de ella. -Se ajustó la correa del reloj y de paso miró la hora.

-¿Tiene que irse?

-Disculpe, pero cenamos en casa de mis suegros y aún he de recoger a las niñas. He pasado a ver a mamá porque últimamente no se encuentra bien.

-¿Y mañana? Me gustaría volver a hablar con usted.

-Mejor no. Ojalá pudiera ayudara, pero Ruel ya tiene demasiados disgustos. Le daría un ataque si supiera que le he contado todo esto.

-Ha dicho que incluso él habría cooperado si hubiera sabido quién es la víctima.

-Me refería a si lo hubiera sabido desde el principio. Es difícil asegurarlo ahora que piensa que lo han engañado.

-Bueno, medítelo y dígame algo.

-Tendría que hablar con Cornell. Él también está enfadado, porque su padre le echa la culpa por lo del coche.

-Qué estupidez. Fue Ruel quien se quedó con el coche y quien lo ha tenido ahí muerto de risa todos estos años.

-Eso es verdad, pero no quiero darle un pretexto para que la tome conmigo. Ya se queja por nada. Cree que soy una mandona. Ja. Como si no supiera que el mandón es él.

-No tiene por qué enterarse. Pero usted decide. No quiero que se meta en problemas por mi culpa.

-Entiéndalo. No voy a hacerlo. Cuando estás con él debes vigilar la espalda. Parece inofensivo, pero es una serpiente.

-Bueno, pues la dejo en paz. Me alojo en el Vista Marina. Le agradecería que me llamara si habla con Cornell. Puede que él tenga algo que aportar, aunque usted no.

-Lo dudo. Él sólo conoció a Charisse a través de mí.

-Ahora que lo dice, su madre me ha contado que Charisse salía con una banda de gamberros de Lockaby. Pregúntele a Cornell si recuerda a alguno en particular. Podríamos investigar varios nombres.

-¿De verdad espera encontrar al asesino después de todos estos años?

-Nos gustaría conseguirlo -respondí-. Espero volver a hablar con usted.

-No le prometo nada, pero haré lo que pueda.

Volví al motel y llamé al doctor Spears. Le dije a la señora Gary, su secretaria, lo que me había contado Medora Sanders. Recordó a Charisse Quinn en cuanto oyó su nombre. Tomó nota y dijo que transmitiría la información al dentista. Me aseguró que, si el doctor Spears encontraba un momento, buscaría la ficha dental de la muchacha en las cajas de archivos antiguos. Y si él no podía, prometió que lo haría ella. Se lo agradecí efusivamente. Cuando colgué, me senté en el borde de la cama, sonriendo de oreja a oreja. Por fin tenía algo que celebrar. Me moría de ganas por contárselo a Dolan. Si la ficha dental coincidía, mi corazonada era cierta. Estaba convencida de que era ella, pero necesitábamos pruebas concretas.

18

Crucé la puerta principal del hospital de Quorum y pregunté en recepción cómo se llegaba a la UCC, la unidad de cirugía cardiaca. El edificio no era muy grande, pero parecía muy moderno, al menos a juzgar por lo que había visto al llegar. Cuando llegué a la planta que buscaba me enteré de que habían llevado a Dolan al quirófano. El cardiólogo de Palm Springs había llegado hacía una hora y había movilizado a todo el mundo para operar cuanto antes. La enfermera de guardia me hizo un resumen de la situación, para lo que consultó en el ordenador. Me aseguró que todo iba bien, aunque Dolan tardaría un rato en salir del quirófano. Sugirió que la llamara a las siete, una hora a la que seguro que ya había vuelto.

Al salir del hospital me desapareció la euforia. Eran las cuatro y media. No podía ver a Dolan y no había forma de saber a qué hora llegaría Stacey Oliphant. Tampoco sabría nada de Justine hasta el día siguiente, si es que se decidía a llamar, lo que significaba que no quedaba nadie con quien hablar ni nada por hacer. Volví al Vista Marina. Dejé el coche en el aparcamiento del motel y saqué de la máquina expendedora una lata de Pepsi light. Entré en la habitación de Dolan utilizando su llave y recogí la Smith-Corona. Una vez instalada en mi cuarto, organicé un minidespacho con la mesa del motel. Pasé las notas a máquina, proceso en el que invertí casi hora y media.

A las seis y cuarto abrí el listín telefónico y consulté las páginas amarillas en busca de la pizzería más cercana. Llamé y pedí que me llevaran una pizza mediana de salchichas con

jalapeños y ración doble de queso. Dadas las limitaciones de la dieta de Dolan, no había habido manera de comer algo así delante de él. Decidí permitirme el capricho, por tener un detalle. Mientras esperaba, volví a la máquina de los refrescos y saqué otra P. light. Cené sentada en la cama con la espalda apoyada en las almohadas, viendo las noticias y sintiéndome totalmente decadente.

Llamé al hospital poco después de las siete y hablé con la enfermera de guardia de la UCC. Dijo que Dolan estaba en su habitación, por si quería visitado, y eso hice, naturalmente.

Ya había oscurecido completamente y la temperatura había caído en picado cuando salí de la habitación y me dirigí al hospital. A pesar del luminoso casco de contaminación que cubría el pueblo, las estrellas se veían tan claras como si fueran alfilerazos en un papel negro que tuviese una luz detrás. La luna todavía no había salido, pero se veía por dónde se aclararía la noche y, cuando se elevara en el cielo, el desierto brillaría como una bandeja de plata. Dejé el coche en el aparcamiento del hospital y crucé las puertas de entrada por segunda vez aquel día.

Todas las luces estaban encendidas, cosa que daba al lugar un aire cálido y acogedor. El vestíbulo estaba lleno de visitantes vespertinos. Dejé atrás la tienda de regalos y la cafetería y subí al primer piso en el ascensor. Me asomé a las habitaciones compartidas, en todas vi las cortinas corridas y los televisores que había en los rincones transmitían reposiciones. Debían de haber servido la cena a eso de las cinco y media, porque los carritos con las bandejas seguían en el pasillo. Vi platos de comida a medio consumir: judías verdes de

bote con filete Salisbury (que es una forma elegante de decir carne a secas) e incontables paquetes sin abrir de barritas saladas de trigo. Había tazas de plástico con una gelatina roja, compacta y sin que la hubieran probado, y sospeché que la dietista del hospital debía de estar desesperada. Aquellas comidas, al igual que las de las escuelas primarias, tenían mejor aspecto sobre el papel que sobre el plato de los desdichados comensales. La mitad de la comida acababa en la basura.

La unidad de cirugía cardiaca estaba tranquila y habían bajado la intensidad de las luces. Dolan se encontraba en una habitación individual, unido por tubos y cables a una fila de monitores. Los signos vitales destellaban en un recuadro, como la hora y la temperatura en los relojes y termómetros digitales de la fachada de los bancos. La decoración estaba pensada para reducir al máximo la sensación de estrés. El azul era relajante y el verde claro y suave. Había una fila de ventanas y un reloj de pared, pero no había televisor ni periódicos que pregonaran la ración diaria de desastres económicos, asesinatos, catástrofes y accidentes mortales.

Le habían quitado las sondas y vi la moradura que el catéter le había dejado en el brazo. No se había afeitado en veinticuatro horas y su cara parecía ya un cepillo de dientes después de limpiar con él las baldosas del cuarto de baño. Le salían dos cánulas de plástico transparente de la nariz. Por lo demás, estaba despierto, tenía buen color de cara y había recuperado parte de su viveza. Parecía cansado, pero no agotado. En cualquier momento se pondría a refunfuñar por no tener nada para beber ni para fumar.

-Buenas, teniente, tiene un aspecto estupendo. ¿Cómo se encuentra?

-Mejor. Casi humano.

Oí un murmullo detrás de mí, me di la vuelta y vi a una enfermera en la puerta, cuarentona, de ojos oscuros y pelo castaño brillante con mechas doradas. Vestía de calle, pero las suelas de sus zapatos eran de crepé y llevaba en la pechera una cédula que decía CHRIS KOVACH, ENFERMERA.

-Disculpen si molesto -dijo-, pero hay un señor en el puesto de enfermeras que asegura que es pariente del caballero. He consultado su ficha, pero no figura como contacto de urgencia ni como familiar.

Dolan se quedó impávido.

-Debe de ser su hermano Stacey -expliqué batiendo palmas-. Cuando lo llamé para contarle lo de su infarto me dijo que se pondría en camino inmediatamente. -Me volví a la Señorita Kovach-. Ya sé que el teniente no puede recibir más de una visita al mismo tiempo, pero su hermano acaba de terminar la quimioterapia por un linfoma y sería maravilloso estar todos juntos después de todos estos meses.

Había creído que los detalles médicos despertarían simpatías, pero me miró como quien está acostumbrado a oír cuentos así tres veces al día por término medio.

-¿Su hermano? Yo no le veo ningún parecido físico.

-Es porque está calvo. Con pelo se parecen tanto que los toman por gemelos.

-Y usted es hija suya -dijo, señalando a Dolan con la cabeza. -Ajá.

-Entonces el del pasillo es su tío Stacey, ¿me equivoco?

-Por parte de madre.

Levantó un dedo de advertencia.

-Por esta vez pase, pero no se entretengan mucho. No apartaré el ojo del reloj. Nada de trampas con el horario.

-Gracias, enfermera -dijo Dolan con vocecita humilde. Fue aquella humildad lo que finalmente hizo aflorar en los labios de la enfermera la sonrisa que había tratado de contener.

Stacey apareció en la puerta al poco rato. Me alegró ver que llegaba sin el gorro de punto, luciendo su atractivo mosaico de zonas peladas y matas de pelusa. Así sabría la enfermera que al menos en aquello no le había mentido.

-¿Cómo has venido? -preguntó Dolan-. Creía que habías vendido el coche.

-He alquilado uno, un Ford pequeñito y fantástico con el que he llegado volando. Me extraña que no me hayan puesto una multa. ¿Qué tal estás?

-Y eso que no tienes permiso de conducir.

Stacey acercó una silla y me la ofreció.

-¿No quieres sentarte?

-Siéntese usted. Yo quiero crecer.

Como la visita estaba cronometrada, interrumpimos los cumplidos de rigor para concentramos en Juana Nadie.

-Creo que he encontrado una pista -dije. Les conté lo del edredón con retales de margaritas estampadas que me había conducido hasta Medora Sanders-. Según Medora, el nombre de la chica es Charisse Quinn. Al parecer estaba amparada por el tribunal tutelar de menores, que la dio a una familia de acogida a través de los Servicios Sociales del condado de Riverside. Tanto Medora como su hija dicen que era un grano en el culo: embustera, promiscua y malhablada. Según Medora, vivió con ellos unos cinco meses y se marchó sin despedirse. Fue en el verano del 69. También he de decir que Wilbur Sanders, el marido de Medora, desapareció por entonces. Le pregunté si las dos desapariciones podían estar

relacionadas, pero no le gustó la idea. Esperemos que el doctor Spears pueda confirmar la identidad cuando encuentre su ficha.

-¿Sabes en qué fecha se fue esa muchacha?

-Todavía no lo sé con exactitud. La época coincide, o eso parece. Espero volver a hablar con Justine para que concrete algo más sobre la fecha. Por cierto, está casada con Cornell, el hijo de Ruel; puede que esto tenga algún significado.

-¿El tipo del taller de tapicería de coches? -intervino Stacey. -El mismo -dijo Dolan-. El Mustang estaba criando polvo en su cobertizo.

Stacey arrugó la frente.

-Y esa fuga. ¿Estás segura de que se llamaba Charisse Quinn?

-Totalmente -contesté-. ¿Por qué?

-Porque ese nombre figura en un antiguo informe. Puedes comprobarlo tú misma. Su madre llamó a la oficina del sheriff aproximadamente a la semana de iniciarse la investigación. Había oído que habían dado a su hija por desaparecida y quería que supiéramos que estaba viva y coleando.

-Ahora lo recuerdo. Tiene razón. Sabía que había visto el nombre, pero no recordaba dónde.

-Bueno -repuso Dolan-. No podría ser Juana Nadie a menos que resucitara de entre los muertos. Has dicho que la madre llamó una semana después del descubrimiento del cadáver.

-La mujer que llamó dijo que era la madre de Quinn. Pero pudo haber sido cualquiera -recordó Stacey.

-No creo que los antiguos informes de llamadas existan todavía -dije.

-No, no es probable -remachó Dolan-. Ha pasado demasiado tiempo. Lo más que podemos esperar es que el ayudante del sheriff anotara el número cuando recibió la llamada.

-A ver qué aporta el dentista -dijo Stacey-. Si la ficha coincide, sabremos que la víctima es Quinn y la llamada un engaño.

-¿Sabemos algo del Mustang? -preguntó Dolan.

Stacey sonrió y levantó tres dedos.

-Tres cabellos rubios en la bisagra del maletero, de características parecidas a las del pelo de Juana Nadie. No son concluyentes, desde luego, pero refuerza la teoría de que la metieron en el Mustang para transportarla. Alguien se esforzó mucho por limpiar el coche, pero los técnicos han encontrado huellas dactilares y una huella parcial de una mano en el gato. El tipo debió de apartarlo para hacer sitio en el maletero.

-¿Y las manchas? -pregunté-. ¿Eran de sangre?

-Enviamos la alfombrilla al laboratorio de Colgate, pero pasarán semanas hasta que tengamos los resultados. Estamos de suerte; ahora tenemos una tecnología de la que carecíamos en aquella época. Puede que la sangre sea toda suya o que esté mezclada con sangre del asesino.

-Parece que la siguiente pregunta es si las manchas del maletero coinciden con las de la lona. Para que hubiera un apuñalamiento tan encarnizado, la chica tuvo que ofrecer resistencia -dije.

El tono de Stacey era de duda.

-Quizá, pero no olvides que le ataron las manos y el informe del forense no habla de heridas defensivas'.

-Aun así, es posible que el tipo se hiciera algún corte –dijo Dolan.

-Ojalá. El problema es que no tenemos ningún sospechoso para hacer comparaciones.

-Rectifica. No tenemos ningún sospechoso todavía.

Levanté la mano.

-¿Podría alguno de los dos preguntar a Ruel por la lona?

Quiero saber si era suya.

Dolan dio un bufido.

-¿y por qué uno de nosotros? ¿Por qué no tú?

-Vamos. Usted sabe que me recibirá a gritos. Pero a ustedes no.

-Gallina.

-Cobardica.

Sonreí.

-Creía que los tipos duros estaban para eso. Para hacer el trabajo sucio.

-Yo hablaré con él -dijo Stacey-. No se atreverá a meterse con un enfermo.

-Un momento, Stacey -le interrumpió Dolan-. No te pases. Dijiste que te encontrabas bien. El enfermo soy yo. Y si no, mira dónde estoy.

-Pues ve tú a verlo. ¿Qué más da? El caso es averiguar de dónde procedía la lona.

-¿Y cómo lo vas a saber? Ese maldito trapo ni siquiera tiene una etiqueta con el nombre del fabricante. Aparte de eso, tampoco me parece tan importante.

-Puede que el asesino fuera un camionero. A veces utilizan lonas para asegurar la carga. -Me interrumpí-. Ay, por favor.

-¿Qué?

-He tenido un flash.

-¿Sobre qué?

-Si la víctima es Charisse y el cadáver se transportó en el Mustang, vuestra teoría sobre Miracle se va por el desagüe.

-¿Por qué supones eso? -dijo Dolan arrugando la frente.

-Sabemos que Frankie robó el Chevy de Cathy Lee. ¿Cómo pudo conducir dos coches, uno desde Quorum y el otro desde Venice, de modo que los dos llegaran a Lompoc a la vez?

Dolan hizo cálculos mentales.

-Pudo hacer dos viajes.

-Venga ya. Según eso, mató a Charisse, fue con el Mustang a Lompoc, tiró el cuerpo, abandonó el coche y fue a Venice en autoestop para apuñalar a otra persona.

-Tendría un cómplice -dijo Dolan.

-¿Para hacer qué? No hay ninguna conexión entre los dos asesinatos, a menos que me haya perdido algo.

-A Dolanno le gusta la idea de que Frankie pueda ser inocente -dijo Stacey.

-No es que no me guste la idea, es Frankie el que no me gusta -replicó Dolan irritado-. Pero lo que dices tiene sentido. ¿Cómo se te ha ocurrido?

-No lo sé. Me recuerda a aquellos problemas de matemáticas del instituto. En el momento en que leía lo de los dos trenes, uno que sale de Chicago a noventa por hora, y el otro etcétera, etcétera, la mente se me quedaba en blanco. Dejé las matemáticas en cuanto me lo permitieron.

-¿No te lo creías cuando te insistían que las matemáticas te serían útiles en la vida?

-Yo no me creía nada.

Chris Kovach carraspeó en la puerta y señaló su reloj.

-Ya nos vamos -dijo Stacey, y se levantó de la silla.

-Pueden volver mañana, pero de uno en uno.

Stacey me siguió hasta el motel en su coche y aparcamos juntos. Lo acompañé a la habitación de Dolan y le di la llave. Abrió la puerta y dejó su petate en una silla. Habían limpiado la habitación y los muebles estaban en su sitio. Eran las nueve y media y yo ya estaba lista para irme a dormir. Daba por hecho que también Stacey estaría cansado y querría meterse en el sobre.

-Si quiere, podemos desayunar juntos. ¿A qué hora se levanta usted?

-Un momento. Me he pasado horas en la carretera y no he soltado el volante hasta llegar al hospital. Todavía no he cenado. ¿No es un Arby eso que hay en la calle principal?

-Sí, pero el Quorum Inn todavía está abierto. ¿No preferiría comer sentado como Dios manda?

-En Arby hay mesas. Nunca he probado las Arby-Q Se llaman así, ¿verdad? Ahora que me has iniciado en la comida rápida, tengo que ponerme al día.

Me senté con Stacey mientras engullía una Arby-Q dos raciones de patatas fritas y un bocadillo de ternera asada que chorreaba una salsa amarilla que se rumoreaba que era queso. Parecía haber engordado unos kilos desde la última vez que lo vi.

-¿Come de esto a menudo?

-Un par de veces al día. Descubrí una compañía de taxis que reparte comida rápida a domicilio, algo así como Comida con Ruedas. Hmmm, qué bueno está. Me siento un hombre nuevo. No me habría enterado nunca si tú no me hubieras descubierto la existencia de esta porquería.

-Encantada de servir al prójimo. Personalmente, nunca he pensado en la comida basura como en una declaración de principios, pero ahí está.

Stacey se limpió la boca con la servilleta.

-Ni se te ocurra chivarte a Con. Me llamó el funcionario de la condicional de Frankie. Dench dice que quizás haya cometido una infracción. Al parecer abandonó el condado sin permiso.

-¿Cuándo?

-Ayer.

-Me deja usted boquiabierto. Oyendo hablar a Frank cualquiera diría que conoce todas las normas y reglas y que no tenía intención de saltárselas. ¿Por qué habrá cambiado de idea?

-Tal vez por vuestra visita. Con dijo que parecía tranquilo, pero nunca se sabe. ¿Qué planes hay para mañana?

-Hablaremos con Ruel. Tengo la excusa perfecta. Todavía no le he devuelto el edredón a Edna. Podemos preguntarle por la lona cuando vaya.

Stacey adelantó la cabeza.

-Kinsey, somos policías. No necesitamos excusas. Son ellos quienes nos las tienen que dar.

-Ah -admití avergonzada-. Pues es verdad.

Cuando regresamos al motel eran las diez y cuarto. Arreciaba el viento y crucé los brazos para protegerme del frío.

-Espera un momento -dijo Stacey-. Llevo tu cazadora en el maletero.

Me quedé al lado de su coche mientras él lo abría y sacaba la cazadora de aviador junto con un abultado paquete postal para mí.

-¿Qué es esto?

-Me lo dio Henry. Dijo que lo había encontrado en la puerta de tu casa y que supuso que no querrías esperar. ¿Qué es?

Llevé el paquete a la luz.

-Ni idea. El matasellos es de Lompoc, lo que quiere decir que podría ser de la tía Susanna.

-No sabía que tuvieras familia.

-No tengo. Bueno, más o menos. El jurado está deliberando todavía.

-Entendido -dijo-. Te dejo sola para que lo abras. Buenas noches.

-Buenas noches -me despedí.

Ya en la intimidad de la habitación, encendí la luz y dejé la cazadora. Puse el bolso en una silla y me senté .en la cama con el paquete en los muslos. Le di la vuelta y vi una lengüeta que abría una ranura en el borde. Rasgué la tira y miré dentro. Saqué un álbum de piel. Recordé que me había hablado de las fotos de familia, pero no imaginé que fuera a enviármelas. Pasé las páginas de cartulina negra, con las fotos en blanco y negro pegadas y sujetas por las puntas con trabillas de papel. Algunas fotos se habían soltado y estaban remetidas en el lomo del álbum. Debajo de cada una habían escrito con tinta blanca el nombre de la persona, la fecha y las circunstancias.

Allí estaban. Todos. Mi madre. Tíos y tías. La boda de mi abuelo Kinsey con mi abuela Cornelia Straith LeGrand. Niños vestidos de bautizo con faldones que les llegaban hasta el suelo. Fotos de grupo en las que aparecían primos, criados y perros de la familia. En muchas, las caras eran solemnes y las posturas tan rígidas como muñecas recortables pegadas en la

página. Una Navidad en la hacienda con todo el mundo reunido alrededor de un abeto cargado de adornos, guirnaldas y luces. Una merienda estival al lado de la casa, con mesas de madera sobre la hierba. Vestidos largos, delantales, pamelas de paja con las alas llenas de flores artificiales; las mujeres eran pechugonas y de espaldas amplias, con los pechos levantados por corsés que exageraban la anchura de sus caderas. Había dos hombres con uniforme militar de la primera guerra mundial. Uno aparecía en reuniones familiares posteriores y al otro no se le volvía a ver. Los hombres iban unas veces en mangas de camisa, con chaleco oscuro y bombín negro; otras llevaban chaqueta estival de rayas y sombrero panamá. Se notaba el paso de los años en que las faldas eran cada vez más cortas y en que las mujeres mostraban cada vez más brazo. De repente, el día de Acción de Gracias de 1932 todas las niñas aparecían acicaladas como Shirley Temple. La Gran Depresión, por lo visto, no afectó a la casa ni a sus habitantes, pero el tiempo iba pasando.

Muchas de aquellas personas habían muerto ya. Los adultos serían ancianos. Los niños se habrían casado y tendrían hijos propios. Allí estaba mi madre, otra vez con aquel vestido blanco hasta los pies en la fiesta de su puesta de largo, el 5 de julio de 1935. Había más fotos de la ocasión. En una habría jurado que el fotógrafo había pillado a mi padre al fondo, con los ojos fijos en ella. Aunque nunca había visto una foto de mi padre, me pareció reconocerlo. Las páginas siguientes estaban vacías, un tercio del álbum estaba vacío. Era realmente extraño. Pensé en aquello y me pregunté por qué la historia familiar, tan cuidadosamente registrada hasta aquella fecha, se había interrumpido de repente.

Virgen santa, ¿sería verdad?

Mis padres se habían fugado. Había visto una copia de su licencia de matrimonio, fechada el 18 de noviembre de 1935. Mi abuela había puesto el grito en el cielo. Estaba empeñada en que Rita Cynthia se casara con alguien a quien ella considerase digno de su hija mayor. Pero mi madre se había enamorado de un vulgar cartero, que por si fuera poco había sido camarero el día de su puesta de largo. Aquel año, por lo visto, no se celebró el día de Acción de Gracias. Y muy pocas cosas se celebraron desde entonces.

19

El sábado por la mañana, después de desayunar, fuimos a casa de los McPhee. El día era claro y soleado. El viento había cesado y el desierto parecía una sábana de niebla beis y malva. Los cactos, mezquites y larreas mexicanas crecían a intervalos, como si los hubiera plantado un horticultor. Más allá, sin que los viéramos, los linces, las zorras, los búhos, los halcones y los coyotes se estarían alimentando con los vertebrados más pequeños. Había leído que las liebres representaban el cincuenta por ciento de la dieta de los coyotes, así que cuando el mal tiempo reduce la población de liebres, también se reduce la de coyotes, por lo que se mantiene el equilibrio en la despensa de la Naturaleza. Nos detuvimos brevemente en la calle y le señalé el cobertizo donde habíamos encontrado el Mustang.

-Me pregunto por qué se enfadaría tanto cuando le embargaron el coche -dijo Stacey.

-Supongo que porque invadimos su terreno. Usted habría hecho lo mismo en su lugar.

-No estoy tan seguro. Parece que sabe más de lo que da a entender.

-Quizá sea sólo otro viejo cascarrabias acostumbrado a hacer lo que le viene en gana.

-No veo nada malo en eso.

-Stace, no estaba hablando de usted.

Llamé al timbre y nos quedamos en el porche esperando a que abrieran. En el patio trasero se oían el rumor de niños jugando y alborotando y los ladridos de un perro.

Edna abrió la puerta por fin y puso cara de desconcierto.

-Ah. No esperaba volver a verla -dijo, y apartó educadamente la mirada de la rala cabeza de Stacey.

-Hola, Edna. ¿Qué tal está? Le presento al agente Oliphant de la oficina del sheriff de Santa Teresa. ¿Venimos en mal momento?

-Tengo aquí reunido al Comité Auxiliar de la Iglesia baptista, y estamos ocupadas.

Le alargué el edredón.

-No tardaremos mucho. Sólo quería devolverle esto.

Edna tomó el edredón, murmuró «gracias», y fue a cerrar la puerta.

Puse la mano en el marco para impedírselo.

-Esperábamos ver a Ruel. ¿Está aquí?

-Está en el garaje.

-¿Le importa si hablamos con él?

Cedió con un tic de irritación.

-También pueden cruzar la casa y salir por detrás. Es más rápido que dar toda la vuelta.

Entramos mientras cerraba la puerta. La seguimos por todo el pasillo.

-¿Ha hablado con Medora? -preguntó.

-Sí. Estuvo fantástica. Muchas gracias.

En la cocina había cinco mujeres sentadas alrededor de la mesa, sobre la que se veían múltiples hojas parroquiales y grandes sobres blancos. Las cinco nos miraron y sonrieron con expectación mientras nos dirigíamos hacia la puerta trasera. Edna se detuvo un momento a dejar el edredón al pie de la ventana. Reparé en que no nos presentaba, probablemente porque no tenía ganas de explicar qué hacían allí un

agente de un sheriff de otra población y una investigadora privada.

En la encimera había un termo grande lleno de café, una bandeja con dulces y servilletas de papel. La única silla vacía era indiscutiblemente la suya. Dos mujeres doblaban las hojas parroquiales mientras otras dos las metían en sobres. La restante lamía la goma de los sobres y pegaba los sellos. La reconocí: cabello castaño claro, ojos castaños, y pecas en la nariz. La había visto en el instituto Quorum, donde trabajaba como secretaria del señor Eichenberger.

-Hola, ¿cómo está? -saludé y me detuve.

-Bien.

-Soy Kinsey Millhone. Disculpe, lo siento, pero he olvidado su nombre.

-Adrianne Richards.

Edna vaciló y dijo:

-Es mi hija.

-Ah. Bueno, encantada de volver a verla. Aquí el agente Oliphant -dije y le obligué a efectuar una ronda de presentaciones.

La verdad es que no me gusta forzar a nadie, pero ¿qué otra cosa puede hacer una pobre chica como yo?

Una mujer se levantó y empezó:

-Soy Mavis Brant. Les presento a Chalice Lyons, Harriet Keres y Adele Opdyke.

Stacey hizo como que se quitaba un sombrero imaginario y el detalle pareció complacer a las mujeres.

Les sonreí brevemente y me volví hacia Adrianne.

-¿Es usted hermana de Cornell? No me había dado cuenta. Qué pequeño es el mundo.

-¿Verdad? -Me sonrió por encima antes de volverse a la mujer sentada al final de la mesa-. Por favor, Harriet, pásame más sobres.

Harriet entregó un fajo de sobres a Adele, y ésta se lo entregó a su vez a Adrianne, que hacía como que estaba ocupada en otra cosa. Debía de estar casada, porque, si en la placa de su mesa hubiera puesto «McPhee», le habría preguntado si estaba emparentada con la familia. Me miró un instante de reojo y se puso a hablar con la mujer que tenía al lado.

-Bueno, no queremos entretenerlos -dijo Edna para echarnos de allí.

Stacey y yo cruzamos la puerta trasera y bajamos los escalones del porche, camino del garaje. La nieta de Edna, Cissy, y sus dos rubias hermanas mayores correteaban por el patio medio histéricas, con un perrito saltando detrás de ellas y mordisqueándoles los talones. En aquel momento el perro enganchó el calcetín de Cissy con los dientes. Sin dejar de gruñir, estiraba e intentaba clavar las patas en el suelo, mientras la niña lo arrastraba por la hierba. Fantaseé con mordiscos de perro, sangre e inyecciones antitetánicas a última hora de la tarde. No vi ni rastro de Justine, así que supuse que había endosado las niñas a los abuelos mientras ella se iba a otra parte.

Me llegó el olor del tabaco de Ruel antes de verlo. Estaba en la misma silla de madera, con el mismo sombrero de paja echado hacia la nuca. Parecía pequeño e inofensivo y advertí que Stacey se quedaba perplejo ante la idea de que aquel canijo me hubiera asustado. Tenía aproximadamente la edad de Stacey, setenta y tantos años. Estaba viendo otro programa de televisión con la concentración de un niño. Esta

vez eran unos dibujos animados tan subnormales que hasta las niñas preferían que las persiguieran y mordieran los perros.

-¿Otra vez por aquí? -preguntó Ruel, sin mover la cabeza-. ¿Quién es su amigo?

Stacey dio un paso adelante con la mano extendida.

-Stacey Oliphant, señor McPhee. Soy investigador de homicidios de la oficina del sheriff de Santa Teresa. Mucho gusto en conocerlo.

Ruel le estrechó la mano sin ganas.

-Supongo que han venido a confiscarme más cosas. Es una vergüenza que puedan entrar aquí y llevarse lo que quieran.

-Entiendo su punto de vista. Pero la ley es la ley. Nosotros no la hemos hecho, nosotros nos limitamos a aplicarla –sentenció Stacey.

-Ya se nota -dijo Ruel-. Ahora ya no puedo hacer nada. Pero procuren que el coche vuelva sin un rasguño.

-Alto ahí -intervine-. ¿Cree que eso es posible? El coche ya estaba abollado.

Ruel alzó los ojos al techo con fastidio.

-Ni un rasguño más de los que tiene.

Stacey nos interrumpió.

-Señor McPhee, llegué anoche, así que soy nuevo en el lugar. Si no es mucha molestia, me gustaría que me pusiera al corriente de lo que ocurre.

-Pregúnteselo a ella, ya que es tan lista. Yo tengo cosas mejores que hacer.

-Ella dice que hizo usted un buen negocio con ese coche.

Como si fuera una grabación, Ruel recitó los detalles de su buena suerte.

-Conseguí el Mustang gratis en 1969. Un tipo lo dejó en la tienda para que le tapizaran los asientos. Robaron el coche y, cuando lo recuperaron, no quiso saber nada de él.

-¿En serio? Qué chollo -exclamó Stacey, como si estuviera impresionado-. ¿y por qué ha tenido encerrado el coche todos estos años?

-Mi hijo y yo queríamos restaurado, pero ahora van y me dicen que lo utilizaron para una especie de plan criminal. Un homicidio, ¿no?

-Sí, señor. Como comprenderá, nos interesa mirarlo de cerca.

-Pues deberían hablar con el propietario anterior. Un tipo llamado Gant. Podría haber robado el coche él. ¿No se les ha ocurrido?

-Creo que no. ¿Por qué iba a robar su propio coche y luego regalárselo a usted?

-¿Por qué hace la gente lo que hace? Puede que estuviera loco.

-Siempre cabe esa posibilidad. Pero da la casualidad de que está muerto.

-Lástima. Habrían podido fastidiarlo a él y no a mí -replicó Ruel. Encendió un cigarrillo con una cerilla de madera que tiró en el frasco que tenía al lado-. El caso es que no sé nada de ningún asesinato, ni mi hijo tampoco. Cornell no tardará en venir por sus hijas y por ese asqueroso perro. Hablen con él. Aunque si quiere mi opinión, será una pérdida de tiempo.

-Podría ser. Forma parte del trabajo policíaco, seguimos un sinfín de pistas que no llevan a ninguna parte. Por ejemplo, sentimos curiosidad por una lona que se arrojó con el cadáver de la chica. ¿Sabe algo de eso?

-¿Qué clase de lona?

-Una lona fina, tipo lienzo. Como las que se emplean para tapar coches y muebles. La señorita Millhone vio un par de lonas en la tienda y se preguntaba si en aquella época echaron en falta alguna.

-No. No sabría decirles. Da la casualidad de que tengo muchas lonas, pero nunca se han llevado ninguna ni me importaría que lo hicieran. Las lonas son baratas. Dense una vuelta por el Kmart del pueblo si dudan de mi palabra.

-¿Y una funda de coche? ¿Recuerda si el Mustang tenía puesta una cuando se lo llevaron?

-Ya he contestado a eso. Todas mis lonas y fundas de coche están en su sitio.

-¿Las compra en el pueblo?

-¿Cree que las cambio por cupones? Ustedes parecen perros persiguiéndose el rabo. Intenten otra cosa. Estoy harto de lonas.

Stacey y yo cambiamos una mirada mientras Ruel volvía a concentrarse en la pantalla del televisor. Stacey se apoyó en la otra pierna.

-¿Recuerda por casualidad a una joven del pueblo que se llamaba Charisse Quinn? Tenía la misma edad que sus hijos, así que puede que la conociera a través de ellos.

-No me suena. ¿Es la que mataron?

-Sí, señor.

-No recuerdo nada de eso.

Toqué a Stacey en el brazo y me acerqué para murmurarle una pregunta. Stacey asintió y dijo:

-¿Qué pasó con el padre de Justine? Medora nos contó ayer que la abandonó.

-Un triste ejemplar de hombre, si quiere saber la verdad.

-Nos han dicho que era mujeriego.

-Todo el mundo lo sabía menos su mujer. No quisiera hablar mal de ella, pero desde hace años tiene un serio problema con la bebida. Edna y yo nunca tomamos alcohol ni licores de ninguna clase. Es algo que Justine siempre ha sabido valorar.

-Hablaba usted de las andanzas del padre. ¿Qué sabe al respecto?

-Solía ir a los clubes de señoritas de Palm Springs. Le decía a Medora que trabajaba hasta tarde y se iba de putas.

-¿Lo sabe con certeza o eran simples rumores?

-Me lo contó él mismo. A Wilbur le gustaba beber tanto como a Medora, y cuando estaba borracho se ponía a fanfarronear. Era más feo que un mono, pero debía de tener gancho. Contaba que entraba en un bar y que las mujeres se le echaban encima. Casadas o solteras, eso no le importaba. Pedía una copa e invitaba a la chica que tuviera sentada al lado. Si la chica aceptaba, sacaba la cartera y decía que no tenía suelto, sólo un billete de cien dólares. Al final pagaba ella, convencida de que él aflojaría el dinero cuando terminase la velada. Antes de que la chica se diera cuenta, ya lo tenía dentro de las bragas, y ella seguía tragando. Nunca imaginé que hubiera mujeres tan idiotas, pero eso decía él.

-La joven que he mencionado, Quinn, estaba a cargo del tribunal tutelar de menores. Una asistente social la alojó en casa de los Sanders.

Ruel se volvió para mirar a Stacey.

-¿Se refería a aquella muchacha? Acabáramos. No pensaba en ella desde hacía una eternidad. Quinn. Claro. Debería haberlo dicho al principio.

-Hasta ayer no sabíamos cómo se llamaba. ¿La conocía bien?

-La conocía de oídas, pero nada más. Según Cornell, tonteaba con todos los chicos que conocía. «Liberal con sus favores», decía él. Se los llevaba a Tuley-Belle para hacer manitas.

-¿Juley-Belle?

-Es una urbanización de las afueras. Un complejo que empezaron a construir dos tipos en 1968. Lean Tuley y Maurice P. Belle. Lo tenían a medio construir cuando se arruinaron, así que el lugar se quedó como estaba. A los chicos les gusta porque hay partes que tienen techo y paredes. Las cañerías y la instalación eléctrica están destrozadas, pero, para lo que van allí, me parece que no las necesitan.

-¿Le habló alguna vez Wilbur Sanders de la chica?

-No lo conocía bien, sólo como padre de Justine. Cornell ya salía con ella y de vez en cuando nos reuníamos las familias. Medora casi siempre estaba borracha. Justine me daba pena. Se quedaba sentada tratando de ocultar la vergüenza y la turbación. Y Wilbur murmuraba una disculpa, venía aquí y me regalaba el oído con sus hazañas sexuales. Yo creo que tendría que haber prestado más atención a su mujer.

-¿Y Charisse?

-No sé nada en concreto. Wilbur era demasiado caballeroso para mencionar nombres. En cuanto llegaban, él se excusaba y se venía aquí. Siempre llevaba encima una petaca de ron moreno y fumábamos unos cigarrillos. Cuando se ponía a

hablar era difícil cerrarle la boca. Por lo que sé, seguía haciendo escapadas a Palm Springs y Medora ni se enteraba.

-¿Y cree que le habría importado con lo que bebía? -pregunté.

-¡Pues claro! A las señoras no les sienta bien la infidelidad. Son capaces de sacarte los ojos.

Oí que entraba un coche por el camino de acceso y al volverme vi a Cornell aparcando su furgoneta blanca de caja descubierta. Cuando apareció en la puerta trasera de la casa, sus tres hijas corrieron hacia él y se subieron a sus piernas, y el perro se puso a dar brincos alrededor como una pelota de baloncesto. Hubo gritos y abrazos, subrayados por los agudos ladridos del perro. Cornell se deshizo de ellas y vino hacia nosotros peinándose con los dedos y metiéndose un faldón de la camisa que le habían sacado las niñas.

-Hola, papá -dijo con vehemencia. A mí, en cambio, me saludó con menos burbujas que un vaso de Coca-Cola de hacía dos días.

Le presenté a Stacey y se dieron la mano.

-Estábamos hablando de Charisse -informó Stacey.

A Cornell pareció afectarle el tema.

-Ya me lo ha contado Justine. Lamento saberlo.

-¿Era amiga suya?

-Bueno, no, pero la veía en el instituto; antes de que la expulsaran Y la enviaran a Lockaby.

-¿Tenía novio?

-Nunca se lió en serio con nadie que yo conociera. Salía con muchos chicos, algunos eran compañeros míos.

-¿Se le ocurre algún nombre, así de repente?

Cornell meditó un momento.

-Creo que Toby Hecht y George Baum. Podrían empezar por ellos.

Stacey anotó los nombres mientras Cornell miraba por encima de su hombro.

-Es Baum, no Baun -señaló.

-Entendido. ¿Y cómo podría localizar a estos dos? ¿Viven todavía por aquí?

-George es el mejor candidato. Vende coches nuevos y usados en Blythe. De Toby no sé nada. Hace años que no hablo con él.

Ruel había estado atento a la conversación y se puso de pie.

-Me van a tener que disculpar, pero he de ver a un individuo a propósito de un perro. Encantado de haber hablado con ustedes.

-Igualmente -dijo Stacey, tocándose la cabeza como si llevara sombrero.

Ruel echó a andar hacia la casa.

Stacey le preguntó a Cornell:

-¿Y Wilbur Sanders? ¿La vio con él?

Cornell se apoyó en la otra pierna. Buscó en el bolsillo de la camisa y sacó un paquete de tabaco. Lo agitó para que saliera un cigarrillo y lo encendió, mirando hacia atrás para comprobar que ni Edna ni Ruel estaban mirando.

-Lo siento, pero no estoy dispuesto a hablar mal del padre de mi mujer.

-No le pedimos que nos cuente habladurías -dijo Stacey-. Estoy convencido de que es un buen hombre.

Cornell no parecía preparado para llegar tan lejos.

-Lo único que sé es que mi mujer no quiere pensar mal de él, aunque se fuera de casa.

-Buena razón. Qué es lo que su mujer rehuye pensar? ¿Qué Wilbur engañaba a su madre?

-Yo no he dicho eso. Él tenía que soportar muchas cosas.

-¿Se refiere al alcoholismo de Medora? Desde luego, es algo capaz de desunir a una familia. Pero como nos han contado que Charisse iba detrás de todos los hombres, es lógico que nos preguntemos si también fue detrás de él.

-Creo que ya le hablado bastante. Por favor, no se lo mencionen a Justine. Ei muy susceptible con este tema.

Cornell apagó el cigarrillo y dejó de responder a nuestros sondeos. Stacey abordó el particular desde distintos ángulos, pero fue inútil.

Más tarde, mientras Stacey conducía el coche que había alquilado, dije:

-¿Por qué se pondría así? Me refiero a su laconismo. Stacey cabeceó.

-No sé si estaba mintiendo en algún aspecto, y mintiendo muy mal, o esforzándose por no chismorrear, y haciéndolo peor todavía.

-¿En qué podía mentir? Si no decía nada.

-Deberías hablar con Justine, ya sabes, de mujer a mujer.

Alcé los ojos al cielo.

-Ah, sí, claro. Seguro que se derrumba y me lo cuenta todo.

-Bueno, quizá lo haga. Y ahora vamos al hospital a ver a Con. Es el primer día sin fumar. Seguro que está subiéndose por las paredes.

-¿Y usted? No le he visto encender la pipa desde que llegó.

-Lo he dejado; es parte del trato que hice para seguir vivo.

La enfermera de la UCC con la que habíamos tratado la noche anterior no estaba de servicio y no llegaría a la planta hasta las tres. A pesar de nuestro encanto no hubo manera de persuadir a la enfermera de guardia, Meredith Snow, de que nos dejara saltarnos las normas. Me senté en la sala de espera, con la mesita vacía Y cuatro sillas, mientras Stacey entraba en la habitación de Dolan los diez minutos de rigor. Como no había revistas, me entretuve sacando del fondo del bolso la borra, los pelos sueltos y los pañuelos arrugados. Mientras me afanaba en ello vi el listín telefónico de Quorum, que llevaba varios días allí. Me acordé de la lona y me pregunté dónde adquiriría Ruel las suyas. El listín, entre páginas blancas y amarillas, tenía el grosor de un libro de bolsillo mediano e intenté lo más evidente, mirar el epígrafe «Lonas». Había dos apartados: «Alquiler» y «Venta». No me convencía que un asesino alquilara una lona para envolver el cadáver, pero cosas más raras ocurren. La teoría de Dolan sobre el asesino suponía prisas e improvisación, así que era probable que lo más a mano que tuviese fueran lonas de alquiler. Ruel no alquilaba las suyas, pero otra persona sí podía.

«Lonas-Alquiler» me remitió a «Alquiler de servicios» y a «Patios y jardines». De las siete compañías que figuraban, cuatro anunciaban equipo pesado: ascensores, montacargas, excavadoras, herramientas manuales, pulverizadores de pintura, andamios, generadores, compresores y objetos afines. Las otras tres empresas se dedicaban a objetos para fiestas, como toldos y tiendas de campaña. Doblé la página por abajo para mirar más tarde.

Bajo «Lonas-Venta» había una sola compañía, Lonas Por Encargo El Diamante. El anuncio era un poco largo, ya que detallaba con la letra más pequeña que pueda imaginarse todos los productos de la casa, a saber: asfalto, madera, polipropileno, mallas, polietileno, lonas de camión, poliéster con vinilo, vinilo en láminas, toldos, cortinas de soldador, pantallas, mantas, persianas y fundas de muebles. La empresa estaba en Roberts, a una manzana de la calle principal. Seguía mirando el anuncio cuando apareció Stacey.

Metí el dedo en el listín para no perder la página.

-Vaya, ¿ya han pasado los diez minutos? Se me ha hecho muy corto.

-Entró una mujer para sacarle sangre y aproveché para salir a toda pastilla. -Vio el listín-. Buena lectura.

-Pues la verdad es que sí -dije-. ¿Va a entrar otra vez?

-No. Se queja de todo. Ya sabía que estaría insoportable sin su dosis. Creo que voy a acercarme a Blythe para ver si encuentro a ese tal Baum. No está muy lejos, a dieciocho kilómetros. ¿Quieres venir?

-No, yo lo voy a intentar por otro lado. ¿Por qué no me acerca al motel para recoger el coche de Dolan? Si ha terminado a eso de mediodía, podemos ir al Burger King del pueblo y atiborrarnos de Whoppers.

-Me parece un buen plan.

Lonas El Diamante se encontraba en una manzana de edificios de dos plantas de ladrillo rojo entre las calles 23 y 24. Había mayoristas, una casa de muebles abandonada y una tienda de ropa barata. Algunos comercios estaban cerrados con candado y los pocos que seguían abiertos parecían atravesar una mala época. Lonas El Diamante era la única excep-

ción. Aunque el lugar no era el más indicado para la venta directa, los dos teléfonos estaban ocupados. Me quedé al final del mostrador, escuchando por encima a una empleada enfrascada en una larga conversación sobre el descuento que se podía hacer en un envío de lonas de polipropileno y asfalto. La otra empleada terminó de hablar, se levantó y desapareció por una puerta lateral. Mientras esperaba a que me atendieran, eché un vistazo al lugar.

Era una sala vasta y sombría, dos veces más larga que ancha. El techo de zinc estaba a dos plantas de altura, con largas filas de fluorescentes colgando. A la izquierda, una escalera de madera tallada, pintada de un extraño matiz turquesa, subía curvándose al primer piso. En la pared del fondo había una franja horizontal de baldosas de vidrio que dejaba pasar una luz mate. Vi regueros de manchas de agua en la pared; un escape antiguo o una gotera.

Me puse a mirar un folleto que detallaba el número de partes, tamaño, código de barras y peso de una variedad de lonas caqui de doce onzas. Las de seis metros por diez pesaban treinta y cinco kilos, demasiado para llevarlas de un lado para otro. Las lonas oscuras de diez onzas parecían más ligeras, pero temía que no fueran tan resistentes.

La empleada número dos salió de la trastienda. Levantó los ojos, me vio y se acercó al mostrador.

-¿Desea algo?

Parecía cincuentona y tenía los ojos muy maquillados; el pelo teñido de negro, lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Vestía tejanos, una camiseta y botas negras de tacón de aguja. Sus uñas eran óvalos perfectos de color rojo oscuro con una rayita blanca cruzada. Me recordó a Iona y me pregunté si sería una experta en el arte de pintar las uñas.

-Sé que es una petición extraña -empecé-, pero espero que me entienda. -Le hablé de Juana Nadie y de la lona encontrada al descubrir el cuerpo. Le hice un rápido resumen de nuestras razones para creer que la víctima era del pueblo y de nuestras sospechas de que el asesinato y/o secuestro se había producido allí-. No dejo de pensar que la lona en cuestión podría proporcionamos una pista del asesino.

-¿A qué se dedicaba, por ejemplo?

-Algo así. Si pintaba paredes o ponía cañizos...

-Cañizos no -dijo-. Para eso se suele utilizar un rollo grande de papel. Sería útil saber de qué material era la lona. De alpaca, de algodón, de material sintético, de mezcla...

-Bueno, la verdad es que no lo sé, ése es el problema. Al mirar este folleto he visto que hacen cientos de lonas, así que probablemente la pregunta sea absurda.

-No crea. Muchos de nuestros productos entran en otras categorías, por ejemplo en protección de cargamentos, y aquí tenemos lonas para maderas, lonas para camiones... No hay que confundirlas con los lienzos con que los pintores cubren los muebles. Son demasiado grandes. Es una lástima que no la haya traído. Al menos podría decirle si es de las nuestras.

-Lo siento. Está guardada bajo llave en un almacén del norte.

-En ese caso, pensemos en otro método. Casi todos los lienzos son iguales, aunque tenemos de dos clases, natural de ocho onzas y de diez onzas. Si se los enseño, ¿cree que advertirá la diferencia?

-Podría intentarlo.

-Me llamo Elfreida.

-Y yo Kinsey. Gracias por su amabilidad.

La seguí mientras salía de detrás del mostrador y se dirigía taconeando por el suelo de hormigón a una gran mesa sobre la que había dos montones de lonas dobladas. Apartó dos lonas, una de cada montón, y las desdobló sobre la mesa sacudiéndolas como si fueran sábanas.

-¿Le suena?

-Creo que es ésa -respondí, y señalé la más ligera.

-Aquí está el truco -dijo. Levantó un borde y me enseñó la costura cosida en rojo con un pequeño cuadrado rojo en la punta-. No es la marca de fábrica, pero lo utilizamos para todo.

-Alto, alto, alto. Ese cuadradito rojo está en nuestra lona.

-No es un cuadrado. Es un rombo. Un diamante.

-El nombre de la empresa -deduje.

-Claro que eso no nos indica dónde se compró -dijo sonriendo-. Pudo ser aquí en Quorum o en cualquier otra parte. El problema es que las distribuimos a casas de pintura y maquinaria de todo el condado, y además a centros como Target y Kmart. Es imposible seguir la pista a los productos que salen. No les ponemos códigos a estos artículos.

-¿Quién los compra?

-Sobre todo pintores de brocha gorda profesionales. Quien se pone a pintar su casa compra un plástico que pueda tirar cuando haya terminado. Simplifica el trabajo. Se tira a la basura y ya está. El pintor profesional necesita algo que pueda utilizar más de una vez. Estas lonas son resistentes. Duran años. -Siguió hablando, pero yo me había perdido pensando en los pintores de casas. ¿De qué me sonaba? Estaba segura de haber visto algo en un informe de la oficina del sheriff-. Me parece que está usted en otra parte.

-Perdón. No me ocurre nada. Sólo trataba de recordar dónde había visto que se mencionaba a un pintor de casas. Debo comprobarlo. Muchas gracias. Me ha prestado más ayuda de lo que se imagina.

20

Salí de Lonas El Diamante y volví al motel. Vi el carrito de la limpieza delante de mi habitación. La doncella me estaba cambiando las sábanas y utilizaba las sucias para sujetar la puerta mientras trabajaba. Me asomé para ver cuánto le faltaba para terminar. El colchón con funda de plástico quedaba al descubierto y a los pies de la cama había un juego de sábanas limpias. La chica se encontraba en el cuarto de baño con el transistor encendido escuchando una emisora en español. En el teléfono de la mesita de noche parpadeaba una luz. Oí el agua de la cisterna y la doncella salió con mi toalla en el brazo y la bolsa de productos de limpieza.

-Ah, hola -saludé-. Siento interrumpida. ¿Tardará mucho?

Esbozó una amplia sonrisa y asintió con la cabeza.

-Okey -respondió, y añadió en español-: Sí. Un momento.

-Volveré más tarde -dije.

Salí y me dirigí a la oficina. La recepcionista estaba en su taburete giratorio, masticando chicle todavía, con la falda subida y balanceando un pie mientras leía las páginas interiores del *National Enquirer*.

-La luz de mi contestador parpadea. ¿Puedes decirme quién ha llamado?

-¿Cómo quieres que lo sepa? Descuelga y marca el 6.

-La muchacha de la limpieza está en mi habitación, por eso he venido a preguntarte.

Me miró con resignación.

-¿Qué habitación?

-La ciento veinticinco.

Con paciencia exagerada, dejó a un lado el periódico, giró el taburete para quedar delante del ordenador, tecleó en el tablero y leyó la pantalla. Masticó un rato y la cara se le iluminó.

-Ah, sí. Ahora lo recuerdo. Te ha llamado un dentista, el doctor Spears. ¿Qué te pasa en los dientes?

-¿Ha dejado algún teléfono?

Hizo un globo con el chicle, se lo metió en la boca con la punta de la lengua y esperó a que explotara para cerrar la boca. -Sí, pero no me molesté en apuntarlo. Está en la guía.

-Cuando empezaste a trabajar aquí, ¿hiciste algún cursillo? Dejó de masticar.

-¿De qué?

-Métodos administrativos, protocolo telefónico, buena educación..., cosas así.

-Qué va. ¿Sabes lo que me pagan? Salario mínimo. Tres dólares con treinta y cinco la hora. Además, no necesito buena educación. Mi tío es el dueño. Y, por si quieres quejarte en el libro de reclamaciones, me llamo Geraldine.

Lo dejé correr.

Salí por la puerta y giré a la derecha, en busca de los teléfonos públicos que había visto al lado de la máquina de cubitos de hielo. Abrí el bolso y saqué el listín de Quorum y un puñado de calderilla. Encontré el número del dentista y lo marqué, con el teléfono encajado entre el hombro y la cabeza, mientras guardaba el listín en el bolso.

Contestó la señora Gary.

-Hola, señora Gary -saludé-. Soy Kinsey Millhone. No puedo creer que se encuentre en la consulta un sábado.

-Estaba poniendo al día las reclamaciones de seguros. Es el único rato que tengo para hacerlo.

-El doctor Spears me ha dejado un mensaje. ¿Está por ahí?

-Ha ido a jugar al golf, pero puedo decirle por qué la llamó. Encontró la ficha que buscaba. La tengo en la mesa.

-Dígale que le quiero.

-Se morirá de la emoción -replicó. Me eché a reír.

-¿Podría hacerme un favor? ¿Podría meterla en un sobre y enviarla por correo al sargento Joe Mandel, de la oficina del sheriff de Santa Teresa? Él hablará con el odontólogo forense y se ocupará del asunto desde allí. -Le dicté la dirección y le di mis más efusivas gracias para ella y para el doctor Spears. Colgué mientras elevaba al cielo mis plegarias más fervientes.

Estaba casi convencida de que el cotejo de la ficha dental con los maxilares de Juana Nadie confirmaría la identidad de Charisse Quinn. Aunque también es cierto que los resultados podían no ser concluyentes. Una ficha dental es posible que contenga errores, o puede estar incompleta por faltarle detalles de intervenciones anteriores o posteriores, omitidos por cualquier razón. Una identificación positiva podía tardar semanas, pero una vez se confirmara, los chicos podrían rastrear administrativamente el paradero de los padres naturales de Charisse por medio de los Servicios Sociales del condado de Riverside. Pero en aquel momento me sentía bien. Al parecer progresábamos, a pesar de tener tantas cosas en contra.

Cuando volví a mi habitación, la puerta estaba cerrada y el carrito de la doncella en otro punto de la galería. Entré y tiré la cazadora y el bolso encima de la cama. Saqué el petate del armario, lo puse en la mesa y metí la mano hasta el fondo, donde había dejado la copia del expediente del caso.

Me senté y lo leí página por página. Sabía qué estaba buscando, pero no dónde se encontraba. Al cabo de veinte páginas llegué al informe, fechado el 1 de agosto de 1969, en el que se detallaba la detención de Frankie Miracle, que había declarado que vivía en Blythe, California. No se hablaba de Venice, el lugar donde se había cometido el asesinato. En el apartado de «profesión», Frankie se había clasificado como ayudante de pintor. Su jefe, según él, era Lennie Root, de Pinturas R & R, de Hazelwood Springs, tal calle y con tal teléfono. Doblé una punta de la hoja y proseguí. Sentía curiosidad por la llamada de la supuesta madre de Charisse que Stacey había mencionado. Cincuenta páginas más adelante di con el informe complementario, fechado el 9 de agosto de 1969 a las 14:00 aproximadamente, en el que el ayudante Joe Mandel daba cuenta de una llamada telefónica que había recibido desde la subcomisaría del sheriff del condado de Riverside que había en Quorum. Un agente llamado Orbison había llamado a la subcomisaría de Lompoc en respuesta al teletipo relacionado con la víctima sin identificar, cuya descripción coincidía con la de una menor desaparecida llamada Charisse Quinn. Se había ido de casa el 27 de julio. La oficina del sheriff del condado de Riverside tenía los siguientes datos: fecha de nac. 10 de abril de 1952, estatura 1,60, peso 57 kg. Pelo rubio, ojos azules, orejas perforadas y empastes dentales. Como madre de acogida figuraba Medora Sanders, en la misma dirección donde yo la había conocido. Según Orbison, ésta se presentó la mañana del 9 de agosto para tramitar la denuncia de la desaparición.

Después de la llamada de Orbison, Mandel intentó ponerse en contacto con Medora dos veces, pero sin éxito. El 11 de agosto de 1969, hacia las siete de la tarde, la oficina

del sheriff del condado de Riverside volvió a llamar por teléfono, esta vez para informar a Mandel de que habían recibido una llamada de una mujer que afirmaba tener una hija llamada Charisse Quinn, que al parecer había muerto asesinada. Quería que supieran que su hija había vuelto a casa y estaba viva y en perfecto estado. La mujer le dio un teléfono al ayudante del sheriff, que a su vez se lo pasó a Mandel. Mandel señalaba en su informe que llamó a aquel número, pero que estaba fuera de servicio. Si luego intentó localizar al abonado, eso no lo puso por escrito. Seguí pasando páginas, pero ya no encontré más referencias a Medora ni a Charisse. Tomé unas cuantas notas y me quedé sentada, jugando con las fichas y poniéndolas en filas al azar.

Era extraño ver cómo se iban perfilando y aclarando los detalles. Cuando Dolan me dio el expediente, leí aquellos mismos informes, muchos de ellos más de una vez. El dato de la chica desaparecida sólo era uno entre muchos otros que no significaban nada fuera de contexto. Ni siquiera el nombre nos pareció significativo hasta que Stacey lo recordó. Lo mismo ocurrió con la profesión de Frankie Miracle. En anteriores lecturas, el detalle parecía de poca importancia. Ahora casi saltaba de la página.

Había tres cosas que me intrigaban: primera, Medora no denunció la desaparición con tanta rapidez como me había hecho creer. Me había dado a entender que fue directamente a la policía, cuando en realidad tardó más de una semana. Ya volvería por su casa para pedirle explicaciones por demorarse tanto. Segunda, si Charisse se marchó de Quorum el 27 de julio, pudo cruzarse en el camino de Frankie Miracle después de matar éste a Cathy Lee Pearse el 29 de julio. Todavía me costaba imaginar cómo había terminado el Mus-

tang en Lompoc, a menos que lo hubiera robado la propia Charisse. A pesar de que Medora había dicho que no tenía permiso de conducir, puede que supiera conducir. En tal caso, podía haber llegado hasta Lompoc y haber abandonado allí el vehículo para proseguir el viaje en autoestop. Y por último me preguntaba quién había hecho la llamada fingiendo ser la madre de Charisse. Si Frankie tenía algo que ver con el asesinato de Charisse, Iona podía haber llamado para encubrirlo. El 11 de agosto, cuando se recibió la llamada, ya se había descubierto el cadáver de Charisse y ya había en marcha gestiones para averiguar quién era. ¿ Qué mejor manera de cortar la conexión que afirmar que la chica desaparecida estaba en casa? Y era innegable que aquella llamada había suprimido el nombre de Charisse de la maquinaria de la investigación.

Guardé el expediente y las fichas en el cajón de la mesa y saqué mi fiel listín telefónico, que no sólo lo era de Quorum, sino también de Blythe, Mesa Verde, Hazelwood Springs, Palo Verde, Ripley, Creosote y ocho municipios de Arizona. Pasé a las páginas amarillas en busca de los pintores. Según un anuncio destacado en un recuadro, Lennie Root, de Pinturas R & R, era un pintor de brocha gorda especializado en casas, urbanizaciones, apartamentos y comercios. Estaba asegurado, avalado y autorizado legalmente para trabajar, prometía precios razonables, trabajo rápido y presupuestos gratis. Había un teléfono, pero ninguna dirección, lo que significaba que dirigía el negocio desde su casa con un contestador automático. Busqué el apellido Root en las páginas blancas y, por supuesto, allí estaba. Empezaba a encariñarme con aquellas poblaciones pequeñas por lo fácil que era localizar a sus habitantes. La paranoia de la megalópolis y sus

teléfonos sin registrar sólo servía para ponerme el trabajo más difícil aun. Sabía la forma de conseguir la información, pero no era tan inmediata como allí. Recogí la cazadora y subí al coche.

Cuando llegué al Burger King eran las doce y cuarto y el coche de alquiler de Stacey ya estaba en el aparcamiento. Entré y me puse a mirar a los clientes hasta que lo vi en una mesa del fondo. Incluso allí había adornos de Pascua: grandes huevos y conejitos de Pascua de cartón. Stacey levantó la mano al verme.

Me senté enfrente de él.

-Siento haberlo hecho esperar -me disculpé.

-¿Quién ha dicho nada de esperar? Ya me he comido una Whopper con una ración de patatas fritas.

-Bueno, bravo por usted. Espero que no le importe mirar mientras tomo un bocado.

-Tranquila, seguiré comiendo. La Whopper estaba buena, pero no me ha saciado. He pensado que deberíamos hacer un estudio, puramente científico, sobre la Whopper y la Big Mac, y probar las dos a la vez para ver cuál preferimos. O ir en sentido ascendente: hamburguesa McDonald's, hamburguesa con queso, súper con queso y la Big Mac. ¿Qué te parece?

-Preferiría un batido de chocolate.

Durante la comida (primera mía, segunda suya), puse a Stacey al corriente de mi visita a la casa de lonas y de! repaso que había hecho del expediente y del informe en que se mencionaba a Lennie Root.

-¿Qué tal fue su entrevista con George Baum?

-Una lástima -respondió-. Es el vendedor modelo, fundas en la dentadura y falso encanto. Intentó venderme un BMW, pero rechacé la oferta. El caso es que, cuando le pregunté por Charisse, se salió por la tangente. Se creía astuto, como si yo nunca hubiera visto a alguien irse por las ramas. Sospecho que se la beneficiaba, pero ahora que sabe que ha muerto le gustaría mantener las distancias. Casi se cagó encima cuando le dije de dónde había sacado su nombre. Se puso a hacer fintas desesperadas para deshacerse de mí y acabó dándome una información que creo que vas a encontrar interesante. Me contó que Charisse y la hermana de Cornell eran uña y carne.

-Yaya, eso es nuevo.

-¿Verdad? Dijo que era normal verlas juntas por el pueblo. Aseguró que Charisse andaba loquita por Cornell y se pegaba a Adrianne para estar más cerca de él.

-Lo que nos lleva a preguntamos por qué Adrianne no contó nada de esto. Según Cornell, él apenas conocía a Charisse.

Desde luego, es lo que Justine me dio a entender.

-Valdría la pena hablar con Adrianne, o con los otros dos.

-¿Quiere hacerla usted mientras yo vaya ver al pintor?

-Prefiero que te encargues tú de las dos cosas. Mi energía se agota. Necesito una siesta. En cuanto termines, pasa por e! motel. Ya me habré levantado, pero si no es así, te doy permiso para despertarme. Iremos otra vez al hospital a explicarle a Dolan cómo están las cosas.

Cuando nos separamos, me senté en e! coche a decidir qué entrevista haría primero. De momento estaba más inte-

resada por saber nuevos detalles de la amistad de Adrianne y Charisse que por hablar con Justine, con Cornell y con el pintor. Sin embargo, cuando consulté el listín telefónico, vi ocho «Richards» registrados, y Adrianne no aparecía entre los ocho. No sabía cómo se llamaba su marido. Como era sábado, sabía que no estaría en el Instituto. *Quelle putade*. Aquello limitaba mis alternativas al pintor y los dos McPhee. Y, como según el listín, me encontraba sólo a cuatro manzanas de la casa de Cornell y Justine, ganaron éstos.

La casa era una estructura de madera pintada de amarillo brillante, con bonitas ventanas de paneles rómbicos y postigos verde oscuro. Delante de la fachada había tiestos con geranios de color rosa. Una valla blanca de dos travesaños cercaba el patio. El garaje de dos plazas estaba abierto y vi a Cissy, la niña de seis años, y a sus dos hermanas mayores cerca del banco de trabajo de Cornell.

Aparqué delante de la casa y me acerqué, sorteando las bicicletas que obstaculizaban el camino de entrada. Cornell levantó la cabeza y me saludó sin interrumpir el trabajo.

-Hola, ¿qué tal?

-De fábula. ¿Está construyendo una casita para el perro?

-Pues sí, y estará lista en cuanto acabe con el tejado. Las niñas lo tienen todo preparado para pintarla. ¿Conoce a mis hijas?

-Conocí a Cissy el jueves. Y esta mañana he visto a las tres en casa de sus abuelos.

-Ah, sí. Es verdad. Éstas son Amelia y Mary Francis.

-Hola -dije. No me enteré de quién era quién, pero tampoco importaba mucho. Además, la mayoría de los niños me parecen intercambiables-. ¿Se encuentra Justine en casa?

-Haciendo la colada. Puede ir por ahí. El cuarto de la lavadora está nada más entrar. Cissy, ¿quieres enseñárselo?

Titubeé, me daban ganas de preguntarle por Charisse antes de sacar a relucir el tema con Justine presente, pero con las niñas delante no me pareció buena idea. Cissy me tiraba de la mano, así que dejé que me guiara por la parte trasera del garaje hasta el cuarto de la lavadora. Hecho lo cual volvió con su padre y a las actividades previstas para el sábado.

Encontré a Justine en calcetines y con una sudadera y pantalón a juego de color verde oliva. Estaba de espaldas a mí, metiendo en la lavadora tejanos y camisas de trabajo sucios. La secadora ya estaba funcionando y llenaba el cuarto de un calor húmedo y agradable mientras una prenda con hebillas repicaba constantemente al dar vueltas en el bombo.

-Espero que no le importe que haya llegado sin avisar -dije. Dio un respingo y ahogó una exclamación.

-Joder, me ha dado un susto de muerte. No la he oído entrar.

-Perdón. No quería aparecer junto a usted de repente. Cornell me dijo que entrara por aquí. Supongo que imaginó que no me oiría si tocaba el timbre.

-¿Qué hace aquí?

-Lo normal. Fisgoneando. ¿Le importa si hablamos?

-Ya le he dicho todo lo que sabía.

-Déme la oportunidad, ¿vale?

Miró al suelo para dominar el fastidio, pero noté que se ablandaba, si bien es cierto que a disgusto.

-Espere a que termine con esto y hablaremos en la cocina.

Metió las prendas que quedaban, echó detergente y suavizante, cerró la puerta y puso el programa. Apretó el botón de arranque. Se lavó las manos en la pila y se las secó con una toalla que sacó del montón de la ropa sucia.

La seguí a la cocina, que estaba inmaculada, en los antípodas de la de su madre, pringosa y llena de trastos. No entiendo cómo mujeres con hijos tan inquietos se las arreglan para tener la casa en orden. Me ofreció café, probablemente para expiar su irritabilidad. Acepté pensando en que aquello prolongaría la visita. Echó café en una taza y la metió en el microondas. No era una mujer guapa. Había algo descolorido en su aspecto, como si hubiera estado anémica durante varios años y se hubiera quedado pálida y consumida. La sudadera verde añadía color a sus ojos, pero tampoco mucho. El microondas pitó y Justine sacó la taza. Cuando me la puso delante, el café se derramó. Me dio una servilleta de papel.

-¿Quiere saber algo en particular? Todavía no hemos comido. Tengo que ir al supermercado a comprar pan.

-Seré breve -dije mientras limpiaba la mancha de café. Decidí tomar un desvío para llegar a la amistad entre Adrianne y Charisse-. ¿Ha tenido oportunidad de hablar con Cornell?

-¿Sobre qué?

-Tenía miedo de que se enfadara con usted si hablaba Conmigo.

-Ya ha pasado. Me contó que la había visto en casa de mi suegro, así que supongo que todo está olvidado. Por suerte para usted -dijo. Trajo azúcar y leche semidesnatada y luego se sentó con las manos bajo los muslos.

-Fue porque el agente Oliphant estaba allí. Ruel y él parecieron congeniar. ¿Conoce a Stacey?

Negó con la cabeza.

-He oído que había otro policía en el pueblo, pero todavía no lo he visto. No paran, ¿verdad?

-Sí. Se lo toman muy en serio.

-Bueno, está bien, aunque no sé qué importancia tiene ya, después de tantos años.

-Los polis son tipos curiosos. En realidad nunca se rinden. Se limitan a esperar.

-Mire, no quiero ser grosera, pero me tengo que ir. Las niñas se van a enfadar.

-Perdón. Iré directa al grano -dije-. Esta mañana, cuando Stacey habló con Cornell, éste le mencionó a un compañero de clase que había estudiado con ustedes en el instituto que se llama George Baum.

-Sí, conozco a George. ¿Por qué le habló de él?

-Al parecer, Cornell cree que estuvo liado con Charisse.

-¿Liado?

-Es una manera delicada de decir que se la follaba.

-¡Oh, por el amor de Dios! No es verdad. George tenía novia, una animadora del equipo de futbol, se llamaba Gansita Franks. Llevaban años saliendo juntos, por lo menos desde que comenzaron el bachillerato. Se casaron un mes después de terminar los estudios.

-¿Gansita?

-Es un apodo. He olvidado su nombre verdadero.

-A lo mejor Gansita no se dejaba y George se consolaba con Charisse.

Hizo una mueca.

-Qué ocurrencia más vulgar.

-¿Por qué? Ustedes no paran de decir que era muy puta.

-Bueno, sí, pero no puedo creer que George hiciera algo parecido. ¿Lo ha admitido?

-Que yo sepa no, pero le contó a Stacey que Charisse y Adrianne eran íntimas. Me intriga por qué no nos lo había dicho nadie hasta ahora.

-Eso es mentira. ¿Por qué contaría una cosa así? Está loco.

-No lo sé, Justine -repliqué con desconfianza-. Dice también que Charisse estaba loca por Cornell y que salía con Adrianne para poder llegar a él. Lo lógico sería que Adrianne se hubiera ofrecido espontáneamente para facilitar cualquier información en cuanto se enteró de que Charisse estaba muerta.

-Usted reconoció que no estaba segura de que fuera ella.

-Bueno, la identificación no es definitiva aún, pero ahora disponemos de su ficha dental, de modo que nos estamos acercando. Tendría que haberlo comentado esta mañana, pero no me pareció apropiado delante del comité parroquial de Edna. Además, fue en ese momento cuando me di cuenta de quién era Adrianne. Ya puede imaginarse mi sorpresa. La había visto en el instituto de Quorum. Luego descubro que es la hermana de Cornell, y después me entero de que ella y Charisse eran colegas.

-No eran colegas. George no sabía lo que decía. Las llamadas colegas de Charisse eran un puñado de fracasadas de Lockaby. Le iba más su marcha.

-¿De veras? Su madre admitió que era un auténtico incordio, que siempre quería salir con usted y con su hermano.

-A veces la llevábamos con nosotros, pero nos hacía pasar vergüenza.

-¿Sabía usted que Charisse andaba loca por él?

-Oh, por favor.

-¿Por qué iba a mentirnos George?

-Yo no he dicho que mintiera. Sino que no era así. Menudo imbécil. Además, si estaba colada por Cornell, ¿qué? Había muchas chicas coladas por él. Era el chico más popular de nuestra promoción.

-Pero ¿cómo se sentía usted? ¿Eso no la molestaba?

-Yo sabía que al final acabaríamos juntos, ¿por qué iba a preocuparme por las otras?

-Me refería a Charisse en particular.

-Ella no era nada. Un engendro. No me importaba nada en absoluto.

-Caramba, es asombroso. Cuando yo iba al instituto, me sentía insegura. Usted debía de tener mucha más confianza en sí misma.

-Yo no diría eso. Fue el destino. En el momento en que vi a Cornell, supe que era para mí. Sucedió en la escuela elemental. Empezamos el bachillerato en centros diferentes, pero nos reencontramos en el instituto durante el último año.

-Amor a primera vista.

-Exacto.

-Entonces, no tenía importancia que Charisse y Adrianne fueran amigas... desde la perspectiva del efecto que podía producir en usted.

-Charisse podía hacer lo que le diera la gana. A mí me daba igual. -Miró el reloj y me hizo una seña para indicarme que el tiempo se había acabado. Podía haber sido psiquiatra, con aquella habilidad suya para la comunicación silenciosa.

Levanté la mano.

-Sólo una cosa más y la dejo tranquila. ¿No le parece demasiada casualidad que su padre desapareciese casi al mismo tiempo que ella?

Me miró fijamente.

-No entiendo a qué se refiere.

-Vamos, Justine. Usted no es tan ingenua.

-¿Insinúa que se fugaron juntos?

-¿Nunca se le había ocurrido?

-Claro que no. Papá se fue en junio. Ella estuvo varios meses con nosotras después de aquello.

-En realidad, sólo hasta finales de julio. Unas seis semanas.

¿Y si tenían una aventura?

Se echó a reír.

-Qué ordinariez. Me ofende pensar que tuvo relaciones sexuales con mi madre, así que figúrese con alguien como ella. Es una idea asquerosa.

-Asquerosa para usted, quizá, pero en los anales de la historia humana no sería exactamente la primera vez. Le dije lo mismo a su madre. Charisse era una chica promiscua, de modo que ¿por qué no con él?

Apretó las mandíbulas, miró al suelo con inquietud y se remetió tras la oreja un mechón de cabello claro.

-Mire -dije-, yo no puedo hacer afirmaciones tajantes. Ninguno de nosotros conoce los hechos. Todo esto es especulación.

-Pues es de muy mal gusto -replicó poniéndose de pie.

-La dejo con sus cosas. Creo que voy a tener unas palabras con Cornell.

-A lo mejor a él no le interesa.

-No se opuso a que yo hablara con usted.

-Por educación.

-Una cualidad que siempre he admirado en los hombres. Pero si no puedo hablar con él ahora, no se apure. Tengo otras cosas que hacer.

Según mi mapa de California, Hazelwood Springs era un micropunto en la Autopista 78, situado a dieciséis kilómetros al sur de Quorum. Era un pueblo tan pequeño que lo atravesé sin darme cuenta. Cambié de sentido aprovechando el camino de entrada de la casa que tenía más cerca y volví sobre mis pasos. El pueblo consistía en un autoservicio, dos travesías, un puñado de casas y una gasolinera de las antiguas, con dos surtidores y Un mozo que salía en persona, llenaba el depósito, limpiaba el parabrisas y decía la hora. Terminé poniendo veinte dólares de gasolina en la tanqueta de Dolan, y el mozo, a cambio, fue tan amable que me indicó cuál era la casa de Lennie Root, que estaba en la acera de enfrente.

La casa de Lennie Root era de madera pintada de blanco y se apoyaba en bloques de piedra artificial que creaban un espacio subterráneo donde estaban almacenados todos los útiles de pintura. En la puerta principal había adosada una placa de cerámica con flores que decía: FAMILIA ROOT, MYRA y LENNIE.

Fue Lennie quien respondió a mis llamadas. Andaba por los sesenta años, tenía la cara flaca y fláccida, y grandes bolsas bajo los ojos. Su cabello revuelto y gris estaba manchado de pintura roja ya seca. Encima de los pantalones y la camiseta llevaba un delantal hasta los pies, con un volante en el peto. En la mano sujetaba una camisa de vestir blanca y

arrugada como si fuera un gato vagabundo y fuese a echarlo de un puntapié.

-¿El señor Root? Me llamo Kinsey Millhone. Espero que pueda responder a unas preguntas sobre un antiguo empleado. ¿Recuerda a Frankie Miracle?

-¿Por qué lo pregunta? Porque si es usted del OSHA o del seguro de invalidez, quiero que conste en acta: la herida fue un camelo.

-No estoy aquí por eso. En realidad soy investigadora privada y colaboro en un caso de homicidio cometido en agosto de 1969. Frankie, poco antes de esa fecha, declaró que trabajaba para usted.

Parpadeó.

-¿Qué tal se le da la plancha?

-¿La plancha?

-Mi mujer está fuera, ha ido a visitar a su madre. No volverá hasta el lunes y esta noche ceno en casa de mi hija. Tengo que planchar esta camisa, pero no sé cómo. Mi mujer siempre las salpica con agua y las pone en una tabla, pero nunca me he fijado en lo que hace después. Si me enseña, le contaré todo lo que quiera saber.

Me eché a reír.

-Señor Root, ha tenido suerte. Ha hecho un buen trato.

Me dio la camisa y lo seguí por una modesta sala de estar hasta la cocina del fondo. El fregadero estaba lleno de platos sucios y en la encimera había más vasos, más cubiertos y más platos grandes. En la mesa del desayuno había un barreño de plástico con el borde roto, lleno de ropa recién lavada. La puerta del cuarto de la lavadora estaba abierta y Lennie sacó de allí una tabla de planchar con funda de flores y patas metálicas. Cuando la abrió, el chirrido del metal sonó

como el grito de apareamiento de un pájaro exótico. Enchufó la plancha. La puse en «Algodón» y esperé a que se calentara.

-Mi tía Gin me enseñó cuando yo tenía siete años, básicamente porque a ella no le gustaba planchar. -Me chupé el índice y toqué la plancha caliente. La plancha suspiró-. Fíjese. -Levanté la camisa humedecida por los hombros, estirando la tela con las dos manos y enderezando las costuras del canesú.

-¿Eso es lo primero?

-A menos que la camisa no tenga canesú. Entonces hay que empezar por el cuello. -Puse la camisa sobre la tabla de planchar y le expliqué la estrategia: el canesú, después el cuello, luego los puños, las dos mangas y finalmente el cuerpo de la prenda.

Observó con atención hasta que terminé, colgué la camisa de una percha metálica y le abroché los botones. Le di otra camisa del barreño para que lo intentara él. Era lento y un poco patoso, pero hizo un buen trabajo para ser la primera vez. Pareció complacido de sí mismo y fantaseé con que el buen hombre se pasaba la tarde planchando todo el barreño. Apagó la plancha, apartó el barreño y me señaló una silla.

En cuanto estuvimos sentados, dijo:

-Bien. ¿Qué puedo decirle de Frankie, aparte de que es el mayor cabrón que ha habido en el mundo?

-¿Cuánto tiempo estuvo trabajando para usted?

-Seis meses. Casi siempre borracho; y cuando no, un incompetente.

-¿Lo contrató usted o su socio?

-No tengo socio.

-Como su empresa se llama Pinturas R & R, supuse que el otro R sería su hermano, su hijo o su padre.

-Qué va. Sólo estoy yo. La otra R es para tranquilizar al público. Una empresa unipersonal hace que el cliente tema que no se pueda realizar el trabajo. De esta manera, facilito un presupuesto y me firman el contrato; cuando se dan cuenta de que sólo estoy yo, bueno, pues ya no hay vuelta atrás. Soy rápido, soy concienzudo y soy meticuloso.

-¿Por qué se le ocurrió contratar a Frankie?

-Para hacer un favor a otra persona. Es el mayor error que he cometido en mi vida. Aquel tipo conocía al hermano de Frankie y me preguntó si podía darle trabajo. Acababa de salir de la cárcel y nadie estaba dispuesto a darle una oportunidad. No es que la idea me entusiasmara, pero acababan de hacerme un buen encargo y necesitaba ayuda con urgencia.

-¿En qué año fue?

-Entre las Navidades del 68 y el verano del 69. Él aseguraba que tenía experiencia, pero era mentira. Es el peor ayudante que te pueda tocar, él y aquel amigo suyo. La gente así es la que da mala fama a la cárcel.

-¿Qué amigo?

-Clifton. Gran muchacho. Tenía un nombre gracioso...

-Mofletes.

Lennie me señaló con el dedo.

-El mismo.

-No sabía que Frankie y Mofletes fueran tan amigos por aquella época.

-Lo eran cuando trabajaban para mí.

Suponía un dato inesperado. Ardía en deseos de contárselo a Stacey, aunque por el momento no supiera qué significaba, si es que significaba algo.

-Por lo que ha dicho antes, entiendo que Frankie presentó una especie de reclamación. ¿Sufrió algún accidente laboral?

-Eso argumentó. Sí, sí. Dijo que se había caído de un andamio, pero estaba trabajando solo y era un bulo. Me enteré de la reclamación y lo siguiente que supe fue que estaba en la cárcel, esa vez acusado de asesinato. ¿Es el homicidio al que se refería?

-No, me refería a otro, una chica muerta a puñaladas unos días después de la primera. Se deshicieron del cadáver en Lompoc, que es donde detuvieron a Frankie. ¿Recuerda cuándo dejó el trabajo? .

-En junio. Lo sé porque el cumpleaños de Myra y nuestras bodas de plata fueron el quince de junio y por entonces ya se había marchado.

-¿Cómo fue a parar a Venice?

-Oí que tenía un empleo en Blythe, de jardinero; o sea, un adulto que cortaba el césped por el salario mínimo. Conoció a una muchacha de dieciséis años y tres semanas más tarde se casaron. Le despidieron de aquel trabajo y se largó a Venice, donde le pintó la casa a un amigo.

-Entiendo.

-¿También es sospechoso del homicidio que usted está investigando?

-Digámoslo así. La policía no lo pierde de vista. Por desgracia, a estas alturas todavía no hay pruebas de que conociera a la víctima ni de nada que lo relacione con el crimen.

-¿Y cómo ha llegado usted hasta mí?

-Había una lona en el escenario del crimen, confeccionada por la casa Lonas Por Encargo El Diamante, de Quorum. Hace un rato estaba echando un vistazo a los productos que

venden y recordé que en el informe de la detención se mencionaba a un pintor. Frankie hizo que constara usted como su jefe.

-Bah, por entonces ya hacía tiempo que se había ido. Si no se hubiera largado lo habría echado yo a patadas, y estoy seguro de que lo sabía. Poco después, el trabajo que tenía entre manos se fue al garete. Fue un mal año para mí.

-Supongo que no reconocería la lona si volviera a vera.

-Debería. He utilizado las mismas durante años. Las compro en Quorum, en la ferretería de Main. ¿La lleva encima?

-Qué más quisiera. Está en un almacén de la oficina del sheriff del condado de Santa Teresa.

-Bueno, diga que busquen manchas de pintura en ella. Durante la época en que Frankie trabajó para mí, el único color para exteriores que utilizamos fue Arena del Desierto. He olvidado la marca... Porter quizás, aunque podría haber sido Glidden. Si analizaran la pintura, podrían establecer un vínculo entre la lona y él. Yo estoy dispuesto a testificar.

-Gracias. Me deja usted impresionada. Tiene una memoria excelente.

-El color Arena del Desierto me dio mala suerte. Era el mejor contrato que me había salido. Al menos hasta aquel momento. Habría ganado miles de dólares si la urbanización no se hubiera ido a la mierda.

El corazón me dio un vuelco.

-No estará hablando de Tuley-Belle, ¿verdad?

-¿Conoce ese sitio?

-Ruel McPhee lo mencionó esta mañana.

-Ah, sí. Conozco a Ruel. He trabajado muchas veces para él a lo largo de los años.

-¿Dónde está la urbanización? Me gustaría echar un vistazo.

-Ha pasado por delante al venir hacia aquí. Está en la 78, a mitad de camino entre mi casa y Quorum. En el lado oeste de la carretera. De lejos parece una cárcel. No tiene pérdida.

21

El descolorido cartel que había al lado del camino decía: PISOS DE LUJO TULEY-BELLE; LA VIDA DEL FUTURO ESTÁ AQUÍ. El proyecto había sido ambicioso, con mucha propaganda para despertar la fiebre compradora. Un rótulo de papel pegado en diagonal en una esquina del cartel pregonaba ÚLTIMAS DOS PARCELAS. Si era cierto, las demandas estarían aún en los juzgados. Reduje la marcha y salí de la autopista siguiendo la deteriorada carretera de cuatro carriles y un andén central de hormigón tan pelado como el desierto. Es probable que los constructores tuvieran intención de poner una entrada suntuosa, con setas y palmeras flanqueando el camino, pero la urbanización se había abandonado mucho antes de que se plantara nada. La vegetación era mínima. El terreno llano llegaba hasta las estribaciones de los montes Palo Verde. Las distancias eran engañosas, ya que el aire seco y despejado era como un catalejo. La urbanización, que parecía estar a medio kilómetro de distancia, resultó que se encontraba a más de dos kilómetros.

Cuando llegué a la sucia zona de aparcamiento y apagué el motor, el silencio envolvió el coche como un caparazón invisible. A la cruda luz de la tarde, los edificios a medio construir parecían tan desolados como una choza junto a un precipicio. El viento había arrastrado la basura contra las casas. El terreno era llano y sin accidentes. Dolan me había contado que, a pesar de las lluvias torrenciales del desierto, las precipitaciones duran tan poco que apenas empapan el terreno. Incluso desde el coche distinguía profundas zanjas abiertas

por la escorrentía en el suelo poroso y que bajo el sol se habían endurecido tanto como el cemento.

Bajé y cerré el coche de un portazo. Fue un ruido ahogado, como absorbido por el aire mismo. El complejo urbanístico Se había construido al tuntún. Unas partes estaban terminadas; otras se habían comenzado y abandonado a continuación. Al fondo se veían cimientos bordeados de paredes de hormigón, pero nada más. El suelo estaba cubierto de huellas de neumáticos y me imaginé un tráfico constante de adolescentes deslizándose en la oscuridad, refugiándose de la crudeza de la noche en la relativa calidez de las paredes aisladas. El viento era constante, fuerte y silbante, me echaba el pelo sobre los ojos y arrastraba la arena por el camino.

A unos cincuenta metros vi un perro gris y flaco, estirado sobre la panza arrancando perezosamente la carne de una presa reciente. Tardé un rato en darme cuenta de que era un coyote. El animal me miró indiferente, pero se puso de pie y se alejó al trote con la presa colgando de las fauces. Tenía el pelaje de un color tan parecido a los apagados tonos del desierto que se desvaneció como un fantasma.

Retrocedí hasta el edificio más cercano y entré. Las ventanas habían desaparecido y habían quitado las puertas de las bisagras. Los «okupas» no habían llegado muy lejos. Había colchones pegados a las paredes de lo que debería de haber sido el vestíbulo, y parecía una sala de hospital. Algunos tenían encima una manta raída, pero sobre la mayoría no había nada. También se veían cajas de cartón que hacían de mesilla de noche para una colección de ceniceros, restos de droga y latas de cerveza vacías. Me acerqué a observar la botica. Aquellos críos consumían hierba, hachís y cocaína, pe-

ro la adicción principal seguía siendo la nicotina, porque había cuatro veces más colillas de cigarrillos que de porros. Un condón usado, encasquetado en la punta de una bota de baloncesto, lo decía todo. Traté de imaginarme a las pobres adolescentes que se iniciaban en la vida sexual en tan lamentables circunstancias. Quizás estaban demasiado borrachas o demasiado colocadas para preocuparse por lo que hacían o les hacían.

Oí un rumor fuera, como una bandada de pájaros que emprendiera el vuelo. Escuché atentamente para identificar el ruido. Era como si restallara una bandera, como si se hubiera desprendido una cortina de plástico y el viento se la llevara arrastrando. El ruido era inquietante, como si alguien sacudiera una bolsa de basura antes de meterla en el cubo. Me dirigí a la puerta más cercana y me aventuré por el pasillo, mirando en todas direcciones. No había el menor rastro del plástico errante, sólo habitaciones intercomunicadas, llenas de inclemente luz solar. Me detuve y agucé los sentidos cuanto pude. Entonces se me ocurrió algo que tendría que haber pensado antes: Tuley-Belle era el lugar ideal para un asesinato. Los gritos de la víctima no se oirían a más de cien metros. Si el asesinato se cometía en la calle, la sangre podía ocultarse con tierra. Y si tenía lugar dentro, podían fregar el suelo y luego enterrar los trapos para abonar el suelo.

Tuley-Belle me recordaba las ruinas ciclópeas de la antigüedad, como si por allí hubiera pasado misteriosamente una civilización salvaje. Incluso a la luz del día se olía a derrota. Sabía que estaba sola. Debido a lo aislado que se encontraba de todo lo demás, cualquier coche que llegara podía divisarse a kilómetros de distancia. En cuanto a los vagabundos, podían hallarse en cualquier parte del complejo. Había

multitud de lugares donde esconderse y múltiples formas de ocultarse si se presentaba el caso. Volví sobre mis pasos, tratando de no correr y conteniendo la respiración hasta que estuve dentro del coche. Stacey tenía que ver aquello.

Cuando volví al motel, vi a Stacey paseándose delante de mi puerta. Supuse que estaría deseoso de inyectarse otra dosis de comida rápida, porque no imaginaba qué otra cosa podía producirle tanta agitación. En cuanto me vio se acercó corriendo al coche. Bajé la ventanilla. Se apoyó en ella mientras sonreía y se señalaba la cara.

-¡Me alegro de verte! Creía que no ibas a llegar nunca. ¿Sabes qué es esto? Soy yo, más alegre que unas castañuelas.

-¿Qué pasa?

Dio un paso atrás y me abrió la portezuela.

-Ha llamado Joe Mandel. Los peritos en huellas están haciendo horas extras. He dije que me daba la sensación de que habían limpiado el Mustang a conciencia? Bueno, resulta que no se limpió tan a conciencia, porque han encontrado dos series de huellas: una en el freno de mano, la válvula de escape, la llanta de la rueda de recambio y el frontal de la guantera. Como si el conductor hubiera querido sacar algo y luego la hubiera cerrado. La segunda serie estaba en un mapa de carreteras de California metido bajo el asiento delantero.

-¿Han conseguido huellas completas después de tantos años? Stacey hizo un ademán en el aire para restarle importancia al detalle.

-Esos muchachos pueden hacer cualquier cosa. Por lo visto, que el coche hubiera estado fuera de circulación y encerrado en aquel cobertizo ha facilitado las cosas muchísimo.

-¿De quién son las huellas? Stacey puso cara de aflicción.

-No me presiones y deja que te lo cuente a mi manera. Han comparado las dos series de huellas con las de Charisse, pero por ese lado no ha habido suerte. Mi teoría es que por entonces ya estaba muerta y en el maletero. Sacaron la rueda de recambio de allí y lo más probable es que la dejaran en el asiento trasero para hacer sitio al cadáver. Quien limpió el coche nos hizo un favor. Eliminó todas las huellas accidentales y las que se dejó eran tan claras como un matasellos. Mandel detectó las primeras en cuestión de minutos. ¿Sabes de quién son? No lo adivinarías. Es fabuloso.

-De Frankie Miracle.

-Eso es lo que yo dije, pero me equivoqué. Di otro.

-Stacey, si no lo suelta ya, lo vaya moler a palos.

-Mofletes.

Parpadeé varias veces. .

-¿Cree que Mofletes tuvo algo que ver?

Stacey se echó a reír.

-Todavía no lo sé, pero cabe esa posibilidad. Cuando me lo dijo Mandel, casi se me cayó la dentadura. Aunque si lo piensas, tiene sentido. Cuando hablaste con Mofletes en la cárcel, seguro que le comenzaron los tembleques. Probablemente suponía que todo estaba olvidado y, dieciocho años después, va y sale otra vez a la superficie. No podía saber de cuánta información disponíamos ni si habíamos llegado a relacionado con el caso. Sopesaría sus opciones y llegaría a la conclusión de que era mejor echarle la culpa a otro. Por eso sabía con qué pequeños detalles debía salpicar su patraña. Esto no quiere decir que la matara él, pero creo que sabe quién fue.

-Además, fue muy sutil -añadí yo-. Me acuerdo de cuando comentó que habían envuelto el cadáver; lo contó con tanta naturalidad que pensé que no era más que un detalle decorativo de las fanfarronadas carcelarias de Frankie. Y pensé lo mismo cuando dijo que la habían apuñalado.

-¿Tú no se lo habías dicho?

-Claro que no. Él trataba de sonsacarme información, pero yo no le conté nada. No me extraña que tuviera tanto miedo de que Frankie supiera que había hablado conmigo. Frankie se habría puesto hecho una furia si hubiera sabido que Mofletes lo estaba señalando con el dedo. Doy por sentado que la segunda serie de huellas no era de Frankie.

-No, qué va, menudo desgraciado. Me ha sentado muy mal.

-A mí también. Acabo de hablar con el pintor que lo contrató, un tipo llamado Lennie Root. Dice que Frankie y Mofletes trabajaron para él a principios de 1969. Frankie se fue al cabo de seis meses, a mediados de junio más o menos. Parece que después trabajó tres semanas en Blythe. Allí fue donde conoció a Iona Mathis y se casó con ella.

-¿Y Mofletes? ¿Dónde estaba?

-No lo sé, pero puedo preguntárselo. Yo me estaba concentrando en Frankie.

-¿Entonces Root lo sitúa en Quorum por la misma época en que se encontraba allí Charisse?

-En Quorum no, en Blythe, que queda muy cerca –respondí-. A finales de julio, cuando desapareció Charisse, Frankie se trasladó a Venice, a cinco horas en coche. Y heme aquí ahora, a punto de aceptar su teoría, pensando que Frankie era nuestro hombre, y resulta que reaparece Mofletes. Ya me dirá usted.

-No necesariamente. Pudieron haberlo hecho juntos. Mofletes te dijo que no se conocían, pero está claro que era una mentira cochina.

-Cierto. Mofletes conocía a Iona, ¿por qué no iba a conocer a Frankie? Puede que los presentara ella -dije-. O quizá sucedió al revés y fue Mofletes quien presentó a Iona y a Frank.

-Bueno, no tiene tanta importancia, ya que la segunda serie de huellas no es suya. Personalmente, me resulta insoportable que no tenga nada que ver en esto.

-Bueno, alguien iba en el Mustang con Mofletes. ¿Iona?

Stacey frunció el entrecejo y se rascó la barbilla.

-A ver, a ver, espera un momento. Espera. Es un salto que no podemos dar. Estamos situando a Mofletes en el Mustang cuando mataron a la chica, pero cabe la posibilidad de que las huellas sean posteriores y no contemporáneas. ¿Conocía Mofletes a los McPhee?

-Si robó el coche, poco importa si los conocía o no.

-Pero si Mofletes conocía a Cornell o a cualquiera de la familia, pudo acceder al vehículo sin que resultara raro. El coche estaba hecho una ruina cuando se recuperó. Ruel pudo haberle encargado que lo llevara al cobertizo o lo lavara. También es posible que Cornell y él se hubieran escondido en el cobertizo para fumar. Hay miles de razones que explicarían por qué están allí sus huellas.

-En el caso de que se conociesen -dije.

-Exacto.

Medité un momento.

-Mofletes se crió en Creosote, que está a unos veinticinco kilómetros al sur. Creo que un poco más abajo de Hazelwood Springs.

-Es lo que yo digo.

-Pero aunque se conocieran, Mofletes podría ser el autor del robo. Cuando lo detuvieron en Lompoc, estaba haciendo autoestop. Pudo haber robado el coche, haber ido con él hasta Lompoc, tirado el cadáver y empujado el coche por aquel terraplén.

-¿Por qué no se lo preguntamos? Dijiste que se fue con su hermana cuando salió de la cárcel. ¿Tienes la dirección?

-No, pero será fácil encontrarla.

Conseguimos la dirección de Mofletes por el administrador de la cárcel del condado de Santa Teresa. Decidimos ir en el coche de alquiler, ya que el de Dolan olía a tabaco. Mientras bajábamos hacia el sur por la autopista 78, le enseñé Tuley-Belle y le conté lo que había visto. Tal como me había imaginado, quiso echarle un vistazo a la urbanización y decidimos acercamos en cuanto tuviéramos un momento libre.

Creosote no era tan grande como Quorum, pero sí diez veces mayor que Hazelwood Springs, por la que habíamos pasado de camino. El rótulo municipal decía: POBLACIÓN, 3.435, pero la Cámara de Comercio debía de haber inflado la cifra. Dada la proximidad de Arizona, el pueblo había optado por un estilo del Salvaje Oeste y parecía un decorado de película barata en la que en cualquier momento podía caer del tejado del bar un vaquero acribillado a balazos. Los comercios de la estrecha calle principal eran de madera, construcciones adosadas de dos y tres plantas, con frontones que prolongaban la fachada, escaleras exteriores muy empinadas, y entarimado entre los edificios, en vez de las habituales aceras. O realmente había sido un importante centro minero

o todo era un montaje para que pareciese un lugar con más historia de la que tenía.

Stacey se había puesto el gorro de punto rojo, alegando que tenía frío en la cabeza. Sospeché que atravesaba un raro periodo de vanidad, aunque es posible que me equivocara. La casa de la hermana de Mofletes estaba en la calle A, cerca del cruce con la Tercera, y era una pequeña estructura cúbica levantada en un cuadrado de césped. Tres escalones de hormigón conducían al pequeño porche. Dentro se oía el gemido de una aspiradora. Stacey llamó educadamente con los nudillos sin que surtiera ningún efecto. Volvió a llamar y esta vez oímos que apagaban la aspiradora. Felicia Clifton abrió la puerta, descalza, con vaqueros y una camiseta, y un trapo del polvo colgándole de la cintura. Era una pelirroja alta y de huesos grandes, con un pañuelo azul en la cabeza al estilo de la Cenicienta. Se había pintado los ojos dándoles un sentido efectista. Tenía ambos párpados embadurnados con kohl. Las pestañas postizas realzaban el azul de sus ojos.

-¿Sí?

-Estamos buscando a Felicia Clifton. ¿Es usted?

-Sí.

-Soy Stacey Oliphant, de la oficina del sheriff de Santa Teresa, y ésta es Kinsey Millhone...

Felicia cerró los ojos.

-Si han venido por Cedric, yo misma lo mataré. Juro por Dios que lo mataré.

-No se ha metido en líos, señorita Clifton, al menos que yo sepa, pero nos gustaría intercambiar unas palabras con él si está por aquí.

-Pues no está. Se fue anoche muy tarde, o ya de madrugada. No sabría decirle. Ni siquiera ha dejado una nota diciendo adónde iba ni cuándo volverá.

-¿Podríamos entrar en la casa?

Felicia titubeó mirando la calle como si los vecinos estuvieran espiándonos tras las cortinas.

-No voy a dejarlos de pie en el jardín.

Pasamos directamente a un salón de unos tres metros por tres. Desde donde estábamos se veía la cocina y supuse que el resto de la casa consistiría en un par de dormitorios con un cuarto de baño en medio. El aire olía a productos de limpieza. Se notaba que había pasado una fregona por el suelo de la cocina y había dejado residuos de Pine-Sol. Capté un tufillo a cera de muebles Pledge, a Comet, a limpialavabos Lysol y, quizás, a un poco de lejía casera.

-Siéntense -dijo.

Stacey se acomodó en el sofá y yo elegí una silla amarilla de plástico que había a su izquierda. Felicia no podía estarse quieta y me pregunté si no limpiaría para calmar la ansiedad, como a veces hago yo. Se había esforzado para que el lugar resultara atractivo, aunque los muebles parecían proceder de tiendas de segunda mano, de subastas benéficas y de ofertas.

-¿A qué se dedica usted? -preguntó Stacey, tratando de insuflar cordialidad en la voz.

-Tengo un establecimiento de limpieza en seco. Toda mi vida gira alrededor de lo mismo, limpiar la suciedad de otros.

-Supongo que Cedric le habrá causado no pocos problemas -dijo Stacey.

-Venga, vamos, llámelo Mofletes. Todo el mundo lo llama así. No sé por qué me empeño en llamado Cedric. Con la clase de persona que es, queda ridículo.

Se sentó en una silla de plástico idéntica a la mía. Estiró la mano y ordenó un mantoncito de revistas; luego, como quien no quiere la cosa, empuñó el trapo y lo pasó por encima de la mesa, recogiendo partículas invisibles de polvo.

Stacey carraspeó para aclararse la garganta. -¿Sólo viven aquí ustedes dos?

-Sólo nosotros. Mi hermano ha sido una fuente de problemas desde que puedo acordarme. Nuestros padres se separaron cuando él sólo tenía año y medio. Mamá se fugó con un tipo que vendía tuberías galvanizadas y papá se mató a fuerza de borracheras un par de años más tarde. Yo tenía ocho años cuando nació mi hermano. Por entonces papá era un inútil y no me quedó más remedio que criarlo yo. Ya puede figurarse cómo fue.

-Un trabajo duro a esa edad.

-Y que lo diga. Seguramente lo hice mal, porque Cedric Se ha metido en líos desde los nueve años. Ya sé que no debería acudir a rescatarlo ni pagarle fianzas para que vuelva al buen camino. No sirve para nada. Su única cualidad es que sabe escaquearse a la hora de trabajar; y de vez en cuando roba algún coche.

-¿Qué ha hecho desde que salió de la cárcel? -pregunté.

-Lo de siempre. Beber, fumar, pedirme dinero y quedarse con el culo pegado a las sillas. De vez en cuando me echa una mano, pero sólo si le grito. Alguna vez lava los platos o hace la compra. Supongo que no pierdo la esperanza de que cambien las cosas.

-¿Ha buscado trabajo?

-Dice que sí, pero en este pueblo no hay mucho que hacer.

Hay un puesto vacante en Lácteas Queen, pero le parece poco para él. Vaya usted a saber de dónde sacará eso. Ha caído tan bajo que no creo que haya nada por debajo de él. Se irá en cualquier momento. No sé por qué, pero cuando un tipo la caga siempre hay alguna mujer que se compadece de él. En este caso soy yo.

-Conozco a otra así -dije, pensando en lona.

-Es la culpa -comentó Stacey.

-¿Es por eso? Bueno, supongo que sí. Siempre parece inocente. Cada vez que lo miro, lo recuerdo con nueve años. Lo pillaron robando dos portarretratos de plata a una vecina que vivía enfrente. ¿Para qué mierda quería dos portarretratos de plata? Luego lloró como un niño de pecho y juró y perjuró que no volvería a hacerla.

-¿Y cuánto le duró?

-Cosa de un mes. He olvidado lo que robó después, algo igual de inútil. Ya podía echarle sermones, gritar y chillarle. Sabía exactamente qué decir para liarme otra vez. No tiene un pelo de tonto, pero es un holgazán a la hora de continuar algo. Hace lo que sea al momento, sin pensar en las consecuencias. Lo siento, no sé por qué he comenzado a contar todo esto. ¿Quieren que le diga que los llame cuando vuelva?

-Eso nos vendría muy bien -dijo Stacey, y sacó un bolígrafo-. ¿Tiene un papel? Le daré el número.

-Póngalo en la cubierta del Cosmopolitan. Los guardo todos.

Stacey anotó en la revista el nombre del motel, el teléfono y el número de nuestras habitaciones.

-Escriban también sus nombres, así no los olvidaré -dijo, lo que significaba que ya los había olvidado.

Stacey garabateó los nombres y se guardó el bolígrafo.

-Cuando sale, ¿sabe adónde va? Nos gustaría dar una vuelta, a ver si lo encontramos.

-Hay un bar en Vine, una especie de agujero en la pared. Pueden asomarse por allí. No se me ocurre ningún otro sitio, a menos que haya ido a Blythe.

-¿Con quién sale?

-Con nadie que yo conozca. Ha estado en la cárcel tantas veces que ya no le quedan muchos amigos. Recibió un par de llamadas el jueves por la noche. De la primera no sé nada. Respondió él. La segunda vez contesté yo y era una mujer con la que salió hace años...

-No sería Iona Mathis -dije.

-Pues sí. ¿La conoce?

-La conocí hace unos días.

-Es buena chica. Me gusta. Es una pena que no acabara con ella. Creo que se casó con otro.

-¿Por qué lo llamó?

-No lo sé, pero debía de estar hecha una furia, porque lo oí disculparse y jurar a gritos que no había hecho lo que al parecer a ella tanto la enfadaba. Luego se puso un hombre al teléfono y se reanudó el griterío.

-¿Frankie Miracle?

-Podría ser. Creo que sí. Tampoco prestaba tanta atención. El teléfono está en la cocina y sonó mientras ponían en la tele mi programa favorito, así que, en cuanto empezó a gritar, me levanté y cerré la puerta.

-Después de la llamada, ¿no dijo nada de irse anoche?

-No, pero tampoco me dice la mitad de las cosas que hace.

-¿Cree que pudo haber ido a reunirse con Iona?

-Por Dios, no. Espero que no. ¿Con lo enfadada que estaba? Lo más inteligente en su caso sería mantenerse alejado.

-No me gusta el cariz que toma el asunto -dije cuando Stacey y yo estuvimos otra vez en el coche-. ¿Por qué no buscamos una gasolinera con teléfono público?

-¿A quién vas a llamar?

-A Annette. La madre de Iona.

Había dos gasolineras en la calle principal; una de Chevron en el cruce de la Primera con Vine y otra de Arco en el cruce de Vine con Hollywood. A pesar de todo, en aquel pueblo tenían sentido del humor. Stacey entró en la de Arco. Nos vaciamos los bolsillos en busca de calderilla. Stacey esperó en el coche mientras yo marcaba el número de Información y conseguía el teléfono del café Moonlight de Peaches. Al poco rato, Annette estaba al otro lado de la línea.

-Hola, Annette. No sé si me recuerda, soy Kinsey Millhone. El teniente Dolan y yo...

-Te recuerdo -dijo-. ¿Cómo se encuentra el teniente? He olvidado su nombre...

-Conrad. La gente lo llama Con. Tuvo un infarto ayer e ingresó en el hospital de Quorum.

-Vaya, no somos nadie. Pobre hombre. ¿Qué tal está ahora?

-Bien, se encuentra en manos de buenos médicos y creen que se recuperará.

-Gracias a Dios. Dile que lo tendré presente en todas mis oraciones.

-Descuide. Pero ahora quisiera hacerle una pregunta a Iona. ¿Está trabajando?

-Ay, reina, ojalá. Se marchó de Peaches poco después de tu visita y fue directamente a Santa Teresa. Llamó más tarde, aquel mismo día, para decir que estaba en casa de Frank. No puedo creer que una hija mía tenga tan poca mollera. Le rogué que se apartara de él, pero ¿me ha hecho caso? Claro que no.

-¿Y cómo es eso? Lo último que supe es que él ni siquiera sabía dónde encontrarla.

-Reina, eso sólo me lo imaginaba yo. Ahora he descubierto que estuvo en contacto con él durante todo el tiempo que permaneció entre rejas. Hablaban por teléfono casi todos los días.

-¿Qué provocó que saliera corriendo en su busca?

-No sabes lo hiperprotectora que se vuelve cuando se trata de él. Es peor que mamá osa. Está convencida de que no tiene nada que ver con la muerte de esa pobre chica, ya sabes, aquella por la que preguntaste. Si lo hizo, ella sería la primera en proporcionarle voluntariamente una coartada.

-¿Llegaría a hacer una cosa así?

-¿El qué?

-Proporcionarle una coartada para los dos días posteriores a la muerte de Cathy Lee. Fue poco concreta en ese punto.

-Iona está convencida de que hay una explicación, aunque hasta ahora no he oído ni una palabra. Creo que se ha marchado para averiguar dónde estuvo Frankie aquellos dos días. Sé que le inquietaba algo relacionado con la cantera donde tiraron a la chica.

Me despegué el auricular del oído y me lo quedé mirando.

-¿Y por qué la pone nerviosa una cantera?

-Oh, conoce bien el lugar. Jugaba por allí cuando era pequeña. Tiene un par de primos, los hijos de mi hermana, y en verano siempre pasaba dos semanas con ellos. Iban en bicicleta a la cantera y jugaban a tirarse piedras.

-¿En Lompoc?

-¿Qué te estoy diciendo?

-¿Por qué no se lo contó al teniente Dolan?

-No lo recordé entonces, de lo contrario se lo habría dicho enseguida.

-¿Está segura de que es la misma cantera? Tiene que haber otras por la zona.

-Creo que es eso lo que Iona quiere averiguar.

-¿En algún momento ha mencionado a Mofletes?

-¿En relación con qué?

-Puede que le contara a Frankie algo sobre él.

-Bueno, puede que sí. Ya sabes que Mofletes y Frankie estuvieron juntos en la cárcel por aquella época. Si lo ha acusado alguien, ha tenido que ser él. Ella cree que Mofletes puso sobre la mesa el nombre de Frankie con la esperanza de conseguir un trato de favor.

-Mierda, eso no es verdad -me quejé-. No hubo ningún trato. Mire, haga una cosa, ¿quiere? Si sabe algo de ella, ¿le puede decir que me llame? Estoy en Quorum, en el motel Vista Marina, habitación ciento veinticinco.

-No creo que me llame, pero, si lo hace, se lo diré con mucho gusto. Aunque la verdad es que tú estás más cerca de ella que yo.

-¿Perdón?

-Verás, reina, Iona está en Creosote. Ya te lo he contado antes. Cuando se marchó de Santa Teresa, fue a buscar a Mofletes para ver si podía arreglar las cosas.

-¿Ha ido Frankie con ella?

-Dios mío, no lo sé. Espero que no. Nunca me cuenta nada.

No llegué a gruñir, aunque tendría que haberlo hecho.

-No nos preocupemos por eso ahora. Gracias, Annette. Ha sido de gran ayuda.

-Reina, dele de mi parte al teniente Dolan un besazo de los de antes, con lengua.

-De acuerdo. Y por favor, dígale a Iona que me llame en cuanto averigüe algo de ella. Supongo que no sabrá dónde se aloja, ¿verdad? .

-Claro que no. Si lo supiera, te lo habría dicho.

-Estupendo. Pensaba que valía la pena comprobado, por si se me había escapado ese detalle.

22

Patrullamos por Vine, la calle principal de Creosote, que comprende diez manzanas a lo largo. Sólo había un bar y estaba decorado con el omnipresente estilo del Salvaje Oeste. Dejamos el coche, entramos y nos detuvimos un momento para mirar a nuestro alrededor: techos bajos con vigas gruesas, suelo de madera lleno de serrín, y paredes de troncos mal desbastados y rociados con yeso o algo parecido. Había una larga y pulida barra de caoba con el consabido barrote de metal para los pies, ocho mesas con sillas de brazos y un futbolín. El local estaba vacío, así que no tardamos en comprobar que Mofletes no se encontraba allí. En un extremo de la barra había una vieja máquina Orange Julius, y un continuo chorro de zumo de naranja caía en el depósito de cristal de ésta. Tras la barra había un asador con espetones cargados de perritos calientes pasados de moda que giraban alrededor de una fuente de calor y despedían un irresistible olor a barato.

Stacey y yo nos encaminamos en línea recta al camarero y le pedimos y nos comimos dos perritos calientes por cabeza, decorados con un chorrito de mostaza y mucha guarnición a base de variantes dulces que daban asco y cebollas cortadas tan finas que nos lagrimeaban los ojos. No dijimos una palabra hasta que masticamos y tragamos el último bocado. Me satisfizo mucho oír que Stacey daba los mismos gemidos que suelo dar yo cuando como.

Regó la comida con una Coca-Cola, y se limpió la boca y las manos con una servilleta de papel.

-Voy a pasarme el día eructando -dijo-, pero merece la pena. No sé de dónde he sacado tanto apetito.

-Bueno, no hemos comido desde el mediodía y son más de las tres.

-¿Desean algo más? -El camarero era un hombre casi sesentón, con cara ovalada, calvicie y dientes embusteros.

-Buscamos a Mofletes Clifton -respondió Stacey-. Su hermana Felicia creía que podía estar aquí.

-No lo he visto hoy. Suele aparecer a las once, cuando abrimos. Vendrá más tarde. Seguro que durante la Happy Hour. Nunca pierde la oportunidad de tomarse dos por el precio de una.

-Cuando llegue, ¿podría decirle que nos llame? Estamos dando un paseo, pero más tarde nos encontrará en el motel Vista Marina de Quorum.

Stacey lo anotó todo en una servilleta de papel y el camarero la dejó en la estantería de botellas que tenía detrás. Esperé mientras Stacey pagaba la comida (la segunda mía, la tercera suya) y volvimos al coche.

Mientras volvíamos al norte por la autopista 78 señalé a la izquierda el confuso y lejano perfil de Tuley-Belle.

-¿ Quieres que vayamos ahora o que pasemos en otro momento?

-No hay mejor tiempo que el presente.

Stacey giró por la calzada de cuatro carriles y advirtió, como yo cuando tomé esa misma carretera, su deterioro. Recorrimos los dos kilómetros, el desierto iba perdiéndose en la lejanía por ambos lados. Cuando llegamos a la urbanización, aparcó y bajamos del vehículo. No había comenzado aún el ocaso y el sol era como un reflector implacable que ponía al descubierto cada grieta y cada defecto del abandonado lu-

gar. Sin saber por qué, lo había adecentado un poco en la memoria, pues me había olvidado de la basura y la arena, las ventanas y baches gigantescos de la zona que rodeaba el sucio aparcamiento. Percibí un movimiento y volví los ojos. Apoyé una mano en el brazo de Stacey. Nos quedamos inmóviles. Dos coyotes llegaron trotando. Ambos eran de color gris claro, esqueléticos, de piernas huesudas, más altos que el pastor alemán común, pero con las mismas orejas de punta. El primer coyote se detuvo y nos miró con serena arrogancia. Eran coyotes del desierto, más pequeños que los que veíamos en Santa Teresa. Allí, cuando los años de sequía acaban con los pequeños roedores y demás animales menores, las manadas de coyotes bajan de las montañas y se dirigen a los barrios periféricos. Los había oído llamarse con chillidos agudos y escalofriantes cuando tenían a la presa acorralada y estaban a punto de matada. En incontables ocasiones había visto carteles escritos a mano en los postes telefónicos, normalmente con fotografías y números de teléfono, ofreciendo penosas recompensas a cambio de la devolución de gatos y perritos «extraviados». Yo sabía dónde estaban. Durante mis paseos por la ciudad había visto al amanecer algún que otro coyote solitario cruzando la calle con un bulto en la boca. Allí en el desierto, donde el calor era extremo y apenas llovía, los coyotes comen cualquier cosa: lagartos, insectos, carroña, serpientes.

El otro coyote había seguido trotando, pero entonces trazó un círculo para reunirse con el primero. Debía de ser la hembra de la pareja; a juzgar por la redondez del vientre tenía que estar preñada. Los dos animales nos miraron con misteriosa inteligencia. Vi sus ojos fríos y amarillos, sus insondables pupilas negras. No parecía que les diéramos miedo.

Era su territorio, vacío y agreste, donde sus probabilidades de supervivencia siempre eran mayores que las nuestras. Stacey dio un par de palmadas y los dos animales prosiguieron su camino con la tranquilidad de antes. Stacey los siguió con la mirada, lo mismo que yo, hasta que desaparecieron.

Se levantó el viento. A pesar del sol y de mi cazadora de aviador, me encogí para protegerme del frío.

-Entremos antes de que me muera congelada.

Vagamos por los pasillos vacíos. Con Stacey al lado, me entraron ganas de aventurarme más lejos. Primero exploramos los dos juntos y después por separado. Mientras él inspeccionaba un edificio prácticamente terminado, yo fui a una escalera de madera sin acabar y subí al primer piso. Me acerqué a una ancha ventana sin marco y miré el paisaje, la llanura kilométrica salpicada de matojos. Y de nuevo el restallar del plástico. Me asomé y miré a la derecha. A ras de suelo vi una confusa punta del plástico bailando bajo un montón de piedras. Las historias de fantasmas proceden de fenómenos así. Me extrañaba que los lugareños no hubieran inventado leyendas sobre aquellas ruinas.

Stacey salió del edificio contiguo. Me divisó y agitó la mano. Le devolví el saludo y vi que doblaba la esquina y desaparecía de nuevo. Me aparté de la ventana y me reuní con él abajo.

Eran cerca de las cuatro cuando llegamos al motel. Pensaba que ya habíamos trabajado bastante aquel día y voté por hacer un alto. Stacey dijo que él se iba al hospital a pasar un rato con Dolan. Cuando me dejó en mi habitación, me puse la ropa de deporte y las Saucony y fui a correr. La última vez que había salido a correr había sido el miércoles, antes de que Dolan y yo emprendiéramos el viaje. Era sábado y

me dije que ya tocaba que hiciera algo por mí. Por una vez me gustó el aire frío del desierto. La humedad era escasa y recorrí los cinco kilómetros sin sudar apenas.

Cuando volví al motel, la luz del contestador parpadeaba.

Marqué el seis y la operadora me informó de que tenía un mensaje de Betty Puckett. Escribí el nombre y el teléfono, aunque tardé un rato en recordada: era la consejera de orientación y profesora de mecanografía del instituto alternativo Lockaby. Quería meterme en la ducha, pero decidí llamar antes de asearme.

Cuando respondió, ya estaba enfadada conmigo.

-Siento ponerme desagradable, pero la he llamado tres veces y esperaba contestación.

-Señora Puckett, acepte mis disculpas, pero yo no he recibido más que un mensaje de usted. ¿Cuándo llamó?

-Ayer por la tarde dos veces y luego esta mañana a primera hora.

-Debe ser cosa de la recepcionista. Es un desastre con los mensajes y con casi todo lo demás. Créame, si lo hubiera sabido, la habría llamado enseguida.

-Bueno, supongo que a veces ocurren estas cosas -dijo, ya más calmada-. Patsy Marcum me llamó ayer poco después de que usted se fuera de la oficina. No creo que pueda serle útil, pero Patsy pensó que debía llamarla.

-La verdad es que hemos hecho algunos progresos desde que hablé con ella. En estos momentos hay muchas probabilidades de que la víctima que buscamos sea una joven que se llamaba Charisse Quinn. ¿La recuerda?

-El nombre no me dice nada. ¿Cuándo estuvo en Lockaby?

-Tuvo que ser en abril o mayo de 1969. Ingresó en el instituto normal de Quorum en marzo, pero, por lo que he oído, la expulsaron enseguida. Debieron de transferida a Lockaby a final de curso.

-Temía que dijera eso. Durante aquel periodo estuve de baja. Lo sé seguro porque he revisado mi expediente para comprobar el calendario de aquel año. De lo contrario, habría tenido que entrevistarse conmigo para formalizar la admisión.

-Entonces no la conoció.

-No. Siento no poder serle de utilidad.

-Más lo siento yo. Hemos oído muchas cosas de ella, pero casi todas malas. Esperaba que usted aportase un punto de vista más objetivo.

-Lamento decepcionarla. ¿Era de aquí su familia?

-Que yo sepa no. -Le hablé de Medora Sanders y de la tutela de Charisse.

-Conozco a los Sanders, o al menos los conocía. No estoy al tanto de las actuales circunstancias de Medora, pero en aquella época tenía un serio problema con la bebida.

-¿Qué sabe de Wilbur?

-Bueno, lo conocía. Íbamos a la misma iglesia, al menos cuando Medora estaba lo bastante sobria para asistir.

-Ella dice que Wilbur la abandonó a mediados de junio y que desde entonces no ha sabido nada de él. Así que nos preguntamos si habría alguna relación entre la desaparición de Charisse y la de Wilbur.

-Oh, yo creo que no. Wilbur se largó acompañado, pero no por ella. Se fue con una compañera de trabajo de Sears.

-¿Cómo lo sabe?

-Los rumores vuelan. Todo el mundo hablaba del asunto.

-No puedo creer que Justine y Medora no se enterasen -dije.

-Supongo que nadie estaba dispuesto a ser portador de malas noticias. He olvidado quién me lo contó, pero hace poco me enteré de que Wilbur se casó con esa mujer y está viviendo en Sacramento con nombre falso. Sandy Wilburson o algo parecido.

-¿En serio? Qué interesante, porque Medora piensa que está muerto.

-A todos los efectos lo está.

-Otra cosa, ahora que la tengo al teléfono. No lo creo probable, pero me pregunto si no recordará usted a un muchacho llamado Cedric Clifton. Es de Creosote, pero ha tenido problemas desde los nueve años y cabe la posibilidad de que fuera a Lockaby.

-Sí, conozco a Cedric, aunque es extraño que me pregunte por él. Era alumno nuestro en 1968, un año antes del periodo del que usted habla.

-¿Y por qué es extraño?

-Bueno, usted ha mencionado a los Sanders. Él salía con su hija. Era mayor que ella; debía de tener diecinueve años cuando ella tenía dieciséis.

-¿Justine y Mofletes Clifton? No me lo creo. ¿No salía ella con Cornell McPhee?

-Sí, pero antes salió con Cedric. Rompieron antes de que ella empezara a salir con Cornell y lo «pescara», como suele decirse. Los dos iban a la clase de mi hija, en Quorum.

-¡Por el amor de Dios! -exclamé-. ¿Qué pasa aquí? Todo el mundo conoce a todo el mundo.

Betty Puckett se echó a reír.

-Bienvenida a la aldea. ¿Qué más quiere saber sobre Cedric?

-¿Lo detuvieron alguna vez por robar coches?

-Sí, desde luego. Entre otras cosas -contestó.

-¿Cuáles?

-Robo con engaño, falsificación, cheques sin fondo.

-¿Ningún delito violento?

-Mientras estuvo en Lockaby no. Pero no sé lo que habrá hecho desde entonces.

-Gracias. Ha sido usted de gran ayuda. Siento que le costara tanto dar conmigo -dije.

Me duché y me lavé la cabeza, deseando aclararme las ideas con la misma facilidad con que el agua se iba por el desagüe. Todos los detalles, todas las conexiones subterráneas. Era como dibujar con tiralíneas la Vía Láctea. Me vestí y me senté ante el escritorio; saqué un fajo de fichas y me puse a tomar notas. Cuando hube anotado todo lo que me parecía relevante, puse las fichas por orden cronológico, instalé la Smith-Corona en la mesa y redacté un informe. Tanto Stacey como Dolan podían hacerla, y lo habrían hecho llegado el caso, pero yo me moría por ver cómo se organizaban los acontecimientos por sí solos. Vi formarse y deshacerse conexiones, con sentido o sin él: Mofletes trabajando con Frankie; Frankie casado con Iona; Mofletes saliendo con Justine antes de que ésta se casara con Cornell; Iona había crecido en el mismo pueblo que Mofletes y había salido con él en su juventud. La hermana de Cornell, Adrianne, había sido amiga de la chica muerta, suponiendo, como es lógico, que Charisse y Juana Nadie fueran la misma persona. Luego estaban las huellas de Mofletes en el coche robado. Era un punto intere-

sante. Me senté y miré las fichas, pensando en los actores del drama.

Entonces se me ocurrió que en 1969 yo sólo tenía dos años más que todos aquellos «críos». Había pasado por el instituto sin conseguir ni un solo sobresaliente. Nunca fui delegada de clase, ni practiqué ningún deporte, ni participé en actividades extraescolares. No estuve en el grupo de música, ni entre las animadoras del equipo de fútbol, ni en el coro. La mayor parte del tiempo iba de aquí para allá, cabizbaja y sintiéndome desterrada del mundo. Mis notas eran comunes y corrientes, cuando no mediocres, fumaba droga y salía con otros chicos tan mediocres y anónimos como yo. Si hubiera ido al instituto de Quórum habría simpatizado antes con Mofletes que con Justine o con Cornell. Aunque Cornell ya no fuera un as de los deportes, era un hombre decente y trabajador, con esposa y unas criaturas que mantener. Justine era esposa y madre a jornada completa; Adrianne era auxiliar administrativa en el mismo instituto en que había estudiado. Y Mofletes seguía buscando la manera de ir a la cárcel. En cuanto a mí, era (más o menos) respetable, una ciudadana que cumplía con las leyes, rechazaba las drogas y se negaba a ponerse entre los labios cualquier objeto que ardiese por un extremo. Me preguntaba cómo había entrado Charisse en el cuadro general. Los demás por lo menos habíamos tenido después más oportunidades que de adolescentes. Todas sus oportunidades se habían acabado en 1969, y una de las decisiones que tomó fue la última.

Cuando terminé de redactar el informe, me puse a barajar las fichas, jugando a lo que juego siempre. Las coloqué al azar, como si estuviera haciendo un solitario, mirando cómo quedaban los acontecimientos cuando se alteraba el orden

cronológico. La verdad no siempre se percibe al instante, sobre todo cuando se trata de un asesinato. Lo que parece una serie de episodios con lógica puede llegar a parecer todo lo contrario cuando se revisa del revés. La policía siempre retrocede al periodo anterior al homicidio, a los sucesos que han conducido al instante mortal. Salvo en los homicidios al azar, que cada vez son más normales hoy en día, suele haber una razón. Hay un móvil, siempre hay un móvil. En nueve de cada diez casos, si sabes el porqué, también sabes quién.

Volví a ordenar las fichas para ver si me había dejado algo.

Claro, había olvidado volver a visitar a Medora para preguntarle por qué había esperado una semana para denunciar la desaparición de Charisse. Coloqué aquella ficha encima del fajo, al revés, para acordarme antes de ponerles la goma. El detalle no era importante y seguro que tenía una buena explicación, pero seguía siendo una pregunta que necesitaba respuesta.

A las cinco guardé en el cajón el paquete de fichas, encima del expediente del asesinato, luego metí el informe en una carpeta y fui a la copistería del pueblo para que me hicieran dos copias. Cuando volvía al motel por Main Street vi a Adrianne dirigiéndose al supermercado. Acababa de dejar el coche e iba por el aparcamiento lateral camino de la puerta. Pisé el freno y miré por el retrovisor, temiendo que el coche que venía detrás se me montara en el tubo de escape. Giré hacia la izquierda, para fastidio de los demás conductores, uno de los cuales agitó el puño y me dijo una grosería. Hice una mueca de vergüenza y le envié un beso con la mano.

Aparqué y entré en el supermercado. Realicé un rápido reconocimiento, pasillo por pasillo. La vi en la sección de ver-

duras, con la lista en los dientes mientras tocaba indecisa unos melones. En el carrito llevaba una cesta de plástico con tomates pequeños, dos manojos de cebolletas y una coliflor que parecía un cerebro envuelto en celofán.

-Hola -saludé-. Quería hablar con usted, pero no sabía dónde localizarla. ¿ Cómo se llama su marido?

-Peter. Estamos divorciados. Vive en Reno.

-¿Le importa que la acompañe?

-Bueno -dijo. Iba con tejanos, zapatillas de tenis y un conjunto de cachemir azul grisáceo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, recogido con un pasador. Escogió un melón, lo olisqueó y lo metió en el carrito. Avanzó un poco y se detuvo en el expositor de los lácteos para mirar la fecha de caducidad de un cartón de leche desnatada, que también metió en el carrito-. ¿Quería algo concreto?

-Es simple curiosidad. Cuando estuve en la oficina del instituto, ¿no se le pasó por la cabeza que yo podía estar hablando de Charisse?

-En absoluto. ¿Por qué? Hace años que se fue.

-He oído que eran ustedes buenas amigas.

-No tan buenas. Salíamos de vez en cuando.

-¿Le contó que quería marcharse del pueblo?

-Ni siquiera me enteré de que se había ido. Tampoco es que nos viéramos todos los días.

-Pero cuando lo supo, ¿no se preocupó por ella?

-No especialmente. Supuse que sabría cuidar de sí misma.

-¿Volvió a tener noticias suyas?

-No, pero tampoco lo esperaba. No es lo que usted piensa. Yo era un par de años más joven y no teníamos mucho en común. He perdido el contacto con muchos compañeros de

clase con los que guardaba más amistad que con ella. Así es la vida.

-No parece afectada por el asesinato. ¿No le preocupa?

-Mire, le seré sincera. Siento lo que pasó, pero no me entristece. ¿Por qué iba a entristecerme? La conocí durante cuatro meses a lo sumo.

-Háblеme de esa amistad o lo que fuese.

-No sé qué decir. Pensaba que era divertida. No le preocupaba lo que decía el resto de la gente ni, por supuesto, lo que pensaba. Yo tenía ganas de rebelarme. Ella hacía cosas que yo no me atrevía a hacer. Yo era buena chica. Ella mala. Supongo que los extremos se atraen.

Doblamos a la izquierda y recorrimos un pasillo lleno de latas de verdura, pasta, arroz integral y blanco, y legumbres secas. Seleccionó un paquete de lentejas.

-¿Conoce a Mofletes Clifton? -pregunté.

-Claro. Salía con Justine.

-¿Cuánto tiempo salieron juntos?

-Un año, quizá menos. Yo, personalmente, pensaba que era un vago, pero a ella le gustaba. Después de romper siguieron siendo amigos.

-Eligió a un tipo curioso, ¿no cree?

-Tendría que haber visto al chico con el que salía yo. Ése sí que era un inadaptado.

-¿Conocía Mofletes a Cornell?

-Nos conocíamos todos.

-¿También a Frankie Miracle y a Iona Mathis?

-Me suenan los nombres, pero no, no conozco a ninguno de ellos.

-¿Pasaba Mofletes mucho tiempo en casa de usted? Pareció algo desconcertada.

-Bastante. ¿Por qué lo pregunta?

-¿Cree que robó el Mustang del establecimiento de su padre? Reflexionó un momento.

-Es posible. Ya había robado coches antes.

Se acercó a los expositores y eligió un bote de salsa de tomate y dos latas de cerdo con judías.

-¿Sospechó usted de él en aquel momento?

-Puede que se me pasara por la cabeza.

-¿Se lo comentó alguna vez a su padre?

-No. Yo no lo vi robar nada, así que no iba a causarle problemas sin saberlo con seguridad. Supuse que quería impresionar a Justine.

-¿Todavía no habían roto?

-Bueno, sí, pero él esperaba volver con ella.

-¿Sabía ella que se había llevado el coche?

-Eso no lo sé ni siquiera yo. Ha sido sólo una suposición. No sé adónde quiere ir a parar.

-Es que creo que no sólo robó el coche, sino que además fue a Lompoc con Charisse. -No añadí «muerta en el maletero».

-¿Y?

-¿Nunca le preguntó si sabía qué había sido de Charisse?

-Estoy segura de que si hubiera sabido algo, lo habría dicho.

-¿No hubo nadie que se preocupara?

-La verdad es que no. Medora denunció la desaparición y supusimos que la policía se encargaría del asunto. Si parece una mezquindad, lo siento.

Habíamos entrado en un pasillo flanqueado por congeladores. Pasteles helados, pizzas y bolsas de verduras. Adrianne abrió una puerta de cristal y sacó una bolsa de guisantes.

La miré ceñuda.

-¿Por qué me da la sensación de que sabe algo que no me cuenta?

-Estoy segura de que sé muchas cosas que no le he contado.

-Sobre Charisse.

-No quiero crear problemas. Ya se lo he dicho.

-¿A quién le crearía problemas?

-Estoy hablando en general, de nadie en concreto.

-Esperemos que sea verdad. Gracias por la charla. Adrianne siguió por el pasillo y yo me quedé donde estaba, observando la eficiencia con que se desenvolvía.

Pasé por el motel. El coche de Stacey no estaba. No había dejado ninguna nota para mí, así que imaginé que lo vería más tarde. Fui al hospital de Quorum y encontré a Dolan durmiendo, con la bandeja de la cena a un lado. Me acerqué de puntillas a la cama y, bajo el borde de la manta doblada a sus pies, metí una copia del informe guardada en un sobre cerrado. Pasé por el puesto de enfermeras y tuve una breve charla con la señorita Kovach, que me informó de que iban a trasladar a Dolan de la unidad de cirugía cardiaca a una planta médica normal. Le pedí que le comunicara que había estado allí y que le había dejado un informe actualizado a los pies de la cama.

-Se lo transmitiré -dijo.

Salía del aparcamiento cuando llegó Stacey. Bajamos las ventanillas respectivas y hablamos de coche a coche. Le di

otra copia de las notas que había tomado y que consistían en un rápido resumen de mi conversación con Adrianne, además de lo que había oído de labios de Betty Puckett sobre la escapada de Wilbur Sanders y su posterior bigamia.

-Lamento oír que Mofletes pasara tanto tiempo en casa de los McPhee -dijo Stacey-. Me jode hacer campaña en contra, pero creo que tendremos que cambiar de dirección.

-¿Y qué si los conocía? Pudo haber robado igualmente el coche, ¿no cree?

-¿Y cómo vamos a probarlo? Pensaba que las huellas serían concluyentes -comentó-. En fin. Diré a los muchachos que investiguen a Wilbur. No resultará difícil localizarlo. Además, podríamos darle una lección, ya que estamos en ello.

-Sí, Medora lleva tiempo enferma. No estaría mal que Wilbur asumiera parte de la responsabilidad. Por cierto, ¿dónde se había metido? Pasé por el motel, pero se había ido.

-Fui a la oficina del sheriff y hablé con un par de agentes. Dijeron que les tomarían las huellas a los McPhee si pueden convencerlos.

-¿Cree que accederán?

-No veo por qué no. A propósito, quiero que vengas a la iglesia baptista conmigo. Mañana es domingo de Pascua y Edna me dijo que todos los McPhee estarán allí. Habrá dos servicios religiosos, pero creo que el que nos conviene es el de las nueve.

Después volverán a casa de Edna para darse un atracón. Es domingo de Pascua, apuesto a que comen jamón.

-¿Por qué dice eso?

-Es igual que mi madre. Siempre comíamos jamón el domingo de Pascua, con ñame y judías verdes. Los seguiremos y

hablaremos con ellos cuando se hayan reunido todos en torno a la casa.

-No sé, Stacey. Quizá debería ir usted solo. Yo lo único que conseguiré será irritar a Ruel.

-Quiero que vengas conmigo. Prometo que será breve.

Un coche se detuvo detrás de mí y el conductor dio un rápido y educado bocinazo.

-Nos veremos luego en el motel -me despedí.

-Dame quince minutos.

Cenamos en la habitación de Dolan, que Stacey había hecho también suya. Los dos nos sentamos en la cama y compartimos una caja de pollo frito, puré de patatas, salsa de carne y mazorcas de maíz. Cuando terminamos, recogí los huesos, los envases vacíos y los cubiertos de plástico y los tiré a la basura. Stacey quería que me quedara a ver una película, pero yo tenía ganas de descansar. No estoy acostumbrada a pasar mucho tiempo en compañía.

-Si me necesita, estaré en mi habitación. Si no, nos veremos por la mañana.

-De acuerdo. Llamaré a tu puerta a las ocho. Así tendrás tiempo para ducharte y vestirte.

-Ay, mierda. Acabo de recordar que no he traído más ropa que los vaqueros.

-No es problema. No tenemos por qué entrar en la iglesia.

Podemos esperar en el aparcamiento y seguirlos hasta la casa.

-¿Y por qué no vamos allí directamente?

-¿Y si deciden cambiar de idea y se van a comer a otro sitio?

Puede que sea la única oportunidad que tengamos de hablar con todos a la vez.

-¿Cree que Edna renunciaría a la oportunidad de preparar el banquete de Pascua?

-Seguramente no, pero quiero ver a la congregación vestida de punta en blanco -dijo-. Como cuando yo era pequeño. -

No va a dejar que me escaquee, ¿verdad?

Sonrió con benevolencia.

-Disfruta de la noche.

23

El teléfono sonaba cuando abrí la puerta. Solté el bolso y descolgué. Al cuarto o quinto timbrazo.

-¿Kinsey? -preguntó una mujer.

-Sí, ¿quién es?

-Iona. Mamá me ha dicho que llamaste preguntando por mí.

-¿Dónde estás? ¿En Creosote?

-En Peaches. Acabo de llegar. ¿Qué quieres?

-¿Hablaste con Mofletes Clifton el jueves por la noche?

-Puede que sí -respondió con cautela-. ¿Por qué me lo preguntas?

-¿Quedasteis en veros?

-¿Por qué iba a hacerlo? Es un tirado y un mierda.

-Su hermana dijo que estabas enfadada con él. ¿Por qué?

-No es asunto tuyo. Es algo entre él y yo.

-Muy bien. Probemos otra cosa. Tu madre me contó que de pequeña pasabas algunas temporadas en Lompoc. Me gustaría saber si le hablaste a Mofletes de la cantera que hay allí. -Silencio sepulcral-. ¿Recuerdas habérselo contado? -insistí-. Me refiero a la cantera en la que se encontró el cadáver de la chica.

-¿Cómo quieres que sepa dónde se encontró el cadáver?

-Vamos, Iona. No te hagas la tonta conmigo. No me importa que se lo dijeras. Sólo quiero la información.

-Puede que sí.

-¿Puede que sí, o sí?

-Bueno, vale, sí, se lo dije, pero hace muchos años. Incluso se la enseñé una vez que pasamos por allí.

-¿Conocías a Charisse Quinn?

-No.

-¿No me preguntas quién es?

-No soy idiota. Supongo que es la chica muerta que encontraron después del asesinato de Cathy Lee. Le pregunté a Frankie y me ha dicho que él no tuvo nada que ver con eso. Ni siquiera la conocía.

-Ya veo que él tampoco es idiota. Si la hubiera matado, no creo que te lo contara.

-¿Por qué estáis en contra suya? ¿No podéis darle un respiro? A ti no te ha hecho nada.

-No se trata de mí, Iona, se trata de Charisse. No estará Frankie por ahí, ¿verdad? Me gustaría hablar con él en persona.

-Se marchó el viernes por la mañana. Tenía que trabajar el viernes por la noche y tuvo que irse.

-Una visita breve, ¿eh?

-¿Y qué? -replicó con voz enfadada.

-¿Qué le contaste de Mofletes?

Otro silencio, durante el cual oí su respiración silbando en mi oído.

-¿Iona?

-Por si te interesa, le dije que Mofletes es un chivato de mierda. Frankie sabía que lo había acusado alguien. En cuanto mencionaste a Mofletes, supe que había sido él.

-¿Por eso estabas tan enfadada con él?

-No soy la única. Frankie también está cabreado. Mofletes hizo un trato con la policía y culpó a Frankie de lo que le pasó a esa chica.

Sentí un escalofrío de miedo, como si un ciempiés me caminara por la espalda.

-¿De dónde has sacado eso?

-Bueno, fue así, ¿no?

-No.

-Mientes. Frankie lo comprobó. Conoce a un tipo que está en la cárcel cumpliendo una condena de treinta días. Le dijo que Mofletes recibió una visita, una investigadora privada que hacía preguntas acerca del asesinato. Eras tú, ¿no?

-Claro que sí, pero Mofletes no hizo ningún trato.

-Sí que lo hizo. ¿Sabes cómo lo sé? Salió de la cárcel al día siguiente. Lo dijo el amigo de Frankie.

-Porque ya había cumplido la condena. Estuvo el tiempo que estuvo y lo soltaron.

-No, no. De eso nada. Mofletes volvió a la celda y empezó a fanfarronear con todo el mundo. Presumía de que ibas a hacerle un favor especial. Y al día siguiente estaba en la calle.

-Me pidió tabaco y le contesté que no. Eso fue todo. No hubo ningún trato.

-Ja, ja, ja. Cuéntame otra.

-¿Quieres escucharme? Iona, piénsalo. No tengo autoridad para hacer que lo suelten. ¿ Cómo iba a conseguirlo?

-Eso no es lo que dijo el amigo de Frankie.

-Pues el amigo de Frankie se equivoca. No tengo poder para negociar con nadie. No soy policía. Soy una ciudadana normal, igual que tú.

-Ah -dijo.

-Sí, ah -repliqué-. La próxima vez que hables con Frankie, cuéntale la verdad. Y si necesita que se la cuente yo en

persona, que me llame. Y de paso dejad en paz a Mofletes. No hizo nada.

Colgué el teléfono con exasperación. Sólo nos faltaba Frankie Miracle cabalgando de nuevo. Tenía que admitir que le iba buscando las cosquillas a aquel individuo. Y, desde luego, Mofletes lo había acusado, pero no para negociar. Quiso distraemos y lo consiguió, aunque sólo temporalmente. Ahora que sus huellas habían aparecido en el coche robado, se había convertido en el principal sospechoso. Su intento de implicar a Frankie sólo hacía que confirmar las sospechas, así que al final el tiro le había salido por la culata. Por desgracia, no creía que Frankie se entretuviera a analizar las sutilezas y circunstancias atenuantes de los chivatazos. Para él, un soplón era un soplón. Repasé mis notas y volví a descolgar el teléfono para marcar el número de Felicia Clifton, en Creosote. Contestó antes de que sonara el primer timbrazo.

-¿Diga?

-¿Felicia? Soy Kinsey Millhone. ¿Qué tal?

-No muy bien. Cedric no ha vuelto a casa y estoy muerta de preocupación.

-No ha pasado tanto tiempo, ¿verdad? Dijiste que se había ido esta mañana. Hace sólo unas horas.

-También pudo haberse ido anoche. Lo único que sé es que no estaba cuando me levanté. En todo caso, ya debería haber vuelto. No suele comportarse así.

-¿Has llamado al bar? Según el camarero, siempre aparece por allí en la Happy Hour.

-Jerry tampoco lo ha visto. No sé dónde puede estar.

-Quizás ha conocido a una chica y se ha ido a su casa.

-No creo. No le di dinero, así que ni siquiera llevaba para pagarse unas copas. Mi coche está aquí, así que ha tenido que

irse a pie. Podía haber ido andando al bar, pero a ninguna otra parte. Ya viste lo que es este pueblo. Estamos alejados de todo y la gente regresa a casa a las seis.

-¿Has avisado a la policía?

-Podría avisar -dijo, no muy convencida-. He llamado a los dos hospitales, el de Quorum y el de Blythe, pero no está en ninguno.

-Eso son buenas noticias, ¿no?

-Supongo que sí.

-¿Crees que podría irse del pueblo sin avisarte?

-¿Quieres decir para siempre? ¿Y por qué iba a hacer una cosa así?

-Bueno. Tiene un pequeño problema con Frankie Miracle, el ex de Iona.

-Puñeta. ¿Lo sabe Mofletes?

- Estoy segura de que sí. Puede que se lo haya pensado y haya decidido desaparecer.

-Y sin dinero, ¿adónde va a ir?

-Buena pregunta. Mira, ¿por qué no llamamos a la policía? Quizá lo hayan detenido. Por lo que sabemos, podría estar en la cárcel.

-Créeme, si eso fuera cierto, ya me habría llamado para que pagara la fianza.

-Bueno, espero que aparezca pronto, pero en caso contrario avisarme. Quizá se nos ocurra alguna idea.

-¿De verdad crees que estará bien?

-Seguro que sí, aunque coincido contigo en que es preocupante -admití. Charlamos un poco más, tratando de aumentar la confianza. Cuando colgué me dije: ¿a quién quiero engañar? No creía que Frankie se arriesgara a volver a la cárcel acusado de agresión con lesiones (o algo peor), pero

tampoco era precisamente famoso por dominar sus impulsos. Ahora que Iona le había calentado los cascos, ¿quién sabía lo que podía hacer?

Al día siguiente por la mañana, a las nueve menos cuarto, Stacey y yo estábamos apostados en el aparcamiento de la iglesia baptista de Quorum. Era domingo de Pascua y casi todas las mujeres y niños que pasaban iban ataviados con tonos pastel y vestidos floreados, con ramilletes de flores de verdad y sombreros que oscilaban por el peso de las flores artificiales que los adornaban. Los McPhee llegaron al aparcamiento en tres vehículos. Llevábamos media hora allí, con el coche de alquiler medio oculto tras un seto de casi un metro de altura. Yo seguía opinando que tenía más sentido ir directamente a la casa, pero Stacey prefería el dramatismo. Los primeros en llegar fueron los McPhee de la primera generación. Aparcaron, bajaron y esperaron mientras Adrianne entraba trazando una curva y aparcaba junto al coche de sus padres. Al poco rato llegaron Justine y Cornell con las tres niñas. Ataviados con sus mejores galas, los ocho parecían una familia de tebeo. Edna llevaba sombrero. Ruel se había peinado el pelo hacia atrás con gomina y el traje azul claro le quedaba un poco grande. Las tres niñas, con vestidos iguales, sombrero y guantes de algodón blanco, pasaron ante la iglesia y entraron en la Escuela Dominical, que estaba en un edificio adjunto.

Stacey y yo no nos movimos. Algunas ventanas estaban abiertas y la congregación nos regaló el oído con música de órgano y una selección de himnos. El sermón no llegó tan lejos. Stacey había comprado un ejemplar del *Valley Times* de

Palo Verde y durante el servicio nos entretuvimos con las noticias locales.

-¿Qué has averiguado de Mofletes? -preguntó.

-Ni una palabra. Llamé anoche, pero Felicia me dijo que no había aparecido. Volveré a llamar esta tarde. Si hay suerte, habrá vuelto y podremos hablar con él. Apuesto lo que quiera a que tiene preparada una historia para explicar lo de sus huellas en el Mustang.

Yo leí la primera página y las tiras cómicas y Stacey se entretuvo leyendo en voz alta anuncios que ofrecían parcelas del desierto a precio de ganga. Levanté la vista.

-Pues anímese, Stacey. Ahora que es usted ciudadano sin techo, podría vivir aquí.

-Demasiado calor. He pensado en hablar con Dolan, a ver qué le parece que me vaya a vivir con él.

-Oiga, eso me gusta. Dolan necesita a alguien que ponga orden en su vida disoluta.

-Tendré que disimular lo de la comida basura. Es lo único que me preocupa. -Pasó la página de un manotazo y se concentró en los deportes.

-No le vendría mal dejar ese tipo de comida.

-Ahora que lo dices, ¿dónde quieres probar después? ¿Taco Bell, Long John Silver's o Jack in the Box?

-Creía que íbamos a casa de los McPhee.

-Me refiero a después. Un hombre tiene que comer.

Cuando terminó el servicio religioso esperamos a que salieran y fuimos tras ellos. Ruel y Edna se desviaron una manzana antes de llegar a la casa.

-¿Qué ocurre? ¿Quieren despistamos? -pregunté y me volví para mirados.

-Lo hacen todos los domingos; van a visitar a un enfermo antes de comer.

-Es usted fantástico -dije-. ¿Hay algo que no sepa?

Justine nos hizo pasar. Al parecer, Adrianne y ella se encargarían de la cocina hasta que llegara Edna. La casa olía al jamón cocido que debían de haber metido en el horno antes de ir a la iglesia. Percibí también cierto olor a piña y a azúcar moreno y capté las ráfagas azucaradas que despedían las batatas que soltaban jugo en la parte inferior del horno. Las niñas de Justine se habían sentado en la sala de estar y se entretenían con un juego de mesa sin apenas hacer ruido. En el suelo, donde las habían dejado, vi que habían dejado sus cestas de Pascua en el suelo. Por los fragmentos de papel de plata arrugado que había en ellas deduje que las niñas ya habían empezado a probar los huevos y conejitos de chocolate. A las tres les habían dado unos patitos de trapo de color amarillo chillón. La vajilla buena ya estaba en la mesa del comedor. El centro de mesa era un gran ramo de lirios, cuyo aroma no llegaba hasta donde estábamos.

Justine echó a andar por el pasillo, delante de nosotros.

-Nos encontrarán en la cocina dando los últimos retoques a la comida.

-No hay problema -dijo Stacey.

En la cocina hacía calor, en parte por la olla de las judías verdes que se cocía al fuego. Yo me moría de hambre, como es lógico, y esperaba acabar pronto para iniciar con Stacey el circuito de la comida basura. Ya había llegado a la conclusión de que reformar a Stacey no era responsabilidad mía. Yo lo había puesto en aquel camino, así que al menos le haría compañía mientras se atiborraba.

Adrianne estaba ante la encimera doblando las bandejas del hielo para que los cubitos cayeran limpiamente en una jarra de cristal. Conforme vaciaba las bandejas se las daba a Cornell, que las llenaba de agua otra vez. Cornell metió la última bandeja en la nevera y se secó las manos con un paño. Mientras, Justine daba el toque final a las fuentes de ensalada poniendo una hoja de lechuga en cada una. Abrió la nevera y sacó un recipiente de plástico herméticamente cerrado, que puso brevemente bajo el chorro del agua caliente del fregadero. Volvió ligeramente la cabeza y preguntó a Stacey:

-Bueno, ¿qué quiere?

-Esperaba que vuestros padres estuvieran aquí para no tener que repetirme. No sé si el teniente Dolan lo comentó, pero necesitamos tomar las huellas dactilares de toda la familia. La agente Bancroft, de la oficina del sheriff, dice que os buscará mañana a primera hora de la mañana.

Cornell se apoyó en la encimera y cruzó los brazos. Se había quitado la chaqueta y se había aflojado la corbata.

-¿Con qué objeto?

-Es un proceso de eliminación. Puede que alguno de vosotros dejara huellas en el Mustang. De este modo, si aparecen más huellas, tendremos algo con que comparadas. Ahorra tiempo y molestias.

-¿ Quiere decir que nos van a fichar como si fuéramos delincuentes? -preguntó Cornell.

-No, hombre, no. En absoluto. Es mera rutina, pero a nosotros nos resulta muy útil. El teniente Dolan se lo habría comunicado en persona, pero está en el hospital de Quorum. Supongo que os habréis enterado.

Pero a Cornell no le interesaban las tribulaciones médicas de Dolan.

-¿Y si nos negamos?

-¿Por qué? Es una práctica habitual.

-Pues para mí no lo es.

Adrianne se volvió hacia su hermano.

-Vamos, Cornell, hazlo y se acabó. No tienes por qué alborotar.

-No está alborotando -replicó Justine-. Sólo pregunta por qué tenemos que consentir esta mierda.

-Mujer, yo no llegaría al extremo de llamado «mierda» -dijo Stacey-. Si dependiera de mí, lo dejaría correr, pero Dolan cree que es buena idea. Y es el jefe. Sólo se tarda un par de minutos y el lugar no queda ni a diez manzanas de distancia. Si queréis, yo mismo os llevo y os traigo cuando terminéis.

-No es eso -replicó Cornell.

-¿Entonces qué es? -preguntó Adrianne-. ¿Por qué te comportas así?

-No hablaba contigo. Cuando quiera tu opinión, estate segura de que te la pediré.

-Le ruego que me perdone.

-Mira, voy a ir, ¿de acuerdo? Lo que pasa es que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

-Os propongo una cosa -dijo Stacey-. Llevo un tampón de tinta en el coche. Los de huellas son mejores, pero entiendo vuestros motivos. Si lo preferís, lo hacemos ahora mismo.

-Olvídelo. Iré. Pero me fastidia, eso es todo.

-Gracias. Le comunicaré a la agente que acudirá toda la familia.

-Espere un momento. ¿Es que mamá y papá también tienen que ir?

-El vehículo es de tu padre, de modo que lo lógico es que sus huellas estén en él. Y con tu madre pasa lo mismo. No hay necesidad de mordemos la cola si hay una explicación obvia.

-Dios nos asista -dijo Cornell.

Dejó el paño de cocina en la encimera, salió por la puerta posterior y la cerró de un golpe. Habría apostado una fuerte cantidad de dinero a que iba a fumarse un cigarrillo para tranquilizarse.

Su hermana se quedó mirando la puerta.

-¿Qué le pasa?

-No le hagas caso. Está de mal humor -dijo Justine.

La mirada de Adrianne se cruzó con la mía durante una fracción de segundo.

Fuimos al Long John Silver's y esta vez nos extasiamos con pescado muy frito y patatas rociadas con una vinagreta del color del té helado. Luego pasamos por el hospital a ver a Dolan. No lo había visto desde el viernes por la noche y me sorprendió lo bien que estaba. Paseaba por el pasillo con unas zapatillas de cartón y un albornoz encima de la bata. Se acababa de duchar y afeitar y todavía tenía el pelo mojado y pulcramente peinado con raya al lado.

En cuanto nos vio, dijo:

-Vamos a la sala de espera que hayal final del pasillo. Ya no soporto estar más tiempo encerrado.

-Se le ve estupendo -dije.

-Estoy haciendo méritos para que el médico me deje salir. -Andaba arrastrando los pies, pero probablemente porque era la única forma de no perder las zapatillas.

-¿Cómo se presenta la cosa?

-Me quedaré hasta mañana, posiblemente. Tengo que empezar a hacer rehabilitación cardiaca y el médico cree que es mejor que lo haga en mi territorio -dijo-. Joe Mandel me ha llamado esta mañana con buenas noticias. Han detenido al tipo que cometió el asesinato triple.

-Cojonudo -dijo Stacey-. Así nos dedicarán toda la atención.

No había nadie más en la sala de espera. En un rincón, el televisor colgado de la pared mostraba a un telepredicador, el volumen estaba al mínimo. Detrás de él se veía un coro vestido de blanco que parecía cantar con gran entusiasmo. El teniente Dolan estaba inquieto, pero pensé que sería por el tabaco. Para él, el trabajo y el fumar estaban tan conectados que le era difícil hacer una cosa sin la otra. Hablamos del caso una vez más. Ninguno se cansaba de repetir los hechos, aunque no había nada nuevo que añadir.

-En estos momentos, nuestra prioridad es Mofletes -dijo-. Ya es hora de que le echemos el guante.

-Menuda pérdida de tiempo -comentó Stacey-. Es un viejo amigo de la familia. Sus huellas tienen una explicación fácil. Puede que sea mentira, pero no se le puede probar nada.

Cambiamos de conversación y estuvimos hablando del tiempo hasta que Dolan empezó a fatigarse. Nos separamos de él al poco rato.

Stacey y yo pasamos el resto de la tarde dominical en nuestras respectivas habitaciones. No sé qué hizo él. Yo leí la novela que llevaba conmigo, dormí una siesta y me corté el pelo con las tijeras de las uñas. A las seis reanudamos el circuito de la comida basura y aterrizamos en Taco Bell. Empezaba a anhelar los brotes de alfalfa y el zumo de zanahoria,

cualquier producto sin aditivos, conservantes ni colesterol.

Por otra parte, Stacey volvía a tener las mejillas sonrosadas y habría jurado que había ganado casi un kilo desde su llegada.

A Dolan le dieron de alta el lunes al atardecer, en el momento en que llegaban las bandejas con la cena. Stacey y yo llegamos a la planta a las cinco y esperamos pacientemente a que el médico revisara su ficha y le soltara un largo sermón sobre la importancia de alejarse del tabaco, de seguir una dieta equilibrada y de empezar un programa de ejercicio moderado. Cuando lo vimos ya estaba con la ropa de calle y con ganas de salir pitando de allí.

Lo metimos en el asiento delantero del coche de alquiler y me senté detrás. Llevaba un sobre marrón con copias del informe de Urgencias, de los resultados del electro y del tratamiento que le habían aplicado. Mientras Stacey ponía en marcha el motor, dijo:

-Pandilla de alcornoques. Lo exageran todo para asustar. No veo qué tiene de malo fumarse un cigarrillo de vez en cuando.

-No empieces con eso y haz lo que te dicen.

-¿Y si me vuelvo tan quejica como tú? Si no recuerdo mal, hacías lo que te daba la gana y los demás a la porra.

Stacey apagó el motor y levantó las manos.

-Decidido. Nos volvemos al hospital y hablamos otra vez con el médico.

-¿Se puede saber qué te pasa? Le prometí que le obedecería... en términos generales. Y ahora pon el coche en marcha y vámonos. No debo alterarme. Lo pone aquí -dijo golpeando el sobre.

-Ahí no pone eso. Lo he leído.

-¿Has leído mi ficha médica?

-Pues claro. Estaba en la puerta de tu habitación. Ya sabía yo que harías trampa.

Me adelanté y apoyé los brazos en el asiento, entre ambos. -Miren, si se van a pelear, me bajo y me largo andando.

Guardaron silencio mientras meditaban.

-Bueno, está bien -dijo Dolan finalmente-. Estáis consiguiendo que me suba la tensión.

Ya en el Quorum Inn, el humor de Dolan mejoró después de cenar y la tensión se disipó. Dolan hizo un alarde de docilidad pidiendo pescado hervido con limón, verduras al vapor, ensalada verde y un vaso de vino tinto, que juró que le estaba permitido. Después de habernos pasado el día engullendo comida basura, Stacey y yo pedimos pollo a la plancha, ensalada y también verduras al vapor. Todos fingimos disfrutar de la comida. Cuando nos sirvieron los descafeinados, ya no sabíamos de qué hablar. Stacey llevaría a Dolan a Santa Teresa al día siguiente por la mañana; iría en el coche de alquiler y yo me quedaría con el de Dolan. El caso había entrado en otra etapa de estancamiento. Estábamos a la espera de papeles, resultados de análisis y comparaciones de huellas; en resumen, esperando a que apareciese una pista que a lo mejor no aparecía nunca. Lo más sensato era regresar a Santa Teresa con ellos. Y volver a reunimos al cabo de un par de días si no surgía nada antes.

-Y mientras, ¿qué hago yo? No quiero quedarme aquí contando los pajaritos que pasan -dije.

- Limítate a no meterte en líos -aconsejó Dolan.

-Ya me explicarán cómo. No ocurre nada.

Partieron el martes a las ocho de la mañana, y cuando Stacey salió del aparcamiento con el coche, agité el brazo para darles el último adiós. Volví a la habitación con una mezcla de depresión y alivio. Solía experimentar la misma sensación cuando Robert Dietz pasaba unos días conmigo y luego se iba. Es duro ser quien se queda. Si hubiera estado en mi casa habría hecho limpieza, pero confinada en el motel ni siquiera podía dedicarme a eso. Recogí la ropa sucia, busqué calderilla en el fondo del bolso y fui a la lavandería más cercana. No hay actividad más aburrida que sentarse en una lavandería a esperar que la lavadora y la secadora realicen su trabajo de principio a fin. No te puedes ir porque, en cuanto te descuidas, o te roban la ropa o te la sacan del tambor y te la dejan en cualquier parte, hecha una bola. Me quedé allí sentada, vigilando cómo se lavaba mi ropa interior. Era mejor que buscar informes, pero no mucho más.

24

No hacía ni diez minutos que había vuelto de la lavandería cuando oí que llamaban a la puerta. Eché un vistazo por la mirilla y vi a Felicia Clifton al otro lado, mirando hacia el aparcamiento. Abrí. El rostro que me miró estaba pálido, desdibujada y sin maquillar. Sus ojos, sin lápiz ni pestañas postizas, eran en realidad más bonitos, aunque no tan grandes ni tan vivos. Llevaba tejanos, camiseta y zapatillas de deporte sin calcetines, como si se hubiera vestido con prisa. Llevaba el cabello rojo recogido en una despeinada cola de caballo.

-Qué sorpresa tan agradable. Pasa.

Entró y alargó una mano para mantener el equilibrio. Al principio pensé que estaba borracha, pero a los pocos segundos me di cuenta de que temblaba y parecía muy afectada.

-Felicia, ¿qué ocurre? ¿Es Mofletes?

Asintió con la cabeza. La empujé levemente a un lado y cerré la puerta mientras le decía:

-Oye, estás a salvo. No te ocurre nada. Tómate el tiempo que necesites.

Se desplomó en la silla del escritorio y apoyó la cabeza en las rodillas como si estuviera a punto de desmayarse.

No acababa de gustarme aquella modalidad de conversación. Entré en el cuarto de baño y busqué una toalla. La empapé en agua fría y volví junto a Felicia. Me quitó la toalla y se la apretó contra la cara dejando escapar un sonido entre el gemido y el suspiro.

Me senté a los pies de la cama, casi tocándole las rodillas con las mías.

-¿Mofletes está bien? -Por cómo se comportaba sospechaba que el susodicho había muerto, pero no quería formular la posibilidad en voz alta hasta que lo hiciera ella.

-Han llamado a las siete. Creen que es él. Necesitan a alguien que lo identifique, pero yo no puedo.

-¿Qué ha pasado?

-No lo sé. Me han dicho que vaya.

-¿Adónde? ¿A la oficina del sheriff?

Asintió con la cabeza.

-No puede ser bueno -contestó-. Ha estado fuera varios días. Si estuviera herido, el sheriff no me pediría que fuese, ¿verdad? Me dirían dónde está.

-No lo sabes con seguridad. ¿Te han llamado al trabajo?

-Me encontraba todavía en casa. No empiezo hasta las ocho.

Me estaba tomando un café, todavía en bata, y sonó el teléfono. Ni siquiera sé cómo he podido llegar aquí. Recuerdo haber subido al coche, pero no recuerdo el camino.

-Vamos. Deja el coche donde está. Iremos en el mío. Voy por mis cosas. Mientras tanto, respira.

Inspiré y espiré para recordarle cómo se hacía. Se la notaba tan angustiada que probablemente estaría conteniendo la respiración. Mientras aguantaba la cazadora y el bolso con una mano, la saqué de la habitación empujándola y cerré la puerta. No llevaba bolso y las manos le temblaban tanto que las llaves del coche tintineaban como una cadenita. Alargué la mano para que dejaran de hacer ruido. Me miró con cara de sorpresa, luego se fijó en las llaves como si no las hubiera visto nunca y se las guardó en los tejanos. Le abrí la puertezuela y rodeé el coche para ponerme al volante. Cuando arranqué, puse la calefacción al máximo. No hacía mal día,

pero con la tensión que tenía era inevitable que sintiera escalofríos. Se quedó con los hombros caídos, con las manos entre las rodillas, tiritando como un perro al que llevan al veterinario.

La comisaría de policía y la oficina del sheriff se encontraban en el mismo edificio de dos plantas, el cual, como todos los de Quorum, se hallaba a menos de ocho manzanas de allí. Encontré sitio para aparcar y di la vuelta al coche para ayudarla. Cuando se vio de pie recuperó parte de la compostura. Todavía tiritaba un poco, pero el hecho de ponerse en movimiento la ayudó a dominarse. Hasta el momento no había oído ninguna mala noticia. Era la espera lo que la estaba matando.

Entramos en la comisaría. Hice que Felicia se sentase en un banco de madera del pasillo mientras yo me metía en las oficinas. La decoración era de lo más discreto: mostrador, suelo de baldosas beis, mesas grises de metal, sillas giratorias y archivadores grises modelo administración pública. De la parte trasera de los ordenadores y de debajo de los escritorios salían nudos y redes de cables. El tablón de anuncios se veía sembrado de notas, noticias y comunicados oficiales que no alcanzaba a leer desde donde estaba. También había fotografías enmarcadas del sheriff del condado de Riverside, del gobernador de California y del presidente de Estados Unidos.

Dije al agente uniformado que había tras el escritorio quién era Felicia y por qué estábamos allí. Me remitió al agente Lassiter, que salió del despacho interior para hablar conmigo. Andaba por los cuarenta años, bien afeitado, delgado y con canas prematuras. Iba vestido de calle y debajo de la chaqueta gris oscuro se veían la pistola y la funda. Habló

en voz baja para transmitirme todos los detalles que le habían dado.

-Recibimos una llamada de una mujer que vive en la autopista 78, a seis kilómetros de Hazelwood Springs. ¿Conoce la zona?

-Conozco la parte de la carretera a la que se refiere.

-Cerca de la finca de esta mujer, en las colinas, hay coyotes, así que deja el perro dentro de la casa, salvo cuando está en el patio y puede vigilarlo. Ayer, los basureros olvidaron la puerta abierta y el perro se escapó. El animal estuvo toda la noche fuera y, cuando volvió por la mañana, iba arrastrando un hueso. Un brazo, en realidad. El ayudante recordó el aviso de Felicia a propósito de Cedric. Casi todos lo conocemos, pero queremos que le eche un vistazo alguien más.

-Yo sólo lo he visto una vez y dudo que pueda reconocerlo por el brazo. A menos que sea el de los tatuajes -añadí.

Por la cabeza me pasó rápidamente la imagen del brazo izquierdo de Mofletes, que había visto por primera y única vez en la cárcel del condado de Santa Teresa. Un tatuaje de una mujer de grandes pechos y una larga melena negra. Además tenía una telaraña, una calavera con sombrero mexicano y un coito que le habría quedado mejor en el culo.

-Guardábamos una orden de busca y captura por delito de tráfico desde 1981. Además de la foto de archivo también disponemos de una descripción de sus tatuajes que parece coincidir.

-¿No puede utilizar la mano para tomarle las huellas? -Casi todos los dedos están masticados, pero lo intentaremos en cuanto el forense termine su trabajo.

-¿Dónde está el resto?

-Ésa es la cuestión. No lo sabemos.

Lo miré parpadeando, aturdida por la idea que, de un brinco, acababa de colárseme en la cabeza.

-Puede que yo lo sepa.

Qué extraña es la intuición. Cuando por instinto pegamos un salto en el tiempo, a veces podemos dar marcha atrás y reconstruir la trayectoria de ese pensamiento, observación o idea que ha estado incordiando en el fondo del cerebro para dar forma a eso que de repente se revela ante nuestros ojos. Otras veces es sólo eso, una chispa de información que nos llega sin que seamos conscientes de ningún razonamiento. Lo que yo recordaba era el restallar de un plástico ondeando al viento y un coyote mordisqueando tranquilamente un trozo de carne.

-Creo que está en Tuley-Belle. Hace días que se lo están comiendo los animales carroñeros.

Felicia y yo permanecimos una hora sentadas en el coche, delante de la urbanización, en una parte resguardada del viento. El olor a carne descompuesta era ya inconfundible, tan fácil de identificar como el olor de una mofeta. Esperamos mientras el forense examinaba los restos. Los coyotes debían de haber acudido al olor de la sangre y la cara de Mofletes apenas se reconocía porque había sido en gran parte devorada. Me dio la sensación de que este aspecto de su muerte afectaba a todos los funcionarios presentes, incluso a los más curtidos. Los conflictos de Mofletes con la ley habían sido tan frecuentes que había llegado a estrechar lazos con muchos agentes. Lo admito, era un cabroncete, pero nunca había sido cruel ni un degenerado. Sólo era uno de esos hombres para quienes delinquir resulta más sencillo que trabajar honradamente.

Al final, el agente Lassiter se acercó al coche y preguntó a Felicia si deseaba ver el cadáver.

-No está en buen estado, pero tiene derecho a verlo. No quiero que se vaya con el menor asomo de duda.

-Ve tú -me pidió mirándome-. No quiero verlo si tan mal está.

Lo estaba.

Lo habían cubierto con una sábana de plástico opaco lastrada con piedras, y lo habían dejado en una pequeña zanja, enfrente del edificio que yo había estado inspeccionando. Mientras me acercaba al sitio acompañada de Lassiter oí otra vez restallar el plástico a instancias del viento.

-¿De dónde ha salido el plástico? -pregunté.

-Hacía de cortina de una puerta de la parte trasera de este sector. En el dintel se ve aún el trozo que ha quedado.

La ojeada que eché al cadáver fue suficiente para confirmar que era Mofletes. Ninguna sorpresa por este lado. La causa de la muerte había sido una serie de golpes con un objeto contundente: le habían fracturado el cráneo y el cerebro se veía por la hendidura.

-¿Y el arma del crimen?

-Estamos buscándola.

De momento no se podía estimar la hora de la muerte. Tendría que esperar a que el forense hiciera la autopsia. Felicia lo había visto por última vez el viernes, entre las nueve y media y las diez, hora en que apagó la tele y se fue a dormir. Podían haber matado a Mofletes aquella misma noche, aunque no estaba claro cómo había llegado a Tuley-Belle. Cabía la posibilidad de que lo hubiera recogido alguien en Creosote y lo hubiera llevado allí en coche, probablemente alguien en quien confiaba, de lo contrario no habría accedido a ir. Me

preguntaba cuánto tiempo habían tardado en llegar los coyotes, con el cuchillo y el tenedor listos y la servilleta colgando bajo el peludo hocico. Los halcones, los cuervos, las zorras y los linces habrían guardado turno. La naturaleza es generosa. Muerto, Mofletes era un plato abundante.

Se precintó la zona. No se permitía entrar a nadie que no estuviera directamente relacionado, para que no alterase el escenario del crimen. La furgoneta del forense estaba aparcada cerca. El agente Lassiter había organizado a sus ayudantes y todos empezaron un exhaustivo registro en busca de más huesos y partes del cadáver, así como del arma del crimen y de cualquier indicio que pudiera haber dejado el asesino. El ayudante Chilton, al que había conocido en casa de los McPhee, era uno de los hombres que rastreaban los alrededores. Yo regresé junto a Felicia y me quedé con ella en el coche de Dolan. Técnicamente no era necesario que la hermana de Mofletes estuviera allí y sospechaba que el agente habría preferido que la llevara a su casa. Antes, mientras esperábamos en la comisaría, habían enviado una patrulla a Tuley- Belle para investigar mis suposiciones. El agente había visto el cadáver y había llamado para comunicarlo. A Felicia le habían hecho un breve resumen, suficiente para saber que era su hermano y en qué condiciones estaba. Pero ella había repetido que quería ir. A su hermano ya no lo salvaba ni Dios, pero Felicia no quiso ceder.

Yo observaba la actividad del escenario del crimen como si fuera una película que ya hubiese visto. Los detalles variaban a veces, pero el argumento siempre era el mismo. Tenía la náusea en el alma. Evitaba pensar en los coyotes y en los ruidos que había oído las dos ocasiones en que había estado en Tuley-Belle. No me cabía la menor duda de que por enton-

ces yacía hacía rato muerto. Aunque no habría podido salvado, habría podido impedir la carnicería posterior. El hecho de que hubieran asesinado a Mofletes allí fortalecía mis sospechas de que también habían matado a Charisse en aquel lugar.

A las dos, el agente Lassiter vino hacia nosotras por el aparcamiento sin asfaltar. Bajé del coche y me reuní con él a mitad de trayecto.

-Se están preparando para transportar el cadáver. Dígale a Felicia que llame al depósito de cadáveres de Quorum. Cuando la autopsia termine, llevaremos allí el cadáver, a menos que Felicia disponga otra cosa. Pregúntele si quiere que avisemos a algún sacerdote concreto.

-Claro. Veré qué dice.

-¿Está usted aquí con Stacey Oliphant?

-Sí. El teniente Dolan y él van camino de Santa Teresa. Yo iba a seguirles, pero, dadas las circunstancias, me quedaré.

-Trabajaremos sobre la base de que los dos asesinatos están relacionados, a menos que descubramos algo que lo desmienta. Imagino que Santa Teresa querrá enviar a un par de hombres.

-Lo más seguro -dije.

Le hice un resumen de lo que nos había llevado a Quorum y lo que habíamos descubierto. Como Stacey ya le había dado parte de la información, se lo conté por encima, pasando a los detalles sólo cuando se trataba de algo que él no sabía, Frankie Miracle en primer lugar.

-El teniente Dolan y yo fuimos a Peaches a ver a su ex mujer cuando veníamos para acá -dije-. Se llama Iona Mathis.

-La conocemos -comentó-. Ella y mi sobrina pertenecen a la misma congregación, o al menos pertenecían.

-Sí, bueno, su madre declara que se fue a Santa Teresa para ver a Frankie en cuanto nos marchamos nosotros. Creo que Frankie vino con ella, pero no puedo asegurado. Iona afirma que el viernes por la noche Frankie estaba trabajando en Santa Teresa.

-Es bastante fácil de comprobar. ¿Sabe en qué empresa? -No, pero no me cabe duda de que Stacey o Dolan lo sabrán.

Puede que también quiera hablar con Iona. Llamó a Mofletes el jueves por la noche y, por lo que dijo Felicia, estaba muy enfadada. -En nota a pie de página le conté las especulaciones de Iona sobre que Mofletes había entregado a Frankie-. Felicia no sabe si Mofletes salió de casa el viernes por la noche o el sábado de madrugada. Me contó que había recibido una llamada antes de la de Iona, pero que no sabe quién era porque contestó él.

-Hablaré con Iona en cuanto pueda..., quizá más tarde. ¿Dónde estará usted?

Le indiqué dónde me alojaba.

-Llamaré a los muchachos en cuanto llegue al motel -añadí-. El asesinato de Mofletes les va a sentar como una patada en el estómago. Seguro que Stacey le contó que habían encontrado sus huellas en el Mustang. Todos dábamos por sentado que la había matado él o, en su defecto, que sabía quién había sido. Ahora parece que lo han matado para cerrarle la boca.

-Desventajas de ser cómplice -dijo Lassiter-. En fin, si sucede algo, avísenos.

Llevé a Felicia al motel. Estaba tranquila, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y los ojos entornados. Llevaba un pañuelo en una mano y de vez en cuando se lo acercaba a los ojos. Tenía los párpados hinchados y la cara enrojecida. El cabello rojo le colgaba mustio, como abatido de dolor. Lloraba en silencio. Ahora que sabía que lo peor había sucedido, había algo pasivo en su reacción, una resignación que había albergado durante años mientras esperaba el golpe.

-Por si te sirve de consuelo, la gente se preocupaba por él -dije finalmente.

Se volvió con una sonrisa frágil.

-¿Tú crees? Espero que tengas razón. Llevó una vida lamentable; pasó más tiempo en la cárcel que fuera. Es para preguntarse si tiene sentido.

-Yo ya he desistido de hacer cábalas. No te culpes.

-En cierto modo soy culpable. Siempre pensaré que podía haberlo hecho mejor. El problema es que no sé si fui demasiado dura con él o demasiado blanda.

-La elección la hizo Mofletes. No es responsabilidad tuya.

-¿Sabes una cosa? No me importa lo que hiciera. Conmigo era honrado. Podía haber vivido a mi costa, pero nunca me robó nada, ¿sabes? Era mi hermano menor y lo quería.

-Lo sé. ¿Perteneces a alguna iglesia? Con mucho gusto haría algunas llamadas.

-En un pueblo como éste ya se habrá enterado todo el mundo. Seguro que, cuando llegue a casa, ya estará allí el ministro. Lo único que espero es no desmoronarme. Ya tengo bastante con esto.

Una vez en el motel, aparqué al lado de su coche y bajamos las dos. La abracé, ella se dejó abrazar brevemente y

luego se apartó con los ojos llenos de lágrimas y se limpió la nariz con el pañuelo.

-No seas demasiado buena. Es peor -dijo.

-¿Podrás conducir?

-Sí, tranquila.

-Te llamaré mañana.

-Gracias. Te lo agradezco.

Entré en mi habitación. La doncella ya había pasado por allí, así que las toallas estaban limpias y la cama hecha. Me acerqué el teléfono que había en la mesita junto a la novela. El número de Stacey parecía desconectado. Tuve que sonreír. Como se había obstinado en que se iba a morir, no se había preocupado por pagar a la compañía. Marqué el número de Dolan y dejé un mensaje diciendo que me llamara cualquiera de los dos en cuanto lo escucharan. Ya eran las tres y, aunque se hubieran detenido a comer, llegarían a Santa Teresa antes de una hora. No me atrevía a salir de la habitación para no perderme su llamada. Traté de leer algo, pero cuando me di cuenta estaba pensando en la muerte de Mofletes. Recordé la conversación con Iona Mathis y me pregunté de dónde habría sacado aquella disparatada idea de que había hecho un trato con Mofletes para sacarlo de la cárcel. Esperaba que aquel malentendido no hubiese contribuido a su muerte, porque si era así, yo era hasta cierto punto responsable de lo que le había pasado. La idea me puso enferma.

Me descalcé, me metí en la cama y me eché la colcha por encima. Volví a abrir la novela y leí un rato con la esperanza de distraerme. Me sentía cómoda. La habitación estaba en silencio. Empecé a dar cabezadas y, cuando sonó el teléfono, di un bote y descolgué con el corazón en un puño. El chorro de adrenalina me subió al máximo y descendió. Era Dolan.

Me incorporé y saqué los pies de la cama, frotándome la cara mientras ahogaba un bostezo.

-¿Qué tal el viaje? Parece cansado.

-Estoy mejor que nunca -respondió-. Stacey me ha dejado hace media hora y se ha ido corriendo a la oficina del sheriff, a hablar con Mandel. Luego quiere pasar por su casa a recoger sus cosas. Creo que después pensaremos en la cena.

-¿Se va a quedar con usted?

-Temporalmente. Ya sabes que el contrato de alquiler de su casa ha vencido y tiene que dejarla a fin de mes. Estaba convencido de que por entonces descansaría dos metros bajo tierra, pero me temo que los dioses le han tomado el pelo. Le dije que se quedara aquí hasta que encuentre otro sitio. Me vendrá bien la compañía. -Estupendo. Les beneficiará a los dos si dejan de discutir.

Dolan tuvo el detalle de reírse.

-No discutimos. Es sólo que no estamos de acuerdo -dijo-.

¿Y qué tal por ahí? Nos sentimos mal por haberte dejado allí, con la tradicional patata caliente. ¿Te entretienes al menos?

-Es curioso que diga usted eso. -Le conté lo de la muerte de Mofletes, que analizamos con todo detalle.

-Espera un momento -me interrumpió-. Stacey acaba de llegar y quiero contárselo.

Puso la mano en el micrófono para ahorrarme la repetición de los hechos mientras ponía a Stacey al corriente. Aunque amortiguados, alcancé a oír los tacos de Stacey.

Le quitó el teléfono a Dolan.

-Es la última vez que te abandono. A ver si me entero de qué coño está pasando.

-Sabe usted tanto como yo.

Tenía su propia lista de preguntas sobre Mofletes; luego hablamos de Frankie. Dijo que trataría de localizarlo para ver si podía explicar sus idas y venidas desde el viernes por la mañana.

-Buenas noticias por aquí. La ficha dental de Charisse coincide con la de Juana Nadie, así que al menos hemos descubierto algo. Los del laboratorio casi juran que los cabellos que encontramos también le pertenecen. Ahora sólo nos falta averiguar a quién pertenece la segunda serie de huellas y tendremos el toro por los cuernos. ¿Se las han tomado ya a los McPhee?

-Supongo que sí. Mañana por la mañana llamaré para averiguarlo -dije-. ¿Cuándo va a volver?

-En cuanto pueda. Me pondré en camino cuando esté todo bajo control.

Oí que Dolan farfullaba al fondo.

-Bueno, vale -dijo Stacey-. Oye, Dolan se dejó la pistola en el maletero del coche. Le gustaría saber si todavía está allí.

-Pues no he abierto el maletero, pero ya miraré. ¿Qué quiere que haga con ella?

Dolan le dijo algo a Stacey.

-Dice que se la devuelvas en cuanto vengas a casa.

-Por supuesto.

Dolan añadió algo más que no pude entender.

-Un momento -me pidió Stacey. Y a Dolan-: ¡Maldita sea! ¿Quieres callarte mientras hablo?

Más murmullos de Dolan.

-Y un carajo. Que te crees tú eso. -Stacey volvió a dirigirse a mí-. Me está volviendo loco. Dice que se las arreglará bien solo, pero su alma rebosa perfidia. En cuanto le dé la espalda, echará a correr al estanco. Deberían encerrarlo.

Oí un portazo al fondo.

-¡Eso tú, palurdo! -gritó Stacey-. Bueno, ya te llamaré cuando vaya a ponerme en marcha. Así podrás hablar con la recepcionista y reservarme una habitación.

Cuando colgamos, llamé a Henry. Se activó el contestador automático. Dejé un mensaje en el que le decía que lo echaba de menos y que volvería a llamar. Leí durante otra hora más o menos y luego pedí una pizza. No me apetecía salir a comer sola. Normalmente me gusta comer sola en un restaurante, pero sin Stacey ni Dolan la idea me resultaba extraña. El asesinato de Mofletes me había dejado anonadada. No era como investigar un asesinato sucedido dieciocho años antes. Cualquiera que hubiese sido el móvil, el paso del tiempo lo había enfriado. La vida había seguido su curso. El asesino se las había arreglado para cometer su fechoría y escapar. Pensaba que no habría ninguna razón para volver a matar, pero la muerte de Mofletes ponía de manifiesto lo equivocada que estaba. Todavía había mucho en juego. Durante todos aquellos años, el autor de los crímenes había vivido apoyado en una mentira. Habíamos aparecido nosotros y habíamos puesto en peligro su tranquilidad.

Engullí la cena y tiré la caja a la basura. Vi por la tele un par de comedias con risas desagradablemente programadas.

A las nueve llegué a la conclusión de que no perdía nada trabajando. Tomar notas sistemáticamente tiene un efecto tranquilizante. Me senté al escritorio y abrí el cajón.

Los objetos no estaban donde yo los había dejado.

Me quedé pensativa y luego eché un vistazo por la habitación, preguntándome si habría entrado alguien. Bueno, no si habría entrado, sino quién había entrado y removido el cajón. La última vez que tomé notas había sido el sábado por la tarde. Stacey y yo habíamos estado en Creosote y a la vuelta nos habíamos detenido en Tuley-Belle. Una vez en el motel nos quedamos descansando un rato. Había hablado por teléfono con Betty Puckett, de Lockaby, y luego me había duchado, me había vestido y había anotado los hechos significativos de las últimas horas: sucesos, preguntas, conversaciones. Al finalizar había atado el paquete de fichas con una goma y lo había dejado en el cajón, encima del expediente del caso. Ahora estaban debajo del expediente. Era un pequeño detalle, pero lo recordaba muy bien.

Empuñé un bolígrafo y levanté con él una punta del expediente para sacar las fichas. Sujeté el fajo por los bordes para quitarle la goma. Había dejado la ficha superior al revés para acordarme de que tenía que volver a hablar con Medora Sanders. Ahora la ficha estaba bien puesta, igual que las demás.

Alguien había estado allí. Alguien había mirado el expediente y leído mis notas.

Me levanté con brusquedad, como si hubieran electrificado la silla. Inspeccioné la habitación escrutando cada centímetro cuadrado. El petate y el álbum de la familia seguían en el armario, intactos. Exceptuando lo que había en el cajón, todo lo demás estaba en el mismo sitio de antes. ¿Lo habría ordenado la doncella? Si era así, ¿por qué se había detenido a leer las fichas? La doncella con la que había cruzado unas palabras apenas hablaba inglés. Podía haber sido otra empleada. Seguro que había como mínimo dos turnos, uno para

los días laborables y otro para los fines de semana. Puede que la última doncella que había limpiado la habitación hubiera sentido curiosidad y la hubiera satisfecho pensando que no me enteraría. Me costaba creerlo, pero no se me ocurría nada más.

Volví a poner la goma en las fichas y las devolví a su sitio, después cerré el cajón empujando con el bolígrafo. Era evidente que a la intrusa o intruso no se le había ocurrido que yo recordaría claramente cómo había dejado el contenido del cajón. Si no había sido la doncella, ¿cómo había conseguido entrar? La puerta de la habitación estaba cerrada con llave. Entré en el cuarto de baño y saqué un pañuelo de papel de la caja, luego fui a la puerta y lo utilicé para girar el pomo. Inspeccioné la puerta por fuera, el ojo de la llave y el escudete de la cerradura, pero no vi perforaciones ni arañazos, ningún indicio de que la hubieran forzado. Los pestillos de las ventanas estaban echados por dentro y no parecía que alguien los hubiera tocado.

Por otra parte, entrar podía haber sido muy sencillo. Mientras la doncella estaba limpiando la habitación el sábado, había dejado la puerta abierta, sujeta por el bulto de las sábanas sucias. Tenía la radio puesta en el cuarto de baño, con la música a todo volumen mientras limpiaba el lavabo y la bañera. Cualquiera podía haberse colado y registrado el escritorio, que estaba al lado mismo de la puerta. No habría tenido tiempo de leer el expediente, pero las fichas eran mucho más importantes. Aquellas notas reflejaban todo lo que yo sabía del caso y todo lo que consideraba relevante. Leyéndolas podía saberse dónde había estado, con quién había hablado y qué pensaba hacer. Adelantarse a mis movimientos entrañaba una gran ventaja. Alguien podía intervenir

antes de que tuviera la oportunidad de conseguir la información que necesitaba.

Cerré la puerta y volví al escritorio. Miré el fajo de fichas con el nombre de Medora encima. No creía que esta mujer supiera nada que no me hubiera contado ya, pero podía ser interesante comprobado. Durante un momento pensé en llamar al agente Lassiter o a algún otro de la oficina del sheriff, pero ¿qué iba a decirles? ¿Que habían movido el fajo de fichas? ¡Hala! No creía que llegaran corriendo con el polvillo de detectar huellas. A lo sumo pensarían lo mismo que yo, que la doncella había abierto y cerrado el cajón al hacer la limpieza. Vaya plan. Aparte del toqueteo de mis pertenencias (para lo que había que fiarse de mi palabra), no había el menor indicio de que hubiera entrado nadie. La habitación no estaba patas arriba ni habían robado nada, así que, desde el punto de vista de la policía, no se había cometido ningún delito.

Recogí el bolso y la cazadora. Estaba ya en la puerta cuando se me ocurrió una idea. Tomé el álbum de familia del armario, fui al cajón del escritorio y saqué el expediente del caso y el paquete de fichas. Salí y me aseguré de que dejaba la puerta bien cerrada. Guardé el tesoro en el maletero del coche de Dolan y fui a casa de Medora. Me estimuló ver la Smith & Wesson de Dolan en el maletero.

26

Hacía una noche fría y ventosa, pero el trayecto fue tan corto que a la calefacción del coche de Dolan no le dio tiempo de caldear el ambiente. En Quorum apenas había edificios con más de dos plantas, por lo que el pueblo estaba desprotegido y a merced de las ráfagas de aire frío que soplaban del desierto. El cielo se veía provisionalmente negro y la presencia de estrellas no resultaba tan reconfortante como habría cabido esperar. La naturaleza tiene sus pequeños métodos para recordamos lo pequeños y frágiles que somos. Nuestra existencia es transitoria, mientras que la suya proseguirá mucho después de que nuestra pobre carne se haya convertido en polvo.

Aparqué en el camino de entrada. Casi toda la casa permanecía a oscuras y sólo había luz en la sala de estar. Mientras avanzaba por el pequeño tramo de hierba advertí que la entrada delantera estaba abierta. Veía la franja vertical de luz ensancharse y encogerse con el vaivén de la puerta empujada por el viento. Vacilé antes de llamar con los nudillos en el marco de la puerta de tela metálica.

-¿Medora? -Silencio en el interior. Abrí el cancel y metí la cabeza por la abertura-. ¿Medora?

No me gustaba la idea de entrar sin permiso, pero era muy extraño, y más con lo que comenzaba a sospechar tras saber que habían registrado mi habitación. Si alguien había leído mis notas y había visto su nombre, era muy probable que a continuación hubiera ido a la casa. Abrí la puerta del todo y entré. La única luz encendida era una pequeña lámpara de mesa. Medora estaba en el sofá, de espaldas y con las manos cruzadas en el pecho. Me acerqué. Roncaba y toda ella

despedía un inconfundible tufo a alcohol metabolizándose. Si se despertaba y me veía allí se llevaría un susto, pero no quería irme sin cerciorarme de que se encontraba bien. En el borde del cenicero había un cigarrillo que se había apagado solo, con unos centímetros de ceniza en la punta. No quedaba hielo en el vaso, lo que significaba que había tenido tiempo de derretirse. Los frascos de pastillas parecían llenos y estaban cerrados. Al menos no se había tomado una sobredosis, aunque sabía que su costumbre de mezclar whisky con analgésicos era peligrosa.

En la casa hacía frío, incluso sentí correr una brisa ligera. Fui a la cocina y encendí la luz. La puerta trasera estaba abierta y por ella se había colado una corriente que había enfriado todas las habitaciones. Levanté la cabeza y agucé el oído, atenta al menor ruido. Sin dar un paso más recorrí el lugar con los ojos. La puerta trasera estaba intacta: no habían astillado la madera, no habían movido ningún marco ni había cristales rotos. Las ventanas estaban cerradas y todos los pestillos echados. Vi las encimeras de la cocina atestadas de latas de comida, cajas de cereales y galletas, paquetes de servilletas, pañuelos de papel, rollos de papel de cocina y productos de limpieza. Medora no había fregado los platos desde hacía una semana, aunque lo único que al parecer comía era cereales y sopa. El cubo de la basura estaba a rebosar, pero, exceptuando el desorden, no parecía que se hubiera tocado nada.

Miré a Medora y sentí un escalofrío al pensar en lo indefensa que estaba. Cualquiera podía entrar, robarle, agredirla o matarla mientras dormía. Si se hubiera incendiado la casa, dudo que se hubiera dado cuenta. Cerré la puerta trasera y eché el cerrojo. Di una vuelta por toda la casa, que se

reducía a un pequeño cuarto de baño sucio y dos dormitorios pequeños. Sus peculiares costumbres domésticas impedían saber si había entrado alguien a registrar la casa.

Volví a la sala de estar y me incliné sobre ella.

-Medora, soy Kinsey. ¿Se encuentra bien? -No se movió. Le puse la mano en el brazo e insistí-: Eh.

Nada. La moví con suavidad, pero siguió sin enterarse. Estaba sumergida en las sombrías profundidades del alcohol, adonde no llegaban ni el sonido ni la luz. Volví a zarandearla. Soltó un gruñido, pero siguió dormida. No me parecía conveniente dejarla en aquel estado. Busqué un teléfono y encontré uno de pared en la cocina, al lado de la puerta. Miré en varios cajones hasta que di con el listín telefónico. Localicé el número de Justine y la llamé. Respondió a los cuatro timbrazos.

-¿Justine? Soy Kinsey. Lamento mucho molestarte, pero he pasado por casa de tu madre y he encontrado las dos puertas abiertas. Parece desvanecida. Creo que está bien, pero me cuesta despertarla. ¿Podrías venir? No considero prudente dejarla sola hasta que la veas tú misma.

-Ay, joder, qué cruz. Iré en cuanto pueda.

Colgó bruscamente. No me gustaba fastidiarla, pero así es la vida. Volví al sofá y me senté en la mesa baja del café. Alcancé la mano de Medora y le di unos golpecitos.

-Medora, despierte. ¿Puede despertarse?

Abrió los ojos medio aturdida. Al principio no consiguió enfocar la mirada, pero al final coordinó los dos ojos y miró a su alrededor con aire desorientado.

-Soy yo, Kinsey. ¿Me oye?

Murmuró algo que no pude entender.

-Medora, ¿ha tomado pastillas? Levántese, ¿quiere? -Le pasé un brazo por detrás de la cabeza para sentarla-. Vaya incorporarla, pero necesito su ayuda.

Pareció entenderlo y se apoyó en el codo, lo que me permitió ponerla derecha. Sus ojos se posaron en los míos con aire de confusión.

-¿Qué pasa?

-No lo sé, Medora. Dígamelo usted. Vamos a levantamos y daremos un paseo. ¿Puede?

-¿Para qué? Estoy bien. No me apetece andar.

-Bueno, entonces quédese sentada y hablemos. No quiero que vuelva a dormirse. ¿Qué ha tomado?

-Un descanso.

-Ya sé que se ha tomado un descanso, pero las puertas estaban abiertas y temí por usted. ¿Ha tomado pastillas?

-Antes.

-¿Cuántas? Enséñeme lo que tomó, ¿fueron éstas?

-Y las otras.

Miré las etiquetas de los frascos: Valium, Tylenol con codeína, Percocet, Xanax.

-No ha sido buena idea. No debe tomarlas al mismo tiempo, y menos con alcohol. Es peligroso. ¿Se encuentra bien? -Me las dio el doctor Belker.

-Pero no debería tomarlas cuando bebe. ¿No se lo explicó?

-Entonces no podría tomarlas nunca. Me paso el día bebiendo. -Aclarado aquel punto, sonrió al ver qué cara ponía yo.

Seguimos así un rato, yo preguntando y ella respondiendo con breves frases explicativas. No era una conversación brillante, pero cumplía su objetivo, que era mantenerla en

contacto con la realidad. Cuando llegó Justine, un cuarto de hora después, Medora estaba más despierta y había recuperado el dominio de sus actos.

Justine se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo de una silla.

-Siento haber tardado tanto, pero estaba esperando a Cornell. Al final llamé a la vecina y se ha quedado en casa con las niñas.

Medora miraba fijamente a Justine, con una mezcla de humildad y vergüenza.

-Yo no le dije que te llamara. Yo no lo habría hecho. Justine se sentó al lado de su madre y le acarició la mano.

-¿Cuántas veces hemos pasado por esto, madre? No puedes seguir así. Tengo mi propia vida.

-Sólo tomé un trago y un calmante.

-Estoy segura. ¿Cuántas?

-Lo normal.

-No importa. Olvídalo. No debería malgastar palabras. ¿Te encuentras bien?

-Sí. No tendrías que haber dejado a las niñas.

-Kinsey me dijo que las puertas estaban abiertas. ¿A qué viene eso?

-Yo las cerré. De verdad. Me acordé de lo que dijiste.

-Vamos a meterte en la cama. Ya hablaremos después, cuando estés mejor.

-Estoy mejor -replicó medio aturdida mientras Justine la ayudaba a ponerse en pie. Medora se movió con torpeza.

-¿Necesitas ayuda?

Justine negó con la cabeza, concentrada en conseguir que su madre rodeara la mesita sin chocar con las salientes esquinas, cruzara la habitación y el corto pasillo que llevaba a

su dormitorio. Las oí murmurar, Medora disculpándose mientras Justine la metía en la cama.

Cinco minutos más tarde volvió Justine frotándose las manos con actitud pensativa.

-Va a peor. No sé qué hacer con ella. ¡Por Dios!, aquí te congelas.

-Ahora hace más calor que antes.

Se acercó al termostato.

-Está apagado. ¿Por qué lo hará? ¿Para ahorrar gas? No me extraña que se ponga enferma. Hace dos meses tuvo una pulmonía. -Ajustó la temperatura y un segundo después oí el rumor de la caldera al encenderse.

Justine se sentó en el sofá suspirando de irritación.

-No sé cuántas veces habré hablado con ella de esto. Sale a dejar la basura o a recoger el periódico, se le cierra la puerta y ya no puede entrar, y otras veces entra y se olvida de cerrar. Con este viento, las puertas van dando golpes y al final se abren. Ella ni siquiera se entera.

-No creo que sea eso lo que ha ocurrido, pero me ha puesto los pelos de punta. ¿Puedes echar un vistazo para cerciorarte de que no ha desaparecido nada? Imagina que haya entrado alguien.

-¿Quién iba a molestarse? Aquí no hay nada que robar.

-Lo entiendo, pero hay algo en todo esto que no me gusta.

¿Podrías dar una pequeña vuelta por la casa?

-Muy bien. Pero acompáñame. No tardaremos, ya lo verás. -Se inclinó para recoger la botella de whisky que había en la mesa-. Toma.

Me quedé con la botella en las manos y esperé a que recogiera el vaso y los frascos de píldoras.

-Su médico está loco. He discutido con él cientos de veces. Son viejos amigos, así que ella entra detrás de mí y vuelve a convencerlo.

Echó una rápida mirada a la cocina mientras tiraba el whisky por el desagüe. Vació todos los frascos en la basura y las pastillas cayeron rebotando como un puñado de perdigones. Luego tiró la botella.

-Ya me ocuparé de eso más tarde -dijo y señaló el cubo de basura lleno y los platos amontonados en el fregadero-. Aquí parece que todo está normal. Es una pocilga, pero es lo habitual.

La seguí por el cuarto de baño y el otro dormitorio, que debía de haber sido el suyo cuando vivía allí, el mismo que se había visto obligada a compartir con Charisse. Las camas gemelas todavía estaban en su sitio, pero todo alrededor rebosaba de ropa, cajas y objetos en general. Estuve a punto de confesarle mis sospechas sobre la intrusión en mi cuarto del motel, pero lo pensé mejor. No tenía pruebas y no quería parecer una paranoica total. Además, sólo conseguiría que acabara haciéndome preguntas que no quería contestar.

Cuando volvíamos a la sala de estar, dijo:

-He oído lo de Mofletes. Es horrible.

-Las noticias vuelan.

-A estas horas lo sabe todo el mundo.

-¿Quién te lo dijo?

-Me llamó Todd Chilton. Es ayudante...

-Lo conozco. ¿Por qué te llamó?

-Ah, bueno. Se acordaba de que salí con Mofletes y pensó que debía saberlo. Por lo que me contó, fue una barbaridad. Al menos es la impresión que leí entre líneas. Dijo que lo habías deducido tú.

-Otros se habrían dado cuenta tarde o temprano -comenté, pensando en el olor.

La puse al corriente por encima eludiendo lo realmente importante. Era evidente que el agente Lassiter filtraba la información que -llegaba al público.

-¿Por qué has venido?

-Quería preguntarle algo a tu madre, nada importante, un detalle secundario, pero sentía curiosidad. La primera vez que hablé con ella comentó que había ido a la policía el mismo día que desapareció Charisse. Pero según la denuncia, tardó una semana. Esperaba que pudiera explicarme esa discrepancia.

-¿No te habló de la nota?

-¿De Charisse? Que yo recuerde, no.

-Lo más probable es que se olvidara. Tiene el cerebro embotado, con toda la porquería que toma. La nota decía que había ido a ver a su madre y que volvería al cabo de tres días. Pensábamos que aparecería, pero pasó una semana y mamá empezó a preocuparse. Entonces fue cuando avisó a la policía.

-¿Tú viste la nota?

-Sí. La dejó en la cama.

-¿Y la letra era la suya?

-Que yo sepa, sí.

-¿La guardó tu madre?

-Lo dudo. ¿Por qué iba a hacerla?

-¿Puedes preguntárselo, por favor?

-¿Ahora mismo?

-Te lo agradecería.

Salió de la estancia y pasó al dormitorio de su madre. Oí sus insistentes preguntas y la respuesta ahogada de Medora.

También, cómo abrían y cerraban cajones. Al poco rato volvió Justine.

-No me lo puedo creer. Dice que guardó la nota porque no quería que los Servicios Sociales le echaran la culpa de la fuga de Charisse. Pensó que, si alguna vez preguntaban, enseñaría la nota para demostrar que Charisse se había ido por voluntad propia.

-Asombroso. Pues es genial. Me gustaría verla.

-Bueno, pues ése es el problema. No recuerda dónde la puso. Creía que estaba en el tocador, pero allí no la he encontrado.

Conociéndola, podría estar en cualquier parte. Todo le da igual.

-Podríamos buscarla cuando se levante.

Me miró de soslayo.

-Sí, claro. Mira, tengo que volver con las niñas. Puede que Cornell haya llegado ya, pero por si acaso. Apago las luces y te acompaño al coche. Fuera está muy oscuro.

Esperé mientras ella daba otra vuelta por la casa y comprobaba que la puerta trasera estaba cerrada con llave. Apagó todas las luces menos la del pasillo. Se aseguró de que el pestillo de la puerta principal estaba echado, salió y cerró tras de sí. Sacó las llaves del bolsillo del chaquetón y echó a andar hacia su Ford, que estaba en el camino de entrada, detrás del coche de Dolan.

-¿Os habéis pasado por la oficina del sheriff a que os tomaran las huellas?

-Edna fue el lunes, pero yo no he tenido tiempo. Iré mañana, cuando salga a hacer unos recados.

-¿Y los demás?

-Adrianne dijo que iría a lo largo de la semana.

-¿Y Ruel y Cornell?

-A mí no me mires. No pienso azuzarlos. No es mi trabajo.

-Tienes razón. Gracias de todas formas. Los azuzaré yo.

Regresé al motel con un ojo puesto en el espejo retrovisor. En las anchas calles no había un alma. Los comercios estaban cerrados y la mayoría de las casas a oscuras. Una vez en mi cuarto, me dediqué un rato a comprobar que todo estaba tal y como lo había dejado. La novela seguía boca abajo en la cama, donde la había puesto, y la colcha arrugada por donde la había apartado. La lámpara de la mesilla estaba encendida y daba a la habitación un ambiente acogedor. Los pestillos de las ventanas seguían echados, y aproveché para correr las cortinas. No quería que el hombre del saco me espiara. Después me desnudé y me puse la enorme camiseta que uso para dormir. Me lavé la cara, me cepillé los dientes y me metí en la cama. Pensaba que la paranoia me mantendría despierta, pero como no soy una persona que se deje impresionar fácilmente, me quedé dormida enseguida.

A las dos de la madrugada sonó el teléfono. Busqué el auricular automáticamente y miré la hora mientras me lo acercaba al oído.

-Diga.

-¿Kinsey?

-Qué.

-Soy Iona.

-Bien.

-Frankie quiere hablar contigo.

-¿De qué?

-Mofletes.

-Que se ponga.

-Cara a cara.

Me erguí y encendí la lámpara de la mesilla, que me obligó a cerrar los ojos con fuerza y seguramente me dejó arrugas en la cara para siempre.

-¿Por qué llamas a estas horas de la madrugada? Estoy durmiendo.

-Habría llamado antes, pero acaba de llegar.

-¿De llegar adónde?

-A Quorum. Quiere que te reúnas con nosotros en el restaurante que está abierto toda la noche. ¿Sabes cuál digo? En Main Street. Se llama Chow Hound.

Cerré los ojos.

-No te ofendas, pero no vaya salir a estas horas para hablar con Frankie Miracle, así que olvídalo.

-¿Y si va él adonde estás tú? Llamamos desde una cabina. No nos queda lejos.

-¿Dónde estáis?

-En la esquina.

-¿Por qué llamas tú y no él?

-Tiene miedo de que le digas que no.

Me eché a reír.

-¿Le preocupo yo? Iona, ese tipo es un asesino. Le dio catorce puñaladas a una mujer.

-Pero ya ha pagado su deuda. Ha ido a la cárcel y ahora está fuera.

-Qué disparate. ¿Por qué discuto contigo? Si vais a venir, abriré la ventana y hablaré con él a través de la tela metálica. Es lo más que puedo ofrecer.

-De acuerdo.

Colgué y fui al cuarto de baño a cepillarme los dientes. Aquel motel no era de los que tenían albornoces (joder, por suerte al menos sí había papel higiénico), así que me puse una camiseta de manga larga. Lo pensé un momento y eché mano también de los vaqueros. Cuando terminé de vestirme, vi la luz de unos faros a través de las cortinas. Apagué la lámpara y fui a la ventana; vi la furgoneta blanca de Frankie aparcar a dos puertas de mi habitación. Conducía Iona. Esperó dentro con el motor en marcha, probablemente para mantener el calor, mientras Frankie bajaba por la puerta del copiloto y cerraba dando un portazo. «Bien» me dije. «Despierta a todo el mundo. Así me sentiré más segura.»

Observé cómo miraba los números de las puertas hasta dar con la mía. Cuando estuvo cerca, entreabrí la ventana.

-Hola, Frankie.

-Hola. ¿Puedo entrar?

-No.

-Vamos. No puedo quedarme aquí. Hace un frío que pela.

-No necesito un parte meteorológico. Ya sé que hace frío. Si quieres hablar, te escucho, pero empieza ya.

-Está bien -replicó irritado. Guardó silencio mientras se encendía un cigarrillo. A pesar de la débil luz exterior lo veía con claridad: el pelo castaño ondulado, la cara tersa de niño... Volvió la cabeza para mirar a sus espaldas. Parecía incómodo-. Ya me he enterado de lo de Mofletes. Sólo quería que supieras que no he tenido nada que ver.

-Lo celebro.

-¿No te interesa el resto?

-Claro.

-La policía ya ha estado mosconeando a mi alrededor; el teniente Dolan y un amigo suyo. Pensé que mi casero hablaba de ti, pero dijo que era un viejo.

-Stacey Oliphant.

-Ése.

-Son buenos chicos. Y justos. Deberías hablar con ellos.

-No aguanto a los polis. Son unos cerdos. Prefiero hablar contigo.

-¿Por qué? Vaya hacerte exactamente las mismas preguntas que te haría el teniente Dolan.

-Quieres saber dónde estuve el viernes por la noche, ¿no? Pues en Santa Teresa, haciendo mi turno habitual de trabajo. De once a siete. Es la verdad.

-Pensaba que estabas por aquí con Iona.

-¿De dónde sacas eso?

-¿No estabas con ella el jueves por la noche, cuando llamó a Mofletes y habló con él?

-Sí, pero me fui a Santa Teresa el viernes por la mañana en coche.

-¿Te vio alguien del trabajo?

-A las dos y media de la madrugada estoy fregando suelos, no entreteniendo a la tropa. La razón por la que me gusta ese trabajo es que es tranquilo y no hay nadie dándome el coñazo.

-Estabas completamente solo.

-¿A esa hora? Pues claro. ¿Quién iba a rondar por allí? El lugar permanece cerrado.

-No sé. Algún trabajador de la limpieza. Un abogado que se quedara trabajando. Un edificio de ese tamaño es difícil que se quede vacío.

-Para empezar, no hay nadie más encargado de la limpieza. Sólo yo. Y, en segundo lugar, aunque hubiera habido alguien en el edificio, ¿cómo iba a saberlo? Seis plantas son muchas. Mucho suelo que fregar. Si un abogado se queda a trabajar, no hace un alto y se pone a charlar del tiempo con un tipo como yo. En fin. Nadie me vio. Tendrás que aceptar mi palabra de que estuve allí toda la noche.

-¿Y has venido en coche a Quorum para contarme eso?

-Oye, podía haber hecho que Iona me proporcionara una coartada, y ella habría obedecido sin rechistar, pero quería jugar limpio.

-Buen chico. ¿y qué?

-Iona pensó que a lo mejor podías interceder por mí.

-Vamos, Frankie. No te pases de listo. A nadie le importa una mierda lo que yo piense. Mi opinión no tiene ningún peso. Es como cuando Iona dijo que yo tenía autoridad para hacer un trato con Mofletes. Es ridículo.

-A esos polis les caes bien.

-Seguro que sí, ¿y qué? Mira, ardo en deseos de contar tu historia, pero, créeme, sin una coartada, mi sello de garantía no te servirá.

-¿Pero me crees?

-Digámoslo así: que no mientas es lo que más feliz me haría en el mundo. Y estoy segura de que a la policía también le entusiasmará.

Tiró el cigarrillo y pisó la colilla con el tacón de la bota.
-Lo intentarás, ¿no?

-Llamaré al teniente Dolan mañana. Mientras tanto, si yo estuviera en tu lugar, volvería a Santa Teresa antes de que tu agente de la condicional se entere de lo que está pasando.

-Lo haré. Y gracias.

-De nada.

Cerré la ventana y eché el pestillo antes de que Frankie llegara a la furgoneta. Oí el portazo e Iona dio marcha atrás. Las luces de los faros escribieron una «Z» en las cortinas cuando salió. Cabeceé. Qué infantil era aquel Frankie. ¿Dónde estaba el tío chulo que vi la primera vez? En cuanto a su historia, no sabía si creerla o no. Era un sujeto capaz de mentir a cualquiera con tal de salirse con la suya.

Por la mañana me cambié de habitación. Había demasiadas personas que sabían dónde me alojaba y no me sentía a salvo. Elegí un inofensivo cuarto del primer piso, en mitad de un pasillo lleno de habitaciones. No había máquinas de cubitos de hielo ni máquinas de refrescos. Ni razón alguna para estar allí salvo que te hospedaras en el hotel. En la planta baja podía ser presa fácil de mirones y aficionados a las llaves maestras. Allí arriba, aunque la doncella tuviera mi puerta abierta durante horas, se necesitaría valor para subir las escaleras y fingir que te has perdido. Desde el primer piso veía mucho mejor el aparcamiento. Había dejado el coche de Dolan a un lado, entre otros vehículos, así que no había forma de que me localizaran por él.

A las nueve y cuarto llamé a casa de Dolan. Respondió Stacero Le expliqué mis sospechas de que habían entrado en mi habitación y leído mis notas. Me aconsejó que me cambiara y le dije que ya lo había hecho. También me contó que Dolan había ido a ver al cardiólogo. Le expliqué lo de la casa de Medora, la nota y la visita de Frankie de madrugada. Me dijo que me anduviera con pies de plomo y le aseguré que lo haría. Entonces preguntó:

-¿Hemos sacado algo en claro con las huellas de los McPhee? -Nada todavía. Lo último que he sabido es que Edna ha ido, pero los otros cuatro no.

-¿Qué pasa con esa gente? No permitiré que crean que pueden tomarnos tan a la ligera. Vuelve a su casa y amenázalos. Diles que parece muy sospechoso, como si tuvieran algo que ocultar.

-¿Y qué tal está Dolan?

-Bien. Yo diría que bien. Mejor de lo que pensaba.

-¿Cree que funcionará la convivencia?

-El jurado aún está deliberando. Podría ser peor..., aunque, francamente, Con es como un grano en el culo, y gordo como una calabaza. Claro que él opina lo mismo de mí.

-Son ustedes la pareja perfecta -dije-. Mejor que muchos matrimonios que conozco.

-Amén. ¿ Qué más se cuenta por ahí?

-No me he enterado de nada nuevo desde que estuve anoche en Tuley-Belle, pero puedo pasar por la oficina del sheriff y hablar con Lassiter.

-Hazlo y me llamas después. He intentado ponerme en contacto con él, pero hasta el momento no he tenido suerte. Mientras tanto, veremos qué podemos averiguar sobre el paradero de Frankie el viernes por la noche.

-Estupendo. Salude a Dolan de mi parte. Los echo mucho de menos.

-Igualmente -dijo Stacey-. Y cuídate mucho.

Subí al coche de Dolan y recorrí las pocas manzanas que me separaban de la oficina del sheriff. Todd Chilton y una auxiliar eran las únicas personas que había por allí. Todd estaba hablando con una de las señoras de la parroquia que

había visto en casa de Edna. La mujer andaba por los sesenta años y llevaba un vestido holgado de color verde claro. Acababa de salir de la peluquería y le habían cardado el pelo de una forma tan artística que parecía un diente de león. Puso una multa de aparcamiento sobre el mostrador y esperé educadamente mientras firmaba un cheque y lo arrancaba del talonario. Eché un vistazo al nombre impreso en el cheque: Adele Opdyke.

-¿Qué tal, Adele? Nos conocimos en casa de Edna el sábado. Encantada de volver a verla.

-Yo también. -Me pareció que se ponía nerviosa al darse cuenta de que yo podía ver lo que estaba haciendo-. No vaya a pensar que esta multa es mía. Es de mi marido. Aparcó en doble fila el viernes por la noche cuando fuimos al cine. Siempre hace lo mismo. Le da igual lo que yo le diga.

El ayudante Chilton intervino:

-¿Y por qué las paga usted? Así nunca escarmentará.

-Tienes razón, tienes razón. Soy demasiado buena. Debería dejar que se encargara él. Le haría un favor. -Me miró-. Sé que eres la investigadora privada, pero he olvidado tu nombre. Edna nos contó lo de la tela del edredón.

-Kinsey Millhone -dije-. ¿Terminaron con aquellas cartas?

-A estas horas ya habrán llegado. -Se volvió a Chilton-.

¿Cómo va la investigación? El pobre Cedric tuvo una vida lamentable, ¡y qué final tan terrible!

-Trabajamos a toda máquina haciendo todo lo que podemos.

El departamento de policía de Quorum nos ayuda, así que ya ve, en eso estamos.

-Perfecto. -Guardó el talonario en el bolso-. Bueno, he salido a hacer unos recados. Quería liquidar éste antes de que se me olvidara. Hasta otra.

En cuanto se fue, dije:

-Estaba buscando al agente Lassiter, pero sospecho que no se encuentra aquí.

-Está en Tuley-Belle. El forense cree que a Mofletes lo mataron con una palanca desmontadora de neumáticos, pero todavía no la hemos encontrado. El agente Lassiter piensa que es posible que aún esté por allí... tirada o enterrada. El agente Oliphant le ha dejado un par de mensajes, pero deberá esperar. Ya sé que le preocupa el asunto de las huellas de los McPhee, pero todo el personal se encuentra en el escenario del crimen, así que aunque la familia viniera no se las podríamos tomar.

-Bueno. Lo primero es lo primero. Le diré a Stacey que ya lo llamaréis más tarde. Le gustará que lo pongáis al día.

Me quedé sentada en el coche delante de la oficina del sheriff pensando en palancas desmontadoras. Como sucede con muchas armas homicidas, la humilde palanca es una herramienta que utilizan tanto hombres como mujeres y fácil de obtener. Muchísima gente tiene palancas de este tipo. No serán tan comunes como los cuchillos de cocina, pero son baratas, están a mano, constan de una pieza y nadie se extraña de que las tengamos. No se necesita un permiso especial para comprarlas ni hay que esperar tres días para que el ferretero compruebe nuestros antecedentes.

Había visto una palanca desmontadora la semana anterior. Sabía que sólo era una entre un millón, y había pocas probabilidades de que hubiera visto la misma con que habían golpeado a Mofletes en la cabeza. Aun así, me parecía un

buen ejercicio mental. ¿Dónde había visto herramientas? En la casa de tapizados para automóvil de Comen McPhee, en el garaje donde el viejo McPhee se sentaba a fumar y en el cobertizo donde Dolan había encontrado el Mustang. También en el garaje de la casa de Comen, donde me lo encontré construyendo una casita para el perro de sus hijas. La cuestión era si valía la pena visitar de nuevo esos lugares. Podía ser una pérdida de tiempo, pero no tenía nada mejor que hacer. Mientras el agente Lassiter y los ayudantes peinaban los alrededores de Tuley-Bene, el asesino podía haber lavado los restos de sangre y sesos del arma homicida y haberla devuelto a su sitio. Así que encontrada no serviría de nada, y no encontrarla tampoco. Qué tontería, ¿verdad? Decidí probar con algo más productivo.

Puse el coche en marcha y volví al Vista Marina. Quería llamar a Felicia para saber cómo estaba. También quería saber cómo iba a organizar el entierro de Mofletes. La luz del contestador parpadeaba. Marqué el 6 Y oí un mensaje que decía que el teniente Dolan había llamado a las diez. Eran sólo las diez y veinte, así que esperaba pillado antes de que volviera a salir de casa. Contestó al primer timbrazo.

-Hola, teniente, soy Kinsey. ¿Qué tal?

-Muy bien. Siento mucho no haber estado aquí cuando llamaste antes.

-No importa, aunque, con tanto telefonazo para aquí y para allá, yo creo que no hace falta que venga Stacey. Tengo la impresión de que hablo mucho más con ustedes ahora que antes de que se marcharan.

-No se lo digas a él. Arde en deseos de volver al trabajo.

-¿Y qué hay de nuevo?

-No mucho. Estamos cansados y aburridos. Espera. Aquí llega Stacey. Quiere decirte algo.

Le pasó el auricular a Stacey y durante un rato intercambiamos saludos y preguntas, como si no hubiéramos hablado en varios días. Luego dijo:

-He estado pensando en el tal Baum y no paro de torturarme al recordar la conversación que tuvimos. Me lió y me marché sin preguntarle nada. Parece lógico creer que la mató alguien a quien la muchacha conocía, así que ampliemos la búsqueda. ¿Puedes encargarte de eso?

-Claro. Deme la dirección de su establecimiento y le haré una visita.

Antes de salir hacia Blythe llamé a la hermana de Mofletes. Parecía encontrarse mejor; apagada, pero no deshecha en llanto. Tramitar el papeleo que siempre se genera cuando alguien muere le sentaría como una terapia. Se oía un murmullo de voces al fondo.

-¿Hay gente contigo?

-Amigos. Todo el mundo se ha portado muy bien. Una prima se quedó en casa anoche y otra llegará pronto de Phoenix.

-¿Habrá servicio religioso?

-El viernes. Haré que lo incineren en cuanto el forense lo permita, pero la gente se acercará por aquí esta tarde, lo digo por si quieres venir. El servicio del viernes será modesto, pero he pensado que debía hacer algo. El pastor me ha comentado que será «una exaltación de su vida», pero a mí no me parece justo con todo el tiempo que pasó en la cárcel.

-Tú decides -dije-. ¿A qué hora será?

-Entre las cinco y las ocho. Me han dejado una cafetera grande y hay toneladas de comida.

-Estaré ahí hacia las siete. ¿Quieres que lleve algo?

-No, por favor. En serio. Tengo mucho más de lo que necesito -agradeció-. Si ves a algún conocido suyo, dile que también está invitado. Creo que le habría gustado esto de que la gente se movilice por él.

-Seguro.

Coches Usados Franks era igual que todas las tiendas de coches usados que había visto en mi vida. El establecimiento estaba en un antiguo taller de reparación y el salón de muestras se había instalado en lo que antes había sido un área de servicio. En la calle había un surtido de coches deslumbrantes con frases escritas con pintura blanca en los parabrisas. Casi todos estaban inmaculados y relucían tanto que me alegré de haber dejado el coche de Dolan en la otra manzana.

George Baum era el único vendedor. Lo sorprendí sentado ante la mesa de su despacho, comiéndose un sándwich de atún y utilizando como plato el envoltorio de papel encerado. Me dolió interrumpido mientras comía (a mí me saca de quicio), pero parecía no importarle volver a los negocios. Me senté en la silla de los clientes mientras envolvía medio sándwich con el papel de cera y lo guardaba en una bolsa marrón que se había llevado de casa. Vi un bulto como de manzana y supuse que también contendría galletas o algún bollo.

En la mesa había un portarretratos de plata: George, Gansita (que todavía parecía exultante de vida), y tres varones adolescentes de estatura escalonada, con chaqueta y corbata. La foto era reciente, a juzgar por el corte de pelo y de la ropa. Aunque debía de haber cumplido ya los treinta y

cinco años, George presentaba un aspecto hinchado, y llevaba un traje marrón demasiado grande para armonizar con el tamaño de la cabeza. Stacey no se había equivocado acerca de sus dientes; todos alineados, simétricos y de un blanco de nácar. Llevaba el pelo corto y su aftershave olía fresco y fuerte.

Me presenté y vi que su entusiasmo desaparecía cuando comprendió que había acudido en busca de información.

-¿El local es de su suegro? No sabía que trabajara para él.

-¿Conoce a Chester?

-No, pero me dijeron que estaba usted casado con Gansita Franks y he sumado dos y dos.

-¿ Qué la trae por aquí? Ya hablé de Charisse Quinn con otra persona.

-Con mi compañero, el agente Oliphant. Es quien me ha pedido que hablara con usted otra vez.

-¿De qué?

-Necesitamos el nombre de los chicos que se relacionaron con ella. «Relacionarse» significa follársela, para que sepa de qué estoy hablando.

Sonrió con incomodidad.

-No puedo hacer eso.

-¿Por qué?

-¿Por qué me pregunta a mí? ¿Por qué no va al instituto y busca los nombres en el anuario? La lista sería la misma.

-Podría -contesté-, pero prefiero que me los diga usted. Y puede omitir a... ¿ Cómo se llamaba? Toby Hecht. Cornell dice que nadie sabe nada de él desde hace años.

-Porque está muerto. Cayó en Vietnam.

-Lo siento. ¿A quién más mencionaría usted?

George negó con la cabeza.

-No entiendo el motivo. Puede que unos cuantos compañeros de clase tuvieran relaciones sexuales con ella. Pero ¿qué relación hay entre eso y la vida que lleven ahora y dónde estén?

-No me preocupa dónde estén. Me preocupa Charisse. La mataron. Por eso han venido a hablar con usted.

-Eso lo entiendo. Naturalmente que sí. Y si creyera que alguno era. Capaz de matar, se lo diría.

-Permítame decirle algo, George. La persona que la mató ha reincidido con Mofletes Clifton. ¿Quiere saber por qué? Mofletes sabía algo que no debería haber sabido. No estoy segura de qué, pero le ha costado la vida. Si sigue callado, puede que corra usted peligro, y no es una actitud inteligente, sobre todo si el único motivo es proteger a un puñado de estudiantillos calientes.

-Muchos de esos «estudiantillos» son clientes de la casa. Hablando con franqueza, no es que no quiera cooperar, es que no me gusta que me confundan con ellos.

Lo miré fascinada, porque había empezado a sudar. Nunca había visto algo así, un hombre que se ponía a sudar mientras hablaba.

-Muy bien -admití-. Probemos lo siguiente. Hablemos sólo de usted. ¿Estuvo usted con ella?

-Gansita me habría matado.

-¿Nunca se acostó con Charisse?

-Prefiero no contestar.

-Lo que significa que sí.

Sacó un pañuelo y se secó el reguero de sudor que le caía por la mejilla.

-¿George?

-Vale, sí, pero que quede entre nosotros. Si se supiera, mi matrimonio se iría a pique. Gansita cree que yo era virgen. Le dije que ella era la primera. No tragaba a Charisse. Todas las chicas la odiaban.

-Soy toda oídos.

-Yo era un poco soso. Ya sabe..., educado, serio e inexperto.

Fingía ser un entendido. Los chicos hablaban de sexo y yo hacía como si supiera de qué hablaban, aunque no tenía la menor idea. Entonces apareció Charisse; fue muy amable conmigo. Lo digo con sinceridad; así que cuando se ofreció, ya sabe, pues me planteé, qué coño, no le va a hacer daño a nadie. Me sentí mejor conmigo mismo después, mucho más seguro.

-¿Cuántas veces?

-Tres. Gansita y yo salíamos desde que éramos niños. Sabía que nos casaríamos y que entonces ya no tendría la oportunidad qe estar con nadie más. No quería pasarme toda la vida habiendo conocido a una sola mujer.

-¿Y después?

-No lamenté haberlo hecho, pero me daba miedo que Gansita lo descubriera. Su padre ya me había ofrecido trabajo.

-Daría usted un suspiro de alivio cuando Charisse desapareció.

-Bueno, oiga, pues sí. Eso lo admito, pero muchos otros también, incluyendo a Don Limpio.

-¿Don Limpio? -pregunté sonriendo.

-Sí. Cornell. Lo llamábamos así porque trabajaba con su padre y siempre tenía las manos sucias. Se las frotaba con lejía, pero no le servía de nada.

Mi sonrisa se desvaneció; lo interrumpí cuando me di cuenta de lo que acababa de revelar.

-¿Cornell se tiraba a Charisse?

-Claro. Justine se reservaba para la noche de bodas. Había salido de la nada. Me refiero a que su familia se fue a la mierda...

-Todo eso ya lo sé -dije.

-Para Justine, Cornell era la respuesta a sus plegarias. No quería irse a la cama con él antes de casarse.

Medité lo que había dicho.

-Alguien me ha comentado que Charisse le echaba los tejas a Cornell.

-Ya lo creo. Y tenía celos de Justine. En comparación con la vida que llevaba, la de Justine parecía mejor, así que se volvió competitiva.

-¿y Justine lo supo?

-Qué va, qué va. Charisse no era tan tonta. Después de todo, vivía en casa de Justine. No iba a dar motivos para que la echaran a la calle.

-Lo que usted viene a decirme es que Cornell corrió el mismo riesgo que usted.

-Mucho. Incluso más. Era el héroe de todo el mundo: en clase, en los deportes, en la administración del instituto, en todas partes. Todos lo admirábamos.

-¿Quién más lo supo, aparte de usted?

-Adrianne. Se dio de bruces con ellos en Tuley-Belle. Así fue como lo averiguó.

-¿Y usted cómo lo sabe?

-Porque me lo contó ella.

-¿Por qué? ¿Eran muy amigos?

-No, no mucho. Estábamos en el mismo grupo de la iglesia. Fuimos a un retiro espiritual de fin de semana y vi que algo la preocupaba. Le pregunté y me lo contó. Tenía intención de hablar con el pastor, pero le aconsejé que no lo hiciera. Le dije que salvar el alma de Cornell no era misión suya. Ya era mayorcito y podía arreglárselas solo.

Llegué a casa de Felicia, en Creosote, a las siete en punto de aquel miércoles por la noche. Los coches estaban aparcados a intervalos en la oscura calle. No me veía capaz de aparcar en paralelo el tanque de Dolan, de modo que dejé el vehículo en la esquina y volví andando. La furgoneta blanca de Cornell estaba delante de la casa, detrás del Ford oscuro de Justine. La luna parecía la corteza de una rebanada de melón. El ambiente era seco y frío. Entre los árboles soplaba el viento de costumbre, agitando las hojas de las palmeras, que susurraban como ratas colándose entre la hiedra. Todas las luces de la casa estaban encendidas. A pesar de haberme dicho que no, le llevaba un pastel de chocolate en una caja rosa de pastelería.

Una vecina abrió la puerta y se presentó mientras se hacía cargo del pastel, que luego se llevó a la cocina. Me quedé un momento inspeccionando la habitación. Conté ocho ramos de flores, la mitad de lirios de Pascua que habían sobrado. Felicia había atenuado la luz y encendido velas para iluminar las habitaciones. El efecto era bonito, pero el aire se había calentado y era sofocante. Supongo que la reunión podía llamarse velatorio, aunque allí no había ningún difunto. Puede que «visita de pésame» fuera el término más apropiado.

Como al comienzo de la investigación había pensado sólo en lo más práctico, no había creído necesario meter en el petate mi famoso vestido multiuso. Es un vestido negro de manga larga que viene que ni pintado para tales ocasiones, pero ¿cómo iba a saberlo? Como a tacaña no me gana nadie, aquel mismo día me había metido en una tienda Goodwill de artículos usados y había encontrado unos pantalones anchos muy prácticos, de lana negra, y una chaquetilla negra de otro tejido. También había comprado unos zapatos planos de segunda mano y unos pantis (nuevos). Mi bolso era marrón, un descuido imperdonable si teníamos en cuenta mi indumentaria, pero no podía hacer nada al respecto. Había tenido mejor aspecto en otras épocas, pero también lo había tenido peor.

No podía saber cuánta gente había llegado y se había ido antes de que yo apareciera, pero los dolientes que vi eran vergonzosamente pocos. Y tampoco debería llamarlos «dolientes», porque en vez de dolerse se dedicaban a hablar, a fisgonear y a comer gratis. Saltaba a la vista que algunos eran parientes de Mofletes. Y saltaba a la vista porque todos parecían ligeramente sorprendidos de que no lo hubieran matado a tiros en un atraco a mano armada. Descubrí a Cornell hablando con Adrianne, pero los dos desviaron la mirada y me dio la impresión de que no tenían ganas de hablar conmigo. No vi a Justine y a los demás no los conocía, exceptuando a Felicia, que estaba en la cocina hablando con un tipo al que no había visto nunca. Esperaba encontrar a George Baum; le había dado las señas antes de salir de su establecimiento. Puede que no quisiera cruzarse con Cornell después de haberlo delatado.

Como sólo conocía a personas que no querían hablar conmigo, me acerqué a la mesa de la comida, que estaba al fondo de la habitación. Felicia no había exagerado al hablar de las copiosas cantidades de comida que había llevado la gente. Estaban todos los guisos conocidos por el ser humano, había fuentes con fiambres, galletas saladas y quesos, patatas fritas y frituras para mojar en diferentes salsas, además de un surtido de pasteles, tartas y pastas de té. Había una ponchera de gran tamaño llena de un líquido carmesí que se parecía sospechosamente al ponche hawaiano. Y una solitaria botella de vino californiano blanco. Desenrosqué el tapón, llené un vaso de plástico hasta el borde y tomé un sorbo para que no pareciera que acaparaba más de lo que me correspondía.

Me moví entre la gente con la esperanza de acorralar a Adrianne para poder charlar con ella. Vi que Cornell salía al jardín a fumar, así que no tendría que preocuparme por él. Me dirigí a la cocina. Felicia me alargó una bandeja de galletas caseras. Le di un apretón en el brazo y pregunté:

-¿Qué tal estás?

Llevaba el pelo recogido.

-Por ahora bien. Lo peor vendrá cuando todo el mundo se haya ido. Me reuniré contigo enseguida. Ahora vaya seguir con esto.

-¿Has visto a Adrianne?

-Ha salido por ahí -dijo-. Cedric te habría dado las gracias por venir.

-No quería faltar -dije, y se alejó.

Dejé el vaso de vino en la encimera y abrí el cancel de la cocina. Adrianne estaba en el porche trasero sentada en el

escalón superior. Me senté a su lado y dejé el bolso en medio de las dos.

-¿Te encuentras bien?

-Sí. Es sólo que todo esto me deprime.

-Tengo que hacerte una pregunta.

-Por Dios, ¿quieres dejarlo de una vez? No es el momento más indicado.

-Puedes hablar conmigo o hacerla con la policía. Elige.

-Ay, mierda. ¿Qué quieres? Estoy harta de esta historia.

-Y yo también. Por desgracia, no se ha acabado.

-En lo que a mí respecta, sí. Así que pregunta y acabemos de una vez. Estoy a punto de irme a casa.

-¿Sabías que Cornell estuvo tonteando con Charisse?

Me miró con dureza y luego apartó los ojos. Se quedó callada un rato, pero decidí esperar. Finalmente dijo:

-Al principio no.

-¿Y luego?

-¿De verdad hay que hablar de esto? Sucedió hace dieciocho años.

-Me he enterado de que fuiste a Tuley-Belle y los viste allí.

-Gracias, George Baum. Si sabías la respuesta, ¿por qué lo has preguntado?

-Porque quería oírtelo decir a ti. Vamos. Cuéntame qué pasó y ya está. Como has dicho, sucedió hace muchos años, de modo que ¿qué más da?

-¡Ah, por el amor de Dios! -exclamó con cara de asco-. Muchos íbamos por allí. Jugábamos al tesoro escondido y a otras tonterías. Aquel viernes por la noche jugábamos al escondite. Cornell y Charisse estaban en una habitación del

primer piso. Yo entré corriendo, buscando un sitio para esconderme, y me los encontré. Me quedé horrorizada, y él también. -Se calló. Pensé que había terminado, pero prosiguió-: Supongo que era muy ingenua, pero realmente apreciaba a Charisse. No sabía que me utilizaba para pescar a Cornell.

-¿Qué te dijo ella?

-¿Qué iba a decir? Los había pillado en pleno acto. No era de las que se disculpaban por lo que hacía. Le chillé que era una guarra, pero se encogió de hombros. No le importaba mi opinión ni la de nadie. Después de aquello le dije que se alejara de él, pero estaba como poseída. La odié por aquello. Casi destrozó la vida de mi hermano.

-¿Cómo?

Otra pausa.

-Pregúntale a él. Es asunto suyo, no mío.

-Deja que lo imagine -dije-. Le confesó que estaba embarazada. -Guardó silencio otra vez-. ¿Tengo razón?

-Sí. Estaba decidida a casarse con él. Me lo contó a mí antes de hablar con él.

-¿Por qué?

-Porque pensó que la ayudaría. Yo le dije que se lo contara ella misma, pero me amenazó con chivarse a mis padres si no se lo decía.

-¿Lo sabía alguien más?

-No. Estaba segura de que él se casaría con ella para evitar la vergüenza. Una vez casados, sería demasiado tarde para que alguien se entrometiera... Me refiero a Justine, por supuesto.

-¿Y Cornell estaba de acuerdo?

-No tenía elección. Ya sabes lo estrictos que son mis padres, sobre todo mamá. Si lo hubieran sabido, lo habrían obligado a casarse con ella.

-¿Y cuál era el plan?

-No hubo ningún plan. Ella ya lo tenía todo previsto. Se escaparían juntos. Charisse conocía un lugar donde podían conseguir una licencia de matrimonio aunque fueran menores de edad.

-Tu hermano debió de pasarlo muy mal.

-Estaba muy asustado. Le dije que cometía una estupidez. ¿Cómo podía saber con certeza que el niño era suyo? Para salir de aquel lío bastaba con convencer a cinco o seis amigos para que juraran que también ellos se la habían tirado.

-Buena jugada, Adrianne. ¿Se te ocurrió a ti sola?

-En fin, ¿y qué iba a hacer? ¡No podía dejar que destruyera la vida de mi hermano! Además, era verdad. ¿Por qué debía pagar él? Sólo hizo lo mismo que todos. ¿Por qué había de ser algo malo?

-Sí, claro, ya te entiendo. Pero hay un pequeño problema. -¿Cuál?

-No estaba embarazada.

-Sí, lo estaba.

Negué con la cabeza.

-Leí el informe de la autopsia.

Me miró fijamente, y se llevó la mano a la boca, como si tirasen de ella con cuerdas.

-Dios mío... ¿Se lo inventó?

-Eso parece. Y cuando desapareció, ¿qué pensasteis? ¿Que se había ido voluntariamente para no manchar el buen nombre de Cornell?

-No sabía que mentía. Pensaba que a lo mejor había decidido abortar.

-Para eso tendría que haber estado embarazada. -Se hizo otro largo silencio y volví a insistir-. Cuando te enteraste de que Medora había denunciado la desaparición, ¿no temiste que la encontraran?

-Esperaba que no la encontraran, pero sí, tuve miedo. -Puede que hubiera alguna forma de despistarlos.

-¿A quiénes?

-A los policías que la buscaban.

-No sé adónde quieres llegar.

-Al telefonazo.

Me miró inexpresiva, pero no la conocía tanto como para saber si fingía.

-Alguien llamó a la oficina del sheriff y aseguró que era la madre de Charisse y que ésta había vuelto a casa y estaba vivita y coleando -dije-. La oficina del sheriff de Lompoc y la de aquí estaban a punto de relacionar a las dos, a la joven desaparecida y a Juana Nadie. Entonces se produjo la llamada y se abandonó aquella pista.

-Bien, no fui yo. Lo juro. Yo no llamé a nadie.

-No es a mí a quien tienes que convencer. -Me levanté y me sacudí la culera del pantalón-. Hablaremos más tarde.

-Sinceramente, espero que no.

Entré en la cocina, nerviosa y tensa. Pisaba terreno peligroso, pero no podía evitarlo. Aquella gente había estado empollando sus secretos durante demasiado tiempo. Había llegado la hora de abrir de una patada unas cuantas puertas para ver quién se escondía detrás y qué escondía. Me pregunté dónde estaría Cornell la noche que mataron a Mofletes. Valía la pena averiguarlo.

En mi ausencia se habían bebido todo el vino que me había servido. Tiré el vaso vacío a la basura. Ya en el pasillo, me asomé a un dormitorio que sin duda había sido el de Mofletes. Una colcha lisa cubría la cama y la manta y la almohada formaban una bola a los pies. La habitación tenía el encanto de un calabozo. No había cortinas en la ventana y habían bajado la sencilla persiana blanca hasta la mitad. Ni fotos, ni objetos personales. La puerta del armario estaba abierta, y quedaba a la vista un riel vacío. Felicia debía de haber guardado todas sus pertenencias en cajas, y habría llamado a los de Goodwill. Sentí desazón. Dada mi curiosidad innata, esperaba tener una oportunidad para registrar sus cosas. Ni siquiera estaba segura de lo que encontraría, alguna idea de quién era o de por qué había muerto. No era probable que hubiera dejado una nota sobre su última cita, pero a lo mejor había algún indicio de lo que quería hacer con su vida.

-Deprimente -dijo una voz.

Me volví. Justine estaba a mi izquierda y su triste impresión sobre aquel cuarto era idéntica a la mía. Se quedó mirando mi chaqueta.

-¿Qué pasa?

-Nada. Es que tuve una chaqueta igual que ésa.

-¿De verdad? Yo la tengo hace años. -Sentí algo de miedo y de mis labios brotó otra mentira-: Oye, ¿qué hacía Cornell el viernes por la noche? Me pareció verlo por el centro del pueblo a eso de las diez.

Me sonrió confusa y como diciendo que no.

-Estaba en casa con las niñas. Yo había salido, preparaba cosas para la iglesia.

-¿No había nadie más en la casa?

-En absoluto. Las niñas estaban con él. Ya te lo he dicho.

-Vaya, qué raro. ¿Seguro que no salió a buscar una película?

Habría jurado que era él.

-Imposible. Me fui a eso de las nueve, después de acostar a las niñas. Lo vi recogiendo ropa sucia cuando salí, y cuando llegué, a eso de las doce, se había acostado en el sofá.

-¿La iglesia permanece abierta hasta tan tarde?

-No estuve en la iglesia, sino en casa de Adele, llenando y cerrando sobres. Por eso le tocó a él cuidar de las niñas.

-Pensaba que lo de los sobres fue el sábado, en casa de Edna.

-El sábado lo terminaron. Pero empezamos el viernes por la noche.

No le dije que a Cornell le habría bastado una hora para ir a Creosote, pasar por Tuley-Belle, asestar a Mofletes cuarenta martillazos en la cabeza y volver al pueblo. También podía haberlo hecho ella. Tres horas habrían sido más que suficientes. Traté de recordar lo que había dicho Adele cuando me la encontré pagando la multa de tráfico de su marido. Lo habían multado el viernes porque llegaba tarde al cine, pero no recordaba si Adele había mencionado que iba con su marido o no.

-¿Quieres vino? -pregunté para cambiar de conversación-.

Estoy seca. Si te apetece te traigo un vaso.

-No, gracias. No bebo. Ya sé lo que es eso.

-Vuelvo enseguida.

Tropecé con alguien al entrar en la sala de estar.

-Perdón -me disculpé, y al levantar la cabeza vi que era Todd Chilton. No iba de uniforme y tardé un momento en reconocerlo-. Hola, ¿cómo estás? No sabía que hubieras venido. ¿Puedo hablar un momento contigo?

-Claro.

Fuimos a un rincón. Acababan de poner música. Al parecer, habían grabado en una cinta las canciones favoritas del difunto, y la primera era de Chubby Checker. Come on, Baby, let's do the Twist... Nadie parecía pensar que fuera indecoroso. A mí me vino bien que el ruido ahogara mi conversación con el ayudante del sheriff. Bajó la cabeza y se llevó una mano al oído.

-¿Han encontrado ya el arma homicida? -pregunté. Negó con la cabeza.

-Hemos buscado hasta las seis y luego no nos ha quedado más remedio que dejarlo. No tiene sentido andar dando vueltas en la oscuridad. El agente Lassiter dijo que llamaría al agente Oliphant mañana por la mañana. Hemos estado fuera todos y hay mucho trámite rutinario pendiente.

-Supongo que el asesinato de Mofletes tiene prioridad.

-Ya lo creo. Esta mañana hemos hecho campaña pidiendo voluntarios. Acabo de hablar con Cornell. Hay mucho desierto y un arma de esas características es fácil de esconder. Hemos rastreado toda la zona entre Tuley-Belle y la autopista y ahora seguiremos por el otro lado. Serás bienvenida si te unes a nosotros. Nos vendría bien la ayuda.

-Gracias. Puede que lo haga.

Chilton se alejó. Busqué a mi alrededor a Cornell. Adrianne reapareció, me miró con desdén y se marchó. Puede que se me hubiera ido la mano con ella. Esperaba que no le contase a su hermano lo que yo sabía, aunque era capaz.

Felicia se me acercó otra vez.

-Están a punto de cortar el pastel de chocolate, por si te interesa. Tiene muy buen aspecto.

-Ahora voy por un trozo. ¿Has visto a Cornell?

Miró a su alrededor.

-Estaba aquí hace un momento. Habrá ido a la cocina. Lo he visto hablando con Adrianne. Puede que se haya marchado a recoger a las niñas. He oído que es un encanto para esas cosas.

-No lo dudo. Gracias.

Me acerqué a la ventana y miré la calle sumida en la oscuridad. El Ford de Justine aún estaba allí, pero la furgoneta de Cornell había desaparecido. Aquello no me gustó. Se había marchado de manera muy brusca. Tal vez fuera cierto que había ido a recoger a las niñas, pero lo que inequívocamente sabía era que la búsqueda del arma estaba llegando a su punto culminante. Salí por la puerta principal; después del calor sofocante de la casa, el aire frío de la noche fue como una bofetada reanimadora. La chaqueta de segunda mano, que a lo mejor había pertenecido a Justine en otra época, era demasiado fina para protegerme del frío. Apreté el bolso y eché a correr hacia el coche de Dolan.

Abrí la portezuela y me puse al volante. Metí la llave en el contacto y la giré. El coche tosió y volvió a dormirse. Lo intenté de nuevo. Nada. Pisé dos veces el acelerador y entonces comprendí que lo único que conseguía era ahogar el motor. Esperé un rato y lo intenté de nuevo. El motor gruñó una y otra vez. Pisé el acelerador y el motor se encendió. Di marcha atrás con un chirrido de ruedas. Puse la calefacción con la esperanza de calentarme un poco. Entre las prisas y el frío, no dejaba de tiritar.

Medio minuto después estaba en la autopista 78, rumbo a Quorum. El tráfico era poco denso a aquellas horas de la noche. Me pareció ver delante la furgoneta de Cornell. Había cuatro coches entre nosotros y tenía que mirar por un lado y por encima de ellos para no perderla de vista. Al llegar a Tuley-Belle, el coche que iba delante de mí redujo la velocidad y comprendí que era por Cornell, que se había detenido. Con el intermitente parpadeando alegremente, la furgoneta dobló a la izquierda en cuanto se lo permitió el tráfico que llegaba de frente.

Reduje la velocidad al llegar a la entrada de la urbanización. Vi desaparecer las luces traseras en la oscuridad. Seguí por la autopista unos cien metros y me detuve en el arcén. Apagué los faros, puse el freno de mano y dejé el coche en punto muerto mientras me debatía conmigo misma. Seguirlo era una locura. Tuley-Belle estaba a un par de kilómetros de la autopista, no sólo aislado, sino lleno de escondrijos que él conocía mucho mejor que yo. Escruté la oscuridad y de pronto vi los faros de la furgoneta detrás de mí. No había ido a la urbanización. Por alguna razón había dado la vuelta y ahora estaba aparcado a un lado del camino, de cara a la autopista. Los faros se apagaron. Momentos después percibí una luz débil. ¿ Qué estaría haciendo allí? ¿Enterrar el arma homicida? ¿Cambiarla de sitio? ¿Y por qué correr aquel riesgo? Muy sencillo. Sabía que los agentes del sheriff habían estado y se habían ido. También sabía que volverían a la mañana siguiente para seguir rastreando. Todd Chilton había mencionado la zona donde habían buscado los ayudantes. Suponiendo que e! arma se encontrara allí, podría trasladada a una zona ya registrada o llevársela de una zona todavía sin peinar. Pero ¿por qué iba a estar allí la palanca de neumático? ¿Por-

que no quería tener el maldito trasto escondido cerca de su casa? ¿Porque no le había dado tiempo de deshacerse de ella? Hiciera lo que hiciese, debió de creer que era su última oportunidad.

Quité el plástico que protegía la luz de la puerta y desenrosqué la bombilla. Bajé del coche y cerré la puerta sin hacer ruido. Fui al maletero y lo abrí. No me preocupaba la luz del maletero. La mitad trasera del coche de Dolan no funcionaba, ni siquiera los pilotos. Palpé en la oscuridad hasta que rocé la Smith & Wesson dentro de la funda. Tomé el arma con la sobaquera, bajé la tapa del maletero y volví a la parte delantera del vehículo. Me puse otra vez al volante con la puerta abierta. Busqué en el bolso hasta que encontré el bolígrafo linterna. Lo encendí y lo dejé en el asiento del copiloto, procurando que el haz de luz no rebasara el salpicadero. Era la pistola oficial de Dolan; una 9 mm Parabellum con capacidad para quince cartuchos. Pulsé el botón de expulsión del cargador: estaba lleno. Lo devolví a su sitio de un golpe. Tiré del cerrojo para montar el arma y lo solté, luego comprobé si el seguro estaba echado. Sopesé la pistola, unos ochocientos gramos, grande para una mano como la mía. Pero era una buena arma.

Me quité la cazadora. La sobaquera de Dolan era una correa doble de cuero, con cierre adhesivo, que me ajusté bajo el brazo izquierdo. Volví a ponerme la cazadora, estirando por la parte delantera para disimular el bulto. Mantuve los ojos fijos en el espejo retrovisor y esperé a que por un momento se interrumpiera el tráfico. En cuanto la autopista estuvo despejada en ambos sentidos, tracé una curva abierta y crucé al arcén del otro lado. Avancé por el arcén hasta que encontré un sitio medianamente protegido. Pisé el freno. El

coche estaba orientado hacia Creosote, no hacia Quorum, y me encontraba en el mismo lado de la autopista que el camino que conducía a Tuley-Belle. Cornell se hallaba un poco más adelante y a mi derecha, aunque no lo veía desde allí.

Apagué el motor, guardé las llaves del coche en el bolsillo de la cazadora y bajé. No pensaba cometer ninguna locura. No iba a enfrentarme con él ni a detenerlo. Sólo quería averiguar qué hacía; luego volvería al coche y me iría de allí. No obstante, si hubiera habido una cabina telefónica en un radio de siete kilómetros, me habría olvidado del asunto y habría llamado a la oficina del sheriff para que los agentes se entendieran con él.

El desvío hacia la urbanización estaba cerrado con conos de plástico naranja, y un caballete que declaraba toda la zona escenario de un crimen. Pero alguien había apartado los carteles de PROHIBIDO EL PASO y volcado el caballete.

La rebanada de luna favorecía mis planes. El camino estaba oscuro, pero el cielo era de un gris apagado. El paisaje, básicamente arena y gravilla, se fue aclarando conforme me acostumbraba a la oscuridad. Distinguí perfiles: amarantos que parecían balones de playa, larreas mexicanas, cactos bayoneta, yucas y las delgadas ramas de los cercidios. Delante de mí había una luz fija, posiblemente un farol o una linterna grande. Me estaba acercando, pero ya había advertido que las distancias eran engañosas.

Se oían sapos, probablemente venenosos, y ocasionales ululatos de búhos. Sin darme cuenta me puse a recordar con todo detalle la conferencia de Dolan sobre los insectos del desierto de Mojave, en particular la avispa excavadora, una especie del desierto cuya hembra se posa sobre las tarántulas, las paraliza de un aguijonazo, las arrastra hasta un agu-

jero y pone los huevos en su abdomen. Cuando salen del cascarón, las pequeñas larvas comen cualquier cosa hasta la metamorfosis final, momento en que desgarran el abdomen de la araña, meten la cabeza y parte del tórax dentro y devoran todo lo que encuentran. A veces, la tarántula ya ha muerto por entonces. A mí aquello me daba mucho asco. Ésta es la naturaleza que estimula la espiritualidad de tanta gente. Seguí andando, evitando recordar la interminable lista de insectos que Dolan había recitado, por ejemplo escorpiones y hormigas rojas. Ocurriera lo que ocurriese, no me sentaría en el suelo.

El camino trazó una ligera curva y de pronto me vi a menos de diez metros de la furgoneta blanca de Cornell; el motor todavía emitía crujidos ocasionales mientras el metal se enfriaba. Detrás de la furgoneta de Cornell estaba el Ford de Justine. Los ojos se me abrieron como platos. Por lo visto, mientras yo trataba de poner en marcha el coche de Dolan, Justine había abandonado la casa y lo había seguido con su coche. Cuando me puse en camino no se me ocurrió mirar atrás para ver si el coche seguía allí. Sin duda había alcanzado la furgoneta, la había adelantado y había dejado la autopista antes que su marido. Ella había despejado el camino de acceso al lugar. Luego había vuelto al Ford y se había adentrado por el camino, todo antes de que yo viera a Cornell salir de la autopista.

Apoyé la mano en el capó de la furgoneta, para no caerme, luego avancé hacia la izquierda utilizando el vehículo como escudo. Oí el golpeteo de una pala. Estaban cavando. ¿Qué harían, enterraban el arma o la desenterraban? Me puse de puntillas. Cornell había dejado la linterna en el suelo. Veía sus sombras deformadas cuando se movían delante del

haz luminoso. Discutían, pero no alcanzaba a entender el motivo. Podían haber sido cómplices desde el principio, pero también cabía la posibilidad de que Cornell hubiera cometido el asesinato y ella lo hubiera sabido después. El corazón empezó a latirme con fuerza y una bola de miedo me quemó el pecho, como si tuviera úlcera de estómago. Procuré no desfallecer. A mi izquierda vi dos nopales y un apelotonamiento de artemisas que formaban un parapeto del tamaño de una pequeña tienda de campaña. Al otro lado del camino había un gran arbusto florido rodeado de unas polillas blancas que parecían colibríes. El rumor que producían al aletear se oía en el silencio de la noche como si fuera el zumbido de la hélice de un helicóptero.

Retrocedí al darme cuenta de súbito de que ya no se oía el golpeteo de la pala. Volví a mirar. Cornell estaba de rodillas, con la mano en el agujero. Sacó la palanca y la envolvió en una tela. Los dos se pusieron a llenar el agujero con los pies para borrar las huellas de lo que habían hecho. Justine empuñó la pala y utilizó la cara convexa para allanar la tierra. Se agachó, recogió la linterna y barrió toda la zona con la luz para asegurarse de que no olvidaban nada. Echaron a andar hacia mí.

Giré sobre mis talones, me puse en cuclillas y volví sigilosamente sobre mis pasos con la esperanza de alcanzar la curva antes de que llegaran a la furgoneta. Si se montaban en los vehículos y volvían a la autopista, sus faros revelarían mi presencia como si fuera una liebre deslumbrada. Oí dos portazos. Salí del camino y me escabullí en la oscuridad. Vi un surco en la tierra, una zanja abierta por las escorrentías. Me eché de bruces al suelo, me apoyé en los codos y repté hasta que llegué a la zanja y me metí en ella. Agaché la cabeza y

esperé. Sólo se puso en marcha un motor. Esperé a ver el fogonazo de los faros al pasar, pero no vi ninguno. Levanté la cabeza con precaución y vi alejarse rumbo a Tuley-Belle las luces traseras de la furgoneta, Cornell iría en ella y tal vez también Justine. Me puse en pie y eché a correr. Si estaba equivocada y Justine se había quedado de guardia en el Ford, mis problemas se multiplicarían seriamente. Reduje la velocidad al llegar a la curva. El Ford seguía aparcado a un lado del camino, pero no vi ni rastro .de Justine.

Me acerqué al vehículo y me asomé por la ventanilla del conductor. La llave colgaba del contacto. Subí y puse el coche en marcha. Quité el freno de mano, mantuve las luces apagadas, tracé una amplia curva y, al igual que ellos, puse rumbo al complejo residencial. Si escondían la palanca en Tuley-Belle, puede que nunca se encontrara.

Cuando vi que me acercaba demasiado, levanté el pie del acelerador y detuve el coche. Apagué el motor, me guardé las llaves del coche en el bolsillo y volví a desconectar la luz de la puerta antes de bajar. Desenfundé la Smith & Wesson. Me salí del camino y avancé hacia la izquierda para aproximarme a la urbanización desde otro ángulo. En terreno accidentado estaba más a cubierto. Los arbustos que arrastraba el viento proyectaban sombras móviles que cambiaban continuamente de perfil. Vi la furgoneta entre dos edificios a medio construir, silenciosos y lúgubres. Vi destellar una luz en el primer piso del edificio más alejado. Me acerqué con precaución, deseando que Cornell también se hubiera dejado las llaves en el vehículo. Si les confiscaba el transporte, les obligaría a recorrer a pie los dos kilómetros y pico que había hasta la autopista. Cuando llegaran, yo ya habría ido y vuelto de Creosote con ayuda. Y ya le explicarían a Todd Chilton

qué estaban haciendo allí. No vi movimiento alguno en los alrededores de la furgoneta.

Rodeé el vehículo y vi que la ventanilla del conductor estaba bajada. Miré dentro y descubrí las llaves. Me imaginé cómo abría la portezuela y me sentaba al volante. Giraba la llave, ponía el cambio de marchas en primera, arrancaba y me iba pitando. La verdad es que canté victoria antes de tiempo. Oí un ruido detrás de mí y una vocecita canturreó en mi interior: «Ojo», pero ya era demasiado tarde. Me di la vuelta esperando ver a Cornell, pero era Justine. Con el cabello estropajoso y los ojos helados parecía una bruja surgida de las tinieblas. Cornell debía de haberla dejado de guardia, por si se presentaba un grupo de adolescentes con ganas de celebrar una orgía a mitad de semana. O a lo mejor yo no había sido tan silenciosa como creía. O, dadas las peculiaridades acústicas del desierto, había oído todos mis movimientos y se había limitado a esperar.

Llevaba la pala en la mano. La vi levantar los brazos, alzar la pala por encima de la cabeza como si fuera un hacha. Admiré su fuerza. Lo que hacía no era fácil. La pala pesaba y no me había parecido una mujer con el tórax tan musculoso. No obstante, desde su punto de vista se trataba de una emergencia, de modo que seguramente utilizaba reservas que ni siquiera sabía que tenía.

Como en muchos momentos de crisis que acontecen en la vida, la misma rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos crearon el efecto contrario, o sea, que se presentaron con la cualidad blanda y onírica de los planos a cámara lenta. Como si se tratara de fotografías tomadas con temporizador, los brazos de Justine siguieron levantándose hasta que la pala apuntó al cielo. La vi descender el primer centí-

metro. Me doblé hacia la izquierda y levanté el brazo derecho, con intención de apuntar y disparar antes de que la pala me alcanzase. Si hubiera empuñado la pala con el hierro de canto, me habría cortado el brazo hasta el hueso. Tal como la empuñaba, el hierro me dio de plano en el antebrazo y la pistola saltó en la oscuridad. Ni siquiera la oí caer al suelo. La pala volvió a caer. Sentí una descarga de dolor en el hombro izquierdo. Era extraño. Había recibido un golpe, pero rebosaba tanta adrenalina que dejé de notar dolor. Me incorporé como pude, con las rodillas doblándoseme, casi desmayada por el impacto.

Vi la pistola a unos metros de distancia. La pala volvió a caer, pero esta vez chocó con el lateral de la furgoneta, con tal fuerza que la herramienta se le escapó de las manos. Me lancé sobre Justine y le di un empujón. Retrocedió, pero se las arregló para no caer. Emitía ruidos guturales y probablemente trataba de reunir fuerzas para llamar a gritos a Cornell. Me apoderé de la pala y la utilicé como una guadaña para golpearle en las espinillas. Dio un grito y cayó al suelo. Cornell llegaba corriendo del edificio, y en el instante en que me descubrió, vi que Justine se ponía de pie y corría hacia la portezuela de la furgoneta. La abrió de un tirón y subió por el lado del conductor gritándole a su marido:

-¡Sube a la furgoneta! ¡Sube a la furgoneta!

Me arrojé al suelo, recuperé la pistola y quité el seguro.

Cornell corrió hacia la parte trasera de la furgoneta mientras su mujer la ponía en marcha. Justine reculó, pisó a fondo el acelerador, dio un volantazo y se alejó. Vi a Cornell apoyarse en el borde, subió de un salto a la caja y dejé de verlo. Me volví y apunté con la pistola, que empuñaba con las dos manos. El cabreo me ayudó mucho. Me dije en voz alta

que no debía precipitarme. No había razón para perder la calma. El terreno era llano y aún tardarían en escaparse de mi vista. Apunté y alineé una de las luces traseras del vehículo con el punto de mira y el alza, guiñé un ojo. No me había fijado en la clase de cartuchos que utilizaba Dolan, pero, si no recordaba mal, un proyectil medio de 9 mm de calibre y 6,48 g de peso se mueve a una velocidad iniciar que oscila entre 330 y 560 metros por segundo. Puede que me equivocara, pero no creo que fuera por mucho. Disparé. El retroceso fue como un estornudo, y el cañón saltó hacia arriba y hacia atrás. No di en el blanco, rectifiqué la puntería, disparé de nuevo y oí reventarse un neumático. Cornell se había pegado al suelo de la caja de la furgoneta. Volví a rectificar, disparé otra vez y fallé. Rectifiqué de nuevo y disparé cuatro veces. Cuando me paré, vi que las dos ruedas traseras habían reventado. La furgoneta se salió del camino y se detuvo prácticamente sola. Me acerqué andando, sin prisas, consciente de que tenía cartuchos de sobra para solucionar el problema si Justine y Cornell seguían con ganas de discutir.

Epílogo

A Justine la detuvieron y acusaron de dos homicidios en primer grado, aparte de otros tantos delitos menores para darle colorido al asunto. Edna y Ruel convencieron a Cornell de que contratara a un abogado, y éste, a su vez, convenció a Cornell de que hiciera un trato con el fiscal del distrito. Después de todo, él no había tenido nada que ver con el asesinato de Charisse Quinn ni había participado en la muerte de Mofletes Clifton. El sábado que fui a hablar con Justine, a ella le dio un ataque de pánico y le pidió a su marido que la ayudara a trasladar el cadáver de Mofletes y a enterrar después la palanca con la que lo había matado. Cornell se declaró culpable de complicidad con posterioridad y se le condenó a un año de cárcel. Edna y Ruel se hicieron cargo de Amelia, Mary Francis y Cissy McPhee hasta que saliera el padre de prisión.

El móvil de Justine fue difícil de dilucidar. Había matado a Charisse porque ésta había seducido a Cornell y tratado de arrebatarle la vida que ambicionaba. Fue Mofletes quien robó el Mustang y transportó el cadáver en el maletero. Mientras Justine recogía las ropas de la muerta y escribía una nota falsa, donde teóricamente Charisse explicaba que se marchaba, Mofletes fue a Lompoc y tiró el cadáver en la cantera de la que le había hablado Iona. Justine esperó una semana y entonces llamó a la oficina del sheriff del condado de Riverside, fingió ser la madre de Charisse y aseguró que su hija estaba en casa y perfectamente.

Cuando Mofletes apareció en Quorum con la noticia de que la investigación se había reabierto, Justine se vio obli-

gada a eliminarlo. Había buscado la ayuda de Cornell para deshacerse del cadáver de Mofletes del mismo modo que antes había conseguido la de Mofletes para deshacerse del de Charisse. Era un cadáver demasiado pesado para transportarlo ella sola. El día que la sorprendí en el cuarto de la lavadora, lo que quería limpiar era la sangre y los sesos de Mofletes prendidos a su ropa. Más tarde se me ocurrió que lo de las puertas abiertas en casa de Medora también había sido obra de Justine, una forma de crear una oportunidad para sonsacarme información sobre el estado de la investigación.

Por una vez en la vida, Frankie Miracle resultó inocente de un crimen del que era sospechoso, un hecho que en cierto modo contribuyó a mejorar sus perspectivas.

Al acercarse la fecha del juicio, el abogado de Justine solicitó un cambio de jurisdicción, alegando que la acusada nunca tendría un juicio justo en el condado de Riverside después del circo que habían organizado los medios informativos a raíz de su detención. Me encanta que los asesinos discutan sobre lo que es justo o no.

Y por pasar a asuntos más domésticos, Stacey sigue viviendo con Dolan y les va sorprendentemente bien. Los dos gozan de buena salud, han limitado el consumo de tabaco y de comida basura y no paran de quejarse del otro, como hacen los buenos amigos. En cuanto a mí, he vuelto a mi nuevo despacho de Santa Teresa y he desempaquetado las cajas de la mudanza mientras espero a ver qué otras cosas me depara la vida.

Atentamente,

Kinsey Millhone

Nota de la autora

Acerca de la presente novela...

Viene ahora una nota adicional, bastante larga, que atañe a la redacción del libro. *Q de Quién* se basa en un homicidio sin resolver que se cometió en el condado de Santa Bárbara en agosto de 1969. El catalizador fue una conversación que tuve con el doctor Robert Failing durante una cena que nuestros amigos Susan y Gary Gulbransen celebraron en su casa a principios de septiembre de 2000. El doctor Failing es un patólogo forense que estuvo contratado por la oficina del sheriff del condado de Santa Bárbara desde 1961 hasta 1996. Acababa de terminar el manuscrito de *P de Peligro*, y la conversación giró, como suele suceder, alrededor de lo que iba a escribir a continuación. Bob habló del cadáver sin identificar que habían arrojado cerca de una cantera de Lompoc, California, a una hora al norte de Santa Bárbara. Él hizo la autopsia y señaló de pasada que la Oficina del Forense había guardado los maxilares. Según él, la dentadura de aquella Juana Nadie debería haberse aprovechado para identificarla. Por desgracia, o no habían denunciado la desaparición de la muchacha en su momento o la denuncia no había llegado a manos de los agentes que trabajaron en aquel caso. A pesar de que se esforzaron durante meses, no pudieron identificar a Juana Nadie ni a su asesino. En la actualidad sigue sin saberse quién era, de dónde procedía y quién la mató.

Como novelista me han propuesto muchísimos argumentos, historias, anécdotas personales, sucesos de la «vida real» y homicidios «auténticos», experiencias importantes para mis interlocutores, pero que, por una u otra razón, a mí no

me han estimulado ni incitado. Aquella idea, en cambio, arraigó en mí. Expresé un interés inmediato, consciente de que es impredecible saber si una idea va a sobrevivir. Conocía al investigador forense Larry Gillespie, ya jubilado, por conversaciones que habíamos tenido mientras preparaba otras novelas de la serie. Bob se ofreció a hablar con Larry sobre aquella mandíbula. También se ofreció a presentarme a algunos agentes de la oficina del sheriff con los que había colaborado mientras trabajaba para las fuerzas del orden.

Mientras escribo el Alfabeto del Crimen llevo un diario; un ritual, éste, que empecé informalmente con A de Adulterio y he mantenido -extendiéndome y profundizando cada vez más- durante la redacción de las diecisiete aventuras de Kinsey Millhone que se han publicado hasta ahora. Las primeras anotaciones que hago en el diario a propósito de cualquier novela son por lo general un registro de mis esfuerzos por encontrar un argumento. Reflexiono, hablo conmigo misma, me inquieto, experimento. Lo extraño, desde mi punto de vista, es que lo primero que anoté en el diario sobre el tema de Juana Nadie data del 8 de noviembre de 2000, unos dos meses después de mi conversación con Bob Failing. En aquel momento ya había aceptado el asunto como base de la presente novela, aunque tardé meses en idear los detalles. Lo de la cantera me atrajo sobre todo porque, en inglés, quarry significa tanto «cantera» como «cacería».

El 11 de enero de 2001, Bob Failing y yo nos reunimos con el sargento Bill Turner y con Bruce Correll, a la sazón jefe del grupo de homicidios de la oficina del sheriff de Santa Bárbara, y los cuatro fuimos a Lompoc para ver la cantera. Volví a reunirme con Bruce Correll y Bill Turner el 19 de enero de 2001. Fue entonces cuando, en un alarde de generosi-

dad, me dieron una copia del expediente del caso de Juana Nadie. Contenía notas, partes, informes y fotografías, tanto en blanco y negro como en color, del cadáver y de la zona en que lo habían encontrado. También me proporcionaron fotos de sus efectos personales, incluyendo sus sandalias de cuero y los pantalones con las margaritas azules de centro rojo estampadas sobre fondo blanco.

En el curso de aquel año, y contando con la bendición del sheriff Jim Thomas, me reuní con los dos agentes en varias ocasiones. Bill Turner en particular se convirtió en una fuente de datos inapreciable, que me dio información sobre cuestiones de procedimiento, técnicas y los mil detalles básicos del trabajo. Resolvió mis muchas (y a veces estúpidas) dudas con una paciencia y un entusiasmo infatigables, contestando con esas respuestas pormenorizadas que convierten el trabajo literario en un placer. Por cierto, cualquier error que contenga la novela se debe a la mala interpretación de sus explicaciones o a licencias que me he tomado en beneficio de la historia.

Mi fascinación por el caso reavivó el interés de la oficina del sheriff y se planteó la posibilidad de exhumar el cadáver para que se le hiciera una reconstrucción facial con la esperanza de que alguien identificara a Juana Nadie. No me enteré de las conversaciones que, sin duda, se celebraron en la trastienda. En el condado de Santa Bárbara, las exhumaciones no son comunes y entró en juego el presupuesto, no sólo por el coste de la exhumación en sí, sino por lo que representaba contratar a un artista forense para que utilizara diversos huesos del cráneo y la mandíbula de Juana Nadie para reconstruir sus rasgos. También estaba el problema de volver a enterrarla, de conceder a Juana Nadie la irrenunciable dig-

nidad de un sepelio adecuado, que todos considerábamos esencial. Me ofrecí a financiar el plan porque yo también guardaba la esperanza de que saliera algo de todo aquello.

La exhumación tuvo lugar el 17 de julio de 2001. Aquel día volvimos a Lompoc, pero al cementerio donde habían enterrado a Juana Nadie treinta y tres años antes. El doctor Failing estaba de vacaciones en Colorado y llegó en avión. Mi marido, Steve Humphrey, nos acompañó, así como el sargento Bill Turner. También estuvieron presentes el agente investigador Hugo Galante, su mujer, la agente Kathryn Galante, y el agente Terry Flaa, de la unidad de investigación del grupo de homicidios del distrito norte del condado; el agente David Danielson; el investigador forense sargento Darin Fotheringham; el ayudante Joe Ayala; su mujer, Erin Ayala; la secretaria de la oficina del forense; la sheriff en prácticas Danielle Goldman; el teniente Ken Reinstadler, de la comisaría de Santa María, División de Patrullas; Deborah Linden, de la oficina del sheriff de Santa Bárbara, jefa de la División de Patrullas de la Costa Sur; y el señor Mark Powers, director del cementerio. El proceso duró casi todo el día. Una vez que sacaron el cuerpo de Juana Nadie, lo llevaron a la oficina del forense del condado de Santa Bárbara.

Antes de exhumar el cadáver, Bill Turner se había puesto al habla con Betty Gatliff, de Oklahoma, cuyo trabajo como artista forense está reconocido internacionalmente. Betty Gatliff es una dibujante médico retirada que no sólo practica la escultura forense, sino que dirige talleres y seminarios por todo el país. Es miembro de la Academia Arnericana de Ciencias Forenses, miembro emérito de la Asociación de Ilustradores Médicos y miembro asociado de la Asociación Internacional para la Identificación. El cráneo y los maxila-

res de Juana Nadie se enviaron a la señora Gatliff, cuyos servicios se habían contratado previamente.

En el ínterin, yo había comenzado una reconstrucción propia y personal, elaborando una historia del todo ficticia sobre una joven cuyo destino era idéntico al de Juana Nadie.

Donde me ha sido posible, he utilizado detalles del expediente del caso de Juana Nadie, a saber, fragmentos del informe de la autopsia, notas y partes redactados por los agentes a los que se encargó el caso en su momento. Hay dos excepciones importantes: 1) No hubo ninguna Iona. Inventé este detalle para dar a mis investigadores de ficción más medios para proseguir las indagaciones; 2) en el escenario del crimen real se encontró una camisa vaquera azul, con corchetes blancos en vez de botones, cuello del 42, manchada de sangre. He omitido este detalle para no cargar demasiado el argumento. Aparte de esto, aseguro al lector que todos los personajes de la novela son ficticios. Todos los sucesos son producto de mi imaginación. Fueran cuales fuesen la personalidad y naturaleza de la auténtica Juana Nadie, mis afirmaciones son fruto de mi imaginación y no tienen intención de pasar por reales, auténticas ni representativas. Quiero subrayar este punto por respeto a la difunta y por consideración a quienes la quisieron y se extrañaron de su silencio durante todos estos años.

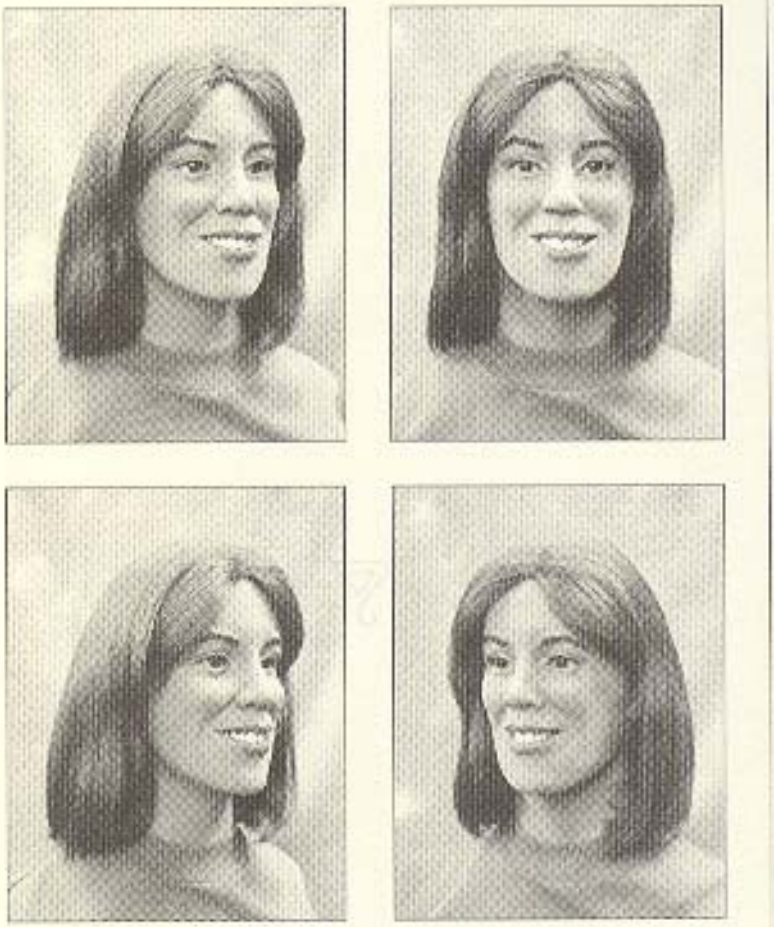
A mediados de septiembre de 2001, Betty Gatliff había reconstruido un retrato de Juana Nadie y devolvió el cráneo y los maxilares. Además nos envió multitud de fotos en color de Juana Nadie, cuatro de las cuales se reproducen más abajo en blanco y negro. A Juana Nadie volvieron a enterrada el martes 26 de febrero de 2002. Desde la oficina del forense hasta el cementerio la acompañó una uniformada guardia de

honor de la oficina del sheriff; un capellán del sheriff dirigió el acto; hubo flores y plegarias sinceras de parte de quienes nos habíamos introducido un poco en su vida. Esperamos que algún lector, al ver las fotografías, reconozca a esta joven y aporte alguna información. Aunque tanto Bruce Correll como Bill Turner se jubilaron el verano de 2002, Bill Turner estará localizable para responder a cualquier pregunta por correo en:

Sheriff's Department, County of Santa Barbara
4434 Calle Real
P.O. Box 6427
Santa Barbara, CA 93160-6427
o a través de la página web de la oficina del sheriff: www.sbsheriff.org.

Atentamente,

Sue Grafton



Juana Nadie, Condado de Santa Bárbara, agosto de 1969.
Reconstrucción forense, por Betty Pat. Gatliff,
septiembre de 2001.